

La Taberna Helena

Mariano Marco Yagiie

¿Se puede vivir sin escribir, aventando historias?

¿Ayer ante el hogar y hoy ante un folio en blanco?

¿Qué se hizo?

Escribir...

—¡Perdón! —una voz frena mis pies.

En un día recién iluminado, una esquina nos enfrenta inesperadamente.

—Perdón —resuena el eco de mi disculpa.

Cuando en mitad del sueño el destino te apunta con su dedo índice, por la mañana intentas comprender su mensaje: ¿Qué novedad plantearía? ¿Qué pretendería?

—Iba ajeno —me justifico.

Él me mira adusto. Mi pesadilla se ha convertido en ángulo esquinero.

Intenta eludirme con un regate, pero es zurdo y mi quiebro coincide, soy diestro.

Mis ojos buscan los suyos. Necesito que se despeje el ensueño y no se transforme en un capricho.

—Pensaba en cómo escribir una novela —revelo mi somnolencia.

Me mira con ojos apáticos, estudia cómo evitarme, pero insisto.

—He tropezado con usted por implicarme en ser escritor —no dice nada. Él no ha tenido ninguna pesadilla, no ha soñado. La madrugada no le ha robado ninguna ilusión.

Intenta otro lance. Pero yo también me muevo y de nuevo nos impedimos.

—¡Busco a alguien que me ayude! —levanto la voz porque el capricho se impone y lo convierte en obsesión—. ¡Necesito a alguien que coopere! —casi grito porque los sueños no me han aportado personajes ni argumentos.

Pone ojos hueros, raros, huidizos, o tal vez sean sus pies los que pretenden engañar a los míos.

—¡Quiero escribir una novela y me falta el protagonista! —gruño mi obsesión. Todo se ha agitado en el revuelo del despertar.

Apago la voz y esbozo la mayor de mis sonrisas como si él pudiera ser el personaje que busco.

No hay respuesta, no conoce mis sueños, solo mira a mis pies que lo entorpecen.

Consigue salir de la encerrona y huye. Huye y, de tanto en tanto, vuelve la mirada. Son miradas de desconfianza y liberación. Camino y él corre. Escapa a mayor velocidad cada vez que vuelve la cabeza y me ve avanzar.

Me siento humillado. Ya dudo hasta de seguir por esta calle.

Ha sido el primer intento de conseguir una colaboración. Tal vez haya sido impetuoso. No le he dejado respirar, ni lo he saludado, un «buenos días» como un obligado deseo de bienestar. Tampoco me he presentado. He pasado por alto esos detalles. Ni siquiera he pensado en su persona, en sus preocupaciones, ni en si tenía prisa.

¡Cómo no iba a huir!

Creo que soy nacido de un sueño, como si el hado y el sino me hubieran trastocado. Y esta obsesión no ostenta cordialidades ni mira adónde va. Quiere salir de su dormitación y buscar la realidad del mundo y de la vida.

Tengo mucho que meditar para dar pábulo a esta llama recién encendida. He de buscar.

—¡Mi vida debería ser escrita! —me dijeron algunos amigos que, según ellos, habían protagonizado tantas cosas que merecía ser publicada—. ¡Da para una novela! —confunden una novela con su privacidad. Como si se debiera universalizar su existencia, lo importante que ha sido.

Yo no busco esas experiencias sino a la persona: el carácter, la idiosincrasia y la imagen que me ofreciera una manera de ser, de ver, de vivir y estar dentro de un ambiente que sea el de hoy, el de ahora.

Algo que yo comprenda y adapte para que quienes me lean, puedan decirse:

—Este soy yo.

—Vaya cosas que dice, si son las que me pasan a mí.

No me importa que digan esto como si me acusaran de ser un cualquiera. Si lo dicen es que he reflejado perfectamente al protagonista y a la sociedad —no a fulanita en su vanidad—, mientras, yo me he quedado fuera, un ser sin importancia, con la pluma sobre el papel pero sin fotografiarme.

Miro al cielo y pienso, contemplo los árboles del paseo y reflexiono, tampoco quito mis ojos del suelo para evitar tropiezos. Continúo con mi obsesión, que ya no es un capricho sino un destino.

Ser escritor, ese ha sido el impulso que me ha hecho saltar de la cama. Repaso el espejo de mis ojos al salir del sueño. Otros se levantarán pensando en asearse, o en desayunar, o en fumar un cigarrillo, o en la oficina y el trabajo; pero yo: ¡me voy a dedicar a la escritura!

Sé mover la pluma y el lápiz, tengo un paquete de quinientos folios en el cajón de la mesa y un ordenador con su pantalla y su escritorio. La realidad de la vida está patente y a la espera, me bastaría abrir la ventana y mirar.

Me he echado a la calle donde brilla y luce la vida y tras desperezarme con el tropezón de la esquina y ver cómo huía ese individuo, he descubierto que no debo cejar hasta que encuentre a alguien.

No sé cómo ni dónde, pero no me arredro.

Colón era un navegante con una idea fija. Iba a un sitio al que no llegó. ¡Una decepción! Eso me ha pasado hace un instante con el tropezador, pero ni falsos encuentros ni fábulas biográficas me detendrán. Él, Cristóbal, tampoco se desanimó porque sin saberlo, descubrió una gran tierra, distinta, real y verdadera.

Mucho he leído de lo antiguo y de lo moderno, dicen que facilita, pero a mí me han parado los pies. Cada libro, novela, poesía, historia que leía, me cerraba un camino.

De esto ya no puedo escribir, ya está dicho, pensaba, y eso que todavía no era escritor.

Ahora, con mi nuevo estímulo, repaso todos los personajes desde los agamenones hasta los policías de última hora y encuentro que esas acciones y esas personalidades se han apropiado de muchos campos.

No quiero plagiar ni repetir, no me atrevo a refundir argumentos. Valga para esto como único remedio el «*Don Juan Tenorio*» de Zorrilla adaptando a «*El burlador de Sevilla*» de Tirso de Molina, esto es suficiente para sentirme imposibilitado de todo facsímil, sea de ideas, de personajes o de trama.

Miro y remiro a los transeúntes para localizar a alguien, el rostro es la cara del alma o algo así. ¡Ah, sí! «La cara es el espejo del alma» No puede ser que hasta para eso haya de recurrir a frases ya dichas y escritas.

Eso tampoco lo quiero, he de ser auténtico, no piratear, ni imitar, ni usar frases ya dichas...

Soy primerizo. Puedo decir que no he tenido contacto con la escritura. Solo que esta madrugada: ¡Zas!, me ha surgido la utopía, el antojo de convertirme en escritor. Y en respuesta, así, al albur, me he echado a la calle.

Y aunque novato, quiero que mi escritura sea distinta, peculiar, con unos parámetros propios. Crearé unas expresiones y unas maneras características, distintas, un mundo

ignorado, un peculiar y personal manuscrito. Voy hacia las indias y descubro América. ¡Algo así!

Abrir un camino que nadie haya usado, pero para eso tengo que encontrar los personajes que se adapten a mi misteriosa idea.

Camino con la cara bien alta, sin ala de sombrero o de gorra que disfrace mi mirada, recorte mi frente y esconda mi cabeza. No quiero nada que tape la perspectiva de mis ojos, los quiero limpios, decididos, escrutadores. Que sepan quién viene; qué figura, qué imagen, qué movimientos realiza, si son acompasados o patosos, si desgarrados o gallardos.

Ojos que se entrecrucen en un diálogo abierto, de entrega de identidades, este soy yo, y tú ese, ya te veo, ya me ves. Estamos al tanto.

Ese es el quehacer de mi vista mientras mi oído escucha los rumores, las voces, descubre su definición armónica y musical, capta frases sueltas... No solo oye, sino que atiende y entiende.

Mi nariz olfatea los olores que son complicados porque la calle está atiborrada de gentes con sus aromas personales. Los bares cooperan con emanaciones de cafés, vahos de cocinas donde preparan y condimentan menús y tapas. ¿Será mi nariz capaz de descubrir las fragancias que me importarán?

¿Definiré por su aspecto, olor y sonido localizando su oficio y su ambiente?

Voy muy comprometido en este afán explorador y observo.

Realizo mi función descubridora. No me asusta ir a la contra. Así los puedo contemplar cara a cara, directamente. Es caminar contra corriente, por eso el agua del río al llegar a mí se abre rozándome, sin detenerse.

Nuestras vidas son los ríos... Ya estoy copiando, manoseando lo que quiero evitar. Serán tantas y tantas las frases y dichos contra los que he de luchar que no sé si no caeré en ellos.

Como en un torrente se acercan y, cuando hemos de tropezar, dan un quiebro. La vida se repite, pienso, al comparar esta situación de tropiezos con el que me ha ocurrido al doblar una esquina.

Voy explorando. Sondeo a la concurrencia, desafiándolos.

Nadie me mira, rehúyen mis ojos, caminan concentrados, asidos a su cartera, con la manos en los bolsillos o braceando. Pero ninguno frena. Todos me esquivan. No me miran, me evitan. Van a sus trabajos o andan despabilándose todavía.

Todos caminamos, es la vida; mi trabajo es inspeccionar a los que vienen y el de ellos es ir a su oficina, a su tarea. Todos vamos y miramos pero en distinta dirección y con diferente finalidad. Nuestros ojos no se hablan, pero tampoco se esquivan, simplemente se ignoran...

Las pesquisas me despiertan el apetito. O será que al agudizar mi olfato, más que el olor de los transeúntes lo hayan estimulado los aromas de café, de pan tostado y de otros bocados apetitosos.

Encuentro una terraza y tomo asiento. Esta silla y esta mesa me esperaban desde esta mañana, pienso, están vacías, no han aceptado a nadie. No sé si es verdad pero me satisface pensarlo. A ratos surge la autoestima. Mi cabeza sin cubrir está llena de pretensiones entre las que no falta la arrogancia.

La limpieza y el brillo han hecho que, al sentarme, me contemplara como en un espejo. Sigue mi vanagloria, debería proyectar mi reflejo como un escritor meritorio.

Aparece el camarero, es tal la rapidez que creo que estaba detrás de mí, al acecho. No lo he oído pero he sentido en mis piernas el roce de la silla que me ha acercado. He quedado a la distancia ideal para estar cómodo.

Es la primera vez que me nace una sonrisa. Bueno, aclaremos, la sonrisa como saludo, en este caso, para el camarero.

Mi pensamiento ha sido pensar que está como yo, a la espera de cazar a cualquier cliente. Me ha surgido espontáneamente. Decido estudiar su comportamiento. Quiero saber cómo se las apaña para atender y dar gusto, porque tiene que conseguir que volvamos.

También, y eso es importante, me podría sugerir ideas y no solo ocurrencias, sino actitudes para atraer, pasarán cientos de personaje por delante de él y tiene que conseguir que alguno se acomode, como yo ahora. ¿Cómo se apañará? Incluso llego a pensar que podría llegar a ser uno de mis personajes. No diré que el protagonista, pero ¿quién lo puede saber? ¡Estoy comenzando!

El mundo está lleno de vidas insignificantes que pueden llenar páginas y páginas con sus modos y maneras de actuar, con su personalidad, su carácter y sus actos. Podría ser el arquetipo de los camareros, el espejo donde se podría mirar la humanidad dedicada al servicio... Bueno, ya veremos; acabo de empezar y no me debo decidir por el primero que encuentre.

—¿Qué desea el señor? —su imagen es tan pulcra como la mesa y la silla. Lleva lazo de pajarita, y una sonrisa natural, espontánea, que adorna su saludo.

—¿Qué puedo pedir? —pregunto con afán de comprobar si continuaría con su amabilidad.

No indago qué me ofrece. En el «qué puedo pedir» soy yo quien sobresale, mientras que en el «qué me ofrece» sería él quien creciera.

Me enumera lo que tienen para desayunar, cafés, chocolate e infusiones, después todo tipo de bollería y para terminar me da el protagonismo que a todo cliente se le debe dar.

—A no ser que usted desee otra cosa.

No ha cambiado el gesto. Sus ojos astutos y valientes acompañan serenamente la sonrisa de sus labios, la frente con entradas y la barbilla redonda acompañan a una nariz recta y un rostro alargado.

Le pido, apunta y se retira con rapidez y decisión.

He visto sus ojos, ojos radiantes, y me han recordado a aquel con quien tropecé. Aquellos fueron de confusión e inquietud; de zozobra cuando no nos desenredábamos; de perplejidad cuando le comencé a hablar; de sobresalto al comprender mis palabras y de liberación al alejarse. Había huido del que se apodaba escritor, de quien podía penetrar y robarle el espíritu para encerrarlo en un libro. ¿Se sentiría atropellado?

Repaso las miradas de los clientes que están consumiendo sus servicios. Intento penetrar en ellas, pero las de quienes me dan la espalda o están lateralmente sentados no me lo permiten, y las de quienes me caen de frente están tan ensimismadas en el cuchillo que corta el bocado y el tenedor que lo acerca a su boca, que no puedo descifrar ni desentrañar su comunicación.

Porque las miradas hablan con lenguaje propio, usan el vocabulario de los ojos, cada pestañeo es una frase.

Como investigador clarifico cuanto hasta ahora no tenía importancia: miradas, ojos con vitalidad y mensajes, aromas definidores, sonido de voces evocadoras. Pero también podrían tener otros intereses...

Me doy cuenta de la importancia de lo material. De los cubiertos, del tazón y su contenido, del plato y lo que en él hay... Eso importa más que nada, como los sonidos y los aromas. Sí brotan palabras de sus bocas, pero solo cuando no están ocupadas en masticar en sorber el líquido del vaso, pero entonces no miran; no dirigen los ojos al interlocutor.

Ellos se entenderán pero yo no oigo ni interpreto al parlante... Y los movimientos de labios, sin ver sus expresivos ojos que se hunden en sus aperitivos y bebidas, no los puedo desentrañar.

Observo al camarero, contemplo sus manos ágiles y silenciosas que, sin movimientos raros ni olas en el tazón ni tintineo de los cubiertos, los va posando, suavemente, sobre mi mesa. Terminado el servicio retira las manos de dedos largos y decididos, y deja caer sus brazos a lo largo del cuerpo: la mano que sujeta la bandeja vacía en postura de firmes, y la otra un poco doblada por el codo. En esta postura, que facilita una ligera inclinación de cabeza, me pregunta y me sugiere:

—¿Todo bien? ¿Desea algo más?

Se yergue con la cabeza siempre inclinada para quitar militarismo y espera pacientemente mi aceptación o mi posible requerimiento de alguna nueva apetencia.

Confirmo mi aprobación y mi satisfecho capricho. Elegir entre tanta oferta respondía más a antojo que a hambre.

Se retira apuesto, con lustre en los zapatos, bien señalado el doble del pantalón, con pasos cadenciosos y sin alteración, pero sabiendo que es objeto de miradas de requerimiento a las que debe dar cumplida y rápida respuesta.

Me embeleso en mi desayuno, olvido cuanto me rodea y me dedico a sacar gusto y placer a mi servicio.

Ambas veces que he mirado al camarero he notado algo raro, extraño y no sé qué pueda ser. No lo he definido.

Reviso las mesas y sus ocupantes. Repito la inspección atentamente. Como pretendo ser escritor, no me privo y descaradamente las repaso una a una, incluso la que se está vaciando, de la que los clientes se levantan y se retiran.

Tendré que interesarme por el camarero, actúa como un personaje capacitado y podría formar parte de mi escrito, no quiero que se me escape joya alguna.

Soy un humano que dedicó su vida a otras cosas y hoy trata de convencerse a sí mismo de su nueva actividad:

¡Soy escritor!

Lo repito para auto convencerme, porque no siempre los sueños y los despertares son tan categóricos.

El camarero adecenta y pule la superficie de la mesa vacía, pasa un paño por las sillas como si quisiera evitar que, quienes se sienten después, se impregnen con el polvo de vida que se hubiera desprendido de los anteriores ocupantes.

La higiene es amiga de la pulcritud.

Se retira a la puerta del establecimiento y vuelve a despertarse mi sensación de que algo no encaja. Que una rareza existe, y no es una mota de polvo, una arenilla que estorbe mi mirada, ni una letra cambiada del letrero: ¡no! Hay algo que provoca mi curiosidad.

Esta observación tampoco desaparece cuando el camarero se mueve. Pasa por delante de mí y se acerca a la mesa vacía a cuyo derredor aparecen unos nuevos clientes que se desprenden de sus carteras y bolsos y los cuelgan en los respaldos de las sillas. Él las retira y las acerca a quienes quieren sentarse, solo puede hacerlo a las dos señoras. Ellas han comprendido la gentileza con una ligera sonrisa.

Él espera paciente, un poco retirado para no molestar, pero atento a sus peticiones.

Tomo nota de sus maneras, de cómo trata a sus clientes, no sé si estos son habituales o son como yo, que casualmente decidimos tomar un refrigerio. Pero por el trato que nos da, sí apetecerá volver.

Utiliza la misma amabilidad de saludo y de oferta. Ante la tardanza de las decisiones, se retira a un segundo término; se acerca a cada señal y responde con decisión. Lo noto aunque no lo oiga, porque lo veo mover los labios y sujetar el bloc de notas. Se retira de nuevo y, al fin, a una insinuación se acerca servicialmente y toma nota.

Presiento que es mi primera lección. La entereza y serenidad con que se ha de aguardar la decisión del otro. La sonrisa con que se han de proponer las cosas para que al presentarlas o explicarlas no asusten ni te vean como un iluso o un jactancioso, en mi caso alguien que se hace pasar por escritor.

Vuelve con la comanda y se acerca parsimoniosamente, no con la rapidez que lo acució cuando los vio llegar. Se acerca ralentizando como si esperase a que se percataran de su presencia y cambiaran el tema de la conversación o se callaran. No quiere interrumpir y retarda sus pasos porque respeta la intimidad del grupo...

Cuando silencian se acerca y les sirve.

Inclina el torso bajando la bandeja, levanta la mano libre y la dobla por el codo, haciendo una parábola peculiar, hasta llegar con sus dedos al plato, al vaso o a lo que en ella porta, elegantemente, y lo va depositando ante cada cliente según preferencias.

Ha terminado de colocar las consumiciones. No yerra.

Adopta la misma posición amable y respetuosa para decir:

—¿Todo a su gusto? ¿Desean algo más?

Espera un instante y se retira. No se hace el pesado, ni el repetitivo. Ha sentido que todo está conforme.

Pasa junto a mí y lo persigo con mi vista.

Eso es, allí está la rareza que había despertado mi intriga, ahora la veo, o más bien la destaco y específico.

Es una persona inmóvil. Dudo de si su estatismo es impuesto o deseado. La veo en la misma postura que las otras veces cuando ha provocado mis dudas. La había visto de soslayo, completando el conjunto como una anomalía.

¿Es una estatua? ¿Es el anuncio del bar?

Una foto, una efigie, las ves inmóviles y no sugieren incoherencia ni extrañeza, porque están preparadas para verlas así. Pero que una persona de carne y hueso adopte una postura estática te despierta al menos extrañeza:

—¿Estará viva? ¿Estará drogada? —Se desata la ficción y la imaginación.

Contemplas la persona como si fuera de carne y hueso, no como una figura esculpida en piedra o fundida en bronce. Porque ¿a quién podrían colocar en una silla junto a la puerta para atraer a las gentes? ¿A alguien que representara a la ciudad y a este establecimiento porque asiduamente tomara café o se reuniera en él con sus amigos?

Esa es mi impresión, porque me recordaba a Pessoa en un bar del Chiado en Lisboa, y a Unamuno en la plaza mayor de Salamanca... a Goya en la plaza de la Lonja. Los recuerdos se hacen patentes. Puede que haya, y las habrá, múltiples esculturas de personalidades en otras tantas ciudades, pero por mi limitación las desconozco.

Estoy buscando un personaje y un argumento, esto que acabo de descubrir no lo tenía previsto. Yo quería localizar una personalidad a la que pudiera movilizar, llevar y traer por donde quisiera, o, a la inversa, permitirle que me llevara y trajera a su gusto. Sería un honor verla evolucionar en mis manos, bajo la punta de mi pluma. Bueno, con los impulsos de mis dedos sobre el teclado para ser más exactos. Aunque si ella misma me aportara datos, actitudes y hazañas para transcribir. ¡Tampoco sería desdeñable!

Si buscara a alguien con una profesión que necesitara clientes y que él, con sus manos, los renovara, los tonificara y transformara, ese sería un peluquero. ¡Tantas maneras de realizar un corte de pelo, de cambiar un peinado, de reformar una barba..., para que al salir de su peluquería no se reconocerían a sí mismos!

Y esperarí a cuando el mismo cliente creyera oportuno y acudiera para tener la posibilidad de acicalarlo y reformarlo de nuevo. Esa es la misión, o algo así, que me propongo como escritor.

¡Necesito una personalidad que se convierta en mi cliente!

Verlo evolucionar como el peluquero que cada vez nota la suavidad del cabello, incluso el cambio de color, cómo se va blanqueando, apareciendo la fuerza de las canas. Pero él las cambia y les da personalidad, ¿dignidad diríamos? ¿O se lo propondría el cliente? Siempre el respeto y la aceptación por delante.

Estas canas entre el pelo ralo me trae a la mente a don Quijote, el cliente asiduo de Cervantes. Incluso se escapa de Cide Amete.

Yo querría ser amigo de Benengeli, el Cide Amete que permitió el plagio de su obra al gran, al eximio Cervantes. Qué mano tan pulcra y bien dirigida, que amanuense fue don Miguel para ser él quien se llevara la eminencia literaria. Contento debería estar el sin patria Benengeli, de que alguien como don Miguel lo rescatara del olvido, aunque fuera plagiado y perdiera autoría.

Y don Quijote, ¿qué decir de él?, sino que se desenvuelve peculiarmente, manifestando su carácter y sus inclinaciones, movido por sus deseos y sus principios. Y sus caprichos, dicho sea en voz baja para no ofender a tan brillante caballero.

Pero no solo es importante la obra escrita, también la evolución de su imagen, la visión que tuvieron de él, desde Gustave Doré con sus ilustraciones, hasta el don Quijote de Picasso con su brocha suelta en tinta negra, perfilado en el campo, donde unos molinos quedan en segundo término, limpio de arbolado y bajo un sol de justicia.

Ninguno olvida al simpar Sancho Panza, peculiar campesino y amigo fiel e insustituible.

La envidia me corroe, ¿o no? O solamente es el deseo de imitar, de encontrar un temperamento, un tipo que me incite a analizarlo, caracterizarlo y verlo evolucionar como al don Quijote que se exhibe a lo largo y ancho de la geografía manchega en cada una de sus estatuas, todas distintas pero todas perfectamente identificables.

¡Ha crecido con salud, se ha multiplicado con belleza!

¡Qué grande se puede ser siendo escritor y qué distinguido siendo su máximo personaje!

Feliz me encontraría si hallara a un Cide Amete que me explicara su vida y hazañas.
¡Qué gran encuentro!

Inmóvil está la efigie barbuda y peluda. No se ha canteado mientras la miraba.

Sigo contemplándola de manera obsesiva. No se da por aludida. No pestañea. ¿Quién podría fijarse en ella sin dar categoría a este bar?

El camarero cruza y rompe mi visión. Se ha despejado otra mesa y la limpia, frota con un paño y con otro repasa las sillas y los respaldos. Ya no me llama la atención, parece como si su buen obrar se hubiera convertido en rutina.

Con el rabillo del ojo no pierdo de vista al estatuario personaje ni olvido la pregunta curiosa.

Cuando el camarero termina, aprovechando que pasa junto a mí.

—¿Ese de ahí es un señor o es una estatua? —pregunto.

—Es un señor.

—¿Como no se ha movido en todo el rato!

—No —me contesta con aplomo.

—¿Así pasa todo el día?

—Sí.

Compruebo su prudencia, no me conoce y no me da ninguna explicación, simplemente responde con monosílabos.

—Es que soy escritor y me despierta mucha curiosidad un ser tan inmóvil.

—Sí. Me lo creo. Me pasó lo mismo cuando lo conocí.

Aprovecho su cortesía y sin elegir pregunta le formulo esta.

—¿Y hace mucho?

—Desde que se instaló aquí. Hace muchos años, cuando entré en este establecimiento, podría decir.

He sido eficaz presentándome como escritor. Se había detenido de esa manera impaciente de quien no quiere perder el tiempo porque no se debe implicar en la vida de los clientes. O de quien piensa que lo van a entretener sin fin, y que van a desahogar sus penas para pedirle con voz lastimera que no les cobre la consumición. ¡Todo podría haber!

Cuando ha oído lo de escritor ha cambiado el gesto y la actitud. De una posición de firmes ha pasado a la de descanso.

—No puedo entender que aguante tanto tiempo sin mover un músculo —le insinúo.

—Si usted que es escritor no lo puede entender, imagínese yo que no tengo ninguna instrucción.

—¡Sí habrá ido al colegio! —Aprovecho su extrañeza y la utilizo como una puerta abierta.

—Pero solo he aprendido a leer, escribir y las cuatro reglas, justo para llevar con bien mi profesión.

—Bueno, esa ya es una suficiente preparación. No crea que yo haya hecho más estudios para ser escritor.

—Pero habrá ido a alguna universidad.

—Nooo —alargo la negación para eliminar posibilidades y asimilarme a él—. Como no es una profesión con licenciaturas o másteres no hay academias que puedan mantenerse dando clases a novelistas o a poetas.

—Si no tiene títulos, habrá escrito muchos libros para conseguir el de escritor.

—No. Tampoco he escrito ninguno. Simplemente me he levantado esta mañana y me he dicho: «¡Soy escritor!»

—Lo mismo me pasó a mí: de jugar en la calle, alguien, bueno para ser exactos mi padre me dijo: «Tú ya eres camarero» y me colocó de camarero. Y lo fui sin pisar ninguna academia y sin otra formación que las indicaciones y los cogotazos del dueño de aquella primera colocación.

Pienso que siempre hay alguien que te estimula y te obliga a decidir lo que tú mismo no eliges. Yo sigo creyendo que fue un sueño que no pude alejarlo de mi mente. Sería el destino, ¿qué augur, si no, me pudo obsesionar con su seducción?

—¿Pero algo habrá leído? —es un gran barman, su actividad lo proclama, y yo no tengo nada que confirme mi profesión, pero ¿y si pudieran interesarle mis libros que aún no he escrito?

—No. Nada. Ningún libro. En todo caso alguna receta para saber cómo se elaboran determinados platos o de qué están compuestas determinadas tapas y cómo se cocinan.

—Bueno, usted ha leído tantos libros como yo he escrito —cuanto más nos asemejemos más confianza le daré—. Nos parecemos. Al menos en eso de «ninguno», de ningún libro.

Me apetece exponerle la idea que he estado rumiando desde que lo he conocido:

—Te propongo que formes parte de mi nuevo libro —me ha salido así, le he cambiado el respetuoso usted por el confianzudo tú, y de libros, todo el que se escriba siempre es el nuevo.

—¿Su libro...? Qué cosas... Quién me lo iba a decir... ¡Yo en un libro!

—Sí. Necesito un protagonista, y para darle credibilidad precisaré personajes que lo avalen y sepan comportarse en todo momento según exija la situación.

—¿Que yo saldría en su libro como salen en la televisión tanta gente que alcanza fama y son conocidos?

Me surge la sospecha de que no le acaba de gustar, que le están surgiendo la timidez, la prudencia, el respeto, la educación..., todas esas virtudes que embellecen su profesión.

—Hace unos días estuvo tomando café un presentador de televisión y me saludó con mucha efusividad, hasta me felicitó por mi comportamiento.

—Claro, esas dotes son las que me han hecho pensar en ti para ocupar un puesto de relieve en mi libro.

—¿Pero no lo ha escrito todavía?

—No. Aún no —para darle mayor importancia y atraerlo continuo—. Si lo hubiera acabado ya no necesitaría a nadie. Tú, ahora, me has sugerido una idea y un protagonista.

—Me halaga que haya pensado en mí.

—Para el desarrollo de mi novela tengo que ver tu evolución y las anécdotas que te ocurran para conseguir que cuanto escriba tenga visos de veracidad. Vendré a visitarte con frecuencia.

—Muy bien.

Acepta mi oferta. Ya tengo algo para comenzar, mejor diré para redactar una primera página o unos apuntes e ir guardando material.

—Para mejor entendernos, quiero saber tu nombre. Los nombres son los que dan la quintaesencia a los personajes. Un personaje sin nombre es un ser anodino, casi inexistente.

—Me llaman Heilota.

—¿Heilota?

—Sí. Heilota.

—No he oído nunca ese nombre.

—¡Qué raro, yo lo oigo todos los días y muchas veces; tantas, que otros nombres me parecen extraños!

Ya puedo ampliar mi información, la efusividad de unas simples palabras facilitan la confianza, y le pregunto por el hombre efigie.

—¿Conoces también, el de ese señor inmóvil?

—No. Pero sí su profesión. Me la dijo un día que estuvo locuaz.

—¿Muy locuaz?

—Sí, suficiente, dijo cuatro frases alternadas por silencios.

—Y qué profesión tiene.

—¡La de vago!

—¡Qué me dices! —Casi brinco del asombro elevando la silla conmigo, o inclinándola hacia atrás, no sé muy bien, porque los sobresaltos no se memorizan. Vuelvo a la postura con la rapidez de Heilota al reiterar sus palabras.

—Lo que ha oído. «Vago de profesión»

El camarero se aleja para acercarse a una mesa que estaba siendo ocupada. Los saluda, retira y acerca la silla a las señoras, escucho sus pedidos y veo que se mueve diligentemente para cumplir su cometido.

De profesión camarero.

Me apunto un tanto. Veremos si el segundo ataque podrá dar mejor resultado.

En la siguiente visita me acerco a una mesa solitaria, pero desisto de ocuparla.

Haber conectado con el camarero me da confianza suficiente para probar fortuna e intentar sentarme en la mesa del señor inmóvil.

Pido permiso para instalarme en una silla lateral, sentarme en la que está frente a él estorbaría sus pies estirados. Conocido su talante, «vago de profesión» no los encogería si tropezara con los míos. Repito mi disculpa por el atrevimiento de compartir su mesa.

No mueve los ojos ni los labios ni la cabeza. Ningún signo de aprobación ni de rechazo.

«Solicitud no negada, solicitud aceptada», me digo para animarme.

Hago una seña a Heilota. Se acerca y le pido un café para mí y otro, o lo que quiera tomar «el vago de profesión», no digo estas palabras sino el pronombre que las sustituye: él. Digo: lo que quiera tomar él.

Heilota sabe sus gustos, porque él calla y el camarero no insiste.

Pienso detenidamente las palabras, cómo entrarle sin que se moleste. Aunque obligarle a hablar será un conflicto. Pero es un hombre libre y puede contestarme o puede guardar silencio. Es muy dueño de hacer lo que quiera.

—Perdone el atrevimiento. Soy un escritor en busca de personajes y estoy intentando localizar a alguno que me aporte un carácter, una idiosincrasia y unas aptitudes.

Calla, ha abierto un ojo y me mira con él, abre el otro y..., me asombra que los domine así.

Él me mira con extrañeza y yo con emoción, pero no comunican nuestros ojos.

—Me encantaría escuchar su voz, conocer su timbre —le digo intentando seducirlo verbalmente. Lo veo tan concentrado que me tiene intrigado—. ¿Podríamos hablar?

Aparece Heilota con dos cafés. Coloca uno delante de mí y el otro ante él.

—Señor escritor, su café —y dirigiéndose al otro dice mientras coloca la otra taza—, su café descafeinado y cortado como siempre, señor.

Pasa un lapso de tiempo en el que podría haber hablado, pero calla.

Se marcha Heilota, azucaro mi café y lo remuevo. Él separa sus manos, alarga una de ellas hasta la tacita, la toma y la lleva a sus labios. Deja caer un poco de líquido en su boca y lo noto bajar por su garganta.

Han sido unos movimientos estereotipados. Incluso he sentido que no ha sorbido el café ni lo ha tragado, la proximidad me habría hecho notar los impulsos de succionar y de ingerir, y no los he oído.

Posa la tacita y retira la mano con la misma parsimonia. Parecen movimientos estudiados, un ritual. Nada lo apremia, nada lo incita, domina sus estímulos. Es dueño de sus impulsos. La dignidad se manifiesta en la lentitud y la magnificencia de sus evoluciones.

Solo desdice de él la malhadada cabellera y la barba que ni las recorta ni las acicala. Digo esto de memoria, como una conclusión que puede ser errónea porque no sé cuánto tiempo invierte en asearse. No obstante se puede deducir por las greñas, sueltas como tirabuzones, que le caen a la espalda y los hombros, y por la barba poblada que le cubre las orejas y le cuelga en remolinos como la que Miguel Ángel esculpió en el Moisés.

—Sí. Naturalmente.

Casi me caigo de espaldas. Tiene una voz profunda y rota, como si le saliera del estómago y se aflautara en la ternilla de la nariz.

—Gracias por la gentileza. Lo he contemplado, esta mañana, absorto en sus pensamientos —me atrevo a indicar.

—Yo no pienso.

—Pero tanta concentración revela un espíritu reflexivo —digo, para darle importancia y talento—, esa afirmación de que no piensa no es exacta.

—Siempre digo la verdad —eso me revela; una afirmación apodíctica que no se puede tergiversar, propia de un sátrapa.

—No lo dudo. Pero podría moverse, cambiar de postura y no lo hace, ¿por qué?

Interrogó, y no lo debería hacer, los porqué que nos parecen tan obvios pueden incomodar y el exceso, irritar.

—Soy distinto, estoy creando un nuevo concepto del yo. Mi dignidad no necesita movimientos ni asperezas.

—Pero, prestar atención, abrir los ojos por curiosidad.

—Mi ocupación me exige ser vago.

—No entiendo bien ¿tiene usted una ocupación?

—Sí. Una profesión muy definida que la vivo responsablemente.

—¿Y podría decirme cual es su profesión?

—Naturalmente. Ya se lo he dicho: Ser vago.

—¿Pero vago de vagar, de ir de un lado para otro?

—¡Usted está ciego! Soy distinto y no me muevo, por eso digo lo de ser otro y no solamente yo.

He vuelto a las interrogaciones, debería dejar que él contara sus cosas, yo solo debería estimularlo. Me ha contestado molesto, puedo haber metido la pata: ¿Lo habré ofendido con esa interpretación de vago como persona errante? Tengo que desdecirme y hacerle ver que lo comprendo.

— Me ha atraído su figura, me ha embelesado y me ha hecho admirar su inmovilidad, su quietud.

—Bueno, tengo la misma ociosidad que tiene Dios, es decir que vivo como Dios.

Me asusta con lo de parangonarse con Dios y pregunto como si no hubiera captado su significado.

—¿No cree que es mucho atrevimiento decir lo que acaba de decir?

Calla y se abstrae, entra en trance. Entre las dos últimas respuestas se ha echado al cuerpo lo que le quedaba de la taza y se ha ido, quiero decir que se ha traspuesto.

Me quedo con la boca abierta y la palabra congelada; asombrado.

Heilota se acerca y me felicita.

—Señor escritor, nunca, nadie ha sido capaz de mantener una conversación tan larga con él. Debería dejarlo reposar. Hasta mañana no saldrá palabra de su boca. A mí lo más que me dice es buenos días y por las tardes ni hola...

El camarero me saca de mi desconcierto y lo oigo como si hablara a espaldas de mi estupefacción. No obstante cuando me espabilo de mi confusión, le comento.

—Sí. Es vago de profesión. Pero no sé qué nombre ponerle.

—Llámelo Vago. El Vago. No cabe otro.

¿Cuánto me aportará este hombre, inactivo y apático? ¿Me originará meditaciones nocturnas y sueños religiosos?

Hoy aparezco mejor armado, llevo una libreta como bloc y un bolígrafo en el bolsillo. Podré apuntar lo que crea conveniente.

Al comenzar lo dejaba todo al albur de la mente. No tenía idea de que necesitara captar imágenes, recordar características, inclinaciones, vicios, virtudes. Después de sentarme junto al vago de profesión, he decidido no confiarlo solo a la memoria.

He repasado las novedades de ayer, un día positivo tras haberlos conocido a él y a Heilota.

Cada día transcribiré el resumen de las conversaciones en este bloc del escritorio, así no perderé temas ni características. La libreta hará de cesto de la compra donde transportaré cuanto me interese.

He amanecido impaciente, inquieto, debo llegar pronto y verlo llegar, observar cómo separa la silla, cómo la acerca, cómo dobla su cuerpo para sentarse y cómo se acomoda: si la arrastra o la arrima a saltitos. Cada detalle una definición de su carácter.

Mucho he meditado y no consigo admitir el nombre de Vago. Me cuesta nombrarlo a causa de otro adjetivo que me viene a la mente: holgazán, pero holgazán tiene una acepción que implica un acto volitivo de no querer trabajar. O sea que un holgazán es una persona que desea ser inactiva. Y vago no implica en sí el deseo de no trabajar. Es: la inactividad sin más.

No podré plasmar en mi escrito su personalidad ni hacerlo protagonista si no capto su esencia. Y su esencia es el nombre que me dio como respuesta a su actitud, a la que él llamó profesión: Vago. Pensando que vago es vago, deduzco que en sí mismo lleva su naturaleza.

Desde lejos, antes de llegar, lo veo en su silla. Se me ha anticipado.

Camino por el exterior de los porches para que no me descubra. Me apetece observarlo. Ya sé que tiene los ojos entrecerrados y se comporta como si no viera, pero creo que es una persona y que, como todas, percibe lo que se le pone delante.

Me acerco a su mesa sigilosamente y me coloco donde ayer.

—Buenos días —saludo como si me asombrara.

Heilota rompe este momento sorpresivo porque se acerca como si esta fuera la primera vez que me viera, pero me recuerda y me oferta:

— Buenos días. ¿Tomará lo mismo de ayer o desea otra cosa?

—Sí gracias, lo mismo de ayer.

La deferencia y la educación se mantienen. Ya comenzaba a sospechar que su comportamiento habría sido una interpretación del primer día, pero no, mantiene su actitud servicial y respetuosa.

Veo los ojos del Vago que se abren y miran. Son ojos oscuros que elevan el iris. Me recuerda cuando miro por un telescopio cuyo ocular apoyo en el hueso de la ceja y levanto la vista en un ángulo forzado. No es que mire hacia arriba, sino que el globo ocular se levanta y deja asomar por debajo la parte blanca.

Esta acción le da un aspecto de relevancia que, sumada a su cabello y a su barba imponente, crea una imagen de extravagante autoridad, evasiva y fastidiosa. Las cejas se arquean como si aparaguaran sus ojos. Su frente crece hasta esconderse en la abundancia de su cabello y no se ven las orejas por la maraña de pelo y barba.

Heilota nos coloca nuestro desayuno, hemos coincidido.

Ambos damos el primer sorbo al café, y el primer bocado al churro.

Él, como lo vi ayer, vacía un chorrillo de café en su boca y con la misma parsimonia que se ha llevado la taza, levanta el churro y lo rompe entre sus dientes.

Dejo de mirarle porque los ojos que miran sin hablar son descarados. Ante él necesito una atmósfera de serenidad y tranquilidad.

—Ayer me decía algo así como que Dios es un vago. Pero a mí me cuesta admitirlo.

—Sí. ¡Créalo usted!

—Pero a Dios, que trabajó duramente para crear el mundo, no lo podemos llamar vago.

—Yo no engaño. Nunca engaño. No trabajó tanto, primero partió el caos en dos, aguas por un lado y tierra por otro, y se fue a dormir.

Como calla y no sigue con sus explicaciones, intervengo.

—No puede negar que eso supone un esfuerzo enorme. Escurrir el agua del barro y sacar el aire de las burbujas, ¿no cree usted que es una acción muy lenta y laboriosa?

Actúo con mis manos inconscientemente como si escurriera la toalla que en un descuido se hubiera mojado en el lavabo.

—No interprete, y óigame. Después se monta lo de los microbios, y los esparce por aquí y por allá, como quien siembra a voleo. Y se fue a descansar hasta el día siguiente.

—Otra cosa más que supone fatiga porque...

No me deja terminar la frase, rápidamente me corta...

—No le acepto que me diga que eso significa sudor ni cansancio. ¿Unos seres enanísimos creando un problema a Dios? ¡Habrase visto! No aumente las cosas ni las exagere, no me venga con hipérbolos.

Tampoco ahora me permite hablar. Respira con la lentitud de sus apodácticas palabras.

—Después organiza cada día una cosa, de mayor a menor envergadura, y a descansar. ¡Un vago! ¿Qué sudoroso y fatigoso esfuerzo le supondría crear a un hombre junto a un río,

con barro? ¡Con el barro que tenía a sus pies, en la misma ribera! ¿Y a la mujer?, ¡ni se molestó en agacharse para coger otro puñado de barro!, la confeccionó con la costilla del hombre y descansó. Ni siquiera se lavó las manos.

—Me deja perplejo con su teoría —consigo decir.

—Créame. Hágame caso. ¿O cree que tirar un ascua incandescente al cielo para hacer el sol es una proeza?

—¿Y la luna y las estrellas? —De un golpe he ampliado la pregunta. Si me mirara y pudiera comunicarle ocularmente mis respetos no me encontraría tan incómodo.

—Usted, es que no ha visto arder una hoguera ni ha visto cómo suelta chispas, ¿o qué?

—Sí, sí he visto arder una hoguera y soltar chispas —la celeridad de mi frase tiene cabida porque no quiero quedar como un ignorante.

—¿Y usted cree que es una victoria dejar los nombres de las criaturas en manos de terceros? Dígame, ¿eso es propio de un trabajador o es natural de un vago? Y estos, siguiendo las maneras del ocioso creador, inventarán el bautismo para nominar a los individuos. ¡Esto solo se puede interpretar como consecuencia de la pereza de Dios!

—Pero es normal que los padres identifiquen a sus hijos —tímidamente y un poco asustado he susurrado.

—Eso digo yo, si Dios es padre creador a qué esperó dejando en manos de Adán y Eva el nombre de montañas y valles, de animales y plantas, hasta de los minerales y de las piedras. ¿Eso es de ser activo y trabajador?

Me quedo callado, atajado en mis conocimientos de cosmogonía. Mi estupor y mi sobresalto deben haberme transformado el gesto, porque me dice:

—¡No sé por qué me mira de esa manera! Como si no tuviera razón. ¡Yo siempre tengo razón!

—¿Por qué repite sus afirmaciones dos veces? Perdone mi atrevimiento pero me llama la atención su afán por tener razón. Reiterativamente además.

Dejo de lado mi concepción de la cosmogonía y sigo confundido por su rotundidad.

—Porque usted es un incrédulo que no acepta mi ciencia, que siempre la pone en duda, por eso repito y repito. Y para que se convenza de cuanto le digo, y de que mi conclusión es verídica e indiscutible confirmo que: ¡Hace millones de millones de años que Dios vaguea! No es que esté inactivo, es que se ha sentado en su sillón y no se mueve ¡Créalo! ¡Es verdad!

Dicho esto adopta su introspección, o su soledad personal. No sé cómo describir su actitud. Pero si es de profesión vago, no puede mantener activo el pensamiento ni el recuerdo ni la voluntad.

Ahora que se ha callado, lo contemplo con descaro, porque pretendo comprobar si sus formas, su proceder, su aspecto, en fin, su persona crearían el personaje que me fascinaría y que por su doctrina generaría un argumento atractivo.

Heilota retira los cubiertos. Miro primero al Vago, y luego a Heilota. La vagancia y la actividad. Dos profesiones encontradas.

—¡Gracias! —le digo.

—No debe agradecerme nada. Hago mi trabajo. Desempeño mi oficio.

Ha adivinado lo que se esconde detrás de mi mirada. La tengo tan cargada de interrogaciones y de conjeturas que es como un altavoz.

—Ojalá pudiera realizar con su mismo esmero y facilidad esta profesión nueva.

—Todo tiene sus trucos, yo solo actúo y cumplo con mi oficio. Y por lo que veo usted como escritor tiene los suyos muy bien estudiados y también los practica.

—Amigo Heilota. No tengo ningún estudio, ni preparación ni experiencia.

—Pues es usted muy intuitivo. Ha mantenido despierto y locuaz a nuestro amigo el Vago.

A la mañana siguiente con el mismo y rutinario ceremonial retomamos nuestra comunicación.

Solo la ha alterado el saludo de buenos días que nos ha dado Heilota:

—Buenos días tengan ustedes.

No ha especificado, da por hecho que deberíamos sentarnos juntos. Ya sabe de nuestros gustos y tras acondicionarnos con el servicio se retira dignamente.

—Ayer, tras esa exposición creacionista usted la terminaba denominando a Dios como un ser vago. Que tantos trillones de años sin hacer nada lo hacían merecer el apodo de vago: esa era su teoría.

—Claro, si aceptamos la definición de vago como la de un ser ausente y desocupado. Ahí está Dios —me contesta.

—Pero ¿y el empeño en hacerme ver y creer esa definición suya, perdón, ese estatismo vacuo en el que se encuentra Dios....?

—Entendámonos, a mí me parece que está en un trono, muy bien atendido, pero sin nada que hacer. Como yo, bien sentado y ejerciendo de vago. Cada uno disfrutamos de nuestro cómodo no hacer y manteniendo la misma postura.

He notado que le gusta intensificar la voz en determinadas palabras, dotándolas de mayor sonido sin hacer el paripé de las manos. Evita toda gesticulación y sobre todo el gesto teatral de los brazos en alto moviendo los dedos como entrecomillando al pronunciarlas para darles importancia, pero claro esas actividades descompondrían su vagancia.

—Sigue con ese empeño de que Dios es un vago. ¿Por qué? —Esta mañana me he convertido en un osado preguntador.

—Porque me interesa.

Me paraliza. ¡Crac! Chasquean los huesos de mi cráneo. Mi mente se detiene. Casi me hace caer al suelo, rota la silla y falta de apoyos. Si he de aceptar toda esa teoría del mito de la creación como justificación personal, mis ansias de ser escritor se desmoronan.

Me mira sonriente pero, no, no me mira, porque, como siempre, tiene la vista ausente perdida en el infinito.

Este instante de rareza y de apatía me hace revisar los ratos de conversación, y compruebo que no me ha mirado nunca. Siempre dirigía sus ojos a mi alrededor o elevados por encima de mi cabeza, con la vista perdida y con ojos hueros. Me dirigía sus palabras, sí, pero eludía el contacto visual, el mensaje de los ojos.

En este chusco momento, no sé si guasón o mordaz, quedo suspendido en la duda: ¿habrá dado importancia a mi persona? ¿O seré un ser invisible y anodino?

—Es una manera peculiar la suya de pensar y ver la realidad de Dios —digo sin hacer patentes los celos que motivan sus ojos insulsos.

—¡Dios no existe! ¡Ohj, ohj, ohj!

Y suelta una carcajada. Unos sonidos que vuelven hacia su interior, tragándose su propia risa.

Habla sin verme y se ríe para él mismo. Sigo en la incertidumbre de si me quiere tomar el pelo y se hace el gracioso, o si es un juego para inquietarme.

—¿Y por qué no existe Dios? —Pregunto con disimulada tensión y desconcierto.

Repite su carcajada interior; eso me parece por los movimientos corporales como si la alojara en el estómago y se alimentara de ella.

—¡Ohj, ohj, ohj! Eso es lo que usted ha interpretado. ¿O no es así? Si yo digo una cosa, usted, como escritor, debe darle la importancia que le doy e instalarla en el momento en que la digo.

Crece mi confusión y con reparo, por si pudiera ofenderle, continúo con mi investigación.

—¡Ciertamente! Pero si deduzco y resumo sus palabras: «Dios es un vago», y que a usted «le interesa que Dios sea vago» porque eso justifica su profesión, y después apostilla que «Dios no existe». ¿Cómo puedo interpretar esa contradicción?

He hecho patente mi duda, aunque continúe con mi deseo de no molestar debo aclarar sus opiniones.

—A usted le corresponde manejar mis inclinaciones y teorías de la manera que le exija mi personaje y que mejor se adapte a su pretensión de escritor —y con gran énfasis y casi pregonándolo dice—: Le estoy poniendo un personaje en las manos. Veamos. ¿Cuánto hace que es escritor?

—Tres días.

—¿Y no ha escrito ningún libro?

—No. Ninguno todavía.

—Entonces ¿cómo sabe que lo es?

—Porque al despertar sentí un deseo irreprimible de serlo. Tal vez un ensueño me determinó y obligó a aceptar esta profesión.

—¡Ohj, ohj, ohj! Usted, sí. Usted tiene la obligación de creer en Dios. Sin género de duda. Porque ha decidido ser escritor movido por un sueño, y los sueños pueden ser dictaminados por Dios. Aunque, claro, realizarlo corre de su cuenta y riesgo —ve mi cara de escéptico y con su sonrisa tragada, ohj, ohj, ohj, me da su explicación—. Usted necesita a un Dios revelador. Dios o Zeus o como quiera nombrarlo, pero un Dios hablador e indiscreto que le cuente cosas, ya que él le ha clavado el dardo de la escritura. A mí me sirve para ser vago; a usted para ser escritor.

—Pero son falsas interpretaciones y además egoístas.

—¡Qué va! Dios es como nosotros, no al revés, aunque para el caso qué más da, por eso lo podemos aceptar y darle una imagen. De otra manera sería imposible creer en él.

—Bueno, me disculpará, pero con tanto hablar de Dios he perdido el hilo de mis investigaciones.

—Se nota que es primerizo. Con todo lo que hemos hablado, con la excusa de Dios, habrá comprendido que yo no he hecho otra cosa que exponerle mi personalidad. Mis virtudes y defectos, mi grandeza espiritual... Aquí delante tiene la figura del protagonista.

—¿Usted cree que me puede servir?

—¿Es escritor o no? —vuelve a interpelarme como si dudara de mis pretensiones— Me he desnudado delante de usted para que, desde esa perspectiva, considere las transformaciones e innovaciones que debería hacer para acoplarme y desarrollarme en su relato.

—Sí, pero debería indagar más. No tengo a ningún otro con quien compararlo.

—Con Dios. Compáreme con Dios y haga lo que quiera.

Se ríe de mí. Yo me empequeñezco cada vez más. ¿Qué idea estaría dejando ante él? Un escritor indeciso, dudoso, sin ideas previas, ¡ni propias!

Se pone serio. Si no fuera por su profesión de vago, se habría movido y me habría dado un golpe en el hombro para tranquilizarme. La inseguridad y la desconfianza que me van dominando se habrían relajado por completo.

Los ojos con su mirada vagando por no se sabe dónde no aportan un guiño atractivo ni una señal de acercamiento. Caigo en la cuenta de que esa postura de ojos elevados, ese vagabundear, solo responde a su propia introspección, se mira a sí mismo desde distintos ángulos.

Los aromas son los exhalados por el café, su voz ya la he definido entre gutural y nasal, y su risa ahogada se cobija en su estómago.

El tacto, la caricia, el golpecito en el hombro tendrían un sentido afectuoso, pero no suceden. Eso me aliviaría. Olvido aquel primer tropiezo al doblar una esquina, porque ocurrió sin más y concluyó en una huida, pero este encuentro me cae encima con gran conmoción.

—No sabré obedecerle —otra vez sale mi atrevimiento insubordinado.

—Relájese. No se tome en serio todas mis fantasías. ¿O cree que no son espejismos cuanto le he contado hasta ahora? Puede pensar que son jactancias, pero tampoco. Ni vanidad. Solo es deseo de presentarme para que me acepte como protagonista.

—No sé, me hace dudar. Me siento frágil y torpe.

—¡Claro! Vaya a su casa, a su estudio, tome la pluma y haga un resumen de cuanto ha aprendido o ha encontrado en estos días en que ha vivido dominado por el deseo de ser escritor. ¡Mañana lo espero!

Y se esfuma. No es el espíritu de Aladino que se instala en la lámpara. Ni el genio que habita el cuerpo del guerrero y que en la derrota lo abandona. Ni tampoco la suerte del mago al que en una noche fatídica se le caen las cartas y se le ve la trampa, o el tahúr que en una partida adversa le ganan.

Sigue delante de mí, ajeno y extasiado, casi diría que privado. Aunque no sé de qué estará privado si no necesita de nada; digo privado por dormido, embelesado, ausente. Con su soledad y su ensueño se conforma y configura su vagancia.

¿Puede sufrir, agobiarse o confundirse quien está satisfecho de sí mismo? ¿Qué necesita quien no quiere más de lo que tiene?

Lo admiro. Si hubiera algo que lo contradijera, simplemente con algo que tropezara ¿cambiaría de método o se acomodaría a esas otras convicciones? Dudo que algo le hiciera torcer el rumbo.

Heilota vuelve a acompañarme. Se congratula conmigo.

Me anima porque se admira de que mantenga despierto y parlanchín al Vago.

Y yo me pregunto: ¿no confundirá a Dios con Hipnos que reposa y duerme, que vive en una duermevela inconsciente? No creo que esté hipnotizado aunque duerma. Pero cuando me habla: sabe, conoce y entiende, no está apático. Se sobra de ideas. Está muy vivo...

Al pensar en esto me parece lógico que desee buscar un justificante que avale su indolencia, interpretando, o más bien equiparándose a Dios.

De nada me ha servido el bloc ni el bolígrafo en esta confundida mañana.

No los he recordado, ni me han tropezado en los dedos. Ni siquiera el bolsillo ha hecho bulto con la libreta. Me siento olvidadizo y novato.

Heilota me sirve una cerveza y me sugiere que no me amilane ante el Vago. Cuando lo vio llegar la primera vez, comprobó su inestabilidad, pero como camarero se comprometió; observó su aparente huída de la realidad, pero también que era falso ese alejamiento porque, cuando llegaba, dejaba sobre la mesa el precio justo del desayuno, y, después, avanzada la mañana, volvía a depositar otra cantidad, la exacta para el vermut. Que en un momento determinado se retiraba abriendo un paréntesis de dos horas. Volvía para tomarse el café, y, al atardecer, un vino blanco. No es un hombre abstracto, es alguien real. Va y viene, bebe y come.

Esto me cuenta Heilota y me tranquiliza.

Y con la venia de Heilota que me ve alejarme, vestido con mi apocamiento voy decidido a escribir algo. Unas notas que definan al menos el carácter de estos tres personajes que han irrumpido en mi vida: uno esquivo y huidizo y los otros dos muy positivos y colaboradores.

Voy dejando constancia en el ordenador, soy de teclado porque facilita el borrado de frases y de palabras, coopera con la corrección ortográfica y permite hacerlo todo sin tener que tachar o cambiar de folio a pesar del cúmulo de errores posible.

Cada frase, cada párrafo me atavían con un ropaje protector, me prestan seguridad y confirman el cumplimiento del compromiso aceptado.

Estoy más animado, no es que hubiera perdido la ilusión, sino que me desconcertaba eso de aceptar al Vago como protagonista. Hasta que no he tecleado estos apuntes en el ordenador y he dormido no se han asentado las tres figuras, bueno dos más bien. Al releer las reconozco, no las necesito imaginar, las veo en su realidad y eso me empuja a acudir otra mañana a encontrarme con ellas. Comprometeré a Heilota para que seleccione a alguno de sus clientes y me los haga conocer.

Tomo asiento donde siempre, quiero decir, donde estos días.

—Ya he puesto en orden las ideas. Bueno, la personalidad que podría facilitarme datos y me guiaría en mi trabajo —le comento sin decir su nombre que mentalmente evoco como «el Vago».

—Eso está muy bien. Ya le dije que, sin haber escrito algo, no lo tendría claro y se descorazonaría.

—No. Hablando con usted es imposible abandonar —lo alabo porque lo necesito.

—Yo le presto mi personalidad, pero no la cargue con mucho peso. Mis hombros son débiles y estrechos. De manera que podrían doblarse o dejar escurrir la carga.

Ríe con las consabidas características. No echa al viento su risotada sino que se alimenta con ella, no es silente sino cacofónica y se nota cómo la absorbe.

—No sé si usted conoce los pasos que hay que dar, pero cuando me fui ayer, no me sentía nada seguro.

—Eso es natural, hasta que no se escribe no se es escritor —el Vago confirma su lección.

—Uno se siente tan arrebatado cuando toma la decisión, cuando siente el rayo que atraviesa su persona que no puede evitar que todo el mundo le parezca un pastizal del que alimentarse —a veces, no sé de dónde me salen las palabras ni las metáforas.

—Sí. La inclinación a escribir. Sí, claro, impuesta por un rayo que ilumina dentro de los sueños. Pero eso de quitar el hambre..., comer y vestir, ya es otra cosa.

—¿Eso, no le pasa a usted? No veo que se mueva del sillón y, sin embargo, siempre tiene sus bebidas a punto.

—¡Ohj, ohj, ohj! Todos guardamos nuestros secretos. No es que los escondamos, sino que los protegemos como tesoros.

—Creo que yo no tengo ninguno.

—Usted nos ha contado su vocación naciente sin remilgos ni fingimientos, sin avergonzarse de no haber escrito ningún libro. Pero desde el momento en que tomó la decisión parece haber borrado su vida anterior.

—No. No la he borrado, simplemente desisto de ella. No la necesito.

—Parece que habla con palabras de escritor. Desistir: apartarse de una empresa o de algo... Ha creado una frontera y ha abandonado su vida pasada. Empresa difícil y ardua.

—Vaya, sus palabras me inquietan. Pero, en fin, cada uno decide lo que decide. Esa es la libertad y hay que apechugar con lo elegido. A usted no sé si le habrá pasado lo mismo, porque si no hace nada, ¡pero nada!, no sabemos de dónde le fluye el dinero para pagarse las consumiciones y la ropa que viste —no me acobardo y si él me ataca, yo respondo.

—Es buena tela. Ya lo ha visto. Y los zapatos de piel pura y suave. Todo es fruto de mi secreto.

—¿No nos lo dirá? ¿No dejará caer unas migajas de su tesoro?

He empleado el plural «no sabemos de dónde le fluye» y «¿no nos lo dirá?» porque Heilota, el camarero, se ha apostado en el quicio más cercano a nosotros de manera que puede escucharnos. Además, implícitamente, con mis comentarios y preguntas es como si le hubiera dado permiso para que se enterara de cuanto hablamos.

—Sí hombre, sí. ¡Ohj, ohj, ohj! —Ríe como siempre, sin atragantarse nunca, al parecer tiene un grueso esófago—. Tuve... Creé, mejor dicho, una gran empresa productiva y provechosa. Busqué un buen personal. No solo trabajador sino que intuyera y comprendiera el desarrollo y la continuidad de la misma. Ya hace mucho que funcionan sin que yo supervise los nuevos proyectos. Se han integrado de tal manera que adivinan mis deseos con solo evocarme. Por eso me puedo dormir en los laureles. Y aquí estoy ejerciendo de vago. ¿Qué otra cosa puedo decirte para que lo entiendas sino que mi vaguicie necesita a Dios como colega?

—Es un ejemplo a seguir —le sigo la corriente—. Pero no tengo conocimientos suficientes y, por tanto, carezco de sensibilidad para encontrar personas con cualidades similares.

—Sí. Sí los encontrará, es cuestión de no desistir. Piense que acaba de comenzar y ya me ha encontrado a mí. Yo puedo ser una personalidad, un protagonista excelente, pero no un ser único

Me quedo boquiabierto, miro en derredor y tropiezo con la sonrisa de Heilota que afirma con la cabeza. Interpreto que me dice que sí, que lo acepte.

—No soy tan soberbio ni tan vanidoso como para decirle que no puede encontrar a nadie mejor —continúa su exhibición el Vago—. Pero sí puedo decirle que nadie será tan desinteresado. Habrá comprobado que soy un poco egocéntrico al comportarme con tanto sigilo y tan ensimismado como si nada me importara. Pero bueno, no necesito de nada, por eso me puedo ofrecer yo mismo como un globo completo y complejo para solucionarle la búsqueda. Sin coste económico.

—¿Cómo que para solucionarle la búsqueda?

—¡Sí! Ya se ha tropezado conmigo. Solo tiene que emplearme en su escrito. Pero le pongo dos condiciones. La primera: que la protagonista, la mujer que se acerque a mí, sea guapa, atractiva y sexi. ¡Ohj, ohj, ohj!

—¿Y la segunda condición?

—Que me visite con frecuencia para que controle cómo lleva la investigación y desarrollo de su novela. Otra tercera cosa que no es imprescindible: necesito saber su nombre para mayor confianza.

—Apuleyo Tomás y Lorenza.

—¡Ohj, ohj, ohj, ohj! ¿El del Asno de oro?

—No. Pero no me importaría ser capaz de metamorfosear a alguien.

—A mí, ni se le ocurra.

—Y, a la recíproca, usted debería decirnos su gracia.

—Se nota que vienes del pueblo. Ya nadie pide que se diga la gracia. Muy pocos saben que «gracia» empleada en esta frase significa el nombre —tal vez por pensar en mis orígenes haya cambiado el usted por el tú, A mí me da igual, solo deseo sus aportaciones, penetrar en su vida y secretos. Escribiré una obra basada en su realidad.

Tuerce la cabeza a derecha e izquierda. No sé qué quiere observar, si hay gente escuchando, o simplemente para cerciorarse de que lo oímos Heilota y yo. Hasta ahora no le importaban quienes ocuparan las otras mesas. Pero en este momento parece que se quiere cerciorar por si algo fallara.

—Augusto Benito y Sagrado.

De una pieza quedamos los dos. Me refiero a Heilota y a mí. Si hubiera dicho Cesar y Romano, habríamos comprendido mejor su nombre. Pero así Augusto Benito y Sagrado, o sea que ya ha llegado a santificarse, Sagrado, como el Cesar Augusto, pasando por Benito o Benedicto, bien dicho o bien hablado. Ese nombre y sus apellidos me crean un gran respeto y despiertan algo así como devoción, es decir: apego y fidelidad. Por un momento dudo: ¿Sería este mi cliente? ¿O se apoderaría de mí y se convertiría en mi innovador?

Lo miro descaradamente como he aprendido a mirar desde que he decidido ser escritor. Todo, tengo que captar todo, incluso llegando a ser insolente. No debo dejar nada al azar. Tendré que aceptar que un Augusto no puede ser cautivo y encarcelado en las letras de unos pocos folios. ¡Y menos con esos apellidos! ¿Me atreveré con él?

—Bien —me dice—, ahora que ya nos conocemos, debemos relacionarnos para crear una sociedad y llevar a cabo tu misión.

—¿Y cuál es mi misión? —Pregunto sorprendido, como si no lo supiera.

—La de escribir un libro.

—¿Acaso no me basto yo solo?

—Tus palabras fueron que buscabas un cliente para moldearlo, acomodarlo a tu gusto y forma, y que lo querías con un carácter y unas cualidades que te permitieran trabajar con él.

Sigo asombrado de cómo recuerda mis propósitos.

—Sí, eso dije y es verdad.

—Muy bien, yo te ofrezco además: investigación, desarrollo, e innovación.

Me deja intrigado con estas palabras, no acabo de entender qué me quiere decir, no sé cómo interpretarlas. A veces las palabras según quién las pronuncia tienen un significado más preciso o más difuso. Por eso abro la boca para decirle que sí, aunque debo indagar más, pensando que tal vez encontraría a alguien que me reportara más posibilidades o no sabía qué otras informaciones o propuestas, pero con alguien más me debería tropezar... Y sin descubrirlo en voz alta pienso: Una mujer por ejemplo.

Aún no he acabado en mi reflexión y ya se ha desligado de la tertulia, o debería decir de nuestro coloquio, y se ha embutido en su mundo.

—¡Apuleyo!

Me llama Heilota, que también se ha enterado de mi nombre, me detiene cuando me acerco al baño y me pregunta.

—¿Qué es eso del Asno de oro?

—Una novela que escribió un escritor romano hace muchísimos años, y que se llamaba Apuleyo, como yo.

—¿Y de qué trataba?

Heilota, el camarero, continúa atendiendo a los clientes con su característico respeto y atención, pero ya hemos entrado en tal relación de confianza que puede permitirse el lujo de dirigirse a mí con esta naturalidad.

—De una metamorfosis —le digo—. De cómo una bruja transforma a un joven en un asno. Como joven piensa, sabe y conoce, pero como burro no puede hablar, solo rebuznar y

cocear. A las preguntas del dueño contesta rebuznando, pateando o coceando. Valiéndose de esta argucia el dueño lo utiliza para sacar dinero, por eso es de oro, hasta que otra bruja o una diosa, ya no recuerdo muy bien, lo libera del hechizo, o de la metamorfosis, como he dicho al principio.

—¿Y no puede hacer un escritor actual eso de metamorfosear?

—Es imposible. Cuando creas un personaje, lo concibes como persona que arrulla a su gato, que acaricia a su perro o que monta sobre su burro, pero no puedes hacer el milagro de cambiar a los personajes en animales.

—Pero, ahí están los dibujos animados.

—Eso es distinto, ahí se personifica a los animales.

—Y ¿qué tal si animaláramos a las personas?

—Que sería de mal gusto.

—Y qué más da tener a un vago adormilado en una mesa que a un oso perezoso. Para el caso solo es cuestión de entrecerrar los ojos y ¡ya está!

—Eso es una broma dicha entre buenos amigos, pero se queda en eso, en una broma.

Según recoge los cubiertos le pido que si hubiese alguna persona masculina o femenina que mereciera la pena y que cupiera entre los personajes que busco, que me avisara.

—¿Y cómo sé que merecen la pena?

—Usa tus dotes de buen observador, y encontrarás a una belleza, a alguien con una característica peculiar, incluso un tic... No sé, alguna rareza digna de reseñar.

—Pues sí que lo haré.

—Los días que no acuda a tomar un café o una cerveza, te llamaré —termino diciéndole.

Heilota entra en el local, se acerca a la barra, toma una tarjeta y al salir me la entrega.

—Llámeme a este número. Aquí me encontrará siempre. En las horas de trabajo, claro está. Cerramos muy tarde.

No puedo quedar más satisfecho con él y su disposición.

Cada vez me da más faena apuntar los aconteceres del día, porque los temas se amplían y es muy delicado seleccionar. Sobre todo, sin tener muy claro de qué voy a tratar ni si este personaje será el definitivo.

Heilota también está tomando un relieve peculiar. Casi aparece más veces que el Vago, aunque con este tenga tertulias más largas y enjundiosas.

Tendré que hacer un esfuerzo y apropiarme de su nombre: Augusto. Si no, acabaré convirtiendo en rutinario su apodo. Es decir que «el Vago» me dominará.

Estoy satisfecho, apenas he comenzado y ya tengo un posible personaje que investigar y un secundario muy colaborador. Pero con dos personajes se anda, claro está que se anda, pero una mesa no se tiene de pié, necesita al menos tres patas. Si hubiera conseguido llamar la atención de aquel con quien tropecé y huyó ya se mantendría el escrito e iría tomando forma. Pero a aquel no puedo seguirle la pista.

El detalle de Heilota con la tarjeta ha sido aleccionador. Soy aprendiz y, cualquier detalle que me sugieran, debo aceptarlo, y llevarlo a la práctica. Me acercaré a una imprenta para que me hagan alguna en que aparezca mi nombre y mis pretensiones.

El quiosquero donde compro la prensa me proporciona una dirección, acudo, les comento y los veo anotar. Han escrito mi nombre, dirección y teléfono; debajo, en letras que resaltan, mi profesión: ESCRITOR (en letras mayúsculas, naturalmente). Y en el dorso: Necesita clientes que le aporten ideas para escribir una novela.

El impresor me discute lo de la palabra clientes y le explico lo del peluquero.

—O sea que usted les va a cambiar de look constantemente.

—Solo cuando sea necesario, y para eso tendrían que moverse por mi proximidad para que pudiera comprobar cómo les crece el cabello, si lo mantienen de su color o si les salen canas, en fin, esos cambios que pueden sufrir con la edad, o si se lo revuelve el viento.

—Siendo así, me parece muy bien.

Actúo como hace don Augusto: Pongo el dinero que me presupuesta sobre la mesa y a la hora tengo en mis manos un par de cajitas llenas de tarjetas. Contemplo con fruición una de ellas y admiro la limpieza, cómo resaltan las letras negras sobre el fondo blanco. Me despido y me lanzo a la calle.

Aunque me haya investido de escritor, nadie me conoce. Nadie camina apuntándome con el dedo:

—¡Mira! ¡Por ahí va un escritor!

Nadie sabe tampoco que en mi bolsillo porto documentos acreditativos. En el momento menos pensado comenzaré a proclamar mi identidad con estas octavillas de ochenta y cinco por cincuenta y cinco milímetros.

Y así lo hago. Comienzo a entregar tarjetas, para que se enteren quién soy.

En principio pienso que, como todos van con la mano en la oreja soportando el móvil, no tendrán manera de leer mi misiva y menos aún de darle la vuelta para averiguar lo escrito en el dorso.

Tan comprometido estoy que solo pienso en los que la cogen y la llevan en su mano, la guardan en su cartera o en su bolso y en mi imaginación los señalo como lectores, o quizás de posibles colaboradores.

No tardo en sufrir una desilusión. Un porcentaje no menor la mantiene en su mano hasta la primera papelera que encuentra y la tira en ella.

Localizo las dos papeleras más cercanas, una delante de mí y otra detrás. De vez en cuando, me doy una vuelta para recogerlas. Estoy tan entregado a esta misión propagandística que no me preocupa ni me humilla que me vean recuperándolas. Esas que rescato serían votos negativos...

A partir de esta doble realidad, comienzo a sacar conclusiones: contabilizaré las tarjetas recuperadas, los cotejaré con las entregadas y haré una estadística. Como me urge esta comprobación, así, a bulto, hago un cálculo e intento deducir cuántos posibles copartícipes tendré...

—¿Compra oro?

Una voz interrumpe mis cálculos. Miro al dueño de esa pregunta con descaro y estupor. Descaro porque él también me mira así, y con asombro y desconcierto porque nunca sospeché que tuviera apariencia de comprador de oro.

—¡¡No señor!! ¡No compro oro! —le contesto con sequedad, tanta, que no le alargo la tarjeta para que supiera quién soy, qué pretendo estando allí.

—Como está donde siempre se ponían unos que sí lo compraban, yo pensé que usted también...

—¡Pues no señor, no compro, no soy aquel...!

Se marcha huidizo, espantado. Siento un enorme desprecio, un desdén y un ultraje con su pregunta.

Continúo a lo mío, recontando las tarjetas aceptadas. Hasta que veo por la acera de enfrente a alguien que me mira intensamente, reflexivamente, que cruza la calle y se acerca.

—Usted parece que es de los que compran oro —otro atrevido y descarado preguntón.

—¡No señor! No compro oro —este también me ha investido de mercader, tendré que acudir a algún sastre para que me haga un traje identificativo para que no me confundan.

—Pensé que había sustituido al del mes pasado, por eso me he dicho: aquí se presenta tu oportunidad.

Me llama la atención que hayan sido dos los que se han acercado con el mismo objetivo y me nace la curiosidad. Puede ser interesante, pienso, un escritor indagando, sonsacando a un transeúnte que no se percata de qué profesión se viste el personaje al que se dirige.

—¿La oportunidad de qué? —le exijo la explicación.

—Es que tengo unos anillos de oro y una pulsera...

—Podría esperar otro momento para deshacerse de esas joyas.

—Es que me recuerdan constantemente a mi mujer.

—Mejor, así no la echará de menos.

—Es que falleció hace un año.

—Lo siento, le acompaño en el sentimiento —digo con cara apesadumbrada.

—No se preocupe. Ya sufro yo la soledad.

Le doy un golpecito en la espalda pensando que quizás se llamaría Soledad su mujer y le repito que no compro oro; que otro día estará el comprador; que hoy le toca esta esquina a un escritor que todavía no ha escrito ningún libro pero que lo va inventando según tropieza a unos y a otros.

Este que me ha afligido con su pena bien podría darme un empujón con su tristeza y su afán de librarse de las joyas. Rellenaría un par de capítulos, aunque no sacaría mucho del primero al que espanté con viento fresco. Me había aturdido que me tratara como un comprador aunque fuera de oro. Cómo puede confundirse a un escritor con un comprador. Qué poca cultura. Al segundo, como ya estaba adoctrinado, le he permitido que se explayara. Pobre, era viudo, pero muy mal eso de desprenderse de las joyas de su mujer. ¿Es que la quiere olvidar? Con un poco de imaginación podría relatar un par de capítulos valorando la espontaneidad con que se lanzan algunos individuos para vender sus tesoros.

Cuando se alejan vuelvo a lo mío. Yo, digamos que compro otras cosas: una personalidad y unas ideas. Estas del oro no me seducen.

Sigue la gente con la mano en el oído, los móviles como orejeras, aunque algunos lo llevan como un bocadillo a punto de morderlo, y hablan y hablan. Estos aparatos cuelgan de la percha de sus pendientes. Además tienen que hacerse campana con las manos para acallar los ruidos del ambiente.

De repente suena un timbre. Si estuviera en casa correría a descolgar el teléfono. Pero aquí, en plena calle se me hace raro, y más raro aún porque todos llevan el suyo ocupado. Ninguno mueve su mano libre en busca de un segundo móvil.

Noto una vibración coincidente con los timbrazos. Me roza la pierna, ese temblor percute en ella a la altura del bolsillo derecho. Meto la mano y encuentro un móvil.

—Sí. ¿Dígame?

—Buenos días, Apuleyo. Soy Heilota.

—Hola, sí, ya te he conocido —me asalta un convulsivo golpe de hombros, casi una tiritona, como si el asombro de la llamada brincara en ellos. Lo he llevado a la oreja por mimetismo, inconscientemente, como cualquiera de los viandantes.

—Me manda don Augusto, el Vago, que le llame y le diga que venga cuanto antes.

—Enseguida voy, estoy aquí en la calle de don Jaime. En un momento aparezco.

Voy caminando en dirección a la plaza de España y en el cristal de un escaparate veo una rareza con el rabillo del ojo, desando dos pasos, vuelvo a mirar y me veo. Me veo a mí mismo, a mi persona con un móvil en la oreja. Ya soy como todo el mundo, ya no me diferencio. Yo que pensaba que tendría aspecto de escritor, lo he perdido. Yo que pensaba que se nos vería con una imagen característica, distintiva, me veo como uno más. ¡Qué desilusión! Y con la mano en la oreja. Como para no parecerme a cualquier comprador de oro.

—Oye, Heilota, yo no tenía móvil, no he comprado ninguno. Cómo demonios ha venido a parar este aparato a mi bolsillo.

—Lo metí yo.

—¡Cómo que lo metiste tú!

—Sí, cuando le entregué nuestra tarjeta. Él, don Augusto, quería tener la posibilidad de llamarlo cuando le pareciera bien. Y a mí también me venía de perlas para contarle mis descubrimientos.

—Muy bien, entendido, enseguida estoy allí.

Pero no es enseguida, porque una muchacha en edad laboral se me acerca.

—He visto que reparte tarjetas para algún trabajo. Yo necesito una colocación. He sido costurera, planchadora, telefonista, recepcionista en un hotel, pinche de cocina y camarera.

—No, no necesito ninguna operaria. Yo soy un escritor y busco a alguien peculiar, con una idiosincrasia que me proporcione ideas y tenga una complejidad literaria con la que componer una novela.

—¿Pero no ha escuchado la cantidad de actividades laborales que he realizado? ¿Las aptitudes que poseo? Soy agraciada de físico, míreme de perfil, escuche mi voz, ¡a que es armoniosa! También canto bien y sé de memoria un montón de poesías.

—No me ha comprendido, yo solo escribo y quiero a alguien que me preste su experiencia para relatarla, no para que me recite poesías.

—¿Es que no ha escuchado los lugares que he recorrido y los oficios por los que he pasado? ¿Piensa que no he aprendido nada? ¿Que he vivido de bóbilis, bóbilis...?

—Tal vez no me he explicado bien. Tenga mi tarjeta con mi dirección y teléfono por si necesita cumplimentar mi invitación. Ahí tiene mi dirección y mi teléfono. La recibiré gustoso en esa dirección.

—¡Eh, eh, eh! ¡Alto el carro! Levante sus ojos de mis tetas y míreme a la cara. ¿Qué se cree, que soy una cualquiera que se deja llevar por el primero que se encuentra? ¡Usted no me conoce a mí! ¡Convócame a una cita!

Así, con remango, comienza a gritarme. Me asusto, pero no me atrevo a pedir auxilio porque es muy difícil explicar la situación. Yo estoy dando mi tarjeta a una mujer bien parecida, atractiva. Con el sobresalto no me percaté de si era sexi y agraciada a pesar de que mis ojos la estaban examinado, sobre todo la abundancia de su pecho.

Comienzo a caminar deprisa aprovechando el semáforo.

Al cruzar a la otra acera miro por encima de mi hombro con la sospecha no, con el deseo de que cruzara conmigo, no junto a mí, sino como yo, porque podría ser un elemento importantísimo en mi escrito.

Por eso pierdo un tiempo intentando localizar por dónde se habría marchado.

Con la diatriba y la huida tampoco guardo su imagen, ni su tipo. Por mucho que miro a un lado y a otro no puedo distinguir su silueta. Pude haberla visto, pudo sobresalir su cabeza por entre los demás caminantes, pero no recuerdo el color de su cabello ni el peinado.

Una oportunidad perdida.

Además, ella tampoco ha querido coger mi tarjeta.

Me estaban esperando. Me percaté porque Heilota dirigía su mirada, de vez en cuando, a la dirección por donde yo acudiría, y cuando me descubre, sonrío.

—Ya le está aguardando.

Me siento delante de un vermut y unos mejillones de aperitivo. Don Augusto despierta de su pereza y me dice.

—He leído que mañana llegará la princesa a presidir la entrega de despachos a la Academia General Militar. Que pasará por la basílica y tendrán una recepción en el hotel.

—No. No lo sabía. No he leído la prensa.

—¿Ya entiendes por qué te llamaba?

—No.

—¿Y no lo sospechas?

Me encojo de hombros a la vez que pincho un mejillón y lo llevo a mi boca, como si diera a entender que estaba dispuesto a aceptar cualquier iniciativa sin que impidiera mi apetito.

—¿Eres un escritor y no te has enterado del acontecimiento?

No comprendo si me pregunta o si se extraña de mi ignorancia, aunque su sonido arrastrara un deje de sarcasmo.

—No soy periodista y no estoy al tanto de los hechos —digo amorfamente sin justificar mi desconocimiento ni mi desinterés.

—Pero, eres un escritor que busca, que indaga. ¿O no?

—Sí, claro que sí. Esta mañana, sin ir más lejos, he repartido un montón de tarjetas con mi dirección y mi petición de clientela —doy a entender que no olvido mi cometido.

—Eso hazlo con cuidado. La gente está ansiosa de protagonismo y de que se aireen sus entelequias. Deberías cribar mucho porque te contarán lo más colorido de sus vidas, lo que fue más atractivo y los encumbró más. Incluso te pedirán que escribas sus vidas para poder firmarlas ellos.

—Sí, naturalmente que estudiaré cada iniciativa que se me presente —no hago caso, prescindo de la otra opción. El escritor soy yo.

—Y tampoco seas tan escueto que parezca una receta de cocina, eso que ahora está tan de moda. Cocineros presentando ingredientes y explicando cómo manipularlos para que parezca un plato excelente.

—Ya entiendo.

—Ni seas tan lacónico que solo cuentes el sí, sí; y el no, no; para no mentir ni equivocarte, porque eso parecería el examen de un test.

—Me vienen muy bien sus enseñanzas, son mis primeras lecciones —se está pasando un poco. Me habla como si nunca hubiera leído un libro.

—No olvides. Primero la investigación. Por eso te doy la buena noticia: La princesa se dejará ver en nuestra ciudad.

—¿Me quiere decir que acuda a verla?

Pregunto por preguntar porque pienso que: «qué se me puede haber perdido a mí en su visita y sobre todo qué interés puede tener para un escritor principiante»

—Sí. Pero no solo a verla, también a que saques una imagen de ella, su presencia, sus movimientos. ¿No quieres ser escritor? Pues ahí puedes descubrir a un personaje.

—Pero es una personalidad de ámbito nacional.

Sigo excusándome, como si evitara el compromiso.

—Bueno. Ya estamos. Me acabas de decir que entregas tarjetas para atraer a la gente y conocer sus sugerencias, no solo sus talentos, sino también las aptitudes que te faciliten una imagen para tu novela.

—Sí. Naturalmente.

—La circunstancia actual te presenta un buen panorama. Olvida todo lo demás y quédate con la figura y el título.

—Y una vez que la capte y la transcriba en mi cuaderno ¿qué hago? Me muevo como los periodistas para seguir el desarrollo de su vida. O ¿qué hago?

—Glosar su existencia. Tú eres escritor y no necesitas dar explicaciones en el pie de página mes a mes, día a día o año a año. Te aconsejo que no hagas una biografía, sino que dejes correr tu imaginación y ¡no sé! No puedo decírtelo todo. ¡Tú eres el escritor! ¡No te puedes encontrar todo hecho!

Como don Augusto, después de estas sugerencias, se evapora en su mutismo de vagancia, aprovechando esos momentos en que Heilota termina de recoger los servicios y de limpiar las mesas, me acerco y hablamos.

—Vaya sorpresa la del móvil. No había pensado en comprarlo. Con el fijo ya tenía suficiente, pero ahí estaba, en mi bolsillo.

—De momento me va a ser muy útil para pasarle las órdenes de don Augusto.

—Parece que cuando no duerme, manda.

—Pero usted lo despabila. A veces pienso que puede más que él. En cuanto se acerca abre los ojos y no se ofende. Incluso hace funcionar su cabeza. Usted le importa, y ¿no sé por qué?

Las palabras de Heilota me relajan. Don Augusto me tensa, parece que me exija. Me alecciona y me corrige. Heilota, en cambio, con su servilismo y respeto me espolea y hace que me supere.

—Ya le he dicho que fue él quien me lo dio ayer para que lo metiera en su bolsillo, que él no podía hacerlo porque era fatigoso y contrariaba su profesión de vago. Así que obediente lo puse donde me mandaba, con él podríamos estar en contacto cuando quisiéramos. No íbamos a estar esperando a que llegara a su casa, descolgara su teléfono y nos llamara para decirle lo que «hay». Así lo dijo, en presente: decirle lo que hay.

—Bueno, ya lo hemos estrenado.

—Sí. Con gran utilidad. También me dijo que le apuntara la conveniencia de introducirse en las redes sociales.

—¿Qué es eso?

—No lo sé. Tendría que preguntarle a él. ¡Despiértelo!

—¡Cómo que lo despierte!

—Sí. Así aclarará su reacción. Si se enfada es un dictador, y si se despierta con normalidad es usted quien manda.

La vanagloria y la pedantería vuelven a mí. La vanidad me empuja. ¿Podré atraer su atención sin que se moleste? ¿Soy tan importante como para eso? Ardo en deseos de comprobarlo.

—Es un dilema un poco complicado. Es perjudicial, soy yo quien se expone. ¿Y si no me hiciera caso? ¡Qué duda!

—¡Ah, ah! —Me incita Heilota encogiéndose de hombros— Esa será la manera de verificarlo.

Me vuelvo a sentar en mi sitio, procurando no rozarle ni hacer que se tambaleara la mesa. Con mucha prudencia y lentamente me acomodo.

Fue un resorte.

—Oigo que Heilota te dice que te unas a las redes sociales. Y te lo confirmo. Si quieres estar al tanto de cuanto ocurre, debes ser asiduo a ellas. Dedicar una o dos horas como máximo y te enterarás de cómo va el mundo.

—Pero no he oído hablar bien de ellas.

—¡Qué te sabrás tú, si naciste de literato anteayer, no sé el tiempo exacto ni me importa! En las redes sociales sabrás lo bueno y lo malo, lo positivo y lo negativo. Si dices que dos más dos son cuatro habrá quien te alabe por tu conocimiento, quien lo acepte, quien intente negarlo, quien te insulte con palabras soeces y quien te amenace con llevarte al paredón.

—Pero eso no me servirá para nada. Solo para asustarme y acongojarme.

—Eres novelista, Apuleyo, y te interesa conocer todos los desvaríos y aberraciones de los hombres, así podrás escribir seleccionando entre un montón de alternativas.

Y vuelve a retirarse.

—Le agrada y está por usted —confirma Heilota—. Lo quiere, o al menos lo aprecia.

Me estima. Las glorias me pueden y el respeto y la atención de este hombre vago pero extraño y por ello casi excelso me enaltece, sobre todo el reconocimiento de Heilota.

Voy en el tranvía.

Son horas de poco tránsito, hay un asiento desocupado y lo aprovecho. No me privo de observar. Contemplo a los usuarios intentando encontrar a alguno que me satisfaga. Ya lo he dicho, no sé muy bien qué busco pero lo examino todo.

En la parada siguiente sube una señorita muy distinguida. Recoge mi atención que ha estado dispersa, descubriendo una a una las personas del tranvía. Registra su tarjeta de pago. Es un movimiento armónico. Ha trasteado dentro del bolso con mano hábil y dedos largos, extiende su brazo limpio, con ligeros y sutiles movimientos, y la hace rozar en la superficie de la validadora del viaje.

Un torso elegante con un pecho muy atractivo, no es voluminoso pero sí manifiesto, con un escote que lo hace seductor y lo amplía hasta mostrar un abismo que queda protegido por las perlas de un collar, un puente de cuentas blancas, nacaradas y brillantes, con un resplandor que cautiva como adorno y distrae del hueco entre dos pechos.

Falda ceñida donde se adivina una pequeña ondulación, atractiva e insinuante como eje de un vientre simétrico. Unas caderas femeninas, suficientemente generosas para guardar, muy oculta, una uve de bello, un pubis hermosamente recortado y definido, un bosque idílico y bucólico de Venus.

Hundo mi fantasía en el interior sugerente de su cuerpo, nada lo impide, todo lo inspira, adivino todo y, sobre todo, lo que no se ve. Mis ojos no parlamentan, inspeccionan.

Unas piernas de cariátide griega terminadas en unos pies pequeñitos calzados con sandalias de tiras transparentes y tacones altos que la elevan y les dan longitud. El suelo tiembla con la caricia de sus pisadas.

Subo la mirada lentamente recortando el perímetro de su ondulado, fascinante y cautivador cuerpo para detenerme en un cuello de cisne blanco, apto para dar brillo y esplendor a cualquier alhaja, siempre se embellecerán mutuamente.

La barbilla se yergue como inicio de un rostro...

—¡Qué mira usted!

Un sonido armónico y redondo choca contra mi mirada. Oigo algo así como el reproche de una voz femenina, pero yo continúo con mi examen detallado y descarado, ¿por qué no reconocerlo?, porque con esta descripción deseo despertar, y aunque no lo intentara sí pretendo que ocurra, porque busco un agrado sexual. Y es que, como escritor, esa es la apetencia que intentaré crear en la fantasía de los lectores.

Y continúo contemplando el rostro maquillado, como preparado para ir de fiesta. Labios rojos...

—¿No sabe mirar a otro sitio?

Levanto la vista y la poso en sus ojos. Ojos marrones que se cruzan con mis ojos, ojos que al mirar elimina disfraces y descubre lo invisible. Mis ojos audaces frente a los suyos airados e indignados. En la amplia visión de su rostro tropiezo con la albura de sus dientes que brillan en la boca que me acusa...

—¡Sí! ¡A usted me refiero! Con usted hablo. ¡Descarado!

Sigo con esta manera atrevida, escrutadora y desbocada, propia de quien describe, intentando definir a la mujer, a su cuerpo, sus atractivos, su belleza, su fuerza sexual... Como si el lápiz rayara...

—¡Habrase visto grosería! ¡Sinvergüenza! ¡Cínico!

Y continuamos desafiantes con nuestras miradas traspasadas. La suya insultante y la mía de investigador, de quien descubre una persona interesante y de quien desnuda un cuerpo para conocerlo, detallarlo y sensualizarlo.

— Mal educado. ¡Insolente!

Cada palabra me va despertando un punto de culpabilidad, el descarado de quien mira y abusa ampliando la lupa de observar, de quien violenta las palabras de los ojos y con ellas dibujara relatando el cuerpo que contempla. Sí que encuentro disculpas para justificar mi comportamiento, si lo quiero usar en mis escritos debo imbuirme en él, sugestionarme y empaparne de su movilidad, valor, belleza, seducción e insinuación..., pero me van saliendo los colores.

—¡Grosero! ¡Sátiro! ¡Libertino!

Me siento confundido, aunque sepa que no hago otra cosa que aprender. Sí que he pretendido descubrir un cuerpo desnudo, penetrando con mis ojos imaginativos entre sus ropas...

Ahora me interesa aún más, es una mujer sensible, es capaz de percibir el tacto de la mirada. El desafío de mis ojos.

Continúo memorizando su rostro y su pelo, pero con rapidez, porque no cesa en sus insultos cada vez más estridentes. Tanto, que los usuarios del tranvía han levantado sus miradas y han alzado las orejas. Todos están pendientes de sus palabras.

Tal vez no sepan a quién van dirigidas esas invectivas porque está sola, aislada del resto de los pasajeros. Una jovencita que se acomodaba a su derecha se desliga de ella y se aleja, pero ni me distrae ni roba mi atención.

Me siento aludido y sé por qué dice todo lo que dice, y por qué lo grita con desesperación e impotencia. Sabe que nadie se va a apiadar de ella porque nadie la toca, nadie, aparentemente, se mete con ella. Nadie se levanta y se le acerca.

Y yo, el de la mirada novicia, exploradora, el de ojos penetrantes capaces de llegar a las partes más íntimas, que ha masajeadó su pecho sin tocarlo, ha medido sus pezones sin metro, ha recorrido el bosque de su sexo escondido sin enmarañarse, me siento culpable. Es a mí a quien desprecia, es de mí de quien se quiere librar.

Así lo concibo y lo sé. Por eso en la primera parada me apeo.

No vuelvo la mirada, pero no puedo evitar oír sus últimas palabras de desahogo.

El tranvía sigue la misma dirección que he de tomar para ir adonde voy, y aún la veo por las rápidas ventanillas que se llevan a alguien que me gustaría incorporar dentro de mis escritos.

Estoy tecleando mi resumen del día y lo hago con desazón. Necesito alguna mujer, no puedo crear una novela sin mujeres. Y hoy he espantado a dos.

No tengo excusa. No sé manejar con esta idea de querer serlo, ni actuar como si no lo fuera. Unas veces soy un voyeur, un mirón insaciable. Me introduzco de tal manera en los cuerpos, lanzo mis ojos con tal fuerza que son como azotes. La fiereza de mi mirada agujerea su sensibilidad y me huyen.

Quedo como un espantapájaros en mitad de la parada del tranvía, con cara de paja mal recortada y atada en un puñado, formando una cabeza vestida con una chaqueta de brazos extendidos que intentan abrazar al viento y espantar a los gorriones.

Tintinea el timbre del ordenador y miro, es un twitt:

@Escrutador —¿Cómo puede decir que se olvida de las mujeres? Ahí tiene una presencia muy bien definida y con gran fidelidad. Y usted huye. ¡Qué calamidad!
#@Escritor

Me asusto de esa intimidación y sobre todo de la provocación que encierran las palabras. Si no he escrito ninguna misiva ni he pedido ninguna respuesta, si no me he dirigido a él, cómo puede haberse enterado, pero sobre todo qué le importan a él mis resúmenes. No entiendo la rapidez de su lectura ni qué me querrá decir este twitteador. Yo solo he escrito unas anotaciones. Lo poco que he tecleado y ya despierta insultos.

Cierro la comunicación pero me detiene otro y me pica la curiosidad. Otro twitt:

@Adivino —Cállate imbécil, tú deberías reformarte tu cabeza aepinada.
#@Escrutador

Me tranquilizo cuando comprendo que no twittean por mí, sino que son ellos quienes se enfrentan. Tal vez yo les haya dado la excusa, pero no una razón para enzarzarse. Y digo razón porque ellos ya no vuelven a mencionarme ni a dirigirse a mí.

Apago el ordenador.

Ayer hubo de todo, ratos positivos y ratos nefastos. El tropiezo con las mujeres me dejó con desazón. No sé si seré capaz de comportarme, sin dejarme dominar por esta idea del escritor que todo lo mira con ojos sagaces. Tengo que conocer detalladamente todo cuanto pasa por delante de mí para pescar la imagen, pero con elegancia, intentando que se adecuen al argumento que busco, pero sin morbosidad.

No debo dejar la imagen desnuda, entendámonos, desnuda de emociones, sino vestida de sus ideales. En las dos de ayer olvidé su pudor, su sensibilidad y su dignidad. Me interesaba su cuerpo que es lo primero que se ve y antes admiramos.

Sé que para dar atractivo al relato, sin pensar en el decoro ni en la honorabilidad, atendemos a la salacidad, a lo que pueda despertar el apetito y las pasiones. Tal vez esté en un error si evitase esta inclinación y solo pretendiera declarar el amor de los protagonistas, como un amor blanco y ciego.

¿Quién me iba a decir a mí que saltarían los asiduos a las redes sociales? Aunque solo han sido dos. ¿Cuántos más podrían entrar una vez que se ha abierto la puerta?

Medito en todo esto mientras me dirijo a la plaza donde se encuentra la basílica. Don Augusto ha delegado en mí la responsabilidad de esperar a la princesa y comprobar si es apta para crear un personaje. De él ha surgido también la idea de unirme a las redes sociales. El móvil como simple teléfono ya sería suficiente.

Es la primera vez que voy a ver a una princesa. No sé si me excitará la idea. Supongo que será una mujer como otra cualquiera. Mujer joven, apuesta y bien ataviada, se cubrirá con ropa de tejidos exquisitos. Tal vez seda u otros paños suaves y dúctiles. Es princesa y tendrá ángulos prohibidos y secretos. Tendré que leer mucha prensa para enterarme. Los periodistas se aferran a sus cámaras y escudriñan y detectan todo.

Camino por la ribera, en una explosión primaveral. Debo cuidar que no se me apodere la naturaleza, el agua, los arbustos, el eclosionar de los chopos, las incipientes margaritas, el verde mullido...

El cauce me muestra los ojos de los puentes por los que asoma el torrente de agua. Las pilastras soportan al cuerpo liso y curvado sobre el que corren los vehículos. Debo adivinar por cuál ha de llegar la princesa. Si veo una comitiva de ocho a diez vehículos, entre ellos estará el suyo.

Me despojo de los atractivos paisajísticos porque mi cometido es otro.

Hay una nube de periodistas, otra de policías y ninguna de escritores. Solo estoy yo. A no ser que, como no llevamos uniforme ni colgante aclaratorio ni papel y bolígrafo, no sepa distinguirlos. También podría ser que entre el cúmulo de gentes, todas muy bien ordenadas detrás de la barrera que ha colocado la policía, hubiera alguno encubierto.

Los periodistas y cámaras pululan amontonados como una nube que, aunque no sople el aire, se desparrama, va y viene.

Aparece la comitiva. Aún no sé si entrarán a la plaza para acceder por la puerta principal donde la esperará el cabildo o si pararán aquí y la rodeará caminando.

Algunos periodistas echan a correr.

Yo hago lo mismo y me abro sitio entre el tropel de espectadores bien ordenados y sin saltarse las líneas de detención. Sospecho que a la princesa la llenará de orgullo y satisfacción ver al pueblo que la espera.

En la puerta principal, abierta de par en par, se acomodan el arzobispo y el cabildo, muy dignos, ataviados con sobrepelliz, muceta y bonete. Es una Iglesia que la quiere recibir con todo el protocolo litúrgico.

Tanta admiración y tanto entusiasmo entre las gentes me excita, parece que me exijan gritar, como ellos, pregonando su excelencia. Siento que las aclamaciones, vítores y aplausos me están diciendo que sí podría ser una buena protagonista.

He aquí un escritor que de repente entra en la realeza. Que sin arte ni parte tropieza con una princesa. Y ¿quién más apropiado para llenar unas páginas que ella?

La aclamo, pondero y ensalzo, sugestionado por la multitud. Sin esfuerzo, sin timidez, eufórico y como un saltimbanqui la saludo. Aunque no me vea porque soy uno más entre la afluencia, no me importa. La he visto, la he aclamado, he dado saltos para contemplarla sobre las cabezas de quienes estaban delante de mí. Esa es mi satisfacción.

Pero no la he examinado con detenimiento. Cuando se ha detenido el coche, un señor, probablemente un escolta, ha dado la vuelta al vehículo y le ha abierto la puerta. La nube inestable y revoloteadora de los periodistas se interpone y no veo su pie que apoya en la plaza, ni su calzado, ni su vestido, no puedo afirmar que sea largo, corto o mini, ni si lleva blusa o traje de chaqueta.

Apenas vislumbro su rostro joven y su cabello abundante. Voceo y palmoteo uniéndome al gentío que a cada movimiento nos exaltamos. Espero a que se acerque a las autoridades eclesiásticas, las civiles se han adelantado hasta el coche y allí, el mismo vehículo me impide presenciar sus saludos. Después besa el anillo del arzobispo o eso interpreto al ver cómo se inclina ante él, y a continuación entran en la basílica.

Me encuentro eufórico. La gente satisfecha y optimista me contagia.

Como no sé cuánto se detendrá, si hará simplemente un poco de oración o si alguien del cabildo le explicará la arquitectura, las pinturas, la de Goya sobre todo, la imaginería y después el tesoro: las joyas y los mantos...

Con este festivo proceder dejo la plaza y acudo al bar. La noticia y el deseo de hacer protagonista a una princesa que llegará a reinar algún día ocupan mi mente, me emocionan y obsesionan. Por eso me obligo a hacer partícipe de todo ello a don Augusto. Le llevo la respuesta a su sugerencia.

—Ya he encarado a la princesa, no solo la he visto, he captado todo lo que me han dejado ver los periodistas y las autoridades —le expongo con el nerviosismo, el enardecimiento y la euforia que me ha contagiado la plaza. Le cuento cómo me ha rodeado la multitud y me ha embelesado, cómo se apelotonaban los periodistas y revoloteaban como los estorninos buscando las ramas más afines...

—¿Cómo que la has encarado? Y por qué has dejado que otros se interpusieran. Tampoco hiciste que bajara del coche, ni que dijera unas palabras a los periodistas y que saludara una a una a las autoridades oyendo sus nombres...

—La policía lo tenía todo muy bien vigilado y acordonado e impedía que las gentes nos acercáramos.

—O sea que tú estabas mezclado entre la gente.

—¡Sí! Naturalmente.

—Pero ¿tú eres escritor?, ¿tú pretendes escribir sobre la princesa?

—¡Claro! Ya he decidido hacerla protagonista.

El Vago cada vez se apasiona más. Hace que me sienta adocenado. Según él, no había hecho mis deberes. Lo había decepcionado.

—Pero cómo la vas a hacer tu protagonista si delante de ti están los periodistas, las autoridades, los escoltas y los religiosos impidiéndote guiarla, llevar la iniciativa —me increpa, pero yo no sé a qué se refiere, ni qué quiere decirme.

—El alcalde con su corporación y el arzobispo con su cabildo —intento enumerar las autoridades con sus privilegios y preferencias...

—Te olvidas del gobernador.

—Claro, claro.

—Tendrás que dejar eso de ser escritor.

—¿Por qué?

—Porque un escritor está delante de todos los que has nombrado. Un escritor hace que su personaje actúe y se mueva. Una vez logrado, ha conseguido lo principal, y ya sabe cómo orientar y desarrollar su comportamiento y protocolo. Pero tú has dejado pasar de largo no solo la movilidad de la princesa, sino la oportunidad de saber qué características posee, las que tú alabarías describiéndolas.

—Había tanta gente esperándola y aclamándola que me han atraído y me he unido a sus vítores y aplausos.

—Vaya escritor de pacotilla. ¿No buscabas un cliente como hace el barbero para acicalarlo y transformarlo? Si no lo coges en tus manos no podrás definirlo ni traerlo ni llevarlo. No lo embellecerás ni lo recompondrás.

—Yo no decía igual que hace el peluquero, sino que usaba el símil.

—¡Qué peluquero ni barbero! Y tú, desde lejos, sin determinación ni compromiso.

—Estaba muy vigilada. No solo sus escoltas, sino la policía que no nos dejaba acercarnos, habían formado un cordón.

—No sé cómo explicarte que un escritor no se acerca: está «con» y «en» la protagonista. Es su maestro de ceremonias.

—Ya no tiene remedio.

—Sí. Sí que tiene remedio. Cuando llegues a casa y te sientes al ordenador revisa tus imágenes, tus recuerdos y escríbelos. Aunque no hayas visto sus actos, créalos en tu escritorio como si los hubieras promovido, eso es, como si los hubieras impulsado. Tú eres el artista. Como escritor tú esculpes, dibujas y pintas las acciones de la princesa aunque en lugar de mármol, cinceles, óleos y pinceles teclees letra a letra sobre el papel.

Vuelve a esfumarse en su vagancia.

Me dirijo a Heilota.

—¿Has escuchado? Parece que está enfadado conmigo.

—Sí, eso he comprendido. No ha hecho los deberes como él quería.

—Cuando llegue a casa tendré que salir de la realidad y meterme en la ficción para describir e inventar un personaje que he visto de lejos, pero que no he oído ni tocado, ni he escuchado su voz, ni lo que decía, ni cómo saludaba a las autoridades, si dando la mano a todos o haciendo distinción y besando a las concejalas.

—Pues sí, eso es un problema.

—Pero aún hay otro problema y es cómo retrocedo a esas horas: a las de su llegada. No podré contarlo en presente como si estuviera allí, sino en pasado y eso me obliga a salir de la realidad de este instante y volver atrás.

—Eso he oído que le encomendaba. ¡Y tiene que hacerlo! Hay que darle gusto, que si no...

Escribir, qué...

Esta mañana fui a esperar a la princesa que llegaba a la basílica como tenía anunciado. Ha entrado por el puente de Santiago y ha aparecido en la plaza. Un escolta le ha abierto la puerta.

Ella ha descendido con gentileza y desenvoltura. Ha pisado la piedra negra de Calatorao. Un suelo liso y suave como un espejo que reflejaba un pie grácil vestido con un zapato de tacón alto, cuyo destello irradiaba el brillo de la plaza.

Aparece su cuerpo gentil y donoso que embellece el ambiente, al que la luz de la mañana...

Saltan los twitts.

@Adivino —Gracioso le pega mejor, una princesa es más graciosa que donosa.
#@Escritor

@Escrutador —Lo dirás por lo de graciosa majestad. #@Adivino

No haré caso a estas intervenciones que acaparan mi atención y la despistan.

La juventud siempre es bella cuando se luce en cuerpos como el de esta heredera del trono. No sé cuándo le llegará el momento de ocuparlo, porque, ahora, la longevidad es una cualidad muy extendida.

Es a la nube movediza de los periodistas a los primeros que encuentra, y en una sonrisa amable les desea un feliz día y un buen trabajo.

Uno de ellos se atreve a comentar en voz alta para que se le oiga.

—¡Todo depende del bien estar de su majestad!

—¡Gracias!

Ella se detiene, se deja fotografiar, después se dirige a las autoridades. Las saluda una a una. Ha sido capaz de quedarse con los nombres por orden de colocación. Su gran memoria confirma que el protocolo tiene una razón de ser.

Primero al presidente de la DGA, luego al gobernador, después al alcalde y a continuación al resto del consistorio, a los varones les da la mano y espera una inclinación que remeda un besamanos. A las edilas las besa. Las mujeres siempre se besan y en esta ocasión la princesa da a entender que tienen su misma categoría. Ella es una dama.

Otra vez los twitt:

@Adivino —Ya verás cómo alguien la llamará feministoide. #@Escritor

@Escrutador —No debería hacer distinción entre varones y hembras. #@Adivino

@Examadecasa —¿No habrá en el diccionario otra palabra que sea más honrosa y menos degradante que hembra? No lees la delicadeza del escritor: dama, dama la llama. ¿O te perdiste la categoría de tu madre? #@Escrutador

Soy tan novato que no sé contestar a estos twitteadores. Parece que debería hacerlo. Pero el lenguaje de ese medio social ni me anima ni me atrae. Lo dejaré para otro día, porque si entro en diálogo con ellos me olvidaré de lo mío.

A continuación encabeza una procesión hasta la puerta de la basílica donde se encuentra con el cabildo.

Besa el anillo del arzobispo, y después hace una inclinación de cabeza a cada uno de los canónigos y componentes del servicio ministerial. Espera a que le respondan con el mismo saludo reverencial. No se mueve hasta que todos, uno a uno, inclinan su cabeza.

Me gusta su talante y la decisión de ser quien tiene que ser. De no salirse de las normas y de exigirlas.

Esta vez lo que suena en el ordenador son las entradas en facebook. Aquí no son tan escuetos.

Hay uno que me pregunta de qué linaje descende, si de don Pelayo. Otro enumera todas las monarquías, las de la baja edad media las olvida, solo se centra en los Trastámara, los Austrias y los Borbones. Y ahí se detienen, olvidan al Saboya.

No les digo que podría pertenecer a una nueva dinastía, soy escritor y creo que puedo instaurarla. Pero esto no lo escribo.

¡Como me incomoden mucho, me daré el lujo de crear una nueva estirpe real!

¡Ja, ja! Me río de mí mismo porque no sé lo fácil o difícil que será esto de ser escritor, si tendré esos privilegios de crear una dinastía con denominación nueva o si parecerá que es una afrenta, tampoco sé qué posibilidades tendría de propagarse como verídica. Hoy, que estoy eufórico, me hago estas preguntas sin saber hasta dónde puedo usar la libertad de expresión para generar hechos y vidas. Ni siquiera sé si puedo valerme de mi libre albedrío para discurrir, fantasear e inventar. Todo eso está por ver, aún estoy decidiendo cuáles serán los personajes y el argumento.

Por ahora vamos bien, queda aclarado que esta princesa es creyente.

Entró en la basílica y se dirigió al altar, subió al camarín y besó el manto. Luego se retiró a un banco e intentó recogerse.

Hubo algo que parecerá increíble: las autoridades, tanto creyentes como laicas no paraban de moverse, casi como si quisieran llamar la atención, igualmente hace el cabildo, tal vez para ponerse de acuerdo en el reparto de las tareas. Unos querrán enseñarle la arquitectura, otros las pinturas y algún tercero el tesoro. Este último cicerone pensará que las joyas, entre las que hay varias de alguna reina madre, serían las más admiradas por esta mujer siendo descendiente de aquellas...

De repente el ordenador se convierte en una campanilla que no para de sonar.

Miro y compruebo que facebook está recibiendo los «me gusta» de una manera imparable casi de cinco en cinco.

Esto me satisface de tal manera que me olvido de la princesa y los voy mirando. El ordenador se encarga de contarlos, de momento hay 154 y continúan...

Creo que hice una buena gestión obedeciendo a don Augusto, el Vago, en esto de apuntarme a las redes sociales.

El móvil me despierta de esta ensoñación de aprobaciones y likes.

—Hola Heilota.

A veces la mente parece que hechiza y atrae a las personas: la prueba es que suena el móvil regalo y escucho la voz del telefonista secretario y camarero.

—Dese prisa en venir que ha aparecido por aquí el guardaespaldas de la princesa —me dice en un susurro.

—Voy enseguida, en cuanto me arregle un poco.

—¿Y si entre tanto se marcha?

—En tus manos está entretenerlo. Y, si no, llévaselo a don Augusto.

—No. Que lo asustará.

—¿Y cómo sabes que es el guardaespaldas? ¿Tal vez sería mejor llamarlo escolta, suena mejor: escolta de la princesa?

—Por lo cachas que está lo llamo así. Por eso he deducido que forma parte de la comitiva real.

—¿Me gusta eso de real!

—No voy a decir alteza, o sí, porque ¿cómo se trata a las princesas?

—No lo sé. Lo consultaré.

Cierro la comunicación y me dispongo a acudir.

Me empapo de altezas. Ya está, pienso decididamente, esta princesa por su actuación en la basílica la deberíamos llamar Alteza Católica.

Me levanto de la silla con desazón por no haber terminado los resúmenes y no saber si responden o no a lo que me sugería don Augusto: que fuera yo quién hiciera actuar a la princesa, que la guiara con mi fantasía como, al parecer, hacen los escritores. Pero esto de la iniciativa me falla con el escolta, es él quien aparece sin mi conocimiento ni convocatoria.

He intentado plasmar lo que vi e intuí que debería ocurrir. Pero sin seguridad. No quiero apuntar cosas que no sucedieran o quitaran libertad a los personajes. Y si al recuerdo uno la fantasía no resolveré ni daré veracidad al resultado por mucho que me fuerce el Vago de don Augusto.

En resumen que no sé si con estos apuntes lo conseguiré o si pareceré un adivino. Lo releeré cuando tenga tiempo y ya veremos si corrijo o lo dejo y continúo.

Heilota está en su lugar, me mira intranquilo y me señala con su gesto una mesa donde hay un señor ancho de hombros, de cuello corto, cabeza redonda bien peinada, aunque, por el poco y corto pelo, casi ni se aprecia si hacia atrás o con raya a la derecha. Brazos fuertes y manos rotundas.

Encima de la mesa tiene un vaso, medio, de una bebida con hielo y a su derecha una tacita de café vacía.

Me acerco a Heilota, me señala la barra y me dice:

—Ya tenía preparado otro güisqui por si terminaba este.

Don Augusto sigue en su adormilada siesta. Holgazaneando en su vagancia.

Dudo de acercarme a la mesa de ese señor, pero, como hemos deducido que acompañaba a la princesa, me salto las indecisiones y me lanzo a saludarlo.

—Hola. No sé si me reconocerá. Nos hemos visto esta mañana formando el comité de recepción a la princesa.

—No me recuerda a nadie. No tengo el gusto.

—Sí, hombre, sí. Yo soy algo así como el encargado del protocolo, hago de secretario y en ocasiones oriento las recepciones.

No pretendo engañar, pero como aprendiz de don Augusto, al que tengo al alcance de mi vista y recuerdo cómo me sermoneó, rectificó y me señaló formas e iniciativas de escritor, invento estas maneras para darme importancia, y abrir camino a la conversación.

—No. No lo recuerdo. Claro que como aquí todo es novedad podría haberlo confundido con alguna autoridad o con algún periodista. Porque su actuación no me suena de nada. No lo vi.

Heilota se acerca trayéndome un café, pero antes deja el güisqui delante de él y le dice:

—Todo está pagado.

—Gracias —contesta eufórico—. ¿A quién debo el placer?

—Al escritor —le contesta con un gran énfasis.

—¿Y quién es ese escritor? ¿Tendré el gusto de conocerlo? —Se sorprende, pero no demasiado, parece que sean frecuentes las invitaciones.

—Sí, señor. Lo tiene usted delante —contesta con aplomo para que su seguridad dé convicción.

—¿Con que ha sido usted el que ha tenido la consideración de invitarme? —Me mira, pero algo va cambiando en él.

—Sí. Nos habíamos visto, lo he reconocido y para que no estuviera tan solo me he sentado para hacerle compañía y me he atrevido a invitarlo.

Ha sido una osadía, pero responde al espíritu con que he escrito los apuntes siguiendo las indicaciones del Vago, y me ha obligado a mantenerme en este enredo de inventar situaciones. Él no sabe nada de mi presencia entre las gentes de la plaza, por eso puedo armar un saludo que me acerque y dé confianza.

—Gracias. Sí, la soledad no acompaña.

Compruebo que no le agrada el aislamiento. Con seriedad sonriente le pregunto.

—¿Hace mucho que está con la princesa?

—Desde hace cuatro años.

—Entonces la conoce bien.

—Claro.

—¿Es usted de Madrid?

—No. Soy de Valladolid.

—Entonces, gran conocedor del castellano —valoro su origen.

—Bueno, no tanto como usted.

—¡Je, je! —Le sonrió amistosamente—. Que sea escritor no significa que tenga gran competencia en el idioma.

—Es usted muy atrevido.

—Algo, sí. ¡Fíjese! ¡Aventurarme a ser escritor! —Se va rompiendo la tensión. Acercarme a su mesa y abrir una conversación sin tema previsto y sin conocernos de antemano pudo despertar desconfianza. Pero después de estas palabras parece que despierto una buena disposición—. Esta visita de la princesa —sigo diciendo— me tiene un poco desorientado. Son muchos los detalles de su vida que desconozco.

—¿Por eso estaba presente como los periodistas?

—Bueno no es lo mismo. Pero sí, algo parecido.

—Estaba un poco reticente por si comenzaba con las preguntas, estilo corresponsal, para sonsacar información sobre la princesa.

—No. Por favor —disimulo mi curiosidad con una sonrisa jocosa —, ya le he dicho que soy escritor. Aunque a todos nos interesa saber de ella.

—¡Ah, sí! Es verdad. —pone cara de no enterarse, aunque diga que sí... Tal vez no quiera que me dé cuenta de que desconoce la distinción entre un periodista y un escritor, porque en definitiva ambos escribimos.

—Me ha parecido una gran muchacha esta princesa que sabe hacer lo que tiene que hacer —reconozco la gentileza de la princesa y su determinación.

—Sí. ¿Ha visto cómo ha obligado a los curas de la basílica a agachar la cabeza? — Hemos conectado, él pondera un acto que describe el carácter categórico de la princesa.

—Con seguridad y desenvoltura. ¡No me moveré hasta que no inclinéis la cerviz delante de la que llegará a ser vuestra reina! Eso parecía decirles —es un atrevimiento decir esto, pero pienso que estamos de acuerdo.

—Tiene mucho carácter. Pero es muy cariñosa.

—También he visto el trato a los periodistas —sigo valorándola—. Y la manera de hacer distinción entre los componentes del ayuntamiento...

—Sí. En los lugares donde ha estudiado, ha dejado una buena impresión de integridad y afecto.

—¿La ha acompañado durante su formación?

—Solo el último año.

—Entonces sabe algo de sus gustos.

—Sí, le atraen los vestidos de falda corta.

—¿La minifalda?

—También.

—Lógico, es joven; y de colores ¿rojos y verdes?

—No, más los rosas y los azules. Las medias las lleva de calados y de bordados.

—Pero hoy las llevaba lisas —uso la fantasía o la invención porque nada sé de ella.

—Es usted muy astuto.

—¡Soy escritor! —me satisfago por el calificativo.

—Hoy iba de diplomática. Y por eso debía vestir correctamente.

—O sea que le gusta divertirse —como veo que le complace este diálogo hago un pequeño giro y pregunto por sus aficiones juveniles.

—Claro. Ya lo ha dicho usted, es joven.

—¿Y uno de sus papeles es acompañarla?

—Depende.

—Claro, qué cosas pregunto —debo jugar en un tira y afloja para no apurar su franqueza.

—Digo depende de si me toca vigilancia o si libro.

—Naturalmente —pongo cara de ignorante y que por eso me equivoco—. No va a estar siempre pegado a sus talones.

—Mi compañero sabe más de eso: de las fiestas y los bailes.

—¿A usted no le gusta la fiesta? —planteo una pregunta con doble sentido, espero que lo entienda, no es a él, es a ella a quien me refiero.

—Sí, pero yo lo sustituyo esporádicamente. Solo en los viajes la acompañamos los dos.

—Entonces, ¿no sabe dónde estudió? —mi curiosidad debe estimularlo para que no se amilane sino que proponga nuevos caminos.

—Eso sí, primero en Londres y los últimos años en Viena.

—Estaría en buenos colegios.

—Naturalmente, ya sabe quién es. No deben desdecir las instituciones ni los enseñantes.

—Estoy muy a gusto con usted. Tiene un gran privilegio. La compañía de la princesa en sus viajes y estudios le dan grandes posibilidades y conocimiento —le digo para animarlo y que continúe con su espontáneo comunicar.

—Aclaremos que yo solo soy su cuidador y vigilante, en cambio usted es un escritor. ¡A dónde vamos a parar!

—Pero usted sabe lo que yo no sé —alabo su conocimiento.

—Ya le diré a mi compañero que se acerque por aquí y que lo salude. Él sabe mucho más que yo.

—Dígale que no soy periodista, que solo soy un escritor. Pero aún no me ha dicho el nombre, no sé cómo se llama —no he tenido que pinchar demasiado. Espontáneamente ha sido él quien se ha lanzado a proponerme que me encuentre con su compañero.

—Fernanda, Federica, Petronila, María Cristina de los Reyes, algo más que no recuerdo e Isabel de los Deingracia. Responde por Isa para los amigos.

—Vaya, yo le preguntaba por su gracia, su nombre de usted. Yo me llamo Apuleyo.

—Yo Carlos Alfonso. Pero le diré a mi amigo que es el escritor. Su nombre propio me suena un poco raro y no sé si lo recordaré.

Tropiezo con Heilota en una de sus idas y venidas de mesa en mesa. Son horas de mucho movimiento. Horas productivas que compensan las de vacío y reposo.

—Gracias Heilota. De gran provecho esta conversación.

—Encantado de haberle sido útil.

—También vendrá su compañero que está mejor informado.

—Descuide, que lo llamaré.

—Tengo desatada la curiosidad.

—Pues hoy la ha llenado con un buen trago de investigación.

—Me acercaré a don Augusto, parece que me mira sin mirarme.

—Les llevaré un vermut. Es su hora.

Me siento sin decir nada. Él también calla, es su sino. Hace el vago silencioso. Me encantaría que soltara una risotada, digo soltar y digo mal, porque se las traga.

Tiene unas monedas sobre la mesa. Como dice Heilota, no habla, paga y él sabe qué consumición quiere. Se entienden maravillosamente, son expertos en mimo.

Ya son varios los días que lo acompaño y bebemos juntos, pero no he visto qué gesto hace para pedir el servicio. Heilota tampoco me lo ha explicado. Simplemente que cuando ve el dinero sobre la mesa le sirve la bebida apropiada.

Como estoy eufórico por las novedades, alargo mi mano y retiro su dinero. Es decir lo empujo hacia a él, señalando que me corresponde a mí el pago.

Heilota nos coloca nuestros vasos, y antes de que recoja su dinero, le entrego un billete para que se cobre.

Y sí, le hace gracia a don Augusto. Absorbe su sonora risotada.

—¡Ohj, ohj, ohj...!

Pero nada más. Creo que es incapaz de sonreír. Salen los ecos resonantes de su estómago o de sus tripas, porque no sabe reír a media voz. No es una afirmación rotunda pero la deduzco de estos días que nos conocemos. De su relación, si algo sé, es gracias a lo que me cuenta Heilota.

Cuando se encontraron, se comportaron como lo que son: un camarero servicial y un cliente exigente. Uno ofrecía y el otro callaba o rumiaba, hasta que el camarero atinaba con su apetencia. Luego estaba lo del precio. No me los imagino regateando. En esto de los precios pudo Heilota, él los aceptó y los guardó en su mente. Invariablemente coloca sobre la mesa la cantidad correspondiente para una u otra bebida.

Por fin habla y dice.

—Un hombre sincero y sin maldad.

—¿El escolta? Sí. Sin duda.

—Como no eras periodista no has necesitado preguntarle. Muy astuto por tu parte.

—Pero aún no sé nada de sus estudios ni de sus escarceos amorosos.

—No necesitas que te cuenten nada. Tú eres el escritor. Tú debes idearlos.

—Sí. Pero cómo vuelvo atrás. Yo no puedo retroceder y plantarme en el año que ella estudió en Londres, ni siquiera mientras estuvo en Viena. ¿Cómo voy a recrearlos si no conozco Londres ni he visitado Viena?

—¡Ohj, ohj, ohj...! Aún no sabes lo que significa ser escritor. Un escritor se salta el mundo si fuera necesario, y hasta los siglos se brinca. Y no le importa atravesar épocas para encontrarse con su personaje y darle vida.

—No sé, no sé. Yo había pensado en algo actual, algo de nuestro tiempo para que tuviera veracidad y realismo. Si escribiera de la edad media, del papa Luna por ejemplo, erraría, porque no sé remontarme hasta su época y vestirme, moverme y encontrar los modos de vivir de entonces. Como si restituyera el costumbrismo y las creencias del tatarabuelo de mi tatarabuelo y aún más tatarabuelos, y eso es imposible. Y si escribo algo sin referencia temporal, no sabría acomodarlo al personaje...

—¡Cuánto tienes que aprender para ser un escritor...!

Recalca y pone énfasis en lo de «un escritor». Me apunta en indefinido y no sé si indica mi imposibilidad o mi insignificancia: un escritor cualquiera.

—Pues, sí. Recuperar lo de esta mañana, no me ha costado nada porque, total, solo son unas horas de marcha atrás y de relatar unos sucesos que ya había contemplado. Casi ni se nota la diferencia, pero escribir de antes de decidir que soy escritor, eso es imposible. Y no digamos de cuando todavía no había nacido. ¡Qué voy a decir yo!

—Eres indomable. Dejaré que hagas lo que quieras. Cuando me necesites, no lo olvides, aquí estoy.

Me marchó refunfuñando. Ha sido la primera vez que hago una entrevista con una intención determinada y no me pide que la resuma, me explaye y me enorgullezca de ella.

Heilota que me ve con mala cara me hace un guiño y una mueca para que vuelva la cabeza. Así lo hago y para mi sorpresa ya no hay monedas encima de la mesa.

Visto lo cual no puedo aguantar mi inquietud y le espeto a Heilota.

—¿Tú crees que puedo ir a Londres y aparecer allí hace varios años, dando marcha atrás a la vida?

No me comprende, me mira con ojos anodinos, como si viera a un desalmado, iba a decir a un loco. Si algo tan normal como una frase con cuatro verbos: crees, puedo, ir y aparecer, no le hacen reaccionar, ¿cómo podré, por muy escritor que sea, conseguirlo? ¿Lograr que alguien lea y entienda lo que escriba?

—No sé de qué me habla.

—No, nada, son cosas mías.

Le vuelvo a recordar la posible presencia del otro escolta y me voy.

Antes de llegar a la esquina, doy media vuelta porque he dejado a Heilota con una orden como si fuera mi siervo. No le he dicho adiós ni le he agradecido sus atenciones ni la confianza con que me dice las cosas.

Retorno, veo que está a lo suyo, pero noto que cambia de cara cuando le doy mis explicaciones y agradecimientos. Si antes nos entendíamos bien, a partir de ahora aún lo haremos mejor.

Los camareros son muy listos, se enteran de todo sin enterarse.

No sé dónde se hospeda la princesa pero tomo la dirección del Ebro. Si entrega despachos será en la Academia Militar, y si reside en la ciudad, a la vuelta tendrá que pasar por el puente de Santiago. Al menos, si hago tiempo, la veré pasar.

No le he nombrado nada de esto a don Augusto porque ya sé su respuesta.

—Un escritor no va. ¡Está! No mira. ¡Crea!

Ser y estar, unos verbos peculiares. Mirar y crear, palabras machaconamente repetidas.

Más que caminar con parsimonia, paseo. La frescura húmeda del río me fortalece.

A ratos me asomo a la baranda y lo contemplo.

Hoy no estoy por indagar ni por tropezar a nadie que me aporte arquetipos ni ideas. Hoy descanso, libero mi voluntad. En lugar de buscar, dejo pasar, que corra el río y que deambulen las personas para que sientan su encanto y su frescura. La belleza del río no es propiedad de nadie. Por eso se embravece según qué épocas, en ellas se sacude las molestias que lo constriñen y rompe los diques que lo aprisionan. Y otras, empequeñecido, desciende con suavidad, acariciando las riberas y abrazando los espolones del puente.

El lenguaje del río...

¿Es rebelde el río o es sumiso?

A mi derecha corre el agua y a mi izquierda circulan los vehículos. El agua que limpia y los humos aceitosos que manchan. Aire limpio y fresco frente al aire sucio y contaminante. Los contrastes de la vida.

Tengo mucha suerte de haber tomado la decisión de ser escritor, aunque todavía no me haya tropezado a ningún otro. Debemos abundar muy poco. La perspectiva de la explanada rodeada de templos, edificios civiles y viviendas me sugiere este pensamiento distintivo, una reflexión de pluralidades y compañerismos.

En mi mente revolotea la presencia de la princesa en la plaza, apremiándome a recrear sus movimientos para mis apuntes. A esta preocupación mental se une otro descubrimiento: un mendigo.

Acepto al mendigo como un componente característico de la puerta por la que se entra a la basílica.

Por unos instantes juego con estas ficciones, una de grandeza y otra de pedigüño, y pienso que no he leído nada que se arriesgue con estos personajes: «La princesa y el mendigo». ¿Por qué me surge este título y no otro? Porque es muy sugestivo y como hay escrito de todo y sobre todo, tal vez también haya alguno con este título. Yo quiero novelar algo excepcional, distinto. Aunque me falten datos, tenga muchas páginas vacías y me encuentre en blanco, no puedo evitar esta figuración.

No quiero salirme de mis rales, pareceré oprimido por los ribazos del camino, pero no me importa porque esos márgenes me guían. Tal vez el río Ebro me haya sugerido este símil. Y como hace él, tal vez yo también quiera seguir la corriente simple y constantemente.

—¿Es usted el escritor? —Me pregunta, como si me conociera, el mendigo.

No he hecho intención de acercarme y me habla. No me alarga la mano pedigüeña. Me escama esto de que me descubra. No llevo insignia ni hábito, pero algo ha visto en mí.

—Sí. Soy el escritor —contesto con orgullo. Porque crea engreimiento escuchar a alguien que te designa con la categoría que más apeteces.

—Un escritor timorato.

Aún me sorprende más esta afirmación, no solo ha adivinado que soy escritor, también que me puede la timidez. Me asombra, porque no nos habíamos visto.

—Sí. Vi que estaba detrás de los periodistas, entre la gente, intentando asomarse, casi a brincos, por encima de las cabezas para contemplar a la princesa —continúa con una explicación que me va asombrando por su detallismo—. Y como no se atrevía a adelantarse a primera fila, casi ni la ha visto. No la reconocería por mucho que se esforzara.

Cómo será que este hombre que no estaba en ningún lugar de la plaza —decía la prensa que habían retirado a los mendigos—, me hubiera localizado con tanta precisión. Lo que dice es una invención, naturalmente, no sé si creada por él o recreada por mí al escribir el resumen del día. Pero esto último no puede ocurrir, porque yo solo escribo lo que encuentro y veo.

—Usted no necesita verla —sigue con su perorata—. Para describirla con su puño y letra en un relato nacido de su libre voluntad, solo tendría que introducirla en el mundo de su novela.

—Qué cosas se le ocurren a usted. ¡«Nacido de mi libre voluntad», me dice! Cómo voy a engendrar algo que no conozco, que no he visto, y además de ella, de la que ni siquiera he oído el sonido de su voz. Eso sería una fábula, no un relato verídico.

—Aunque haga poco que es escritor, tal vez conozca los versos que Espronceda escribió sin haber sido mendigo, y podría ser que sin haberlos visto ni haber hablado con ellos.

—No. No he leído nada de Espronceda sobre los mendigos.

—Se los recito como si fueran míos. Me pertenecen:

«Y para mí no hay mañana,

»ni hay ayer;

»olvido el bien como el mal,

»nada me aflige ni afana;

»me es igual para mañana

»un palacio, o un hospital»

»Mire si no es verdad lo que escribió: “Para mí no hay mañana ni hay ayer”. Solo el hoy cuenta. Y ahora le pregunto: en su intención de ser escritor: ¿hubo ayer?, ¿habrá mañana?

—Pero también dice que le da igual un palacio o un hospital —intento huir de su trampa. Siento capciosa la pregunta.

—Dijo eso para rimar el verso. Lo del palacio caía bien, un perfecto ripio.

—Los ripios distraen y alejan de lo que se quiere contar. Por eso, quiero ser realista y solo describiré la actualidad conocida —continúo alejando la pregunta de «¿hubo ayer?, ¿habrá mañana?».

—Yo no tengo más remedio que vivir en el ahora, porque en el ayer no fui tenido en cuenta.

—¿Usted decidió de la noche a la mañana ser mendigo? — Intento traspasarle aquella decisión matinal por la que me siento escritor.

— No. Yo me he encontrado con la pobreza desde el reparto que Dios hizo del mundo. Cuando no le quedaba nada hizo a los mendigos. Y, claro, nos quedamos sin nada, como es lógico.

Me deja de una pieza. Otro que se refiere a Dios para explicar su pobreza, como don Augusto que recurría a él para justificar su vagancia. El Vago decía que Dios se echó a la bartola tras crear el mundo y que él hace lo mismo.

—Pero Dios puso todo en manos del hombre —intento hacerle entrar en razón.

—Naturalmente, porque lo hizo de un puñado de barro, y escurriendo el barro qué queda, ¡eh!, ¿Qué queda? Ya se lo digo yo: tierra y agua. Todo para el hombre, la tierra con todo lo que hay encima y los mares con todo lo que hay debajo. Y el hombre muy astutamente hurga y hace pozos para que no se le escape nada, ni el agua que se hubiera filtrado.

—Pero hizo a la mujer para compartir.

—Si la sacó de una costilla del hombre, por algo sería, vamos, digo yo.

—Para señalar la igualdad de ambos, los dos de la misma carne —doy mi explicación.

—¡Qué ingenuo es usted! ¡Ya se lo explico! Para que dependiera de él, y al depender estuviera sometida. Tú eres mía, eres mi costilla y a callar. Menudos eran los hombres y sobre todo el Adán. Como para regalar una costilla sin sacar nada a cambio.

—Aun con todo, ya está hecho, todo para todos.

—¿Usted no lo sabe? A los mendigos nos hizo después, así, al tuntún.

Pongo cara de incredulidad. Pero sobre todo de desconfianza. De que no me dejaré engañar. Por eso ante el recelo de mi silencio, sigue con su explicación.

—Sí. Sabrá que esos dos fueron engañados y mordieron la manzana.

—Sí, una manzana del árbol del bien y del mal.

—Bueno. Lo sabe. ¿Y que los expulsó del paraíso, también lo sabe?

—Lo aprendí de niño en la catequesis.

—Correcto —me trata como a un alumno en tiempo de exámenes, no vale una pregunta sino que continúa para aprobarme o suspenderme—. ¿Y tú sabes qué hizo con la manzana mordida? ¿Con el resto de la manzana, diré mejor, con el desperdicio que quedó tirado a la entrada del paraíso?

Su lenguaje ha dado un giro inesperado, salta del usted al tú, ¡me tutea!

—Pues sospecho que se pudriría y abonaría ese trozo de tierra —digo esto por decir algo y salir del paso.

—¿Fermentar la tierra del Edén? ¡Pero si el Edén es Edén sin necesidad de nutrientes! ¿O no es así?

Tengo que aceptar sus deducciones y teorías como si fueran dogmas. En mi corta experiencia de escritor tengo el conocimiento vacío y necesito que me lo vayan rellenando. Afirmando con movimientos de cabeza y escucho con atención y curiosidad.

—Dios, después de mandar al ángel despachador para que los expulsara, se quedó paseando y vio los restos de la manzana. Y le surgió una idea: «Para no desperdiciar nada, de lo sobrante hagamos a un mendigo».

Y se calla. Espera que yo argumente, que le lleve la contraria, que intente disuadirlo, pero no, enmudezco yo también. Parece que sumara mi incredulidad a mi ignorancia y que él se recreara con su doctrina.

No sé por qué este personaje me recuerda al pobre Lázaro, aquel contrapunto del rico Epulón. No me atrevo a recordárselo ni siquiera le pregunto por su nombre por si me dijera que sí se llama Lázaro y que conocía a Epulón. Si me tutea no me acusa de Epulón, deduzco.

Cuando alguien tiene la inteligencia suficientemente despierta para inventarse o mantener un creacionismo, perfectamente puede seguir con sus figuraciones y aplicar o plagiar cualquier teoría.

Como escritor, me estoy enriqueciendo porque ya poseo dos fórmulas cosmogónicas, aquella del hombre vago y esta: ¿qué importancia les daré? ¿Como aceptación de la mendicidad o solo como satisfacción personal de Lázaro?

—No me pongas esa cara de inculto, que eres un escritor y, como tal, todo lo que te digo no te puede sonar a extraño. Y si no, ya verás lo que te dice la princesa si le preguntas.

—¿Qué me va a decir, y qué le tengo que preguntar?

—Eso, lo de Dios.

—¿Y qué tiene que ver la princesa con Dios?

—Su graciosa alteza, o sea princesa por la gracia de Dios. ¿Te parece poco? ¡Como si Dios hubiera bajado a señalarla con el dedo!

—¡Sin exagerar! Ha sido la Iglesia la que la ha bendecido por ser hija de monarcas.

—A veces no pensáis las cosas. ¿Por qué otra razón le habría besado el anillo al arzobispo?

—No se me ocurre ninguna —cada vez admiro más mi ignorancia.

—Porque no la hay. No hay ninguna otra razón, sino porque con su bendición baja la gracia divina. Ya lo has oído: Su graciosa alteza, y cuando sea monarca, su graciosa majestad. Por eso ha de mantener las normas protocolarias para no desmerecer y ganarse la bendición del arzobispo. Además, en tu fuero interno ya la has calificado de Alteza Católica.

Sonríó ante esas palabras que son mías, las deduje en un momento de reflexión, también movido por la actuación del arzobispo. Pero debo mostrarme ajeno a todo este galimatías religioso. Siempre que sale Dios debería construirme mi propio relato. Pero no sé, no concibo a un escribano, eso es lo más próximo a un escritor que se me ocurre, que caminase detrás de Dios tomando notas y apuntando en su libreta cualquier actuación para luego pasarlas a limpio. Esto sería más propio de periodistas o de notarios, dudo que los teólogos aprueben semejante doctrina... Habrase visto idea más descabellada: un escritor persiguiendo a Dios para narrar sus aventuras. ¡Menuda incongruencia!

—Esto que hablamos es impropio de escritores —veamos qué explicación me da él. Esta es la pregunta en la que me salta espontáneamente el tuteo—. ¿Tú crees que esta conversación la habrías tenido con alguien que no fuera escritor?

—Pues no sé qué decirte —me contesta el mendigo que pone cara de interrogarse.

—Me agrada la confianza...

Sin que acabara mi agradecimiento, como saliendo de su reflexión, me alecciona.

—A un sacerdote le extendería la mano diciendo aquello de «una limosna por el amor de Dios» y si me la diera le contestaría: «Que Dios se lo pague». A un periodista le contestaría o no le contestaría a sus preguntas, que serían: ¿Cuánto tiempo lleva pidiendo? ¿Recibe más limosnas los domingos o los festivos? ¿Qué promedio de euros saca al mes? ¿En

qué se gasta la limosna? ¿Es un sueldo suficiente o le gustaría que el gobierno se lo aumentara con un plus...? Y eso es un abuso. Se quieren enterar de todo sin importarles la intimidad.

Distiende el rostro como si hubiera expresado una explicación satisfactoria.

—Ya me voy dando cuenta de la diferencia que encuentras entre los periodistas y los escritores, todos somos amanuenses escribiendo o copiando como unos plagiadores, pero bueno ahora con escanear la página ya lo tenemos solucionado. Esto del escaneo es una desgracia para los pobres escribanos que están perdiendo el oficio —le digo compungido como si hubiera desaparecido una especie humana.

Me recreo en estos temas para darle a entender que conozco otras materias y otras personas, y que también tenemos nuestras preocupaciones y dificultades.

—Aunque no me lo preguntes te diré que yo también conozco a otras gentes, hay una señora llamada Úrsula, que en los días fríos de invierno o de ventolera, me trae un termo de café con leche calentito —me apunta con el dedo como indicándome su importancia y que lo escuche—. Es una noticia insignificante pero amena. Al principio me daba vergüenza beberlo en el pórtico delante de todo el que, antes de entrar, se santiguaba para librarse de las tentaciones del mundo. Porque se santiguan a las puertas para poder entrar con dignidad.

—¡Cómo te agradezco estas pinceladas! —acepto que él también se explaye.

—Luego está la señora Ignacia que reparte su pequeño capital con el cepillo y conmigo. Diez céntimos para el cepillo y diez para mí.

—Estos detalles tan nimios son los que dan credibilidad a los escritos, tomo nota para utilizarlos.

—Además viene la señora Joaquina que me recomienda en qué debo gastar su limosna: en lo que quiera usted, me dice, pero en vino ¡no! Y no sé por qué, pero me lo advierte cada mañana sin importarle si estoy sobrio como una camisa recién planchada.

—Ecurrida —pretendo puntualizar su comparación—. Ecurrida después de lavada.

—No. Planchada que es más que escurrida y seca al sol.

Está siendo larga y provechosa la comunicación. Me ha sorprendido el contraste que señala diferenciando a estas personas. Parece ser que me quiere adoctrinar señalando comportamientos; pero yo quiero saber por dónde lleva sus observaciones para alimentar mi temario.

—El periodista también preguntaría: Eso de la manzana desechada, sin terminar de consumir ¿qué significa? —se me ocurre preguntarle para establecer su origen. Su estrambótica cuna.

—Bueno, no la recogieron para echarla al cubo de la basura.

—Claro, —digo con cierto retintín para seguir en honda—. No se me ocurre ver a Dios con la bata de estar por casa y una bolsa de la basura abriendo el contenedor y tirándola.

—Tienes chispa, piensas como si en el paraíso hubiera desperdicios y recipientes para recogerlos y llevarlos al basurero.

—Pues, entonces, no sé qué otra cosa podría hacer —digo encogiéndome de hombros para rubricar mi duda.

—Indicar que quienes salimos de aquel corazón de la manzana diéramos lástima y quienes nos vieran nos dedicaran sus migajas o sus desperdicios. ¡Si prefieres entenderlo así!

Me admira su interpretación, un discurso teológico que no termina en estas palabras sino que continúa.

—Y al ser Dios la causa de la mendicidad en ningún sitio mejor que a las puertas de las iglesias deberíamos colocarnos. Igual que el desperdicio de la manzana estuvo a las puertas del Edén.

—¿Estáis a las mismas puertas y recogéis todo lo que os den? o ¿debo interpretar que también todo lo que se les caiga? —hurgo con osadía.

—Qué bien has entendido lo de la manzana tirada y abandonada a la que Dios golpea con su pie y la convierte en el principio de la mendicidad. Ya se sobreentiende sin necesidad de mayores exégesis que si hay algo por el suelo, despreciado o simplemente descuidado también nos pertenece.

—¿Y si es una cantidad grande de dinero?

Casi revivo mi niñez, porque esta pregunta la haría en la época en que no pensaba ser escritor, aquel tiempo que he dejado fuera de mi mochila. Pero ahora me ha surgido como una de esas averiguaciones que hacíamos de niños para crear una trampa: ¿qué harías si es un montón de billetes como la torre?

—¡Ah! Eso ya es más complicado. Si la cantidad te saca de la mendicidad la devuelves. Porque ¿qué hace un mendigo sin limosnear? Se moriría de aburrimiento.

—¿Pero, y si es pequeña?

—Nos la quedamos sin problema ninguno. Nosotros somos abandono y desperdicio y debemos vivir del desahucio y de los residuos. Eso te va a pasar a ti, señor escritor, en cuanto saborees la dicha de serlo. Toda idea y toda situación por rara y absurda que sea te la quedarás para usarla.

Ahora es como si hubiera entrado en mi vida. Pongo cara de disgusto, porque me parece un desatino, casi un insulto, el que se meta a pronosticar mi futuro. Soy yo quien se labrará el porvenir sin influencias ni imposiciones.

Algo me ha notado porque inmediatamente dice.

—No quiero molestar, en absoluto, yo soy un mendigo y no sé nada de escritura y menos de cómo desea vivir cada uno. Pero sí quiero decir que no se deben relatar las cosas de la misma manera, es decir: que unos no pueden salirse de las páginas de la prensa, y otros, tú por ejemplo, sí podrás deleitarte redactando historias. Aquellos, los periodistas, descubren la noticia y la airean, tú, el escritor, vives lo que aparenta ser noticia y lo adornas dándole visos de realidad.

—Sabes demasiado, amigo mendigo.

—Todo esto se aprende a las puertas de una iglesia.

—Pero si allí solo dan unos céntimos como limosna.

—Sí. Pero el mendigo ve, oye, huele y a veces roza la mano de quien le da la limosna, y ya no necesita más explicaciones.

—O sea, que conoces muchas historias.

—A veces las supongo, incluso las creo en mi fantasía, vamos... Hago el papel de novelista sin escribir en papeles, aunque se me da mejor el de ser actor. Actor que despierta piedad y compasión con su gesto y súplica.

Lo invito. Me apetece agradecerle el rato que ha perdido conmigo, pero no me lo acepta. Me comenta que se le está presentando mucho trabajo y tiene que ocupar su puesto.

Y es verdad, veo un tropel de gentes, turistas creo que son porque vienen dirigidos por alguien que iza una banderola delante de ellos. Y por la otra esquina del templo aparece otro grupo detrás de otra guía que alza un paraguas.

Él ha adoptado su imagen de mendigo y extiende su mano a la entrada instando que se fijen en él y le miren a los ojos. Él sabe que tiene una mirada capaz de sobornar cualquier bolsillo.

No sé a qué hora terminaron de entregar los despachos. Es probable que se hayan concedido por la mañana. Supongo que la mesa de la presidencia tendría a la princesa encabezando el acto. Ella representa al rey, su padre que, por razones que desconozco, no ha podido acudir.

Alrededor de la mesa y acompañándola estarían los generales, el de la región militar y el director de la academia, además estarían presentes los jefes y los profesores de las fuerzas que terminaban su formación. Junto a ellos ocuparía un lugar el presidente de la Comunidad

de Aragón y, por requisito territorial y cívico, el alcalde. No podían faltar la autoridad autonómica ni la de la ciudad, acompañando a la soberanía principesca.

Ante ellos desfilarían uno a uno los caballeros alféreces cadetes que serían promocionados a tenientes recogiendo el despacho de su ascenso. Se acercarán con paso marcial. Saludarán miliariamente además de con una inclinación de cabeza a la representante de la monarquía. Luego les será entregado el título, harán de nuevo la inclinación y con la misma marcialidad se retirarán a sus puestos. Al final el vuelo de gorras, los brincos de satisfacción, la felicitación entre compañeros y el saludo a los familiares se adueñarán del ambiente. Así habrá terminado el acto.

¿Lo he contemplado alguna vez? No recuerdo, pero así me lo imagino.

Después, todo el mundo abandonaría la academia y se retiraría a sus domicilios o buscaría dónde celebrarlo, creando una gran movilidad de gentes por la calle. Pero dada la hora y no tropezar a nadie deduzco que ya se habrán refugiado en los restaurantes.

Camino sin estorbos. Nadie se cruza conmigo. Llevo las tarjetas en la mano por si pudiera asaltar a alguien, pero a mí, y supongo que a quien aún camine por ellas, nos espolea el hambre.

Llego a mi casa, dispongo la mesa y me siento a comer, termino, doy una cabezada en el sillón y me pongo a escribir.

Ha sido mucha la información y no quiero olvidar nada, ni dejar nada al azar.

Comenzaré por la princesa.

Ya he dicho que su pie es dúctil y grácil, calzando zapato de tacón de aguja. Sus piernas torneadas y bien definidas, como las de Venus en su nacimiento, el cuadro de Botticelli, desafían a los vientos y se muestran airosas, casi sin tocar la concha que tienen como soporte. Su vestido vaporoso denuncia un cuerpo frágil, con curvas exactas, todo obliga a congraciarse con su figura. Su fuerza seductora no dará opción ni duda a quien la mire...

Salta un twitt:

@Sibila —Ya estamos con la seducción. Como si solo la mujer fuera sugerente y provocadora. Como si no diera libertad al hombre. Fuerza seductora, figura que obliga a congraciarse, curvas exactas, piernas botticellescas... que desafían al viento. Estas palabras me recuerdan unas miradas en el tranvía. #@Escritor

@Sibila —Unos ojos que me desnudaron, que palparon todo mi cuerpo, que me obligaron a gritar, a denunciar el atropello. Estaba lejos y no llegaba con sus manos,

pero sus ojos tenían dedos que igual soltaban un lazo, que desabrochaban un botón, que bajaban una cremallera. #@Escritor

@Sibila —Estábamos alejados, él se refugiaba en la distancia y me deshonraba, hasta que se cruzaron nuestras miradas la mía de rabia y la suya de complacencia lasciva. Entonces huyó. En la primera parada saltó fuera. Me quedé chillándole como se insulta a los descarados, groseros y sinvergüenzas. Pero estaba sola, de pie, sin nadie que me alcanzara y vi las miradas de la gente del tranvía. ¡Todas fijas en mí! #@Escritor

@Sibila —Yo era la loca por quejarme, la maniática que deseaba los tocamientos: eso denunciaban las miradas de los viajeros. Como si yo fuera la libertina, la provocadora. «Algo habrá hecho» «Se habrá movido escandalosamente». Adivinaba sus pensamientos. Por eso aún me dolió más aquella situación. Me revolví desafiante pero no tenía nada para argüir, para demostrar que aquel hombre que huyó fue quien abusaba y me desgarraba. #@Escritor

@Escrutador —Agradece que huyó. Lo que tenía que haber hecho era continuar hasta conocer el color de tu ropa íntima. Como ahora. ¿Cuál será la lencería de la princesa? ¿O no te gustaría conocerla? #@Sibila

@Examadecasa —Sinvergüenza, perro en celo. #@Escrutador

@Escrutador —Probaremos fortuna si te acercas, tengo el olfato desatado. #@Examadecasa

@Adivino —Eres un indeseable. #@Escrutador

@Examadecasa —Yo también he tenido una experiencia deshonrosa, un señor buscando trabajadoras en la esquina de la calle don Jaime. Daba sus tarjetas, y me acerqué relatando los trabajos en que era experta, me miró con descaro e insolencia y me propuso que si estaba dispuesta a estar con él, a ir a su casa. #@Sibila

@Sibila —Hay gente así de grosera. Ya no te puedes fiar de nadie. #@Examadecasa

@Adivino —No es verdad, aún quedan buenos hombres. Me gustaría saber qué necesitaba esa persona. ¿Aún no lo habéis visto, no os ha hablado? #@Examadecasa #@Sibila

@Sibila —No se atreverá. #@Adivino

@Medusa —Tendría la cabeza enrollada de malas ideas. #@Adivino

@Examadecasa —Mi experiencia también fue dura, me dio una tarjeta que recogía de la papelera. No le hice caso y la tiré. Algo me decía que no me fiara, y me alejé. *#@Sibila #@Medusa*

@Escritor —Para que no sufráis ni os sintáis ofendidas, ni ofendidos, os diré que el cuerpo de la princesa es escultórico como las Venus que esculpía Canova. Cuerpos limpios, suaves y perfectos, con rostros griegos, sin nariz borbónica ni austriaca ni de los Trastámara. *#@Sibila #@Medusa #@Examadecasa #@Adivino*

Dicho esto cierro la conexión.

Apago el ordenador aunque solo haya anotado una especie de cabecera. No soporto ser tratado así.

Ya sé que con explicar el por qué de mis miradas los acallaría, pero me han puesto de mal humor. Si entro en mi defensa y los acuso de falsarios, de que solo piensan en ellos y de que su poder narcisista los corroe, no me comprenderían, y si me entendieran se volverían más agresivos. Sus invectivas me indignarían y crecería mi irascibilidad.

Yo tenía una razón. Soy un escritor que aprende y para ello mira y contempla detalle a detalle hasta desnudar al otro si fuera preciso para describirlo. Si entendieran esto no tendrían razón para sentirse ofendidos e insultarme.

Me van a llevar por los intolerables derroteros que me señalan con sus insolentes interpretaciones. Tampoco deben creermme un agresor o un mirón, porque eso aún me destruiría y me acomplexaría más.

Vaya. Otra vez el teléfono.

—Sí. Dígame.

—Hola, soy Heilota.

—Ya te he reconocido.

—¿Qué hace ahora?

—Estoy hablando conmigo mismo y me has interrumpido. Últimamente tengo pocos ratos para hacerlo. Esto de hablar conmigo.

—Bueno, perdone, pero ha venido el otro escolta y me ha preguntado por usted.

—¡Ahora mismo voy!

Mi persona sufre. Me lleva a cuestras. Embutido en esta nueva obsesión la miro como si fuéramos dos seres: yo el escritor que busca y se lanza en medio de la batalla y ella que me soporta, recibe las heridas y los golpes porque se adentra como una quilla entre las gentes, abriendo camino.

Debo contarle todo lo que me ocurre. Tengo que decirle que la quiero, que no puedo vivir sin ella. Que la quiero tocar, palpar, verla en el espejo. En espejos pulidos, fieles, sin interferencias cóncavas ni convexas. Que mis deseos y compromisos son muy necesarios y que a ella la tengo como única amante.

No es secreta nuestra proximidad ni nuestro amor. No nos da vergüenza abrazarnos, ni besarnos, ni yacer juntos.

Eres mi persona, le digo. Tú me llevas y me traes, me soportas. No soy nadie sin ti, caminamos siempre cogidos del brazo. Eres la protagonista de mis actos, de mis obras y de mi vida. La responsable de mi imagen, me representas ante todo el mundo.

No puedo engañarte con nada ni con nadie. Debería mimarte aunque me aproveche de ti. Te utilizo y abuso hasta no dejarte dormir. Te raciono las comidas. No me importa tu cansancio ni tu agotamiento. En cuanto a las bebidas, no me preocupan tus gustos, te doy las que toman aquellos con quienes estoy, y no mido las cantidades.

Eres el borriquillo al que me subo para que me transporte. A veces callo mis intereses para que no los sepas, no te doy explicaciones ni información. No te creo con la capacidad suficiente para que me comprendas y no tengo en cuenta si te opones a mis apetencias, ante ellas me eres indiferente.

No me detengo a parlamentar contigo. Mi relación es un monólogo conmigo mismo. No me preocupan tus quejas ni tu cansancio.

Me hablas y no te escucho. Susurras quejas y suspiras dolencias y no te presto atención. Te miras en el espejo y ni te veo. No hablo ya de contemplar.

Contemplar, con los significados que tiene: contemplarte con los ojos, contemplar para darte satisfacciones, para elevarte y adorarte. Yo no te contemplo.

Te he convertido en rutina. Vamos juntos obligadamente, aunque no te guste el camino ni haga caso de tus quejas: si es duro, áspero y pedregoso. Caminamos agarrados y no te cedo el paso.

No tengo adonde ir si no me llevas, porque cabalgo sobre ti y aprovecho esa cabalgadura para espolearte, amaestrarte y gobernarte.

Estamos unimos desde siempre. Porque siempre seremos uno. Cuando aparecimos en el cuadro de la vida tú estabas esculpida conmigo. No era que yo estuviera dentro de ti como algo extraño que pudiera huir, salirse. No. Éramos, existíamos y estábamos los dos. Uno sin otro, no.

Pero luego se complicaron las cosas.

Yo tomé mi iniciativa. Quise ser escritor y te descuidé. No te hice partícipe de esta nueva personalidad. No hago distinción entre personalidad y actividad, ya lo sabes. Aunque siga contigo no me doy cuenta. Y si no me doy cuenta es que no te hago caso y no cuento contigo. No me preocupa si lloras si sudas si tienes alergias. Solo si tienes sed; del hambre, no siempre, aunque a veces sí lo noto.

Querida persona mía, eres lo único que tengo. Sin ti no soy. No es que sea nada, no. Es que no soy ni estoy.

Por eso tengo que hacerte partícipe de mis sentimientos y saberes. Te pediría perdón. Pero comprendo que pedirte perdón es pedirme perdón a mí mismo, porque tú, querida persona, soy yo, por mucho que quiera o queramos disimularlo.

Hablo conmigo mismo sin interrupciones porque no hay nadie en el parque ni en el paseo Sagasta. Bueno, nadie es un decir, pero sí que somos muy pocos quienes a esta hora deambulamos por este camino.

Esto es lo que hablo conmigo para ser yo, y que casi nunca lo hago: dar personalidad a mi persona.

Heilota lo tiene bien acondicionado. Me lo señala un gesto de la mano. Lo descubro como un hombre normal, sin anchos hombros ni brazos prominentes. Tiene un rostro agradecido, tal vez el sorbo de café le dé esa apariencia de satisfacción que proyecta su mirada.

Me acerco y le doy las buenas tardes. Tras el encuentro con su compañero mantengo una actitud confiada y apuesto por la espontaneidad ante una copa de brandy. Me agrada la elección de este licor. Me da buen augurio.

Levanta la mirada y me pregunta.

—¿El escritor?

—Sí. El conocido de Carlos Alfonso.

Me ha parecido oportuno darle un nombre que justificara mi acercamiento. Tendría que haberle dicho: no quiero molestar pero si me permite sentarme en su compañía... En cambio me pareció más oportuno citar una amistad común.

—Tanto gusto, yo soy Alfonso Carlos —me tiende la mano y se la estrecho. Él se ríe, y comenta—, es una especie de contraseña que tenemos. Damos ese nombre para significar que la persona que lo emplea es de fiar. Ya sabe, nunca se sabe con quién vas a tropezar, sobre todo si está en juego la princesa.

—Su gusto es el mío —le contesto, y le comento porque me siento aludido con eso de que «está en juego alguna información»—. Nunca abusaré de cuanto hablemos entre nosotros. No querría hacer otro uso de nuestro encuentro sino por, ya sabe, conocerla como un ciudadano más. Y, como escritor, aumentar mis aprendizajes.

Heilota me trae un café y le pido una copa de lo mismo que ha servido a mi tertuliano. No solo compartiremos mesa sino bebidas. Es un detalle para acercar nuestra comunicación.

—Bueno, hay que estar prevenidos. Los datos de la princesa son demasiado atractivos. Hay muchos que enseguida quieren libar. Perdón por la palabra.

—No se preocupe por mí. Ya sabe que soy escritor y solo me importan pequeños detalles con los que enriquecer la prosa. Para describir y no andar dando tumbos.

—Según me contó mi compañero está interesado por ella.

—Sí. Tenía una gran fascinación, su juventud, su preparación, su futuro, por eso esta mañana me he camuflado entre la gente para aclamarla.

—Debería haberse colocado delante de los periodistas, no digo de las autoridades porque esas eran primordiales.

—Habría dado igual, no nos habrían presentado. De momento me quedé con su imagen. La prensa retratará sus actos y su comportamiento. Leyéndola me haré una idea de su personalidad.

—Los mediadores no son la mejor manera. Ellos interpretan y dan su visión, y, por ser la suya, no siempre es acertada. ¿Querría hablar con ella?

—¿Se podría conseguir? —no puedo desaprovechar la oferta.

—Sospecho que no habrá problema.

—¿Tendría que mandar una solicitud pidiendo audiencia?

—No se preocupe. Yo, nosotros, haríamos los posibles.

—Sería muy de agradecer. ¿Es fácil de trato?

—Es muy sencilla.

—Eso lo supongo, porque para hablar con los pequeños hay que rebajarse.

—Pero a ella no le importa relacionarse con todo el mundo.

—Esa es la diferencia, que nosotros nos encumbramos y nos envanecemos cuando hablamos con la realeza.

—Tampoco se ha de exagerar. Ella no pondrá ninguna dificultad, le gusta dialogar; es muy locuaz.

—No he hablado nunca con alguien de esa alcurnia.

Este Alfonso, el escolta, es una persona mayor, madura quiero decir, y me anima, aporta seguridad. No es tan fuerte como Carlos Alfonso, sino de rostro más pacífico, sereno y sensato, eso voy deduciendo por la manera de orientar la conversación.

—No debería tenerle miedo. Además, como escritor, tendrá sus trucos y sus argucias. No le faltarán temas ni palabras.

—Bueno. Mi experiencia es muy corta y de habilidad ando muy escaso —ya he conseguido lo que no tenía previsto—. Y, con usted, ¿mantiene alguna conversación?

—Muchas y largas. Me trata como a un confidente.

—Eso da mucha confianza.

—A veces me pide mi opinión, si encuentra dificultades o malestar con alguna amiga o con algún amigo.

—Lo hará para sentirse protegida.

—Hombre, claro está. Pero con algunos me ha invitado y he ido a tomar una copa.

—Veo que se fía de usted.

—Ya sabe ella que no la defraudaré nunca.

Es una maravilla de hombre. Se tiene por buen amigo, servidor y fiel defensor. Pero también es confiado, habla sin tapujos. Necesito mucha prudencia para no desaprovechar la ocasión ni crearle ningún conflicto.

Ante todo intento que mi reunión con la princesa se haga realidad, aunque solo sea un ligero encuentro. Porque mirarle a los ojos, oír la cadencia de su voz y ver el movimiento de sus labios son las mejores lecciones que puedo contemplar para conocerla y saberla.

—Me da mucha confianza su amabilidad, es como un adelanto de la personalidad de la princesa. Por eso acepto la sugerencia. Usted se encargará de consultar fecha y hora y de llamarme a este teléfono —le entrego la tarjeta y en ella apunto el número del móvil, con mis rasgos escritos le doy una impronta personal—. No me importa el tiempo que pueda dedicarme. Verla de cerca y escucharle algunas palabras sería un orgullo para mí.

—Cuente con ello.

—Me llamo Apuleyo Tomás y Lorenza. Y si prefiere «el escritor». Lo que crea más convincente.

—De acuerdo, en cuanto se me presente la ocasión le hablo de usted.

—Dígale que soy un escritor novato que aún no se ha estrenado. Que al enterarme que venía por mi ciudad me he interesado, que me ha emocionado su presencia, que era uno de los que la aclamaban y sobre todo que he apreciado el trato que ha dado a los periodistas saludándolos y a las autoridades nombrándolas una a una. Son detalles de gran humanidad. Y a los eclesiásticos también, qué carisma y qué elegancia.

—Se lo haré llegar y, con una salutación así, no se negará.

—¿Y, dígame, qué debería preguntarle para no crearle ninguna molestia? No me gustaría que se sintiera incómoda.

—No se disgustará por nada. Tiene mucho recorrido.

—Es que soy un desconocido, sin currículum.

Digo esto porque quien se humilla será ensalzada, y quien se sienta en la última silla puede ascender en la mesa. Mi pequeñez y mi timidez por delante.

—Desde su visita a la reina de Inglaterra (Isabel II fallece el día 8-9-22 tras 70 años y 214 días de reinado) hace nueve años, y al papa de Roma, hace seis, no se le pone nada por delante. Como puede ver, las experiencias la avalan. Yo creo que ha aprendido a cómo vivir y ejercer el mandato, incluso durante muchos años si le fuera posible. Los modelos que ha conocido y escuchado dan para mucho.

Los dos reímos. Es como si le pronosticáramos una edad longeva y con buena salud mental. ¡Qué sabemos nosotros lo que le deparará el destino! Pero por hablar y no perder la buena disposición, digo:

—El sino sabrá lo que le ofrecerá la vida.

—¿Y usted? —me contesta.

—¡Cómo que yo!

—Sí, usted es escritor, ¿no? Solo tiene que hacerla protagonista de su libro y llevarla y traerla por unos y otros derrotados, y hacerla vivir cuanto usted quiera.

Me asimila al destino, al hado, como si fuera un dios que establece situaciones y prolonga vidas con solo rasgar el papel con la plumilla de la imaginación. ¡Qué gran poder me atribuye!

—¡Pero yo no debo hacer eso! Yo solo quiero conocerla, saludarla y tantear la experiencia. Soy un primerizo. Ya le he comentado que no he conocido a nadie de la realeza.

—Pues me ocuparé de que ocurra. Y de que sepa cosas contadas por ella misma para que vea lo normal y espontánea que es, y la seguridad e intensidad con que vive cada momento.

—Pero eso de ser la futura monarca la tiene que condicionar mucho. Evitar lugares de recreo, no sé de qué espectáculos también...

Soy tan novato que no sé nombrar los lugares de diversión a los que debería ir, sino negativamente, a los que no debería acudir. Está claro que no soy capaz de inventar ni crear situaciones, no soy el sino.

—Ella no se priva. Cuando era más joven, en Inglaterra, se escapaba del colegio y recorría todos los tugurios. Hizo amistad con dos compañeras y si ellas se iban de fin de semana las acompañaba y en esas huídas se soltaban la melena.

—Muy atrevida, porque ¿y si alguien la delataba?

—No las conocía nadie allí adonde iban.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque esas holgazanas me correspondieron como vigilante. Y en estos casos quien se avergonzaba era yo.

—¿Qué le avergonzaba?

—Hacer de carabina. Ya sabe, eso de acompañar a distancia, disimulando para que nadie se diera cuenta. Sustituir a un ama de compañía, ¿no?, así las llaman.

—De esa manera, usted, conocería también a sus amigas y a los familiares de sus amigas.

—Pero si eran unas nenas. De diez y seis y diecisiete años. ¡Qué pintaba yo entre ellas! Además, los familiares me miraban con dudas y sospechas. Un mal estar, muy incómodo.

Me río de estas confidencias, y él también las ríe, pero no para de expresar la parodia que vivió en aquellas situaciones.

—Era su obligación —le quito importancia a su sentimiento de institutriz.

—Me sentía como un padre que acompaña a su hija a la discoteca y no puede hacer nada, solo dejarla bailar con el más feo o con el más guapo, con el más bravo o con el más débil. Atento a que no se sobrepasaran, la intimidaran ni la amenazaran de muerte... ¡Amenazar de muerte a una muñeca! Qué ternura. ¡Quién se atrevería a amenazar a una criatura así!

Me quedo sobrecogido por esas posibles amenazas. ¿Cómo podría ser que ocurriera eso?

—Muy fuerte eso de las amenazas de muerte.

—Sí, las monarquías siempre pueden tenerlas, pero aparte de esas amenazas o las de rapto, de qué otras maldades la podía defender, ¿de enamorarse?, ¿de besarse? ¿Tal vez de emborracharse? ¡Si no bebían alcohol! ¡Si en la barra no ofrecían esas bebidas! Lo sé porque yo mismo lo comprobaba de antemano.

—Estaría rodeado de otros que, como usted, vigilaran. No sé, padres, tíos...

—¡No! Estaba yo solo, un adulto en medio de aquellas criaturas. Y si había alguien más no se manifestaba. Una vergüenza, no me acostumbré nunca. Ni cuando creció y cumplió veinte años. Porque yo también crecí. No me paralicé a esperarla.

—¿Siempre sabía dónde estaba, o se lo daba a conocer?

—¡No! Ahí estribaba la gran complicación. Que algunos días se escapaba también de mí.

—¿No la buscaba?

—Ella sabía mejor que yo las salas y los garitos. Era como si me diera esquinazo. Al principio sufría enormemente porque cada cierto tiempo su padre, el rey, me llamaba para que lo informara.

—¿Y le tenía que mentir?

—No. Nunca le mentí. Él era su padre, fuera rey o no. Yo apelaba a sus tiempos juveniles. Que se acordara él mismo de cuando estudiaba fuera de España, en ciudades donde era desconocido. ¿Acaso no se escondió alguna vez de sus vigilantes o directores de colegio para hacer su santa voluntad?

—Supo hacer bien las cosas —le digo con admiración.

—El caso es que ya llevo diez años con ella. Casi como si fuera su padre. Por eso no se corta. A veces me cuenta cosas como quien consulta. No es que me pida consejo, pero yo se los doy. Luego ella hace lo que mejor le parece, pero, no me importa.

—Y en la estancia en Viena, allí no hay corte real y no están por las monarquías, ¿cómo se comportaba? Tendría amigas también.

—Se notó mucho, ya cumplía los veinte y se apreciaba la madurez y la responsabilidad. Había venido a un colegio de traza universal, quiero decir, donde residían muchachas de todos los países.

—Relaciones internacionales. Preparando un futuro.

—Sí. En Inglaterra: monarquía y nobleza. Podríamos definir así sus contactos y amistades. Pero en Viena, además de cambiar el idioma, el colegio y la universidad, ampliaba el círculo de relaciones. Se le abrían todos los horizontes.

—¿Quiere decir que también encontró amigos?

—Naturalmente. Ya se relacionaba con alguno de ellos, pero la edad, que aumenta los sentimientos, hace mirar la vida con otra perspectiva.

—Y usted cumplía con el mismo papel de vigilancia.

—Sí. Pero ella comenzó a exigir más libertad. Y yo la comprendía, aunque puede que desgastara el reloj de tanto mirar.

—¿Le imponía una hora de volver?

—Ya tenía veintiún años y no le señalaba tiempos. Ella no me lo permitía. Pero yo debía estar al tanto de sus idas y venidas, por eso digo que desgastaba el reloj.

—¿Le dio algún disgusto?

—No. Usaba muy bien de su libertad. Era como si, en Inglaterra, la responsabilidad hubiera formado parte de sus asignaturas y la tuviera aprobada. Yo diría que con sobresaliente. Allí predominaron las emociones de la adolescencia. En Viena la responsabilidad de la juventud

—Claro, pero también saldrían en grupo de amigas, como en Londres.

—Aquí, se les unían algunos amigos. Incluso hubo uno que se le arrimaba especialmente.

—¿Se echó novio?

—Bueno, quizás podríamos decirlo así, pero no más que otros que frecuentaba.

—Una pregunta indiscreta que no me atreveré a formularle a ella. ¿Tiene novio formal?

—Eso no se lo puedo afirmar. Pertenece a su ámbito personal. No obstante, haga un esfuerzo. Pregúnteselo a ella cuando lo reciba. No tendrá pelos en la lengua si se gana su confianza.

— Procuraré complacerla, aunque encontrarse conmigo quizás no le agrade tanto...

Saltan otra vez los twitt. No me dejan terminar el resumen de lo que escuché y viví. ¿Qué habré dicho para que me asalten así?

@Crítico —Lo matarás a preguntas, seguro. *##Escritor*

@Adivino —Si no es capaz de ser un escritor que imagina y compone..., ¿debe enterarse preguntando punto por punto para saber qué narrar?. *@Crítico* *##Escritor*

@Escrutador —¿No le has preguntado por la lencería que usaba? Por si en la ropa de gala y en la ropa interior llevaba bordadas sus iniciales. *##Escritor*

@Examadecasa —¿Por qué no le dejáis terminar de escribir sus anotaciones? No vamos a saber lo que le cuenta el escolta. *##Adivino* *##Crítico*

@Escrutador —¿O llevaba bordado el emblema real? El distintivo real debería hacer peculiar su lencería. *#@Escritor*

@Examadecasa —Si no sabes pensar en otra cosa, ¡cállate! Deja escribir al escritor. *#@Escrutador*

@Sibila —Tienes toda la razón. No deberíamos hacer caso a estos deslenguados. Yo pediría al escritor que no hiciera caso a estos imbéciles que no saben hacer otra cosa que interrumpir. *#@Examadecasa*

@Adivino —Si tú sabes descifrar las adivinanzas, ¿por qué no intentas decirnos si este individuo será alguna vez escritor? *#@Sibila*

@Sibila —Estás leyendo sus palabras o no. De ahí debes deducir que se quiere informar lo mejor posible para armar el argumento y los personajes. Y si no cuéntaselo tú con tus pronósticos. *#@Adivino*

@Medusa —Hacedle caso a Sibila que ya me encargaré yo de ponerle trabas. No es que haga salir serpientes en cada hueco que deje con puntos suspensivos, pero lo intentaré. *#@Sibila #@Adivino*

@Escritor —Me dais miedo, si seguís así tendré que dejar esta profesión de escritor. No sabía yo que hubiera de soportar tantos inconvenientes y sobre todo tantas interrupciones.... *#@Medusa*

@Crítico —Si no sabes aceptar las críticas deja la escritura y dedícate a otros menesteres. Harías mejor. No siempre se puede salir airoso a la primera. *#@Escritor*

@Sibila —No le tengas en cuenta lo que diga Crítico, ya sabes que estos viven de amargar a los artistas, no solo a los escritores. Se dedican a la crítica porque no pueden dedicarse a la literatura. *#@Escritor*

@Adivino —Eso que dice Sibila está muy bien: mal de muchos, consuelo de tontos. *#@Escritor*

@Examadecasa —No olvides que nadie nacimos sabiendo. *#@Escritor*

La calle es menos desabrida que el estudio donde trabajo.

No puedo aguantar tanto entorpecimiento, aunque se contradigan y alguno me defienda. Siempre ganan los detractores porque gritan más. Se nota su estruendo aunque esa sensación pudiera estar dentro mí y me los hiciera leer con mayor intensidad. Los insultos no solo se dicen en voz más alta, sino que los oídos, sin saber por qué, están más dispuestos.

O sea, que puede ser que escuche con más intensidad las críticas y les dé mayor importancia. Aunque debería escuchar las alabanzas para que equilibraran. Pero no es así, el oído escucha antes el desprecio. No solo lo oye sino que lo prioriza.

Claro que eso no ocurriría si no las escribieran para que las leyese, si las soltaran al aire como una murmuración o el grito de un borracho en la soledad de su embriaguez, pero si las lanzan para que el eco las repita, eso es doble maldad. «No solo las digo sino que quiero que las conozcas, incluso que las repitan para que te enteres sin ninguna excusa».

Mi ego, que debería complacerse y crecer como hace cada vez que me proclamo escritor, ahora cuando leo los twitt se siente molesto, casi vejado. Cada interrupción es como un insulto, y si encima me echan en cara detalles ofensivos o me corrigen como si fuera un caprichoso lascivo, ya, me trastornan. Destruyen mi pensamiento.

Cuando estaba describiendo el encuentro con Alfonso Carlos y en su entrevista aparecían la princesa con su figura alargada como una perspectiva paisajística, no se les ocurre otra cosa que alardear con comentarios de cómo la describiré, de qué la interrogaré, qué preguntas debería hacerle y todo eso entre pullas, medias interpretaciones y falsedades...

Envuelto en estos soliloquios entro en el local de informática Totapi, suena el timbre de la puerta y sale al mostrador L. M.

— Buenos días Apuleyo, ¿qué pasa, alguna novedad en el ordenador?

L.M. me limpia el p.c. de los virus que contrae. Es como el doctor especialista o como el mecánico, lo digo así, porque así concibo su función con estos aparatos electrónicos que padecen infecciones víricas.

—Sí —le digo—. Que, desde que tengo el móvil y las redes sociales, se meten los del twitter y los del facebook y me interrumpen constantemente. Además no hacen otra cosa que poner en duda lo que escribo, y lo interpretan como quieren.

—Pero no serán todos. Alguno te leerá con agrado y estará de acuerdo contigo.

—Bueno, no todos, claro, pero eso de que me entorpezcan lo llevo muy mal.

—¿Y qué te puedo solucionar yo?

—Prepárame un ordenador en el que no pueda entrar nadie; uno de esos del candado cerrado.

—¿Qué quieres, que no tenga wifi?

—Sí eso.

—No te lo aconsejaría, porque pierdes muchas posibilidades.

Me sorprende. No entiendo eso de que pierdo posibilidades, cuando los del wifi lo único que hacen es distraerme y hacer que pierda el hilo y, luego, me cuesta Dios y ayuda recuperarlo. Si detienen mis reflexiones y desgajan mis ideas, ¿qué provecho puedo sacar?

—Ya sabes que hoy son muy importantes, casi actuamos y nos gobernamos por algoritmos —continúa L.M. con sus explicaciones—. Y eso ocurre solo si tienes internet y actúas con él, bueno eso que llaman interactuar.

—¿Y para qué quiero yo los algoritmos e interactuar?

—Para muchas cosas. Primero, sabes cuántos son los que te leen, y después, a quiénes les gustas o sea cuántos te valoran. Ya lo habrás comprobado, ¿o no?

—Sí. En facebook tengo algo así como 12 o 14 me gusta, likes de esos que se dice. Y algún pequeño comentario. En esa red no me tratan tan mal.

—Porque interactúan menos. Pero, mira, ya sabes que tienes la posibilidad de conseguir un grupo de lectores. Porque eso es lo que nos dicen los me gusta, que son tantos los que te aprecian. Las tiendas y los grandes almacenes se valen de esto, que alguien busca por internet precios o característica de un ordenador, por ejemplo, al momento le llenan la página de propaganda. Todos los que venden ordenadores lo saturan con anuncios de sus productos.

—Sí. Es verdad. Ya me ha ocurrido alguna vez. Pero, estando tú, no necesito a nadie que me venda o anuncie sus aparatos.

—A los encuestadores les es más fácil y fiable valerse de este método. Todo el que reciba y dé un me gusta a las informaciones de un partido, de un periódico con esa tendencia, o simplemente lea un artículo de esa inclinación es analizado y con eso deducen su voto. Y de ahí sacan las encuestas señalando las preferencias. Creo que eso deberías hacer tú.

—¡A ver, a ver! Que yo me entere.

—De esos comentarios, críticas, apoyos y lo que escriban los que interactúan contigo en twitts, facebook o instagram, los debes cultivar y sacar el máximo provecho. Deberías contestarles y explicarles tu idea, o sea interactuar, no callarte. De ahí saldrán algunos que se harán amigos tuyos.

—Pero, con sus interrupciones minan mi espíritu y paralizan mi mente.

—¡No te dejes embaucar! Haz que te sean útiles.

—Pero no sé cómo.

L. M. se rasca la oreja y me mira con sus ojos limpios y serenos, de paz y comprensión. No se altera, tiene paciencia.

—Mira, a mí viene mucha gente, a unos les soluciono el problema, incluso dos si detecto algún otro. Algunos vuelven para agradecerlo. Otros regresan enseguida porque lo he

arreglado mal. A ver, les pregunto, ¿qué has hecho? «¡Nada!» ¿Qué teclas has tocado? «¡Las de siempre!» ¿Has tocado estas? «¡No!» Entonces tecleo las que pienso que ha teclado y ¡Zas! todo solucionado.

—Ya, muy bien. ¿Y qué?

—¿Cómo que qué? Si eso no me hubiera ocurrido anteriormente no lo habría solucionado tan rápidamente y si me hubiera dado por vencido a la primera ya habría cerrado el negocio.

—Ya. Pero seguirán criticando y reprochando mis escritos. Cuando abro la libreta del bloc y paso a limpio mis resúmenes entonces a nada que escriba, ¡zas! ya están.

—Mira. Si te critican, corrige, si te alaban continúa, si te proponen otras cosas acéptalas, o no, eso tú verás. Todo dependerá de tus propias ideas. Porque te pueden dar otra visión de la jugada, y además pueden alimentar la tuya, tu visión digo. Yo te aconsejaría aún más: intervén tú para llevar el agua a tu molino. Repito, interactúa con ellos. Para eso sirven las redes sociales.

—Qué difícil es eso.

—¡Inténtalo! Que a lo mejor te pueden aportar ideas y caminos inexplorados que tú no pensabas, o proponer soluciones a los problemas que se te planteen.

—Sí. Todo eso está bien, pero coartan mi iniciativa, es como si fueran la censura.

—Eso de la censura es un subterfugio, aunque mejor sería que no la sintieras. ¿Que a un escritor lo maniaten? ¡No! Por favor. Es como si a mí me prohibieran usar determinadas piezas del hardware, no funcionaría el software del ordenador. Con un escritor pasaría lo mismo. Sin ideas no hay teclado que funcione ni letras que hagan palabras.

—Entiendo eso del software, de los algoritmos, de interactuar y de los likes. Perdón, ya uso palabras raras como si conociera ese idioma viral. Mira L.M. yo me he lanzado a encontrar personajes que dieran de sí para rellenar una novela. Y quiero escribirla yo, y solo yo. O sea que me sobran apuntadores.

—De acuerdo. Puedo ofrecerte unas «tabletas» que te serían útiles para suplir el bloc de notas y el lápiz, pero eso lo podrías hacer con el móvil y sería más fácil, le pones la aplicación de micro y puedes grabar lo que te hablen. Así, te llevas a casa todo sin tomar apuntes.

—Y con ello, ¿me libro de intrusos?

—Si de eso y solo de eso se trata con un cuaderno de espiral y un bolígrafo te valdrías perfectamente —ríe la ocurrencia como una broma impensada—. Además te diré otra cosa, ya no escribes cartas ni las recibes, qué más puedes querer sino que algún desconocido te mande unas letras espontáneamente.

—Sí. Claro. Tienes razón, qué más puedo desear.

Se nota que lo he aburrido. Él me ha propuesto maneras de aprovechar a los tertulianos y yo me he comportado como si no me importaran. Bueno, ya veremos.

Incluso me recuerda el mandato de don Augusto, el Vago, «usa las redes sociales»

Enciendo el ordenador, incluyo estas notas en el bloc para no olvidarlas, y allí están esas misivas de twitter.

@Adivino —Que se te dé bien con la princesa. *#@Escritor*

@Criticón —En cuanto la veas delante de ti, te quedarás mudo y sordo. Si no caes subyugado. *#@Escritor*

@Examadecasa —Mantente firme y lleva las preguntas escritas. Así siempre tendrás dónde echar mano. *#@Escritor*

@Adivino —Ya sabes, tendrás que contarnos lo qué hayáis hablado. No olvides preguntar lo de los noviazgos. *#@Escritor*

@Examadecasa —Muy oportuno el Adivino, no te olvides de preguntar por el novio que, al fin y al cabo, será rey consorte. *#@Escritor*

—Sí. Hola, soy Apuleyo, sí.

—Soy Alfonso Carlos. Que la princesa Isabel, ya sabe Fernanda, Federica..., que acudirá al bar de Heilota a las siete y media de esta tarde.

—Muy bien, allí estaré.

Ha sido una llamada inesperada pero prometedora.

Me ducho, me afeito, me acicalo, me perfumo y elijo la ropa más a propósito. Cruzo el puente del canal hecho un pincel. Mi vecina, al verme así de elegante, me pregunta.

—¿Va de boda? ¿Se casa algún familiar suyo?

No me pregunta si me caso yo, porque en el barrio nos conocemos todos y sabemos de nuestras andanzas. Todos conocen mi edad de jubilado y mi viudedad.

No puedo responder con pormenores porque no entendería mi cita, pero en el barrio, su ambiente, sus habitantes, todos aportamos unas características determinadas al paisanaje.

O lo sabemos todo o lo sospechamos. Por eso preguntamos siempre. Interrogar no es cosa de abogados o jueces solamente, ni de inspectores y examinadores, en nuestro medio

ambiente es signo de aprecio y confianza. Interesarnos unos por otros es una cualidad ciudadana y de vecindad. Aunque algunas veces sea pesada y cargante, otras es confortadora.

De las viviendas, unas todavía hotelitos, antiguas fincas divididas entre herederos. Otras, las más altas, son de cinco plantas, muchas sin ascensor. Estas edificaciones definen nuestra personalidad, y sobre todo la base del conocimiento y de la amistad.

Vivir en vivienda unifamiliar nos hace individualistas y peculiares. Pero nos conocemos, nos saludamos y nos preocupamos unos de otros. Sin vivir en la misma escalera vivimos en la misma calle.

En este barrio cercado por el canal socializamos.

Si en lugar de reflexionar, estuviera escribiendo en el ordenador ya habría saltado alguien sugiriendo otra visión, comentando que las casas habían crecido como las familias y que las alturas respondían al número de hijos. O que era una desgracia vivir tan apartado de la ciudad que hasta necesitábamos un puente para cruzar un canal.

Tan peculiar, deberían decirnos, y con tanta personalidad.

Abismado en estas consideraciones no repaso lo que tengo preparado para tener muy presentes las cosas (veis la influencia de las palabras, como no me atrevo a escribir cuentos, embrollos o realidades escribo «las cosas») las cosas monárquicas, y cómo llevar la conversación con la princesa.

Le pido a Heilota que prepare una mesa lo más discreta posible. Nadie me puede asegurar que no merodeará cualquier periodista o alguien que la conozca. Ya ha aparecido en las revistas del corazón y en la prensa. Hay gentes con una memoria fotogénica que no pierde pincelada ni gesto.

Heilota me pone cara de no saber qué le pido.

—No te lo he dicho. Es que me entrevisto con la princesa. Y no quiere darse notoriedad. Creo que le debo este detalle de discreción.

—Me parece que el sitio más ingenioso para evitar miradas importunas suele ser el más visible, el que está más patente. Al que nadie mira si no le estorba. Pero no creo que lo aceptes.

Heilota me señala una mesa del amplio interior, la tiene reservada. Desde ella podemos contemplar todo el bar y no está tan escondida que nos confine ni tan perceptible que llame la atención.

Las sillas son adecuadas. Son mullidas, con reposabrazos, y un respaldo también blando. La mesa está cubierta por un mantel immaculado. Le agradezco la atención, es un lugar perfecto.

Tomo asiento. Pruebo a acercarme a la mesa, a apoyar los brazos, a alargar la mano para coger un vaso que estaría sobre la mesa, constato la comodidad y facilidad que las alturas de los sillones juegan con la mesa. La tenía preparada para quienes, como yo, le pidieran un sitio prudencialmente situado para que nadie molestara.

Heilota se encuentra satisfecho.

Me acerco a la puerta y miro en las dos direcciones. No sé por dónde aparecerá. Aunque lo más probable es que venga en taxi, o en el coche que le hayan designado los responsables de la entrega de despachos.

Se detiene un vehículo negro, veo a Alfonso que abre la puerta. Ella baja con decisión y elegancia. Ya he dicho que tiene un cuerpo como las Venus de Canova pero vestidas. —Escribo esta acotación «como vestidas» para evitar conflictos en los apuntes del bloc—. Camina gentilmente hasta donde me encuentro.

Alfonso la distrae un momento para señalarme y decirle quién soy.

Si hubiese mantenido despierto el pensamiento me habría dado cuenta de la verdad que me escribieron en el twitt: «Igual no reaccionas cuando la veas y pierdes la noción» algo así me comunicaron, y no me lo creí. Pero allí me quedo, parado, sin ser yo quien se acerca a recibirla como anfitrión atento y cordial. Solo reacciono cuando me tiende la mano sonriente y amigable.

—Hola, escritor.

Me dice, y recibo un impulso tan fuerte en mis oídos que me obliga a alargar la mano para estrechársela. Una mano pequeña, suave, amable, que se pierde entre mis dedos a la que aprieto sumisa y blandamente.

Inclino la cabeza para cumplimentar mi saludo. Cuando la levanto veo en sus labios una gran sonrisa. Una sonrisa abierta, clara y limpia.

Heilota nos encamina y conduce a la mesa. Facilita retirando y arrimando la silla para que ella se siente y quede en el lugar más propicio. Ya no tendrá que forzar la silla para acercarse o separarse.

Alfonso toma asiento en una mesa adyacente.

Heilota se retira dos pasos y espera nuestra orden.

—No sé qué tomar. Si una cerveza u otra cosa.

—Tal vez un güisqui, tenemos un escocés muy valorado en esos países. Un poco de ginebra en una tónica..., ¿tal vez? —Heilota deja oír su voz placentera aunque un poco alejada.

—No sé muy bien qué elegir, porque a la cena quiero llegar plena y limpia. Serán muchos los invitados y no quiero que en ningún momento tartamudee o equivoque los nombres de quienes me vayan presentando.

Es una mujer sincera. No sé si esa espontaneidad favorecerá o si perjudicará la diplomacia. Ante nosotros, me refiero a Heilota y a mí, se comporta como cualquier otra joven, sin tapujos ni fingimientos.

—He aceptado venir a este establecimiento porque tanto Carlos como Alfonso me han hablado de la prudencia, la amabilidad y la dedicación de su camarero.

Heilota enrojece, se siente halagado, apuntará en su libreta el día y la hora en que una futura reina de nuestro país, siendo princesa, lo alabó grandemente. Al fin se decide por una cerveza. Por descontado, yo pido lo mismo.

—De manera que usted es el famoso escritor que aún no ha escrito nada. Y que anda buscando argumento y personaje para su primera novela.

—Eso es.

—Esa singularidad ha despertado mi curiosidad. ¿Camina por las calles mirando las maneras de andar, los rostros y el tipo de las y los viandantes, o se sienta en estas mesas esperando que alguien se le acerque y le diga: «Yo me presto y le oferto este hecho de mi vida para que usted lo narre y lo convierta en un libro»?

—Me muevo en un juego entre las dos opciones. Aunque nadie me oferta una sola idea, sino que todos los que se han brindado me han propuesto su vida entera. Mi vida es una novela, me dicen. Pero lo que pretenden es una biografía personal.

—¿Y ha encontrado a alguien que merezca la pena?

Heilota llega, coloca unos posavasos espectaculares y unos vasos especiales, se nota por la transparencia del cristal y por las letras de propaganda de la empresa cervecera: «Ambar». Escancia las cervezas. Junto a ellos coloca un plato de almendras saladas.

Y tras ofrecerse por si algo necesitáramos, inclina la cabeza y se aleja. No digo que se retire definitivamente, porque al instante se acerca a la mesa del escolta y coloca ante él un güisqui con hielo.

—Este camarero me dará juego. Con él pienso rellenar alguna página —le comento.

—Me parece un hombre de gran categoría. Es de esas personas que llenan la geografía de España sin gritar ni significarse pero que le dan coraje y grandeza. Los admiro.

—Otro puede ser un señor que se proclama vago de profesión pero que habla conmigo casi cada día. Parece que quiere ser mi padrino y profesor. Se implica conmigo en este oficio de escribir.

—Muy interesante. Me admira su capacidad de descubrir personajes.

—Otro es un mendigo. Este tiene una capacidad especial para crear su dependencia de Dios. Con ello justifica su privilegio de pedir limosna y el sitio más significativo es a la puerta de las iglesias.

—Me gustaría conocer esa doctrina o pleitesía con la divinidad o lo que quiera que sea. Todos somos hijos de Dios ¿y él, que dice de sí mismo?

—Que salió de la manzana de Eva y Adán.

—¿De la manzana mordida o sin morder? —Me pregunta humorísticamente—. En algunos sitios dicen que nacen debajo de una col, entre nosotros decimos que nos trae la cigüeña, a los niños, claro.

—No. No es eso. La manzana mordisqueada la tiraron como desperdicio o basura, y Dios la vio, la empujó con el pie y salió un mendigo.

Veo cómo se le distiende el rostro, le nace una expresión jocosa que acaba en una carcajada producida por el estupor de oír una entelequia. Eso me anima a relatar lo del tropezón que tuve en aquella esquina y la huida asustadiza como si le persiguiera un libro que lo quisiera abrazar entre sus páginas... Su risa poderosa y cristalina tapa mis palabras.

Pero me parece que hablamos demasiado de mis descubrimientos, y a mí me apetece enterarme de las cosas de su vida.

Como le cuesta volver de su risa desatada, me atrevo a decir.

—El mendigo dice que también los reyes y princesas vienen de Dios: que lo de su graciosa majestad es graciosa por la gracia de Dios.

Ella reanuda su algazara. Y como sofocando la risa consigue farfullar esta pregunta.

—Solo falta que ese señor que llamas el Vago también tenga algo que ver con Dios.

—Sí —le contesto—. Dios dejó de trabajar el séptimo día y ya no ha dado ni pique. Él, el vago de profesión, tampoco. Como Dios, eso dice, Vago como Dios.

Me siento angustiado porque no cesa, no rebaja la risotada, incluso Alfonso, el escolta, se levanta y se acerca preocupado. Pero la princesa le hace una seña con la mano para calmarlo.

Cuando vuelve en sí y puede recuperar el aliento, me dice.

—Esto es más grandioso que mi visita a la reina Isabel de Inglaterra.

Ya estamos serenos, ya ha pasado el sofoco de las carcajadas con sus jadeos y lágrimas. Ya se ha serenado el rostro. Ya puede hablar sin espasmos de risa.

Callo mi entrega de tarjetas y el encuentro con los vendedores de oro para no darle más situaciones hilarantes, ni le hablo de Examadecasa ni de Sibila con las que choqué ocular y verbalmente.

Entonces ella, de motu proprio, como si intuyera mis reservas, me comenta.

—Te faltan figuras femeninas. Pudiera ser que yo te aportara una. Mi experiencia más chocante fue la entrevista con la reina Isabel de Inglaterra. Fue alucinante porque yo solo tenía diecisiete años. ¡Qué hacía una niña como yo ante una abuela como ella! Todo me olía a viejo, sus muebles, su trono, su voz y su dicción, ella misma. Y sus vestidos, como en las revistas o en los cuentos en que los dibujantes los pintan siempre con el mismo atuendo. Pero eso sí. De ella aprendí a ser vieja cuando fuera vieja. Vieja con poderío, con resolución, con buenas previsiones, dominando a los herederos. Esto es lo que más me impresionó y, por eso, entendí a su hijo y a sus nietos. ¡Nace, vive y estudia para no llegar nunca a realizar aquello para lo que te entrenaste! ¡Pero no lo olvidas porque alguien, ella, te lo recuerda diariamente! No me he muerto todavía, ¿qué te crees, que vas a sentarte aquí donde yo estoy? —Concluye cambiando de tonalidad—. ¡Qué agobio!

—¿Estuvo mucho rato con ella?

—El exigido. No me invitó a comer. Fue una entrevista muy ligera. Pero yo no quería más. Me aburría oyendo a una abuela repetitiva. De ella, ya aprendí suficiente.

—¿Puedo saber las consecuencias de aquel encuentro?

—Sí. La honorabilidad ante lo que esté prohibido para reyes y para nobles. Me hizo pensar en eso de «ya llegará lo que haya de llegar». No obstante, hice de mi capa un sayo, pero eso sí con mesura y pundonor.

No me entretengo en pedir explicaciones ni detalles, no es mucho el tiempo que me podrá conceder, por eso pregunto sin reparo.

—Su estancia en Inglaterra ¿le facilitó fiestas y diversiones?

—Sí. Pero a pesar de eso fui trabajadora. No perdí asignatura ni aprendizaje de la lengua. Hoy, el dominio de las lenguas es importantísimo.

—¿Eso la ha obligado a entregarse al estudio?

—Sí. Ya he dicho que era muy trabajadora. Pero eso no obstaba para que saliera a los bailes de la nobleza, y a las galas de otras familias pudientes que me invitaban o a simples discotecas. Aunque eso de que supieran mi ascendencia me coartaba.

—¿Estuvo muchos años en Londres?

—Cuatro. A pesar de mi prejuicio y mis privaciones espontáneas, me mandaron a Alfonso.

—¿El escolta?

—Podríamos llamarlo así. Pero fue para que me vigilara. ¡Je, je! Más bien de controlador. Casi guardaespaldas. Como si encontrándome entre tantos que conocían mi realeza no me reprimiera suficiente —miramos a la mesa de Alfonso, y se da cuenta de que hablamos de él. Pero no dice nada, simplemente nos sonrío—. Se portó admirablemente.

—No lo veo de carabina detrás de usted ni del amigo, su pareja, ni de quien quisiera acompañarla —digo esto porque me vino a la mente la charla que tuve con él, y la insistencia de mis twitteros para informarme de sus noviazgos.

—No me decidí a ir sola con un chico, nunca. Siempre en grupo.

—Y en Viena. Otros cuatro años —le comento.

—Sí. Pero más liberada. ¿Se ha informado por la prensa de mi estancia allí?

—No. Solo mantengo memoria desde que me he decidido a ser escritor, de lo anterior no me interesa nada.

—Pero si es escritor, todas las épocas deben estar en su mano. Las pasadas y las futuras, no solo las presentes.

—Es que, como acabo de empezar, aún no domino esas técnicas.

—Quienes escriben novela histórica se valen de esas argucias. Y acaban siendo muy informadas y bien ambientadas.

Caigo en la cuenta de que hasta ahora he sido un interrogador y ahora es ella la que toma la iniciativa. Está más avezada que yo en esto de querer saber.

—Pero más bien son biografías y no se leen como enteramente verídicas, siempre hay personajes falsos y hechos interpretados fortuitamente. En cambio las del presente son totalmente veraces y eso es lo que yo pretendo. Les aporta mucho interés y despierta curiosidad eso de que estén basadas en hechos reales. Además yo no sé dar pasos atrás en el tiempo. Los relojes se adelantan y se atrasan a gusto, incluso los calendarios pueden configurarse año a año, pero yo, si no lo vivo y experimento, creo que no descubriré lo que sucedió ni lo que sucederá.

—¿O sea que si yo quisiera ser su personaje principal no podría escribir de mis años jóvenes? —Se interesa la princesa.

—No. Ni del futuro tampoco. Para eso debería ser adivino y no me siento con esas peculiaridades.

—Qué gracioso me resulta usted. ¿Entonces toda mi vida se resume a esta visita, a la entrega de despachos y la cena con las autoridades? ¿Solo de eso escribiría?

—Naturalmente, y siempre con su aprobación.

—Entonces, véngase a la recepción. Acompañeme a la cena y así tendrá más datos. ¡Ah! Otra cosa, no me importaría hablar con el mendigo.

—O con el vago profesional. ¡Ja, ja, ja! A Heilota, el camarero, ya lo ha visto —comento aunque un poco emocionado por su disposición y su invitación—. Ya ve cómo de vez en cuando nos tiene en su campo de mira por si necesitásemos algo.

—Cómo me gustará leer su novela.

—Sí, la leerá, al menos se la mandaré. De momento voy tomando unos apuntes, un resumen de cuanto me han dicho y también de lo que usted me está contando. Espero que me dé su conformidad.

Está muy distendida, satisfecha y contenta. Nuestra charla le hace gracia. No se aburre. Bebe poco, apenas si ha probado la cerveza. Ahora echamos un trago, ella solo se moja los labios, y yo doy un gran sorbo, llevamos mucho rato hablando sin parar. No abro un nuevo campo de conversación por si se le hace tarde.

Pero es ella quien continúa.

—Viena fue una vida completa y llena de bienestar. Una ciudad culta que dio personalidades ilustres como el escritor Stefan Zweig, por ejemplo, y acogió a un gran número de austriacos al poeta Rilke y a Karl Kraus entre otros. Y luego están los músicos vieneses: Mozart, los Strauss, la tumba de Bethoven y otros varios. Para empaparse de erudición.

—Pero ha perdido prestancia. Parece que ahora París y Nueva York la ganan artísticamente, aunque Tokio ya despunta y Pekín está resucitando.

—Tienes razón, pero la elegancia, la distinción y la hidalguía que tuvo culturalmente ni la pierde ni la perderá nunca, queda en el aire como un ambiente, un contexto o un entorno que te rodea y en el que te imbuyes.

—¡Qué gran afecto guarda a esa ciudad!

—Naturalmente. En ella fui totalmente libre, sin influencias palaciegas ni monárquicas. En Londres parecía que entraba en el ámbito de la realeza y que todos me miraban como si ya perteneciera a ella y no debiera desprenderme. Lo llevaba como un sambenito a cuestras.

Me satisface que salpique nuestra entrevista con su risa abierta, su jovialidad y espontaneidad. Eso es un don. Es verdad que la siento como una mujer sencilla, próxima, sin dificultad en decir lo que ha de decir, pero a la vez con la decisión de apartarse de lo que cree inoportuno. Compruebo también que está atenta a cualquier movimiento que se produzca a nuestro alrededor.

—Porque allí, como sabían quién era, surgían los paparazzi, como si fueran margaritas en primavera. Ese es un tic que aún no he podido evitar, porque, aunque menos, en nuestro país también aparecen. Ahora mismo podría darse que alguien nos intentara fotografiar, aunque como tú no eres muy conocido... ¿o sí? Porque estamos en tu ciudad.

Eso explica que de vez en cuando atisbe el entorno. No quiere ser sorprendida.

—Sí, esta es mi ciudad pero no soy conocido —contesto—. Acabo de estrenarme y, digamos que solo yo sé que soy escritor, no hay problema ninguno.

—Y, como tampoco eres un posible conquistador, no somos dignos de sus cámaras. ¡Ja, ja! —Se ríe lindamente.

No soy joven, no soy atractivo, tampoco muestro un afán de acercarme y atraerla, ni siquiera la exploro con ojos avizores como hice con otras mujeres. Sí que me apetece mirarla y contemplarla, incluso buscar la sexualidad de su figura, pero sin extasiarme. Simplemente encontrar el placer de oír su voz y el gozo de mirarla. Es joven y bella y pienso que no pasaría desapercibida.

—¿Entonces, la dejaron en paz durante su estancia en Viena?

—Digamos que sí, aunque alguno que otro debió interesarse, pero como no daba noticias para despertar su curiosidad, no me perseguían. Todas las de la residencia eran hijas de magnates que no se privaban de darles motivos con andanzas espontáneas acompañadas de sus amores o por otras causas. Ellas me quitaban el protagonismo.

—Pero esas niñas no alcanzaban el glamur de una princesa como usted.

—Pero yo estaba harta de ser noticia.

—¿No hubo ningún desliz, ni algo que hubiera podido llenar las páginas del corazón?

—Sí. Pero como eran relaciones espontáneas, esporádicas y muy secretas nadie se enteraba.

—¡Qué bien sabía protegerse!

—Para eso estaba mi buen Alfonso.

Habla del escolta. Yo pensaba que podría ser un estorbo por mucho que se esforzara en dejarla suelta y libre, al fin y al cabo debía dar cuentas al rey.

@Crítico —Lo que yo decía: la dejás escaparse por la tangente. *#@Escritor*

@Escrutador —Ni se te ha ocurrido preguntar si dormía fuera de la residencia y con quién. *#@Escritor*

@Crítico —Así habrías conocido a su novio. *#@Escrutador #@Escritor*

@Examadecasa —No hagas caso de estos dos que no saben otra cosa que dar mal. Pero simple y llanamente deberías haberle preguntado por sus amores y amoríos. *#@Escritor*

@Sibila —Qué envidia me das. Ojalá pudiera hablar yo con ella. ¿No me la podrías presentar? *#@Escritor*

@Escritor —Sois unos impacientes, no me dejáis terminar mis apuntes. Si pudiera escribir sin tanta interrupción, leeríais todo lo que ella me contó. *#@Crítico #@Escrutador #@Examadecasa #@Sibila*

@Escritor —Si me fuera posible te prepararía una exclusiva. Solas las dos, siempre que yo fuera el primero en saber lo que te dijera; para mi libro, claro. Pienso que una mujer podría dar más confianza y menos impedimentos al vocabulario y a los hechos. Un hombre siempre tiene otros ojos de mirar e impone otros respetos. A veces, incluso pueden ser ofensivos, los ojos digo. *#@Sibila*

@Sibila —No sé a qué te refieres. *#@Escritor*

@Escritor —A lo que dijiste de aquel del tranvía. *#@Sibila*

@Sibila —Me encendió por la humillación que sufrí y el machismo destructor que suponía para una mujer, acosada sin respeto ni dignidad en su aislamiento. Pero ya lo voy superando. *#@Escritor*

@Escritor —Nunca se saben las causas que provocan esas actuaciones. Si ese nefasto individuo se te presentara, te pidiera perdón, y te explicara qué le indujo a mirarte tan descaradamente ¿lo perdonarías? *#@Sibila*

@Sibila —No lo sé. No sé qué haría. *#@Escritor*

@Escritor —Dejadme continuar con mis apuntes. Os amenazo con borraros de las redes sociales si me interrumpís con tanta frecuencia. Sobre todo de twitter y no os

enteraríais de nada hasta que comprarais el libro. #@Examadecasa #@Críticón #@Escrutador

@Críticón —Te privarías de saber las críticas y cómo te espoleamos para que escribas, corrijas, elijas personajes y argumento. #@Escritor

@Escrutador —Perderías a los mejores estimuladores. De todas las maneras, tú sabrás lo que haces. ¡Libre eres! #@Escritor

He sido un atrevido. Me he lanzado y he conseguido introducir unas palabras. Sé que no me conocen en esta persona que utilizo para mostrar mi figura, la que quiero que sea mi compañera, el yo con quien deliberar y tratar. Para concretar, necesito hablar conmigo mismo y que seamos dos conversadores: yo con mi persona.

Pero ha sido útil esta osadía. Parece que me han entendido. Libre eres, esas han sido las últimas palabras escritas por Excrutador y las aprovecho

Hago una seña casi invisible a Heilota y se acerca.

—Tráenos otra cerveza bien fría, que esta se ha calentado.

Llevamos un largo rato y ella no ha tomado sino un trago o dos, mínimos. Solo para suavizarse la garganta. Deduzco que se habría calentado y que no sería de su agrado. La mía ya esta acabándose. También añado, solo con un gesto, que al escolta le suministre su bebida.

Ella protesta. Con la que tenía era suficiente. Pero yo, por agradarle y que le fuera más refrescante, confirmo la petición.

Heilota, al momento, aparece con la comanda. Los vasos están opacos por el vaho del frío, o del hielo del congelador donde los mantenía.

Al colocarlos en la mesa, ella lo toma por la muñeca con seguridad y sin titubeos, y sin que, por el forcejeo, propiciara salpicaduras de cerveza, le dice con una gran amabilidad y una sonrisa que llenaba todo su rostro.

—Gracias. Con esta, que aún no he terminado, ya tengo más que suficiente.

Ambos pedimos disculpas. Heilota sobre todo, compitiendo en amabilidad y en afabilidad al retroceder con el vaso hasta posarlo en la bandeja.

—Muy servicial y muy atento a la petición del escritor. Pero ya dije que estaba invitada a una recepción y debía acudir en plenitud —se ha dirigido directamente a Heilota mirándole

a los ojos—. No es que una o dos cervezas me afecten, pero si no son necesarias hay que evitarlas.

Eso dice a Heilota, al que mira con un rostro vibrante. Ella se siente halagada por el detalle, pero firme en su decisión. Eso quiere decir la sonrisa en su gesto divertido. Saco en consecuencia su carácter decidido e inamovible. No es una lisonja ni una dádiva lo que la convence.

—Alfonso se enteró rápidamente de mis elecciones y preferencias. Ya no era la adolescente de diez y seis y diez y siete años, ya me había convertido en una veinteañera y necesitaba otros horizontes. Había que llevar los ojos bien abiertos. No hay conocimiento sin experiencia.

—Sus compañeras también se darían libertades y concesiones, eso sí menos restrictivas que usted, por la estirpe digo.

—Y cómo no, pero, bueno, se esquivaba como se podía. Los veinte años y los siguientes dan una seguridad y un aplomo que en los anteriores eran fantasía e ilusiones. Por eso se multiplicaban las osadías y las batallitas.

—Ha nombrado a Alfonso.

—Sí, claro, tenía que involucrarlo para que me diese libertad. Él me acompañaba. Tenía que cumplir con su obligación. En los conciertos conseguía entradas para él también. En las conferencias solía esperarme a las puertas, aunque entró a muchas. Le gusta instruirse. El horario de la universidad nos aportaba muchos ratos libres: profesores enfermos, clases a las que no acudía, en fin, esas cosas de los estudiantes que no dudan utilizar para librar tiempos, momentos de evasión muy deseados.

—En la universidad habría muchos alumnos, a diferencia de su residencia con solo alumnas.

—Naturalmente, y en la academia de alemán también. En la residencia teníamos toda la libertad del mundo. Por eso comprometí a Alfonso. Tenía una hija más o menos de mi edad. Cada vez que iba de vacaciones le hacía un paquete con la ropa que no usaba. Mi vestuario siempre estaba muy surtido y no podía con todo, me sobraba la mitad. A ella le hacían muchísima ilusión, eso me decía Alfonso.

—Y así lo tenía subyugado.

—No habría sido necesario. Es un buen consejero.

—Las relaciones y amistades serían abundantes.

—¿Y por qué no? Éramos el mundo entero, reducido. En cada pupitre de la universidad se sentaba un país, digámoslo así. Era sencillísimo tener a tu derecha y a tu izquierda el

nacido, ¿en qué país te voy a decir?, un día a un indio, otro a un japonés, a un árabe, a un africano... En fin, y entre clase y clase, en los descansos, siempre salías con el que tenías más cerca.

—O sea que no había preferencias.

—Siempre las hay. Con alguno conservo aquella amistad y según mis viajes o los suyos nos procuramos ver.

—¿Y de dónde son? —Pregunto en plural, pero creo que ella entiende que es por educación, que lo que pretendo es que me conteste en singular, de su preferido.

No me contesta porque Alfonso se había levantado, le había hecho una seña y estaba junto a nosotros indicando el reloj.

Nos despedimos satisfechos. Ella sonriente, también a Heilota le dirige una amable mirada, cruza la acera y sube al vehículo que la estaba esperando.

No puedo pararme a pensar ni a valorar el encuentro, porque Heilota me susurra.

—Don Augusto le está esperando y está nervioso.

Me acerco con paso rápido y tomo asiento.

—¡Hola! ¡Hola! He estado muy ocupado —lo saludo.

—Ya veo. Me has tenido abandonado. Has hablado con varias personas y no me has hecho confidencias ni resúmenes. Claro está que eres tú quien los tiene que concordar para hacer acopio de material escuchando a las personas seleccionadas y en eso no intervengo.

—Sí, ya —doy por sentado que acepta mis diálogos con los tres personajes, los escoltas y la princesa y que no necesito relatarle cada uno de ellos. Por eso comento lo que a mí más me obstaculiza—. Pero tengo otros problemas. En las redes me interrumpen constantemente. Y cada uno echa una de la tuyas.

—¿Te exigen más explicaciones que yo?

—Según se entienda, además lo hacen a lo bravo, algunos rozan el insulto porque no hago determinadas preguntas o no me atrevo a hacerlas. Otros critican mi comportamiento. Incluso está apareciendo una feminista o algo por el estilo y algún preguntón agorero. El caso es que no me dejan pensar.

—Algo podrás sacar de utilidad.

—Eso me dice el informático: que me deje asesorar. Pero, entonces, mi papel de escritor se resquebraja, me convierto en un niño llevado de la mano y no en un escritor.

—¿Y eso te sabe mal? Si hasta ahora solo te has valido de un mendigo, de unos escoltas y del diálogo con una princesa, qué tiene de malo que unos desconocidos te empujen. Unas observaciones y unas críticas siempre son positivas si se escuchan, se analizan y se aceptan, o se desechan si no parecen oportunas. Para eso está el criterio del autor. ¡El tuyo como creador!

—La libertad entendida como elección entre distintas propuestas.

—¡Claro está! Vosotros los escritores os encontraréis constantemente en esta disyuntiva, escribo sobre este, sobre el otro o sobre los dos, y ahí os surge el conflicto. Para solucionarlo te harán falta los criticones. Ellos te harán aquilatar cada palabra, cada frase, incluso cada enfoque, unas veces para completarlo y otras para simularlo, darle morbo o blanquearlo, o sea para despertar la imaginación de quien te lea.

—Pero eso sería algo así como una censura, por la imposición, digo yo.

—De interpretaciones más bien: «si lo hubiera hecho así o de esta otra manera...», y adivinan procederes y fórmulas, conjeturan y orientan. De mil ilusiones se llenan las mentes que abandonan. No digo que sean falsas, simplemente que cuando se enmarañan las circunstancias se renuncia y se echa todo por la borda.

—Usted es un teórico.

—Sí, claro, eso es natural. Yo solo escucho y oriento, no decido ni tomo la pluma. Eso te corresponde a ti. Ahora, te llega el momento de que con esos datos armes tu historia. Has llegado con tu princesita a las puertas de una cena homenaje. ¡Recréala en tus apuntes!

—Pero no estaré presente con ella...

—¿Nunca has cenado? ¿Nunca te has sentado ante un plato exquisito, nunca te han rodeado unos amigos? Si me contestas que sí, ya tienes todos los incentivos. Y, si no, que te lo cuente Heilota.

Al llegar a este punto saltan algunos twitt.

@Crítico —Te propongo una cena entre los que nos twitteamos. *#@Escritor*

@Escritor —Ya sabes que soy novato en esto, que no he escrito ningún libro y no tengo una economía para invitaros. *#@Crítico*

@Sibila —Acepto la invitación. Ya tenía ganas de encontraros y conocernos. *#@Escritor#@Crítico*

@Crítico —Ya hay una que se apunta *@Sibila*. Somos desconocidos entre nosotros, como le pasará a la princesa con los comensales. Nunca hemos hecho una

cena de estas características y en esto de homenajear, cada cual paga su plato, con tarjeta metida en un sobre de agradecimiento. #*@Escritor*

@Escrutador —Contad conmigo. No creo que haya problema con los demás. Todo sea para facilitar la descripción de una cena homenaje al Escritor. #*@Sibila*
#*@Criticón*

@Examadecasa —Me adhiero al encuentro. Allí hablaremos personalmente, a mí me gustaría saber de quién se ha enamorado la princesa. #*@Sibila* #*@Criticón*

@Medusa —Le buscamos un novio entre todos y luego que el *@Escritor* haga los malabares necesarios para que reinen. ¡Ja, ja! #*@Criticón* #*@Examadecasa*

@Examadecasa —¿Y si lo elegimos entre los descendientes del Zar con el nombre de Iván Romanof, nieto del último Zar? #*@Escritor*

@Medusa —Que no sean del Reino Unido, que son capaces de no morir como ocurre con la Isabel II. Mira, tal vez un sueco que se llamara Carlos Gustavo o Gustavo Carlos... ¡Je, je! No estaría mal, no. #*@Escritor*

@Sibila —Tampoco debería buscarlos en casas monárquicas. Aunque de Mónaco o de Liechtenstein se podrían aceptar, son reinos sin problemas y con mucha pasta. #*@Medusa* #*@Escritor*

@Escritor —Pero y a ella, ¿no la deberíamos dejar en libertad? ¿No creéis que tenga que ser ella la que elija novio? Además, ha conocido a muchos en Viena y ahora estará dilucidando con quién. Hay que respetar su voluntad. #*@Sibila* #*@Medusa*
#*@Examadecasa*

@Sibila —Pero la novela es tuya, quiero decir que la escribes tú. Por tanto tú eliges los personajes. Nosotras creíamos que ya tenías elegida a la estrella, con su carácter y su idiosincrasia. Es decir una protagonista con la actitud y las aptitudes de la princesa. #*@Escritor*

@Escritor —Sí, ella misma. Ella será mi personaje. #*@Sibila*

@Criticón —Y qué esperas para comenzar a armar el cuento, relato o como lo quieras llamar. Nadie sino solo tú debes hacerlo. #*@Escritor*

@Examadecasa —¡Y de la cena! ¿Qué? #*@Criticón*

De nuevo circulo por las calles del barrio, atravieso el canal, el parque Pignatelli, Cuellar, el paseo Sagasta, la plaza Paraíso...

Voy lento, como si contara cada paso, como si descubriera cada puerta y cada ventana, tampoco miro a lo alto, ni busco el cielo, el sol o las nubes. Me pregunto: ¿hay nubes? ¿Llueve alguna vez? Tengo la sensación de que esta ciudad solo se riega con agua de mangueras, la lluvia es como un invitado que hace la visita para cumplir, muy de tarde en tarde. Ahora solo noto la brisa, imagino que se convertirá en viento, tal vez en cierto huracanado. Pero me encojo de hombros. Parecería que me da igual un clima que otro. El tiempo, la distancia, las personas...

Metó la mano en el bolsillo y tropiezo con unas tarjetas. No he vuelto a entregar ninguna. ¡Qué despiste! La bolsa que me cuelga del hombro, ¿la llevo todos los días? La coloco delante de mí para abrirla y mirar. Me dieron dos cajas. Llenas, atiborradas. Una está sin abrir, precintada con papel celo, la otra cerrada, con el celo removido y pegado de nuevo, está medio vacía.

No he vuelto a darme a conocer. No sé si el reparto dio buen resultado, algunos la tiraban a la papelera inmediatamente, pero no podían evitar mirarla, leer mi nombre y fotografiar mi oficio: Escritor. Si le daban la vuelta o no, eso no lo puedo saber. No obstante nadie de los que me siguen en facebook ha comentado nada. Los de twitter tampoco han hablado de ellas. ¿Habrá caído por sorpresa en mis apuntes esto de las tarjetas? Me pregunto a pesar de llevarlas en la mano.

Cuando, en este divagar, llego al bar restaurante, encuentro a Heilota junto a varios personajes misteriosos. Todos me están mirando, ven cómo me acerco. Los voy observando y me hace gracia que todos lleven algo de azul.

Una, la diadema con que se sujeta la melena; otra, el pañuelo que le adorna y abriga el cuello y la tercera unos leotardos o pantalones muy ceñidos, azules.

Ellos, uno viste sahariana azul, otro calcetines y zapatos de ese color y un tercero camisa. Y junto a ellos, claro, ya he dicho que veía a Heilota que, para mi sorpresa, lleva pajarita azul.

Me ha crecido la vista, el deseo de ser escritor va multiplicando mi capacidad de observar y comprobar similitudes y diferencias. Cada vez me fijo más en los detalles.

Heilota se acerca y me los presenta uno a uno. Me tienden la mano y se la estrecho. No actúo extrañado ni alerta, confié en el amigo y me imbuí en ese estado anímico de la incertidumbre y la perplejidad.

¿Quiénes serán? Heilota deslía sus nombres cuando me saludan y yo los repito, cadenciosamente, para inscribirlos en mi memoria. Todos suenan como conocidos. Todos han

aparecido en mi ordenador. Todos me han interrumpido y molestado, de todos he querido huir sin lograrlo, y ahora están aquí.

Me recuerdan la actuación de la princesa, nombrando una a una a las autoridades civiles, pero no a las eclesiásticas. Qué raro. Estrujé mi mente, afilé mis ojos y caí en la cuenta de que hubo alguien, como ahora Heilota, presentando a las autoridades, pero faltó el maestro de ceremonias ante los eclesiásticos. La normativa ceremonial no debería dejarse de lado. Cierto que los eclesiásticos eran pocos y las autoridades muchas. Todos, dirigentes y oposición, quisieron estar presentes.

No acepté la invitación que me hizo la princesa de acompañarla a la cena. Pensé que no era necesario. Pero también deseé experimentar el homenaje recogiendo los datos reales y verídicos para tomar apuntes, y me viene a la memoria que algo similar propusieron los de twitter.

Todos se han presentado con algún detalle azul, ¿y yo?

Ese intrínquis lo soluciona Heilota que me mira con una gran sonrisa señalando mi muy conocida corbata que acuñó el color al darnos a conocer. Porque yo, como siempre, llevo la corbata azul, es la única que tengo, la que no eliminé de mi pasado y que ahora luzco en mi vida de escritor. La culpa la tuvo un bolígrafo que rayaba en ese color y como réplica a una mancha....

Algo de azul, se propusieron, para distinguirse de los demás y saber que eran ellos.

Nos miramos, definimos nuestros rostros, y los archivamos. Yo tengo un gran cuidado en revisar el cuerpo de Sibila, la del pañuelo; y aunque guardé rápidamente las tarjetas, llevo una entre mis dedos, y no puedo evitar una mirada astuta, investigadora y pícara de Examadecasa, la de la diadema. Medusa con rostro malintencionado y provocador viste leotardos azules.

De los varones, Adivino viste sahariana azul como si en el bolsillo interior llevara el globo de predecir. Escrutador calcetines y zapatos azules, su compromiso no estaba tan expuesto. Y Criticón luce camisa azul.

No sé si, en la cena homenaje a su alteza se manifestarán así de definidos. Porque igual que me han saludado uno a uno, a ella también la habrán cumplimentado. Incluso el maestro de ceremonias llevaría un atuendo especial, no digo que como los maceros del ayuntamiento pero sí de una elegancia extrema. ¿O tal vez fuera el mismo anfitrión quien los presentara?

No lo sé. No estoy allí y la única experiencia que tengo es esta.

Pasamos al comedor guiados por Heilota.

Nos señala la mesa con sus cubiertos y sus sillas.

En la decisión de reunirnos a cenar, para que yo aprendiera lo que era un homenaje, no estuve implicado directamente, solo como una posibilidad, por tanto espero a ver cómo se reparten los sitios.

Primero hay que decidir quién hará de princesa y en qué silla se sentará. Ese lugar dará jerarquía a la mesa. La categoría de la persona señalará el escalafón a los puestos.

Hay tres candidatas.

Medusa, no. Se decide por unanimidad. No solo por su peculiar rostro, sino por su peinado tan enmarañado de tirabuzones y bigudíes. Dimos una leyenda a estos ensortijados, como si leyéramos entre cabellos, interpretando a una medusa escenificada por su nombre.

Sibila, tampoco. Se pasaría todo el tiempo deduciendo, interpretando situaciones y ocurrencias, a veces profetizando. Esto conllevaría una interacción incómoda.

Solo queda Examadecasa. Ella domina las artes culinarias de limpieza y aseo: vajilla, cristalería, mobiliario, vestuario y lencería... O sea, todo lo necesario para llevar a raya la política, la legislación y el orden. ¿Quién mejor para decretar, mandar y hacer que se cumplan las leyes? ¡Nadie! Decimos todos pensando también en las artes del guiso y del asado. Y la nombramos como su alteza real, la princesa.

Sibila opta de presidenta autonómica. Rápidamente encontraría solución a los problemas que pudieran darse en la comunidad con proyección de futuro.

Escrutador se postula de alcalde y es elegido como tal por su facilidad en limpiar rincones y meterse en calles, callejones y callejuelas. Todos esperábamos que descubriera los desperfectos de la ciudad. Calza zapatos y calcetines de caminante.

Criticón pasa a la oposición. Lamentablemente no se creó ninguna institución que controlara, porque él, con buen criterio, decía: a la oposición nunca se le hace caso, en cambio a los controladores, todo el mundo los teme.

A Medusa le toca el papel de extorsionar y buscar las pulgas a todo el mundo. Sin más especificación.

De Adivino se decide que su mejor puesto sería el de tesorero. Porque menudo ojo tendría para que nadie lo engañara. De antemano habría presagiando quién evadiría o qué se apropiarían. Limpieza y transparencia en las cuentas del ciudadano y del gobierno.

Según estos títulos van ocupando sus sitios en la mesa rodeando a su alteza la princesa. Todas las sillas han sido ocupadas. No queda ninguna libre.

Ahí aparece mi desgraciado asombro. ¡No tengo silla ni cubierto! ¡No era posible que Heilota se olvidara!

—El escritor —comienza a hablar Examadecasa, ahora como su alteza la princesa—, el escritor debe permanecer de pie rodeando la mesa, es decir dando vueltas alrededor de ella, para que conozca lo que entre nosotros ocurre y se dice.

—Y proponga lo que se deba hablar y comentar. Como se hace en las cenas sociales y en las de políticos —esta frase se perdió en el aire y no pude conocer al parlante por encontrarme repudiado y absorto en el por qué de mi rechazo.

¿Yo, el aprendiz, el que ha de instruirse, el de la corbata azul, soy relegado fuera de la mesa donde se celebra el ágape? No puedo dar crédito. ¿Mi persona sin acomodo? ¿Perdida en los alrededores, con las manos en los bolsillos, mirando cómo degustan los alimentos? Y mientras ellos cenan yo debería estar inspeccionando, comprobando, experimentando cómo se comportaban, cómo se relacionaban, qué decían...

—Todo escritor que se precie —Sibila con su característico acento sabelotodo—, debe redactar lo que él dispone que acontezca para que sus personajes se muevan, hablen, se contradigan, les nazcan la pasiones amorosas u odiosas. Por tanto no debe estar presente como actor, sino como creador.

Sigue mi persona sin reaccionar sin dar crédito a este cúmulo de palabras. Nos dividen en dos, la una, mi persona, parada como un pasmado o girando y la otra, el yo, activamente interviniendo. ¡Nos invitan al homenaje y me cargan con la responsabilidad de su desarrollo!

—No tengáis en cuenta la presencia del escritor, actuad como si no os viera ni vosotros lo vierais —habla el Escrutador, que mira a mi persona desde su papel de alcalde, convertido ya en dueño de su ciudad, y, por tanto, también de la mesa—. Comed con naturalidad, como si no fuerais vistos a través del espejo de sus ojos y de su pluma.

Medusa me dice como si de entre sus rulos cayeran malos pensamientos.

—No tienes nada que temer, nosotros no nos meteremos contigo. Te dejaremos mirarnos sin ningún empacho, tampoco nos quitarás el hambre.

—Para que no te enfades —comienza Adivino, el de la sahariana azul—, ni te creas despreciado, piensa que un escritor es como un sastre. Espera que le llegue un cliente. Le enseña telas, modelos y después deja que elija.

—Yo —les digo—, más pensaba en los peluqueros, llegan los clientes y los modela, peina y perfuma.

Ingenuamente doy explicaciones sin talento ni solidez. Repito lo que fue mi alegoría de escritor incipiente.

También olvido a mi persona, de pie, inmóvil como una estatua y activo mi yo de escritor.

Adivino se ha hecho con la atención de todos. Imagina que mis palabras han quedado huera, que no aportaban convicción ni seguridad, en cambio las tuyas están llenas de convencimiento, solidez y sonoridad.

—El sastre toma medidas y apunta, enseña telas y marca la preferida, presenta modelos y los numera en el catálogo. Ya tiene todos los datos: al protagonista, porque las medidas son su descripción, la tela elegida la peculiaridad y el modelo, como muestra o figurín, el talante. Con todo ese conocimiento el sastre raya y corta los patrones, los cose e hilvana, los acolcha para armar la categoría personal del cliente y cuando está todo presentable, llama al protagonista y hace las pruebas. Rompe hilvanes, raya con el jaboncillo, sujeta con alfileres.... Es decir, corrige y cambia lo inadecuado buscando la individualidad y la idiosincrasia, o sea: la dignidad de la figura del cliente.

—Así se debe hacer cuando ya se tienen los datos en el folio —mete baza Escrutador mirándome fijamente—. No es que queramos darte una lección, porque de esto tú deberías saber más...

—El sastre vuelve a su mesa de trabajo, a su silla de costura, a colocar sobre el maniquí el traje para que no se arrugue ni pierda forma y, al fin, lo termina. Ya está todo a punto para llamar al cliente y entregarlo. Pero él —Adivino tiene la boca satisfecha, ha soltado su gran discurso—. Atended bien lo que voy a decir: ¡Él —enfatisa el pronombre—, él nunca se mete dentro del traje! El sastre siempre se queda fuera.

—Y eso, ¿qué tiene que ver conmigo? —Pregunto tímidamente ante las miradas silenciosas que me contemplan como si fuera un modelo sin su traje.

—Es muy sencillo de entender —Sibila completa la alegoría y saca la conclusión—, quien cuente y describa esta cena no debe estar en una silla completando el círculo de comensales.

Doy un respingo, me quedo sin saber qué decir. ¿El escritor es como un sastre que crea una novela y no debe estar dentro del traje, como el sastre no debe meterse en la novela? Farfulto y enredo la frase para evitar falsas interpretaciones mientras pienso que es un gran subterfugio para echarme de la mesa. Por otro lado, reflexiono y creo que tienen razón, porque incluso yo, en mi figuración metafórica del peluquero, siempre corto el pelo y atuso a otro, nunca a mí mismo.

Pero hay algo que no me cuadra, y es que, cuando alguien siente relegada su persona, o bien se crea una martingala para hacerse notar, o ¡ja, ja, ja!, suelta una risa histriónica y ventrílocua y destruye a sus protagonistas rasgando los apuntes y tirándolos a la papelera. Y como esta última parte no quiero hacerla, para crearme otra estratagema llamo la atención, con un gesto, a Heilota.

—¿Por qué la persona del escritor no está en su silla? —Pregunta mi incondicional amigo con aplomo y fuerte voz para hacerse oír.

Todos callan, es la voz de la cocina, la voz que alienta los gritos del estómago y del apetito para saciarlos. Él, diga lo que diga, pronunciará el discurso más convincente y sabroso.

—¡Córranse un puesto para abajo!

Ordena.

Primero al alcalde, Escrutador, que arruga ceñudo el gesto, y a Criticón que suelta un gruñido. Pero, sin más protesta, retroceden una silla alejándose de Examadecasa, la princesa, dejando un lugar libre para mi persona. Veo que todo estaba previsto, porque donde no había cubierto, al descender los comensales ha aparecido el correspondiente y la silla.

¡Ah! La amistad y el buen servicio.

Mi persona y yo, el escritor, que había perdido su seguridad y su estima, las recuperan. Tomo asiento a la izquierda de la princesa, Examadecasa. De estar arrinconado, bueno, excluido, vengo a ocupar un lugar privilegiado. En este momento, y por este hecho, señalo que la princesa es la cabecera de la mesa, el privilegio jerárquico.

Ella tiene tres a su derecha y, con mi persona, tres a la izquierda. Queda un pequeño espacio, justo frente a Examadecasa, entre los tres de la derecha y los de la izquierda.

—Este lugar es para mí —explica Heilota apuntándose con el dedo. Con ello, se hace camarero de todos, de sí mismo y maître de la mesa.

La cocina ha trabajado y, en el mismo momento, aparecen otros Heilota o, tal vez sea él mismo, multiplicado, con las botellas de vino y agua. Nos van escanciando.

Este es un gran misterio, o el milagro de Heilota que ocupa su lugar entre los comensales. Ocho en total con él y conmigo, y ocho los camareros.

Una vez escanciados los licores, aparecen los entrantes, también en manos de los ocho Heilota que permanecen a nuestra espalda, atentos a lo que pudiéramos necesitar: escanciar otro sorbo de vino o de agua, recoger la servilleta que cae al suelo. Esas múltiples minucias que un camarero atento y servicial descubre y soluciona antes de que nadie se dé cuenta de nuestra torpeza.

Es el gran Heilota quien manda con sus señales secretas para que aquellos misteriosos personajes actúen al unísono.

—Una lástima, no hemos pensado en el arzobispo —se me ocurre.

—Sí, la Iglesia es un gran apoyo de nuestra monarquía —contesta la princesa (no debemos olvidar que es interpretada por Examadecasa). No es una obra de teatro ensayada y sacada de un libreto. No. Cada uno habla espontáneamente pensando en el personaje que sustituye, pero la mayoría de las veces, o muchas de ellas, aparece también, cómo no, su personalidad, indistintamente.

—He visto cómo le besaba el anillo —rememoro ese acto de saludo a la puerta de la basílica.

—Costumbre de familia. Él o quien ocupe su lugar nos nombra reyes, y por eso deberemos decir siempre eso de «somos elegidos y proclamados por la gracia de Dios» ¿Recordáis? —Examadecasa en su papel de princesa hace referencia a los apuntes de una conversación anterior en mi bloc.

—Pero aquellos nombramientos se dieron en tiempos de misterio y de profecías, en que los reyes necesitaban a alguien que les explicara los enigmas y les adivinara el futuro —así habla Sibila o presidenta autonómica.

—Si no os parece mal —Adivino propone algo que todos aceptaremos inmediatamente—, habéis apuntado que debería estar el arzobispo como autoridad eclesiástica entre nosotros.

—Pero aquellos tiempos ya pasaron —dice Criticón que no tenía grandes argumentos en contra—. En los saludos a su llegada lo primero que hizo fue entrar a la basílica —como de la oposición, laico o ateo, para el caso tanto da, no comenta el detalle del beso al anillo.

Adivino, con osadía y coraje sigue diciendo.

—Os propongo añadir a mis figuras la de arzobispo. Si os parece seré Adivino, mi nombre, o sea yo, y además tesorero y arzobispo.

La princesa, Examadecasa, toma la palabra y propone.

—¡Que alce la mano quien esté de acuerdo con la propuesta de Adivino para representar al arzobispo!

Menos él; todos alzamos nuestras manos acompañando a Criticón, cuya manga se deja ver llamativamente, por su camisa azul.

—Queda aceptada la candidatura de Adivino —confirma el resultado la princesa—. A partir de ahora, sus palabras se entenderán en clave de Adivino, de tesorero o de arzobispo. ¡Fin de la votación!

—Dudo que en la cena homenaje promovida por el alcalde, con la aquiescencia de la presidencia autonómica, hayan pensado en el arzobispo —apunta Medusa que se remueve el pelo como si quisiera ahuecarse las ideas.

—Sí deberían —expone su pensamiento Criticón. Él reconocía la jerarquía arzobispal, aunque solo fuera por fustigar—. Cuando les conviene, bien que echan mano de la iglesia, incluso la comprometen con sus incentivos.

—Aunque me estás provocando como tesorero, te diré amigo de la oposición que no se desvía la más mínima cantidad para sobornar a la iglesia. Y como arzobispo añado que no consentiríamos semejante desfachatez. Además, estos dirigentes gubernativos no nos favorecen nada con sus políticas.

—No se nos puede acusar de que no ayudemos con nuestras políticas a la iglesia —casi al unísono contestaron los aludidos: Sibila y Escrutador, o sea: presidenta y alcalde.

—¿Cómo que no? Yo doy datos: cuando la última pandemia se prohibieron las procesiones de semana santa y otras varias a lo largo del año, contando la de san Roque, patrón y refugio de los afectados por las epidemias. Con estas restricciones se negó la expresión espontánea de la devoción y la piedad de nuestros feligreses — sermonea el arzobispo.

Se nota la airada voz y la contenida desazón que almacena.

—Los doctores epidemiólogos y la ciencia exigían que pusiéramos esas medidas prohibitivas para evitar mayores daños en la salud de nuestros súbditos —la presidenta autonómica intenta poner una excusa efectiva.

—Ya estamos, ¡los súbditos!, en qué realezas y dictaduras estará pensando esta presidenta —la oposición, o sea Medusa, salta como gato escaldado—. ¿No habrá otra palabra para dirigirse y nombrar a los ciudadanos?

Medusa se peina con los dedos sus tirabuzones. Unas veces suavemente y otras con energía, como si los estuviera sacudiendo para que cayera la acritud de entre ellos.

Nadie responde, parece que Sibila recordó las situaciones y preguntas que antaño le hicieron para descifrar enigmas, y se queda callada y pensativa.

—Y con esas leyes enfriaron las creencias de la gente devota —continúa con su exhortación el arzobispo—, impidiendo que las misas fueran numerosas. Se perdieron un setenta y cinco por ciento de asistentes.

—¿Pero, y si se hubieran contagiado? —Eso se le ocurrió preguntar al alcalde, Escrutador—. ¿Cómo podríamos haber dado hospitalización a los infectados que aparecieran entre los asistentes al culto un domingo cualquiera?

—Dios que todo lo puede y lo tiene previsto, él que interviene en las leyes de este mundo, lo habría solucionado, atendiendo como siempre a las plegarias de sus fieles.

—Pero aparecieron las vacunas y con ellas se erradicó el virus de la covid —Sibila como responsable gubernamental explica el resultado del estudio para vencer la pandemia—. Los laboratorios dedicaron sus esfuerzos para investigar y lo lograron.

—Pero Dios, la acción de Dios no ha tenido plegarias, y se ha actuado como si su intervención no fuera necesaria. Pero ¿qué habría sido de esas vacunas sin las oraciones, sin las misas y las súplicas de quienes, a pesar de todo, en el silencio de la sacristía, del convento y del monasterio elevamos? Si las vacunas hubieran estado sin nuestro respaldo oracional ¿cree usted que habrían sido eficaces?

Medusa detiene sus dedos, apoya las manos en la mesa y dice:

—Cada monasterio y cada convento realzaría a su fundador. Y ya conocemos la discordia entre los creadores de unas y otras órdenes y me callo las pretensiones de las más modernas.

—Pero en este tiempo ya tenemos en la Iglesia al delegado, al santo que encauza las plegarias para que Dios nos socorra —el arzobispo adoctrina.

—¿Y quién es el afortunado que se codea con Dios, para conseguir esos favores?

—San Roque, que unifica y no hace diferencia entre unos y otros sino que a todos atiende para liberarlos de las pandemias, evitando que la pestilencia o sea los soplos, toses y suspiros que infectan el aire con su babilla invisible nos contagien —contesta el arzobispo a la duda de Criticón.

Callamos sobrecogidos, como si la gracia de Dios, o el temor o quizás el respeto a tan alto personaje nos subyugara. No eran amenazas, eran reminiscencias de una cultura en la que nacimos y estuvimos inmersos.

Entre el silencio de los comensales, escucho el susurro de la princesa que le pregunta a la presidenta autonómica.

—Este arzobispo es un poco beatífico ¿no?

—Es especialista en derecho y en santos padres. Y esos estudios convierten su espiritualidad en venerable y ferviente.

—Me llamaba la atención tanto empeño en acusar al gobierno de la pérdida de la piedad y de las devociones de su feligresía.

—Es un gran predicador, lo que llaman un «Magistral», y a causa del coctel, que estaba un poco cargado, se le ha desatado la lengua.

—No era para tanto. Yo no he sentido nada, aparte de que estaba riquísimo.

—Pues ya le digo, porque usted, alteza, no lo sabrá: él es abstemio, solo bebe el vino de la misa y con cuentagotas, por eso el coctel a nada de alcohol que tuviera...

¡El coctel!, ¡el coctel! Qué descuido. ¡Qué dejadez!

Con tanta sorpresa por los detalles de azul, de repartirnos los personajes y los asientos, con la alegoría del sastre y sus explicaciones, se me pasó por alto el coctel de bienvenida.

Debo recuperarlo para que, mientras se entretienen saboreándolo, hablen entre sí los distintos personajes que ocupan sus cuerpos, para que se conozcan bien, y las intervenciones no creen tropiezos. Esto de las metamorfosis siempre es complicado, sobre todo porque tienen que adoptar la idiosincrasia del representado.

Por eso he de hacer un esfuerzo y comprobar si es verdad lo que tantas veces me han dicho: «el escritor es dueño de sus personajes, una vez definidos los puede llevar y traer a su antojo», esto puede ser verdad, pero, en estos momentos, si no hablan entre sí, ¿cómo pueden saber el pensamiento de su configurado y conocer su temperamento sin antes dialogar?

Porque también es verdad que los personajes han de implicarse en el desarrollo del escrito y no deben andar por aquí y por allá al despiste y desorientados, o aparecer en el último momento para dar fin, explicando lo inexplicable y orientando el laberinto que aparentemente no tiene solución.

Bien. Voy a intentar dar solución al conflicto que he creado a causa de mi descuido.

Probaré a que mi persona retroceda una hora en el tiempo. Creo que será suficiente.

Comienzo el retorno. En lugar de usar ningún arte de magia ni de brujería, con toda serenidad y tranquilidad escribo en mis anotaciones:

Cuando terminamos de decidir la silla que deberíamos ocupar según la personalidad que ostentáramos cada uno, y, sobre todo, pensando en hacer creíble la cena y los diálogos que facilitarían datos y formas, entran los camareros con el coctel.

Ningún problema hasta ahora, ya estamos con el coctel en las manos.

Unas copas con bebidas refrescantes según creación del barman a base de Martini, hielo, cava, zumo de limón y unas gotas de cinar.

Un coctel que despierta los jugos gástricos y libera nuestras lenguas.

Me glorío viendo cómo departe Adivino con sus dos personajes, el tesorero y el otro más difícil de reconocer si no hubiera sido por el fajín rojo y el gran pectoral que cuelga de su cuello. En ningún momento se acerca a la princesa, adornada de una hermosa cadena de perlas, que conversa amigablemente consigo misma, o sea con Examadecasa.

Los demás no pierden hilo en su interacción.

No cuento los minutos para no acelerar ni abreviar el conocimiento que hacen de sí mismos para configurarse en sus huéspedes.

En el momento preciso, con un gran acierto, avisa Heilota diciendo que todo estaba a punto y que ocupáramos nuestros asientos.

Vuelven a aparecer los camareros, que ya, en el servicio de los cócteles, asombraron por su similitud como si todos fueran gemelos. Yo intuyo que se obra el milagro de Heilota reproduciéndose a sí mismo. No usa varita mágica alguna, pero allí están, uno para cada comensal, preparados y atentos para el servicio.

Ya he superado el atasco y el olvido de los cócteles, no ha salido mal el experimento. Puedo, como escritor, relatar en mis anotaciones como si retrocediera en el tiempo sin que pase nada. Deduzco y lo elevo a mi cerebro que es la enciclopedia donde almaceno la ciencia de escritor. Cuando llegue el momento usaré el mismo truco para adelantar en los tiempos, pero eso de anticipar los hechos es complicado y primero debería doctorarme en esta ciencia del retroceso que acabo de experimentar y después ya se verá.

Ninguno se atreve a decirle al arzobispo que no quite valor a la vacuna para dárselo a las oraciones.

—La investigación es una parte de la ciencia que está experimentando y descubriendo muchas cosas que nos llevan a un progreso continuo —Medusa desprende de su cabeza, envuelta en su peculiar cabellera, este comentario para romper el hielo.

—Solo hay una ciencia: la ciencia natural, la nacida de la naturaleza creada por Dios. La ciencia de la razón y la de los inventos no tienen razón de ser si no están ordenadas y controladas por las leyes de la naturaleza —le responde el arzobispo.

—¿Entonces niega usted la investigación? —Se mete por medio Criticón.

—¿Qué otra cosa es lo de investigar que sea distinta a la alquimia de siempre? —
Contesta con otra pregunta el arzobispo.

—¡Alquimistas dice usted! Ha de saber que todo se mide y pesa con precisión, incluso las reacciones de los elementos se valoran, y se toma nota para conocer las modificaciones, efectos, consecuencias y posibilidades que pudieran darse y cómo utilizarlas —Medusa se vuelve a atusar el cabello como si su convicción fuera suficiente argumento.

—Si no fuera por la intervención de Dios, esas indagaciones no darían resultado. Y luego está la ciencia de la razón, si esta fuera tan correcta y válida como se pretende, todos los que tienen cognición o sea razón la aceptarían.

Medusa se peina y repeina con los dedos de la mano ahuecándose el cabello como si de nuevo se le desprendieran las palabras con las que responder. Pero se le adelanta Criticón.

—Esas ideas o interpretaciones tuyas son las que no nos dejan vivir aceptablemente, como si debiéramos rechazar la ciencia y sus innovaciones. Así, por sus vaticinios y predicaciones de rechazo a estas investigaciones, aumentamos los ateos.

—Pobres de ustedes. No tardará mucho tiempo en que llegue otro diluvio —el arzobispo tiene facundia para rato. Y su capacidad experimentada de actuar y gesticular, con amplios movimientos de manos o con el índice apuntando al interlocutor de tal manera que parece que apuntara a todos y cada uno de la mesa, no solo avasalla sino que atemoriza.

—Imposible después de aquel diluvio, cuando mandó Dios el arco iris en señal de que no habría ningún otro —Criticón parece que ha dado con un buen testimonio, el del mismo Dios con cuyas palabras pretende argüir el arzobispo.

—Pero este no se dará por agua caída del cielo, sino de la misma tierra —Adivino, como arzobispo, debe pensar que todo es posible si se pronostica con visión de futuro.

—No hay manantial capaz de surtir suficiente agua, y si no, de dónde vendría. ¿Será un tsunami? —Así, con atrevimiento, intentando ridiculizar al arzobispo contesta Criticón.

—No. Otro será el origen. Pero ni su cognición ni sus ciencias ni sus leyes lo aprueban aunque lo prevean y predigan —Adivino se ha transformado de tal manera que parece que hubiera estado toda la vida en religión.

Todos me miran a mí en lugar de mirar a Adivino que se está portando como un portento encarnándose en el temperamento del arzobispo. Yo propuse, simplemente planteé la presencia de ese personaje, no los conocía, ni a él ni a Adivino y no lo comprometí para que se metamorfoseara. Si lo hubiera exigido, también habría reclamado la presencia de las autoridades militares y de la policía. Por lo tanto me deberían dejar al margen.

—¿Entonces será de origen divino ese diluvio universal? —Se aventura a complicar la situación, Medusa.

—Si no se conoce por la ciencia, es imposible que se dé un diluvio o inundación de la tierra. Porque para eso están los meteorólogos, los oceanógrafos, sismólogos y otros científicos, los de la NASA por ejemplo, que al detectarlo lo comunicarían poniendo los medios necesarios para evitarlo.

Criticón ha debido hacer un esfuerzo especial para armar este número de materias por las que se conocerían esas posibles debacles. Después también hablaría de los verdes, pero en este momento no se acordó.

—Todo eso está muy bien y diré que esas ciencias ya han descubierto el efecto invernadero y el calentamiento de la tierra —Adivino está abusando en la interpretación de la doctrina del arzobispo.

—En mi larga experiencia todo lo que se deja en las manos de Dios se mantiene en las manos de Dios, sin alteraciones. Solo la muerte, si a él la confiamos, llega a detener la vida en los seres vivos, claro, no en los minerales —Sibila experta en descifrar incógnitas y enigmas, habla con determinación y aplomo.

—Pero el efecto invernadero ha crecido y el calentamiento global es imparable —en estas afirmaciones hay una duda: si quien habla es el arzobispo o es Adivino—. Solo la mano de Dios puede detener ese calentamiento o aumentarlo —indudablemente ahora habla el clérigo—. Porque si quiere castigar a la humanidad con una inundación procedente del deshielo se cubriría la tierra dando fin a toda persona y animal que no fueran aves o peces. Una catástrofe sin precedentes.

Heilota tal vez por lo del calentamiento y por haber nombrado a los peces, cayó en la cuenta de que estábamos bien alimentados por los entrantes y los pescados y con suficiente bebida para acompañarlos. Se levanta, hace una señal a los camareros que están al quite y da sus órdenes. Manda limpieza de la mesa y que nos sirvan los sorbetes a elegir entre limón y mandarina para borrar los sabores y prepararnos las papilas gustativas para las carnes.

Un silencio amable, dulce y degustable, el silencio que las manos de los misteriosos Heilota imponen cuando se acercan a la mesa para retirar el plato usado y colocar el nuevo servicio. Esta vez es una copa con posibilidad de elegir un sabor u otro.

Con estos refrescos cambiamos la deliberación. Olvidamos los diluvios, los calentamientos y los virus. Preferimos enjuagar nuestro paladar, estimulando con nuestra lengua, como unos sibaritas, el dulzor, el gusto y el agrado del granizado preferido.

Podemos optar y la elección de una sabrosa preferencia nos silencia. Porque el silencio es el mejor método para degustar y calificar predilecciones.

Es importante este silencio. Un silencio que sirve para que se reanude el contraste de ideas con los metamorfoseados. Alguno podría sentirse ofendido y ellos, los portadores de unas y otras personalidades, no podrían saberlo sin comunicarse. Por eso digo que calladamente todos discuten y estudian sus inclinaciones y preferencias para hacerse eco de sus teorías intelectuales, sentimentales y corpóreas.

—Ya se han hecho varias asambleas, el G20 se reúne en cumbres que tratan de buscar soluciones a este problema —la presidenta de la comunidad autónoma, Sibila, aporta su conocimiento—: En la ONU no se olvidan de estudiar y tomar decisiones para la conservación del mundo verde, y por ende de la temperatura del planeta.

—Nosotros, para evitar la quema del combustible productor de gases contaminantes, hemos puesto en marcha el tranvía y autobuses eléctricos, y en los parques un sistema de refrigeración por aspersion e irrigación para crear microclimas favorables a la ecología verde —el alcalde, Escrutador, no se priva en detallar actuaciones.

—Para que todos puedan entender lo que quiero decir con lo del cambio climático, referiré la Pequeña Edad de Hielo de 1505, que en nuestra ciudad heló la superficie del río Ebro, y en otra nueva ola de mayor frialdad ocurrida en 1789 que lo mantuvo helado durante 15 días. Y esto no solo por una bajada de temperaturas en el polo norte de un grado centígrado, sino por la mano ejecutiva de Dios para castigar y humillar la soberbia de los hombres por haber encontrado un nuevo mundo en la primera fecha, y por creer que la razón puede superar a la fe en la segunda.

Quien expone estas realidades históricas y su interpretación, no es necesario que lo diga, se cae por su peso.

Examadecasa se abraza a sí misma sujetándose los codos con las manos como si necesitara abrigarse. No es que hiciera frío, pero las palabras del arzobispo lo evocan.

—Esos hielos diezmaron la población, sobre todo, de los países del norte. Pero la gran hecatombe ocurrió antes, en el siglo XIV cuando la peste negra. Las oraciones y ruegos a Dios evitaron que murieran más de los que sucumbieron por la enfermedad, la pestilencia y los bubones. Porque no faltaron las súplicas, sacrificios y misas sino que crecieron hasta crear

nuevas cofradías y sacramentales, por todo ello Dios evitó que falleciera uno más. ¡¡Ni solo uno más de los señalados y condenados por la peste!!

El silencio es roto por el ruido de los platos sirviendo la carne. El trajín de los camareros en su caminar resuelto, sumado a los aromas que nos llenan la nariz de satisfacción, cambian el gesto adusto de todos los asistentes a la cena.

El arzobispo, mirando plácidamente a su plato, comenta:

—Deben disculparme el atrevimiento de haber retrocedido en el tiempo todos esos siglos. Comamos ahora y viviremos. Olvidemos las pesadumbres de las que hablábamos y dediquemos nuestra atención a este suculento plato.

Todos aprestan su interés en contemplar el plato que aparecía ante sus ojos.

Oído todo lo expuesto, caigo en la cuenta de que debía mantenerme al margen, observándolos. Pero me conformo viendo su dedicación y el dominio de los cubiertos.

En este recorrido de inspección visual tropiezo, en la lejanía, con la imagen de don Augusto que está sentado en su sillón con el rostro vuelto hacia nosotros. Sigue con los ojos entrecerrados o cerrados, no sé, desde mi posición no alcanzo a determinarlo. Estará preparándose para darme alguna lección o sacar algún corolario del número de comensales. Ya se verá. ¡Quizás ocupará el puesto del escritor, es decir de quien todo lo ve y lo intuye para reproducirlo en un monólogo con su ilusorio parecer!

Cuando vuelvo la vista a la mesa, me doy cuenta de que habían perdido su diálogo interno, y se abismaban silenciosamente en su pitanza, por eso hago lo que nunca se debe hacer: pensar que debería decir algo. Obligarme a abrir un tema nuevo, distinto, para que distrajeran su narcisismo alimenticio e hicieran vida social.

El esfuerzo por encontrar materia, impide que conciba ninguna. Envidio al arzobispo por la claridad de sus opiniones y el mantenimiento de sus principios, tal vez ese desparpajo dominador haya paralizado otros discursos.

Entiendo aquello de no meterse en el traje, como hacía el sastre. Me debería haber quedado fuera, como un verso suelto, ajeno a la cena, y ahora no habría tenido que estrujarme la sesera para comprobar que estaba árida, que no había idea alguna. Y esta incapacidad impide que mi estómago pida alimento, por lo que no pruebo bocado, aunque sí trasiego todo el vino que va poniendo en mi copa el Heilota que me corresponde.

Puedo afirmar que nadie se atreve a elevar la voz, o a exponer públicamente sus convicciones. Espero a que, en los discursos obligados para homenajear y brindar por la princesa, sean capaces de expresar los valores de sus instituciones y grupos políticos.

Comienza a corroerme una suposición. Entre los comensales que homenajearán a la princesa ¿sería el arzobispo el único con los principios claros y comprometidos? ¿Sentirían vergüenza ante él y callarían? A veces el sentido del ridículo causado por la inseguridad produce silencios.

Pero el buen paladar también lo impone, sobre todo si el plato es gustoso y atractivo.

La duda surge, ¿a cuál de las dos circunstancias achacar el mutismo?

En mí, quien debería escuchar, memorizar e interpretar con veracidad cuanto ve y oye, recae —vuelve a martirizarme la responsabilidad— la obligación de impedir que se debilite la comunicación. Si se elimina el diálogo, ¿de qué serviría habernos reunido? ¿Qué conclusiones podría sacar de aquella imitación de lo que en otro comedor estaba ocurriendo?

—Este asado está para chuparse los dedos —un poco chabacano el intento de dar comienzo. Pero lanzado al aire, así como quien no quiere la cosa, puede invitar a que secunden mi opinión.

Y es la princesa, o Examadecasa, la que participa.

—¿Qué receta habrán usado? —Y dirigiéndose a Heilota—. ¿Es lechal o es ternasco?

—En esta autonomía tiene mejor mercado el ternasco —responde Heilota—. Nuestros cocineros son especialistas en su horneado. Suave, tierno, sabroso y jugoso, ese es el reto.

—Muy conseguido. ¿Han acudido a estudiar a alguna escuela de cocineros? —Quiere saber Sibila.

—Sí. Todos hemos pasado por alguna Escuela de Hostelería —Heilota no quiere significarse por ninguna. Aunque se comienza con la hostelería, rápidamente se pasa a la enseñanza, sus problemas, los mil cambios en la misma, para llegar a la historia como asignatura y deducir la dificultad de reinar que tendría la princesa cuando le llegase el momento.

Esta es una peculiaridad de las cenas, que de una simple palabra, sugerente o no, nace una teoría que da pie a otra nueva.

El afán de protagonismo nos empuja a contar nuestra experiencia que rompe la anterior, e intentamos que los demás nos escuchen, por eso elevamos la voz para imponer nuestro criterio. El mejor asado es el mío, parecemos gritar.

Si he de tomar nota de todo lo que se habla lo tengo complicado. ¿Qué conservo para los apuntes y qué no? ¿Atinaré a dar gusto o no sabré mantener la atención con tanto ir y venir de una conjetura a otra? Porque algo he de conservar para dar visos de realidad. «Basado en hechos reales».

A los postres, ya están nerviosos el alcalde y la presidenta porque ambos quieren ser los primeros en hablar, se les ve removiendo papeles por debajo de la mesa. Dan a entender que los llevaban revueltos y tuvieron que mirar el número de página para colocarlos ordenadamente. (Esta fue la observación de un mal pensado, porque lo que realmente pretendían era adelantarse al otro).

Heilota que tiene los ojos en todos los sitios, no pierde el detalle y en un pequeño silencio, esos instantes raros que ocurren de vez en cuando, en los que coinciden las cucharas o los tenedores llegando a la boca, dice:

—En el momento del café se harán los discursos y brindis por la homenajeada. Nuestra querida princesa Isabel.

—Llegará a reinar —predice Adivino.

—Llamándose Isabel tiene una de las más altas posibilidades de serlo, sería Isabel tercera, porque hubo dos Isabel anteriormente, las otras reinas: Juana y Urraca en Castilla, y Petronila en Aragón nunca fueron repetidas. Y, además, abrirá una nueva dinastía, la de los Deingracia. Las reinas y reyes hasta hoy simplemente aceptaban la inscripción de «por la gracia de Dios». Nuestra princesa llegará a reinar con un nuevo sobrenombre: Deingracia. Isabel III, Deingracia, reina por la gracia de Dios.

El papel de Sibila, y su actuación como una Sibila, ha dado un resultado espectacular. Descifra el valor de las palabras Isabel y Deingracia. Esta descripción etimológica con adaptación a la historia crea un rápido retorno al diálogo. En la mesa todos quieren intervenir.

Son muy fluidos los comentarios, pero al ser tan simultáneos no puedo hacerme con ellos. Si escribiera alguno, tendría que inventarlo, y si eso hiciera, en cuanto lo anotara, rápidamente saltarían acusándome de que no lo dijo él, sino que lo había falseado poniéndolo en su boca. Me insultarían y tendría que aguantarme.

Los discursos de homenaje en boca de la presidenta de la comunidad y del alcalde son largos e insípidos, los obligados reconocimientos y agradecimientos por la presencia de tan egregia figura, la promesa de que el viejo reino de Aragón, dice una, y de la ciudad de Zaragoza, dice el otro, la reconocerán y distinguirán siempre como su señora.

Ninguno se atreve a ofrecerse como los caballeros medievales: a prometerle que en el futuro siempre la defenderán y la mantendrán como su alteza real la reina doña Isabel III Deingracia, y que se batirán y darán su sangre en su defensa.

Pero la princesa no echa a faltar esta exhibición medieval de caballerosidad y se muestra muy agradecida, enumerando por orden a los anfitriones: a la presidenta autonómica y al alcalde, para continuar por el arzobispo, el tesorero, la oposición: Medusa y Criticón.

Tampoco olvida hacer una referencia al escritor, pero toda su gratitud y alabanzas van a parar a los Heilota que, como una sola persona, «nos sirvieron y atendieron» «Nos mimaron» Estas son sus palabras. «Dándonos una gran lección con su comportamiento como equipo y con su solidario entendimiento, de personas socialmente unidas y respetuosas».

Nos da su mano a la vez que se despide, sale del comedor, cruza la acera, sube al coche que la estaba esperando. Todos le decimos adiós con nuestras manos elevándolas y agitándolas.

Me ha costado desperezarme. La noche anterior, entre que el homenaje se prolongó y el compromiso con los apuntes me entretuvo, me acosté muy tarde. La madrugada no es amiga de los trasnocadores. Por eso digo que ni la ducha ni el afeitado me han librado de la somnolencia.

Me echo a la calle por el camino de siempre, cambiar el itinerario no me atrae, siempre me ha parecido que el habitual es el más corto. Con el lugar donde tomar el café me pasa igual. No encuentro ningún otro como el del servicial Heilota.

Allí voy. Esta mañana, don Augusto se encontraba con una sonrisa alargada.

Heilota, sin casi esperar a que me sentara, dispone nuestros desayunos, lo de siempre para no variar. En esto del desayuno me pasa como con los itinerarios y la elección de bar, cambiar no me seduce. Como si oyera el comentario de mis hábitos y el gesto risueño de don Augusto, me susurra al oído.

—Don Augusto ha venido con esa sonrisa esculpida, así ya no tiene que crearla. Me da a mí que anoche se enteró de todo mejor que nosotros. Cumple con ese dicho de: «los toros se ven mejor desde la barrera».

Ya conozco los cumplidos de el Vago; para saludarme apenas suelta un gruñido que significa: «buenos días», «¿has dormido bien?» o «¿qué tal te encuentras?». Con ese bufido me recibe, sin ambages.

—Dejasteis a la princesa Examadecasa sola en un taxi. Ninguno os dignasteis acompañarla.

—Vive lejos. En Madrid —digo resumiendo.

—En la Avenida de Madrid, querrás decir. A esas personas tan encumbradas no se las debe dejar solas. Si la princesa lleva dos escoltas, en esta ocasión se merecía uno al menos.

Comienza la mañana con un reproche. No me sirve de agrado, menos aún porque Heilota, cuando le he preguntado por sus dobles en el servicio, me ha contestado con cortesía y con una expresiva y comprometida repuesta. ¡Qué diferencia de gentilezas!

—No son dobles míos. Solo que al ser un momento tan especial, para agradecer su amistad e incrementar sus posibilidades de captar las circunstancias que rodearían la otra cena, he convocado a los camareros necesarios. Lo de parecernos nace de la escuela de hostelería donde todos aprendimos.

—Dieron el pego. Creímos que erais una familia numerosa —le agradezco el detalle.

—Todos tomamos el mismo espejo para mirarnos. Un profesor de gran categoría acuñó su sello en nosotros.

—Fue un apoteósico comienzo la presentación de cada plato —describo la sorpresa de sus actuaciones.

—Un gran escritor merece que se le faciliten los recursos para que luego haga de su capa un sayo, adaptándolos o creando unos personajes a su gusto. Pero si podíamos presentarle modelos de igual categoría, creímos que sería una ventaja muy útil.

Este había sido el rápido diálogo que habíamos mantenido antes de sentarme en la mesa. Cuando retira mi silla, dispuesto a facilitarme el asiento para acercarme a la mesa, no lo puedo rechazar. Conoce mis maneras y mi repulsa a cambiar de lugar.

Esta doble entrada, después de la pereza matinal, me ha descolocado. El buen sabor de boca creado por Heilota ha sufrido un descalabro por la reprimenda de don Augusto. No hay mayor regañina que aquella que ataca debilitando la moral. Me sentía culpable porque reconocía mi falta. Ella hizo el gran esfuerzo de parecer una princesa durante la cena y luego la abandoné.

Y enmudezco, callo porque no sé qué contestar.

—Quien calla da la razón al que corrige.

Sigo sin decir nada, qué voy a decir si aquello fue más verdad que todo lo que habíamos hablado durante la cena.

—Estuviste atento a los diálogos y a los gestos, pero no ibas preparado, no llevabas un plan para que no decayera la conversación.

—No sabía que me esperaban, y tampoco que fuera un remedo de otra cena.

—Pero enseguida exigiste un puesto. En vez que quedarte guiando y tomando iniciativas, proponiendo y anotando, discurriendo y sugiriendo como un apuntador en el teatro para que nadie se saliera de su personaje, preferiste acomodarte y llenar tu estómago como un hambriento.

Si duro fue levantarme con la resaca de la noche, si no fui capaz de espabilarme con la frescura de la mañana, ahora don Augusto saltando su vagancia verbal me está vapuleado.

—Ya le sorprendí dos veces y vi que estaba atento al decurso de la cena —no pude callar esta réplica—. Entendí que no dejaba pasar detalle sin estudiarlo y juzgarlo... Si hasta pensé que usted era el dios que está omnipresente. El que hace y deshace todo.

Ríe fuertemente con esa risa aspirada y en ¡ohj! que ya conocemos. Con ese sonido onomatopéyico: ¡Ohj, ohj, ohj!

—No me confundas, el escritor eres tú, y tú debías ocupar ese puesto que achacas a Dios, o a mí, que me has acusado de serlo. Tú me viste mirando, atento al desarrollo de la cena. Y puedo decir que todos se comportaron según ellos mismos. Unos actores magníficos.

—Me daba la impresión —contesto con aplomo— de que usted era el autor, como si ellos fueran marionetas movidas por invisibles hilos salidos de sus manos.

—¡Ohj, ohj, ohj, ohj! ¡Qué visionario, qué conjetrador y qué calculador eres! Y todo con tal de liberarte de tu obligación. No soy yo el oportunista, eres tú quien debe recopilarlo como un histrión que esgrime la pluma e inspira los acontecimientos.

—Pero eso no requiere que me quede girando y girando alrededor de una mesa como un metre de restaurante.

—Un escritor hace lo que tenga que hacer, le guste o no. Aunque haga el ridículo.

Me quedo aturdido, como si la pereza me hubiese caído, otra vez, de golpe. Unas figuras de paparazzi me sobrevolaron como un ensueño y siento el rechazo de la princesa a esos periodistas o lo que quiera que sean. Ellos han de conseguir unas imágenes, las más exóticas o atrevidas, decentes o indecentes, a ellos tanto les da, solo quieren unas buenas divisas en las revistas del corazón.

«Aunque haga el ridículo». Esas han sido las últimas palabras de esta mañana. Se debe escribir sin importar nada. ¿Pero ellos, los personajes, y ella, la princesa, se quejarían de esta posible manipulación? ¿Y esa actitud depresiva y humillante ocasionada por la ridiculez, no sería una limitación coartadora y restrictiva?

A pesar de todo, nunca debo comportarme como un paparazzi, aunque su información me fuera específica y necesaria para mis conocimientos.

Así recopiló las observaciones que me hizo esta mañana don Augusto. Si me retraso en anotarlas las olvidaré, aunque sea liberador ese olvido.

Busco el aire del río, del gran río que debería dar nombre a la ciudad. Mientras recorro la calle que desemboca en él, voy pensando en posibles denominaciones: Ebróbriga; Eberóbriga; Ebroburgo; Ebritense; Ebrérida...; Salduba no, porque está formado por raíces que no proceden del Ebro... Así voy componiendo nombres y nombres para llegar a la conclusión de que está muy bien el que tiene, nacido de un Cesar Augusto: Cesaraugusta=Zaragoza, una ciudad muy abierta y, si no, pronunciad su nombre tan lleno de aes.

Doy mi paseo por la acera que hace de límite a la calzada y de margen al cauce del río y veo a tres ancianas. No reparo en el aspecto de sus vestidos. Las reconozco, quieran o no, las ancianas siempre se visten de ancianas. Van delante de mí, a cierta distancia, las veo de espaldas y, sí, las concibo como ancianas. ¿Qué tendrán? Hay algo que las define, ¿el movimiento, la manera de contonearse, la indolencia de sus pies, la rigidez de sus cabezas, su cabello ralo y muy atusado para ocultar el cuero cabelludo...?

Dejo de hacerme preguntas y decido que sí, que son tres ancianas, y aprovechando sus lentos pasos acelero los míos para alcanzarlas. Pero el semáforo está abierto y cruzan. El mismo semáforo enrojece y me detiene, las veo doblar la esquina de la basílica.

Debería desistir, pero no, me puede la curiosidad. Algunas señoras se entretienen echando alpiste a las palomas. Ya no está aquella que se ponía con los brazos en cruz, dando la imagen de los espantapájaros con que los campesinos adornaban sus campos para alejar y atemorizar a los pájaros. Ella, en cambio, atraía a las palomas. Se llenaban sus brazos como los cables de la luz y del teléfono. Cuando la veía así de acogedora pensaba en la antipatía de los campesinos, la ira que se tragarían para no apalear a esta mujer que adoctrinaba a las palomas y a otras aves para que no temieran a sus espantajos.

No las veo en la plaza, habrán entrado a la basílica, deduzco.

No me acerco a saludar a Lázaro, porque está muy ocupado, unos grupos de turistas entran en ese momento y alargar la mano es su oficio.

Me dirijo al bar donde lo atienden cuando se cansa de mendigar, o cuando se aburre porque no entra nadie a la basílica. La vez anterior me aleccionó: prefería unas monedas en el bote de los camareros para financiarle sus apetencias más que puestas en su mano o en el sombrero que tenía a sus pies.

—¿No le molestará que deje estos euros para Lázaro?

—Para qué será, para un café o un bocadillo.

—Para lo que él prefiera, aunque sea otra cosa, o ¿es necesario que diga en qué quiero que los gaste?

—No. Por favor. Esto hacen nuestros clientes, lo invitan a lo que quiera, e incluso se acercan a conversar con él. Es una persona muy culta y su presencia no crea molestias.

—Pero viste con andrajos.

—No es para tanto, además ya está la gente acostumbrada. Le dejamos que se asee y afeite en los lavabos. Vestirá harapos pero es muy limpio. Incluso se perfuma.

—¡Cómo que se perfuma!

—Sí. Ha encontrado el escondrijo donde guardo mi colonia y la usa.

—¿Y no la ha cambiado de sitio?

—¡Sí! ¡Claro que sí! Pero siempre la encuentra. Debe tener un sexto sentido. En eso los mendigos deben ser muy expertos. Al menos eso dice Lázaro.

Y me cuenta la historia. La misma que oí, la de que Dios los hizo para que fueran dueños de lo que los hombres abandonan y desperdician.

—Y también de lo que esconden —termina su relato con una sonrisa franca y guasona. Se retira a dejar mis monedas y una nota.

Me quedo con la palabra en la boca porque se le estaba llenando la barra. Los mismos que habían hecho el recorrido por la basílica visitándola, ahora exploran el templo del dios Baco. Todo era cuestión de creencias, de milagros o de placeres.

Termino mi consumición, miro a la calle y a la puerta del templo y veo que no entra nadie.

Lázaro está en el lugar más acogedor, entre sol y sombra, donde el dintel de los portones le quita la luz de la cabeza y los hombros, mientras le caldea el resto del cuerpo.

No resisto la tentación de saludarle en su ambiente, en su característico lugar.

—Hola escritor —responde a mi saludo—. No se me despinta una cara, te vi entre los asistentes a la llegada de la princesa y luego tuvimos un agradable coloquio.

—No lo he olvidado. Fue muy jugoso. Sobre todo lo de las limosnas de esas señoras que con tanta constancia te dan —siempre influye el sitio y, sobre todo, las personas cuyas características te atraen y despiertan viejas sensaciones. Nunca te puedes desatar de las ancianas como abuelas, o de las abuelas como ancianas.

—Sus secretos —Lázaro se siente impulsado y rápidamente se convierte en divulgador—, casi comentarios de prensa, no me los vienen a contar, los revisan entre ellas, y además pujando a ver quién está mejor enterada.

—Sabrán cuáles son tus doctrinas y tus aficiones —pienso que si lo conocen y saben sus inclinaciones a escuchar y recoger cuanto a la puerta se comenta intentarían ocultar sus observaciones.

—No, no lo necesitan. Ellas se lo guisan y ellas se lo comen. Pero lo hacen ruidosamente y yo me entero. Ahora, por ejemplo, todos sus cotorrosos son sobre la persona que llegó últimamente. ¿Sabes de quién?

—No se me ocurre.

—¿Tú eres un escritor y no sabes quién está en el altar de los comadros?

—Tal vez lo sepa, pero no caigo a quién llevan entre lenguas.

—Quién va a ser, la princesa esa tuya.

—Hombre, no es mía —estoy con la princesa en mi pensamiento, intentando deducir si reproducimos bien la cena homenaje, y quién de nosotros representó mejor su papel. Pero eso nada tiene que ver con lo que pueda ser materia y comidilla de la gente.

—Pues podrías hacerla tuya y, al ser real y auténtica, tomarla como el personaje que buscas.

—No puedo seguirla en sus viajes, ni moverme por donde va.

—Eso hacen los hinchas del fútbol; no pueden dejar de acudir a los partidos. Si hasta yo me cuelo en los bares para ver las competiciones. Y también los fans de las divas de la canción que las siguen de gala en gala. ¿No podrías hacer tú lo mismo?

—Mi economía aún no ha recibido un euro.

—Entonces, estate atento a las abuelas.

—¿Y por qué?

—Porque se enteran de todo. No sé a quién escuchan o qué leen pero lo saben todo. Luego lo multiplican entre ellas y algunas veces atinan y otras no, pero les da lo mismo.

—Tú quieres decirme algo —sospecho que no puede callar la noticia—. Dilo sin rodeos. Ya te he dejado en el bar unos euros para que tomes lo que quieras.

—Ya. Lo supongo. Pero esta información es muy cara.

—Dime cuánto.

—Cuando la oigas tú mismo le pones el precio.

—¿Ahora vendes información? ¿No te presentas y te comportas como un mendigo? ¿A qué viene ahora convertirte en un reportero que vende sus noticias?

—Son chismes y murmuraciones que se les caen a las abuelas, a las señoras que visitan a la virgen, y a los visitantes también, no creas que hay mucha diferencia entre unas y otros.

—No veo que se detengan formando corrillos. Van siempre apresurados como si se empujaran y a esas velocidades no les da tiempo.

—Pero se les caen muchas frases. Y al salir siempre se entretienen. Forman pequeñas tertulias; como han estado callados dentro, a las puertas les nace la verborrea.

—Tendrías que respetar su intimidad.

—La respeto, no te quepa la menor duda. Pero se les caen las ideas con tanta fuerza que chocan contra el suelo y rebotan, y mientras vuelan como hojas de otoño yo los colecciono — meneas las manos como si moviera las hojas, las alcanzara y las recogiera cuidadosamente, convertidas en buñuelos de viento.

—Me parece abusivo y chismoso escuchar a los demás.

—Ya te conté que Dios nos creó para recoger las migajas que caen de las mesas de los demás, y que luego las podemos utilizar a nuestro antojo, como alimento estomacal o mantenimiento verbal. ¡Todo es subsistencia!

—Si las vendieras podrías tener un tesoro.

—Eso pretendo, por eso te ofrezco esta información —se ríe como si no se creyera sus propias palabras.

Si no supiera que es un mendigo, pensaría que es un intelectual al que, sentados en una terraza, escucho exponer una teoría sobre un Dios creador y unas maneras exóticas de proveerse para vivir, mientras tomamos unas cervezas pasando un rato excelente.

En estos momentos no hay clientes. Por eso tiene las manos hábiles para moverlas. El gesto enriquece las palabras y las manos firman y rubrican los dichos.

—Y me la vendes.

—Si quieres narrar como un escritor, necesitas saber cuanto más mejor, para caracterizar a tus personajes. Por eso me atrevo a ofrecerte unos datos importantísimos.

—Y cómo sabes que me son tan interesantes.

—Porque no estuviste en la cena. Bueno, ya te he dado una pista de qué y de quién se trata.

—Y qué sabes tú de la cena.

—Dos cosas: una, que anoche intentasteis parodiarla, y dos, cómo se desarrolló.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—¡Ya te digo! —Mueve los ojos como si mirara alejado de todo punto fijo, haciendo un gesto con los hombros de desacierto, pero motivando astutamente mi desconcierto—. ¿Es que no me escuchas o qué? Las abuelas, mientras me entregan su limosna y la señora Úrsula

vierte el termo en la tacita, lo saboreo y lo bebo, ellas se dedican al alcahueteo de los últimos acontecimientos.

—¿Y hablaron de la cena?

—Fue lo más importante.

—¿Y quiénes estuvieron?

—Muchos: ciento y la abuela.

—¡Sí! Pero quiénes.

—El alcalde con su consistorio, el presidente de la comunidad con los suyos, algún general, coroneles... en esto dudaban porque no conocen la graduación, también el jefe de la policía, personas condecoradas de las órdenes militares y un montón más como los directores de bancos y otros y otros.

Esperaba que nombrara a las autoridades eclesiásticas, pero no aparecían por ninguna parte. Y lo pregunté.

—¿No estaba el arzobispo?

—No. Ese era el motivo de los reproches. Las abuelas son creyentes y, claro —dice con cierto retintín como si las imitara—, eso de que los suyos no estuvieran les producía mal de cuerpo y lo sufrían como una derrota.

—Bueno, también habría que entenderlo, este es un país laico.

—Eso díselo a las devotas del Pilar que vienen diariamente. Y, a mí, ¿qué quieres que te diga? ¿Por quién abogo...? ¿Qué piensan los canónigos y los sacristanes? Aunque no suelten donativo, son mis valedores. Se notan algunos domingos cuando hablan de la limosna, del rico Epulón, o de hacerse un lugar en el cielo y predicán esos sermones que levantan lástima, limosna y penitencia.

Me quedo pensativo porque estas ideas de Lázaro dan mucha materia. Las opiniones son portadoras de conocimiento, son principios de capítulo. Y si solucionan los problemas del hambre no se pueden rechazar. Luego está el comportamiento de las abuelas, el proceder de Lázaro que respeta a quienes entran, salen, pasean por la plaza, y alimentan a las palomas o las espantan. No le importan las ideas de los turistas, de las gentes que visitan o acuden al ayuntamiento que es el edificio vecino y de quienes entran en la lonja rodeada de una cinta en la fachada con los medallones representando las carátulas de quienes la ayudaron a construir: fueran cristianos, judíos o musulmanes, fueran gobernantes, mercaderes o prohombres de ciencia. Todos fueron testimonio viviente de una época. ¿Será él con su tolerancia un signo de la plaza en que se encuentra...?

Recuerdo que él mismo con su cosmogonía me explicó claramente su heredad y su patrimonio, y no desperdicia cuanto cae o se pierde a su alrededor.

—En la cena mantuvieron, todos, una compostura respetuosa y sumisa, no solo en los saludos, en ocupar los asientos que el protocolo les señaló, sino también en la medida y dignidad ante los platos exquisitos y succulentos. Nadie elevó la voz, nadie se extralimitó en la bebida. Fue una reunión modélica. El homenaje más distinguido que tendrá nunca la princesa.

—¿No hubo ningún disidente, nadie que presentara una brizna de desagrado?

—¡No! ¡Juro por el Dios que me creó del corazón de una manzana, que todos eran unos monárquicos hasta los huesos!

—Eso, ¿quién te lo ha contado con tanta seguridad?

—¿Quién con semejantes viandas puede no ser monárquico? Dime. ¿Quién puede renegar de una alteza con vinos tan excelentes? Explícame. ¿Quién no adoraría a la princesa con unos postres tan deliciosos?

Debería haber sacado una sábana del bolsillo y habérsela dado para que se limpiara los labios porque le chorreaban satisfacción. Le caía la baba gota a gota mientras pronunciaba las alabanzas de la cena, y eso que no nombraba los manjares que llenaban cada plato. No conocían el menú, me dice, nadie se lo había revelado.

—Las abuelas no estuvieron atentas a eso de menudear las viandas. Ellas procuraron enterarse de otras cosas.

—Qué le vamos a hacer —me conformo al quedarme sin conocer el menú.

—Los discursos, se decían ellas entre sí, fueron muy pomposos. Hablaron del bienestar que les causaba la presencia de su alteza, de que la ciudad se rendía a sus pies, que la comunidad del antiguo reino seguía perteneciéndole y se descubrían ante la salud y los valores de su alteza... Total que el alcalde que habló el primero por ser el anfitrión dijo 45 veces alteza y 23 princesa.

—Un dato digno de tener en cuenta.

—Y el presidente hizo un esfuerzo y lo ganó, dijo alteza 52 veces y princesa 27.

—Casi como si compitieran.

—Sí, ambos querían sobresalir. Los militares y el Jefe de la policía fueron más comedidos.

—¿También hicieron sus discursos?

—Claro. Abogaron por la paz y dijeron a su alteza que darían su sangre si fuera necesario para que ella reinara. El de la policía fue similar pero terminaba en la sumisión y paz dentro de la ciudad. En cuanto a veces que dijeran alteza o princesa no es de reseñar

porque fueron escuetos. Es decir fueron precisos como en una arenga y decididos como en una exhortación. Muy dignos.

Qué gran observación, cómo sabe calificar los discursos y con qué minuciosidad. Un mendigo que piensa lo que dice, cómo lo dice y dice lo que piensa. Sabe escuchar y ordenar lo escuchado. Cada vez me sorprende más. Me asombra su capacidad y lucidez para captar cuanto oye y sintetizarlo.

—Te admiro. Me fascina tu manera de contar las cosas, de resumirlas y hacerlas agradables al oído.

—Tú escribirás mejor que yo hablo, pero te gano en buen oído.

Ninguno de los dos nos movemos. No podemos conformarnos con lo hablado. Yo esperaba alguna noticia más alarmante, más jugosa, no sé, una primicia, la punta de una hebra de la que se pudiera tirar...

Y él, no sé qué querría de mí, pero tampoco se mueve ni se preocupa de quienes entran o salen, ni siquiera les dirige la mirada. Mantiene la mano extendida, sin incitar a que echen una limosna. Tampoco mira con ojos lastimeros para robar la mirada y con ella la voluntad.

Simplemente conversa conmigo.

—Digo esto de mejor oído y mejor vista porque fui a la universidad. Bueno lo nuestro es una simple academia.

—¡Qué me dices! —Me deslumbra esta afirmación.

—Sí. Claro. Aunque se nazca bajo el dictamen de Dios, no sabemos nada. Como una plazoleta que no se ha embaldosado, así comenzamos la vida. Y había que aprender.

—Pero ese aprendizaje lo da la misma vida.

—Todos necesitamos unos rudimentos para comenzar a conocer. La vida a lo único que nos enseña es a vivir, nada más, y esa existencia ignora todo, solo lleva impresa la muerte. Vives y, luego, mueres. Nos encontramos trajinando una existencia nadando entre esos dos márgenes. Y para saber lo que has de poner entre ellas, están las academias. Vosotros tenéis los colegios y la universidad. Nosotros solo las academias —ve mi cara dubitativa y perpleja. No digo nada debido a mi confusión incrédula—. Para conocer es necesario aprender algo, una base que soporte y encauce, o mejor que sea tierra fértil en la que pueda crecer todo lo que caiga sobre ella —cambia de tonalidad y me pregunta—. Pero sí has leído a Dickens.

—Sí —contesto—. Sí lo he leído.

—Allí está Fagin, el profesor que orienta a los niños. Claro que es un profesor del robo, pero en aquella época casi todo el mundo era pobre y claro solo quitando se vivía. A nadie se le caía nada de sus rotos bolsillos, ¿está claro?

—Es verdad, el pobre Oliver cayó en manos de ese malvado...

—Eso es, el pobre Oliver. Los pobres que durante mucho tiempo ocuparon nuestro lugar.

—De algo tenían que vivir. Ya lo dijo Cristo en el evangelio —me atrevo a dar un apunte religiosos a la limosna y a los pobres, él lo insinuó cuando habló de la predicación en la basílica. Pobres pidiendo limosna y sobre todo cómo la revalidó—:«Ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres».

—A eso ya volveremos, ahora te diré los tres tipos de pobres que hay: están los pobres, sencillamente pobres; luego están los pobres de solemnidad, esos andrajosos, sucios, barbudos y peludos, es decir los pobres solemnes; y por fin los pobres de espíritu, a estos ninguna comprensión se les debería tener, porque dan pena por sí mismos, y por esa pena que dan los atienden sus familiares y otros, que no nombro, por consideración y respeto, y al final son bienaventurados: «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos».

—¿Todo eso aprendéis en la academia?

—Naturalmente. Debemos estar preparados para mantener cualquier coloquio con quienquiera que se detenga ante nosotros, y sobre todo estar preparados para saber interpretar lo que nos digan o sugieran. Hay mucho malvado suelto y creen que por ser mendigos nos vendemos por cuatro perras.

—¿Os proponen algún robo?

—Eso es una nimiedad, las venganzas, no sabes la de venganzas que nos proponen.

—¡Pero si estamos en tiempos de paz y armonía!

—Eso no entra dentro de determinadas molleras. Y no importa qué estrato social o político ocupen, las rencillas son alimento de envidiosos, envidiados y destacados. Piensan que nos pueden convencer con cualquier marrullería. Con sus hurtos y sus venganzas.

—Cada vez me sorprendes más.

—Pues créete lo que te digo. Pero volvamos a nuestra educación y aprendizaje. Existimos desde el principio de los tiempos. Ya te dije lo de la manzana. Nos mantuvimos como pudimos hasta la llegada de Jesucristo que nos puso como ejemplo en algunas de sus parábolas y socorrió a quienes mantenían la mano extendida. Nuestra edad de oro la tuvimos en la edad media, en vuestra historia la conocéis como la edad de los monjes mendicantes, tal

vez pedigüeños fuera más apropiado. Hubo otras órdenes monásticas anteriores que de alguna manera fueron un guiño para estas.

—Sí, sí, las conozco.

—Pues no me entretengo en ellas. En la misma época apareció la primera literatura que nos afectaba: los libros entre eróticos y caballerescos, donde aparecen los mendigos como seres vagos, pero de vagar, de ir de aquí para allá alimentándose de lo que conseguían, no hacían ascos a nada; y luego casi en el mismo tiempo la grandiosa picaresca. Unas asignaturas muy duras de aprender por lo que significaban de prohibitivo o dudoso para la mendicidad.

—Pero eso fue en tiempos lejanos.

—No tanto, porque ahí quedan «Los miserables» y otros libros que no menciono por no alargar la relación de las asignaturas que cursábamos y sus manuales.

—Muy interesante e instructivo.

—Ya. Claro. Pero no he hablado de las guerras, productoras de militares de graduación y de mendigos, por no magnificar la pobreza que quedaba entre ambas instituciones. Por cada militar de grado, miles o millones, ¿quién sabe? de pobres: pobres de las tres categorías de las que hablé.

—¿Dudo que también salieran mendigos, pobres sí, pero mendigos...?

—Es la ley de Dios. No necesito repetirla. Y por si no supieran ejercer la mendicidad se habilitaron las academias para enseñar a estos que aparecían como efecto colateral de las guerras. A ellos nuestras academias les daban cursos. Solo nombraré al «Lazarillo de Tormes» mi homónimo, al «Guzmán de Alfarache», qué comentar del Buscón don Pablos, y qué decir del Quijote, ¿mendigo de amor por Dulcinea?

Estoy espantado ante tanto saber. Digno alumno de la «Academia de los Mendigos» y así se lo digo.

—Digno, sí señor —me responde—. La dignidad la tenemos debajo de lo que nos envuelve. Toma nota y si se te presenta ocasión escribe sobre nosotros: «La dignidad de los mendigos» o «Los mendigos en su dignidad» Te doy dos posibles títulos.

Muevo la cabeza para expresar mi fascinación ante la ciencia de este hombre. Un mendigo doctorado en la mendicidad sin hace ningún máster. Ahora ante mí ha desgranado superficialmente, resumiéndolo, todo el conocimiento que tiene de su rango, no me atrevo a decir jerarquía en la escala social del mundo.

Pero cuando me daba la vuelta para irme, diciéndole adiós, me llama.

—¡Escritor, una pregunta te quiero hacer! —Me acerco confiado—. ¿Y tú? Yo vivo de la mendicidad; la princesa y los que la homenajeban del tesoro que pagáis con vuestros impuestos; los banqueros de vuestros ahorros. ¿Y tú? Escritor que no ha escrito nada, ni ha publicado nada, ¿de qué vives?

De una pieza, me ha dejado de una pieza. Pero me ha dado tantos datos, me ha informado tan bien de sus ingresos que no debo dejarlo con la pregunta en la boca.

—Vivo de los ahorros.

—No te ha podido dar tiempo a ahorrar lo que no has ganado.

—Tuve una vida anterior. He de reconocerlo. A los escritores no nos hizo Dios, aunque a algunos los inspirara y escribieran al dictado sus enseñanzas y doctrinas.

—¿No te caerías del caballo como san Pablo y fuiste tocado por la mano de Dios para escribir?

—Tampoco ardió la llamita del espíritu santo sobre mi cabeza. ¡Mira que tienes unas cosas! —irónicamente entre risas, con guasa, le contesto.

—Por si acaso, quién sabe. Cuando se tiene una vida anterior siempre se es sospechoso de algo. Siempre hay una razón oculta.

—No seas mal pensado. Uno puede optar por lo que quiera y esa opción puede surgir de la noche a la mañana.

—Y ya, hala, a otra cosa mariposa.

—Eso es. Pero hay cosas de la vida anterior que no se pueden eliminar. Una de ellas es el dinero que poseía, otra la casa donde dormía y desde donde acudía al trabajo y la otra es lo que almacenaba en la mente. Tal vez debería haberlo contado de otra manera porque los valores deben estar descritos a la inversa. O sea: inteligencia, trabajo y dinero. Así estoy más conforme. Lo demás quedó todo suspendido en el vacío.

—Entiendo que vives de las rentas.

—Está claro. ¿Por qué?

—Porque te veo haciendo unos cursos acelerados de mendicidad y acompañándome en esto de poner la mano a ver lo que cae.

—¿Me asesorarías?

—No te quepa la menor duda.

—Siempre hay amigos que se prestan. Es una gran ventaja, aunque seáis mendigos.

—Ya estamos: aunque seáis mendigos. ¿No podrías superar esa manía clasista? No debes despreciarnos como si fueras un discriminador.

—¿Tú crees que después de mantener esta conversación contigo, de escucharte, e incluso alabarte por tu conocimiento te voy a desdeñar?

—Bueno, eso me ha dado a entender esa fase de «siempre hay amigos que se prestan, ¡aunque seáis mendigos!» estas últimas palabras llevan una gran carga. Das a entender que los mendigos somos incapaces de ser «amigos que se prestan», bien entendido se deduce que somos ineptos para dar aprecio. En una palabra, de compartir la amistad.

—Tampoco te lo tomes así. No quería decir eso. No tergiverses mis palabras dándoles una interpretación que no he querido decir.

—Lo dicho, dicho está. También te sonarán estas palabras.

—No me seas Pilatos, ni creador de frases históricas.

Mi retintín enmascara de socarronería esta última frase. Y él con gran cinismo me espeta.

—Pero no te he contado el chisme que con más misterio se contaban mis abuelas limosneras.

—No será tan importante.

—Para ellas, sí.

—Bueno, a las abuelas cualquier cosa les da para un kilómetro de chismorreos, pueden fabular sin horario.

—Te vendría muy bien conocerlo para orientar tus investigaciones sobre esa princesa tuya que te tiene hipnotizado.

—Y qué sabrás tú.

—Ya sabes que leo entre líneas si se trata de escritos, y entre dichos si de murmuraciones. Y ahora tengo una noticia bomba. Podría decir que dos. Pero ya sabes, tienes que darme la categoría y el título que me merezco.

—Cuál te parece mejor: «don», «licenciado», «máster», «doctor». Estoy a lo que me digas.

—¡Ves como te lo tomas a cuchufleta!

No tengo más remedio que aceptar sus exigencias. No adivino ni sospecho qué se llevará entre manos, y no es la noticia lo que me preocupa, es que me cree un misántropo y un racista. Es por eso por lo que permanezco atento a sus informaciones. A veces debería renegar de esta pasión y oficio de escritor y recuperar aquella antigua actividad que tuve y que no solo desprecié sino que tiré a un barranco entre sueños fantásticos. Si fuera a recuperarla es probable que no saliera vivo de aquella sima.

—En tus labios está la palabra. Yo escucho —presto atención al mendigo.

—Tu princesa se ha enamorado. Ya tiene novio.

—Vaya cosa que me dices, eso por la edad que tiene se podría deducir.

—Deducir sí, pero no saberlo a ciencia cierta.

—Me hablaste de dos noticias.

—Es uno de sus conocidos en Viena.

Pasan por mi mente como un relámpago las conversaciones con los dos escoltas y si hubiera sido más casamentero, es decir, más Celestina, debería haberlo supuesto, pero a veces la pasión no está por esa labor, como sí estaba la de estas tres ancianas.

Para volver a casa utilizo el tranvía. Había atravesado la plaza, llegado a las murallas sin prisas, pero sin dar pausa a mi pensamiento que conjugaba los verbos y declinaba las palabras escuchadas a Lázaro, el mendigo.

No siempre caemos en la cuenta de que cada persona tiene un tesoro. Solo hay que saberlo percibir. Somos como pozos donde el agua se remansa esperando que alguien lance un cubo y tire de la soga para sacarla. Solo la predisposición a escuchar hace que caiga de manera que la recoja, si no, flotaría y solo se mojaría la chapa y al tirar de la cuerda saldría vacío.

En el tranvía encuentro un asiento desocupado. Es el mismo de aquella otra vez.

Para mi sorpresa, unas paradas después sube Sibila, remueve el bolso, saca la tarjeta, valida el viaje, la guarda, se agarra a la barra y lanza una mirada general a todos los pasajeros.

Entonces me ve, se saludan nuestras miradas. Da un respingo y cambia de gesto. Me reconoce, naturalmente, cenamos juntos. Me levanto para saludarla.

Pero ella se acerca con decisión, me apunta con el dedo inquisitivamente, dedo erecto que enseguida se transforma en amenazante.

—¡Con que fuiste tú! —Me dice a media y rabiosa voz.

—¿Cómo que fui yo?

—Sí, el mirón. El sinvergüenza que me recorría con los ojos escarbando en mi cuerpo.

Caigo en la cuenta de que me reconoce, sí claro, pero uniendo mi persona a la de aquel otro viajero, y lo recuerda. Entiendo a qué se refiere: a cuando quise aprender lo que era un cuerpo femenino. Exploración en la que puse tal intensidad para descubrirlo y aprehenderlo que la desnudé sagazmente y ella lo sintió, se dio por mancillada. Como si la profanara. Ella,

una virgen, y si no lo era, yo me comportaba con mi mirada como si la violara sin pensar que para mí, un extraño, lo era.

Me da un golpe con su dedo índice y me traspasa. Me llega al alma, me taladra la conciencia. Y callo, no sé qué decir.

Alguien que está sentado a mi lado se levanta y se aleja. Tal vez tema un altercado o vete a saber cómo se desarrollaría aquel fatídico choque.

Caigo en mi asiento y la miro suplicante. Con la mirada más arrepentida que sé poner y con las manos rogantes como las juntan los penitentes. Ella se va calmando poco a poco.

Le señalo el asiento vacío con la mano golpeando en él y la incito a sentarse. Yo no había abierto la boca. Mi silencio debía ser eficaz. La imagen que presento es más la de la cena, la del apesadumbrado y arrepentido que la del voyeur.

Toma asiento y, un instante después, sin apartar los ojos de mí, dice.

—En la cena o cuando llegaste, no sé en qué momento, presentí que te conocía, que eras tú. Pero la inseguridad y la duda me hicieron rechazar ese pensamiento.

Ya se ha calmado. Ya ha surgido la imagen del conocido, de la persona a la que hemos dedicado unas palabras amistosas, con la que nos hemos sentado a cenar. Esa figura que deja de ser un reflejo. El destello repulsivo se diluye, pierde la insolencia y se llena de amistad.

—Yo sí te reconocí. Si no hubieras vuelto la cara cuando me apeé del tranvía con aquellas últimas palabras, no habría guardado tu imagen. Pero me miraste y gravé tu retrato en mi archivo.

—Yo no mantuve tus rasgos. Fue muy doloroso lo que me hiciste sentir.

—Ya me entiendes, como escritor necesitaba forjarme una figura de mujer con todo el cuerpo, y no tenía ningún modelo. Entonces, de repente, apareciste tú y quise conseguirlo.

—Y fui yo la agredida. Complacida como estaba por un buen artículo aceptado por el periódico, me encontré herida por unos ojos penetrantes como flechas, propiedad de un agresor grosero. Sentí cómo se iban clavando por todas las partes de mi cuerpo y me noté desnuda, con la ropa rasgada. Sin saber cómo cubrirme, dónde poner las manos para tapar cada parte de mi cuerpo.

—Tendrás que entenderme, si no comprendes mis razones, nunca me perdonarás. Además no fue real el desnudo, solo fue imaginativo.

—Sí, ya lo sé. Eres un escritor y necesitas modelos, ya me lo has dicho, pero al menos deberías pedir permiso para mirar, casi auscultar, el cuerpo de una mujer, ultrajándolo.

—Pero la idea me vino de improviso. No lo pensé, lo hice.

—Y me elegiste a mí.

—Fue el fruto de un primerizo. Quería ser escritor y fuiste tú la tercera o cuarta persona que me despertó y la primera que me indujo. En realidad la primer mujer hermosa. Ya sé que hice muy mal las cosas, me parecía que era fácil eso de ser escritor, pero fui encontrando dificultades y cometiendo errores. Ya digo, equivocaciones de principiante.

—Bueno. Te perdono, pero la próxima vez, sea a quien sea, pídele permiso.

—Gracias. Por lo que he oído eres periodista, llevabas un artículo que te habían admitido para publicar.

Cambio de tema, quiero abandonar cuanto antes y enviar lo más lejos posible el recuerdo de aquel acto que me ruborizó y que, solo después de cometerlo, tuve conciencia del abuso.

—Soy periodista. Tengo mi blog y, de los artículos que redacto en él, presento en el diario los que más pueden interesar.

—¿Y cómo sabes cuales son los que interesan?

—Intuición, estar al corriente de todo lo que pasa y algunas veces son los algoritmos de los sucesos y noticias los que lo dictan. Es cuestión de estar con el oído atento.

Extrañado me quedo. Sibila es periodista de gran calado y con gran intuición. Podía descubrir qué necesitaban leer los ciudadanos, y seleccionar lo más apto para que, quienes compraran la prensa, se sintieran interesados. Y luego está eso de los algoritmos, ya me había hablado de ellos el informático.

Pongo cara de entender todo lo que me dice, pero sobre todo me agarro a eso de la intuición y el conocimiento de cuanto pasaba por el mundo.

—¿Sabes algo de la cena homenaje a la princesa?

—No hubo grandes diferencias con la nuestra, solo que en lugar de una autoridad eclesiástica como tuvimos nosotros, ellos prefirieron a los militares y jefes de policía.

—Y banqueros por lo que he sabido.

—Cierto, pero nosotros éramos muy pocos para convertirnos en los muchos que asistieron. Además, al final, hicimos de banqueros pagando a escote las consumiciones.

—También me han dicho algo de los discursos.

—Todo era de esperar, alabanzas mutuas. En estos casos no cabe nada más.

—Pero la princesa echó de menos al arzobispo. Eso me han comentado.

—Sí. Fue un momento muy tenso. Después de todos los agradecimientos como exige el protocolo, hizo un alto, respiró silenciosamente y nombró a la iglesia como una más de las instituciones en la ciudad, espiritual dijo, pero con muchos adeptos. Quien quiso oír entendió, pero quien cerró los oídos se enfurruñó escudándose en lo de que somos laicos.

—No sé por qué no hicieron caso a su leyenda como alteza: «por la gracia de Dios» o solo con que miraran la dinastía a la que pertenece: «Deingracia» tendrían que haberse percatado y al menos al arzobispo...

Voy, más que deduciendo del título que exhibe su dinastía, explicando la valoración de la cita y su mensaje religioso.

—Tú también estabas invitado y lo rechazaste.

—Qué hacía un pobrecico escritor, sin nada que lo avalara entre tanto magnate. Por eso rechacé la invitación. Me habría encontrado fuera de lugar.

—Otros hubo que no eran de ningún estamento y manifestaron una gran educación y respeto. No se distinguían, no se sabía quiénes eran unos ni quiénes eran otros. Ni siquiera en el momento de vaciar los platos.

—¿Por qué dices eso de vaciar los platos?

—Porque cuando terminaron la entrega de despachos en la academia ya hubo una celebración suntuosa y festejaron el acontecimiento con una comida. Yo creo que por eso los militares que acudieron a la cena fueron solamente los imprescindibles.

—¿Y en la comida para celebrar la entrega de despachos, estuvo alguna autoridad civil?

—Aunque era un acto típicamente militar, no dejaron sin compañía a la princesa. Estuvieron los indispensables que exigía la política para un buen funcionamiento de la Academia con Aragón y con el ayuntamiento.

—¿Sabes por qué no acudió el rey? Porque el rey es la más alta graduación en el ejército.

—Tiene la salud un poco quebrantada y debe ir acostumbrando a la princesa a estas obligaciones.

—Entonces, ya entiendo por qué fueron pocos militares.

—Sí, resultó un acto social muy significativo, era el municipio el que la homenajeara. La presencia de ciudadanos era, no la única, pero sí la más exigida, más que las instituciones, aunque también estuviera el justicia de Aragón, claro.

—Me dijeron que hubo discursos, incluso de los militares.

—Sí, la educación y la normativa del acto así lo pedía, pero fueron sencillos y breves. En cambio las autoridades civiles se explayaron, sobre todo el alcalde. ¡Era el anfitrión!

Me interesa sacar a relucir otro tema. Mi tema, el tema del que había decidido novelar.

—Si trabajas en los periódicos sabrás todas las noticias que se escriban sobre la princesa.

—Naturalmente. Y lo que no sale en la prensa también. Me refiero a todos los dimes y diretes que cuentan de ella, pero que son prohibidos de airear.

—¿Me tendrías al corriente?

—¿Por qué no?

Llegamos a nuestra parada y descendemos los dos. Estamos a la puerta del parque Labordeta, se me ocurre invitarla a tomar algo en una terraza y lo acepta.

Ha sido un rato agradabilísimo. Tranquilo y sereno, oyendo el piar de los pájaros y el rumor del agua; contemplando las fuentes, los rosales en flor, los magnolios y toda la fronda.

Y sobre ellos escuchando el sonido de la voz de Sibila y admirando su persona. Los temas quedan relegados a una conversación trivial y sin mayor importancia que las palabras que ella dice y que yo escucho.

@*Criticón* —Mira que eres pesado con la iglesia. Estamos en un estado laico y en los actos oficiales no debe aparecer lo religioso. #@*Escritor*

@*Examadecasa*—No era un acto oficial, era un acto de homenaje. Por eso había una mesa para los directores de periódicos y revistas. Además esta princesa es cristiana y no duda en visitar a la Pilarica. Por esta devoción tan nuestra, lo menos que podían hacer era sentar al arzobispo a su mesa. #@*Criticón*

@*Criticón* (*Escribiendo con ironía y retintín*) —Si visita a la Pilarica ya debe ser admitida como si fuera aragonesa, qué cosas se te ocurren, nombrada y condecorada como ciudadana por una diosa de ámbito regional. ¡Je, je! Tal vez por eso necesita la sociedad civil representantes de todas las jerarquías religiosas sean de la creencia que sean. #@*Examadecasa*

@*Examadecasa* —No digo yo tanto. ¿Pero no te acuerdas con qué unción y con qué sabiduría hablaba el arzobispo en nuestra cena? Yo metamorfoseándome en la princesa la sentí muy halagada. Se marchó pensando que había eclesiásticos con carácter. #@*Criticón*

@*Adivino* —Si supieras el esfuerzo intelectual que tuve que hacer para encarnarlo, no dirías eso. Hasta sudé sangre, gotas de sangre. #@*Examadecasa*

@*Medusa* —No se notaban, parecía que propiamente lo fueras, el arzobispo digo. En cambio como clarividente y augur no se te oyó nada. Ni una predicción. #@*Adivino*

@*Adivino* —¿Te pareció poco lo del nuevo diluvio? #@*Medusa*

@Medusa —Pero no vaticinaste el día ni el mes, ni siquiera, y mira que lo hecho por lo alto, ni el año, por lo menos. *#@Adivino*

@Adivino —Cuando llegue ese momento ya verás cómo te acordarás de mí y del arzobispo. *#@Medusa*

@Escrutador —Dos tortolitos, dos periquitos parlotando en el parque, eso perecían Sibila y el escritor. Una imagen para el recuerdo. *#@Examadecasa*

@Examadecasa —Esa sí es una gran noticia. *#@Escrutador*

@Escrutador —Envidia te daría porque tú bien satisfecha y contenta que estuviste en la cena apoyándote en el escritor y consultándole cosas. Y bien que descansabas tu mano en su hombro. En algún momento os susurraríais palabras suspicaces y equívocas. ¿No serán celos de Sibila los que ahora te muerden? *#@Examadecasa*

@Examadecasa —¡Tonto, más que tonto! *#@Escrutador*

@Criticón —Dejaos de majaderías y repasemos lo que interesa: ¿qué os parecen las informaciones del mendigo?

@Adivino —Que las abuelas suelen atinar, sobre todo señalando la religiosidad de la princesa. Su papel en una ciudad con gran devoción a su Virgen fue muy estudiado. Políticamente y religiosamente es sobresaliente. Y lo que más me ha impresionado ha sido el tiempo invertido en prepararse y aprender idiomas. *#@Criticón*

@Criticón —Pero lo gracioso fue la presencia del acompañante que se hace llamar escolta en lugar de Celestina. Eso es cambiar la pistola por la carabina. *#@Adivino*

@Adivino —Muy gracioso, pero que muy gracioso con eso del acompañamiento. El caso es que se enteraría de todo, y más que nada de quién la pretendiera o la cortejara. *#@Criticón*

@Examadecasa —Yo como representante de la princesa digo que sí, que querría tener alguien con quien pasear, bailar y escondernos en algún rincón. Y no andar siempre con salvaguardias, aunque los llamemos escoltas, que, como dice Criticón, más se parecen a aquellas antiguas institutrices o damas de honor. *#@Criticón*

@Medusa —Para eso será futura reina. El que algo quiere algo le cuesta. *#@Examadecasa*

@Examadecasa —Con lo a gusto que se está sin nadie que te vigile, aunque te pierdas todas esas cenorras entre gentes de alto copete que te constriñen y exigen una compostura, una urbanidad y una cortesía, que no te permiten ni chuparte los dedos después de un bocado exquisito.

@Escrutador —Pues en la cena tú te desenvolviste así, con el mismo civismo, finura y afabilidad que ella habría tenido. No digo que con una elegancia exquisita porque elegante ya lo eres al natural. *#@Examadecasa*

@Examadecasa (que se le han subido los colores) —Gracias, eres muy amable, has conseguido ruborizarme. Casi me he vuelto a sentir como su alteza la princesa. *#@Escrutador*

@Adivino —Eso de jugar a reproducir determinados personajes no está mal. Deberíamos repetirlo.

@Escrutador —¿Qué papel te gustó más el de tesorero o el de arzobispo? *#@Adivino*

@Adivino —De tesorero no me disteis tiempo a ejercerlo. Estaba Heilota muy atento al cobro. *#@Escrutador*

@Medusa —Yo me lo pensaría dos veces... Bien estaría lo de repetir otra cena performance, pero yo la preferiría de nosotros mismos como nosotros mismos. *#@Adivino #@Escrutador*

Esta vez no han sido duros ni extraños los twitt, ni tampoco desagradables. Claro que era de suponer, todos son comentarios de conocidos y los conocidos por ser conocidos no nos insultamos ni nos despreciamos. De donde se deduce: hazte amigo de quien hable mal de ti y ya no te maltratará. Y aunque desprecie tu pensamiento te respetará y hará que te consideren favorablemente por ser su amigo.

Una magnífica consecuencia de la cena.

Ahora me siento más suelto, liberado por no hacer caso a lo que se diga de mí, ya son varios los que me comprenden y me aceptan.

A pesar de todo, debo pedir una lección al informático sobre eso de los algoritmos. Parece que es algo de internet. Lo de los twitt ya lo tengo asumido, lo de facebook es más sencillo y también me parece muy bien. Quiero decir con eso, que me tratan con mucha consideración. Pero Sibila ha hablado de que a ella los algoritmos le facilitan el tema para los artículos.

—¡Hola! L. M.

—Hola escritor. ¿Qué nuevas dudas tienes que te pueda solucionar?

—Lo de los medios sociales, eso que llaman «socialmedia» ya lo tengo asimilado, me he unido a ellos y hasta me han hecho un reconocimiento con una cena. Estoy muy satisfecho de tu consejo.

—¿Ves como eso de ir a la montaña si la montaña no viene a ti da buen resultado?

—Pero ahora tengo otro problema. Más que problema es desconocimiento, ignorancia total. Recuerdo la palabra algoritmo que usábamos en matemáticas como el resultado de varias operaciones o algo así, el producto de distintas sumas, restas, una detrás de otra, no recuerdo bien, y sobre todo la usábamos en álgebra. Pero no me hagas caso porque la cultura es lo que queda después de olvidarlo todo. A veces llamamos cultura a algo que ahora nos provoca pero de lo que estamos totalmente ignorantes. Por eso vengo a que me asesores.

—Bueno. Mira, como te conté cuando nos vimos, un algoritmo es el resumen que internet hace de las opiniones y necesidades de quienes entran en él. Por ejemplo, todos los que miran cómo es y cuánto cuesta una silla, el algoritmo lo detecta y entonces en tu ordenador cada vez que entres se llenará de propaganda de sillas.

—Pero yo no necesito sillas.

—Entonces dime qué necesitas y enseguida te mando a un representante de lo que necesites, eso es lo que deducen los algoritmos.

—¿Y eso cómo lo hace?

—Ya están preparados por palabras y frases que respondan, o sumen lo que los usuarios escriban en sus medios. Hay unos programadores que determinan qué palabra o frase responde a qué. Y entonces internet no duda, te encasilla y une a los otros.

—Eso es como el estudio literario de una novela.

—Eso sí que puede ser —pone cara de duda al hacer esta afirmación—. A ti, como escritor, el programa de escritura que uses te va diciendo el número de palabras, de líneas, y si le sabes preguntar las veces que repites cada palabra.

—Me acomplejas. Eso lo he visto buscando una palabra concreta y la corrección ortográfica, pero ahora, al escucharte me da un poco de yuyú. Siento como si me observaran y adivinaran mis cosas.

—Podríamos decir que es así. Pero solo si alguien lo analiza. Digamos que alguien plantea lo que busca y examina las respuestas, o sea que lo conforma en los medios para comprobar los datos y sumarlos según ha expuesto en su programa de preguntas.

—¡Me quieres decir que yo puedo preguntar a internet y él me contesta!

Durante toda esta conversación, L.M. no para de sonreír, como hacía mi profesor de matemáticas, que era un humorista de tomo y lomo, y hasta se carcajeaba cada vez que

hacíamos preguntas ingenuas. ¿Y qué otra cosa podíamos preguntar si todo era nuevo y extraño? Nos quedaba el aprendizaje fluctuando como una novedad. Tenían alas aquellos números y revoloteaban a nuestro alrededor.

¿Qué preguntas podría hacer ahora? Porque me ocurre lo mismo con L. M. Aunque, al verme tan asombrado, sonría con condescendencia.

—Debes tener claro lo que quieres saber y cómo preguntarlo. Deberías conocer la estrategia de algunos programadores que son capaces de colocar en primer término la respuesta como una oferta a las consultas aunque solo se aproximen a su proyecto. Por ejemplo si los escritores demandan lápices, hay una empresa que contrata a un programador para que sus lápices «Alpino» aparezcan en primer lugar, antes que ningún otro.

—Si es así, a mí no me sirven de nada.

—¿Quién te ha hablado de algoritmos?

—Una periodista que gracias a ellos deduce qué debe escribir en sus artículos.

—Será que ella los lee subliminalmente.

—¿Pero subliminalmente, en internet?

—Tú sabes eso de leer entre líneas, ¿no es así?

—Sí, claro.

—Pues esa periodista sabe leer lo que esconden los twitt, los face y otros medios. Y también los youtubers y los influencers.

—Y eso ¿qué puede aportar si cada uno dice la suya?

—Ya sé que cada uno va por su lado, incluso se llevan la contraria y se desprecian. Pero ahí viene la gran lectora que, atenta a todo eso, suma, resta y conjuga lo que unos y otros dicen y niegan y saca sus conclusiones, es decir sabe leer entre mensajes digitales. Un ejercicio de resúmenes y deducciones o algo así.

Qué lenguaje, qué cosas, si hasta propone revisar el pensamiento de todo internauta. Tendría que estudiar inglés para entender esas denominaciones

—No te acobardes con las palabras. Son términos puntuales. En cuanto los uses dos veces ya no tendrás ningún problema con ellos. Piensa en mi nombre L.M., ¿te da algún problema recordarlo? ¿No? Pues esto es igual, son nombres que ponemos a las cosas y, así las sabemos distinguir: esto es un twitt, esto es un face... Pero qué te digo si eso ya lo sabes.

Su ironía no es ofensiva, es comprensiva como su sonrisa que es pacífica, no burlona. Él sabe todo eso y entiende que los demás no lo sepamos.

—Debería señalar una hora semanal para que acudierais y aprendierais estas lecciones básicas.

Una oferta de estas características indica la idiosincrasia de este hombre. Le importamos.

—Me gustaría que abrieras esa especie de academia —le comento como quien se prepara a estudiar.

—Mira, ahora, en lugar de hacer encuestas telefónicas han decidido leer e interpretar, y según programadores específicos sacan la suma de votos que conseguirá cada partido político.

—Pero qué conseguirán saber, ¿lo que cada uno votaríamos sin echar la papeleta?

—Sí. Es cuestión de que el algoritmo de cada partido lo lea, y haga su estadística.

—Y eso cómo puede ser, ¿por los programadores? ¿Que cada uno sume las veces de los me gusta y de los que contestan positivamente a sus mensajes y ya está? —Usando mi ignorancia y mi ingenuidad, pregunto— ¿O sea que yo puedo cuestionar algo en internet y esperar a que me digan si sí o si no?

—A mí me parece que sí. A ver, si no es meterme donde no me llaman, ¿qué querías preguntar?

—Eso de la elección de la princesa como personaje principal de mi novela.

L.M. mueve la cabeza de un lado para otro o más bien se la sacude como los animales peludos para liberarse del agua de la lluvia.

—¿Es que querías escribir una novela con una princesa?

—Sí. Ya sabes que ha venido la nuestra a la entrega de despachos de los cadetes.

—Claro que lo sé. ¿Quién no lo ha leído?

—He hablado con ella y tengo datos suficientes para hacerla el personaje principal de un relato.

—Me parece bien —abre los ojos como platos llenos de sorpresa—. Tú sabes más que nosotros de eso, tú eres un escritor.

—Es que querría saber si sería aceptada o no.

—¿Y qué dudas tienes?

—Que es mi primera novela y no sé si gustará. Ya sabes que por muy bien que escribas, si el tema no es del gusto de los lectores o de los editores se queda en el cajón.

—Nadie te va a decir qué tienes ni sobre qué has de novelar, eso te corresponde decidirlo a ti.

—De acuerdo, pero querría comprobar si el tema o la protagonista sería del agrado del gran público.

—Bueno. Por probar nada se pierde.

—Eso quería oírte decir. Como lo de unirme a las redes sociales me ha dado buen resultado, a ver si, ahora, de los algoritmos también saco provecho.

—Ya verás cómo sí. Y si no te da resultado buscas otra alternativa. Tú como escritor tendrás muchísimas posibilidades de encontrar protagonistas, de crear argumentos y recrearlos, aunque sean de ciencia ficción, de suspense o policíacos.

—Pero ahora estoy un poco obsesionado con este.

—¿Comenzamos a escribir? Bueno, perdona, estoy en tensión, me has comprometido y ya tardamos en comprobar cuántos y quiénes te seguirán, y te darán su asentimiento, los me gusta y todo eso. Cuéntalos y me dices, si te parece bien.

—¿Cada me gusta sería un algoritmo?

—Claro, un punto positivo. Una confirmación de que merece la pena escribir sobre ese tema, con esa persona elegida por ti de heroína.

Escribir, sobre qué...

No pierdo el tiempo, enciendo el ordenador, entro primero en facebook y donde me pregunta: ¿Qué estas pensando, escritor? Allí escribo:

«Tengo en mente el tema para una novela, los folios preparados y la pluma de tinta cargada. También tengo un Bloc donde tecleo lo referente a este tema que expongo a continuación: Deseo escribir la vida novelada de nuestra princesa, su alteza doña (debería decir señorita, pero tengo un poco de miedo a la censura de los programadores) Isabel de la dinastía Deingracia. Os invito a que me deis vuestro parecer y vuestras iniciativas. Yo dudo, pero vuestras aceptaciones me animarán. Solo es cuestión de dar al me gusta. ¡Gracias!».

Le doy a la tecla de entrar y espero que se sumerja en la vorágine del facebook.

Un rato después, pensando que ya se ha fagocitado mi mensaje, salto a twitter y en él escribo:

@Escritor #@Escritor. —Tengo preparados unos apuntes, organizados por capítulos, para escribir sobre una princesa actualmente viva. Es una mujer valiente, moderna, con una preparación excelente, con los conocimientos que la realeza exige y, sobre todo, la sociedad actual. ¿Debo escribir sobre ella? Espero respuestas e iniciativas.

Ya está, 265 caracteres, no he llegado a los 280 que es el límite. Ya lo he lanzado como un twitt para que llegue a todos...

A los youtuber y de los influencer, como no sé manejar esos medios ni qué son, no los consulto, por tanto no me importan sus respuestas.

Una vez enviados, caigo en la cuenta de que no se abrirá a todo el mundo, según he leído en un artículo demostración sobre el uso de los twitt. Y vuelvo a internet antes de que me conteste nadie.

@Escritor #@escritor —Estoy de acuerdo, debes escribir sobre la #princesa como protagonista. ¡Sí! *#@escritor*.

Tal vez abuse de los hashtag, pero no puedo dejar pasar la oportunidad de saber qué contestan.

Respiro y me siento satisfecho, aunque nervioso. Inquieto por las ganas de saber las contestaciones. Tengo que salir a la calle y que me dé el aire porque no hago otra cosa que mirar y remirar ahora en face, ahora en twitt y así. Con tanta exigencia y urgencia parece que el sistema se haya paralizado.

Me voy, pero antes de llegar a la esquina me vuelvo para comprobar.

Todavía ninguna respuesta.

¡Qué nervios!

Salgo de casa haciendo el recorrido de siempre. Ya he dicho que soy persona de rutinas.

Cuando paso por el parque Pignatelli se me escurre el bolso y lo vuelvo a colocar en el hombro. Este movimiento me hace recordar las tarjetas. No debo rehusar repartirlas. Es una manera de darse a conocer. Cuando vean el libro en los escaparates de las librerías dirán:

—¡El escritor! ¡Es el escritor que nos entregó su tarjeta el día que lo tropezamos!

—Mira —comentarán entre ellos, mostrándola—, nosotros la tenemos. Tuvo el detalle de darnos una —y con eso darán envidia. Se sentirán privilegiados.

—Ese es el escritor que, en este libro, cuenta la vida de la princesa Isabel, la de la dinastía Deingracia, deberíais leerlo —y mutuamente se revelarán el libro recién comprado.

—Pero todavía no es reina —contestarán algunos, queriendo demostrar que la conocen mejor.

—Ya le llegará el turno y entonces se llamará Isabel tercera Deingracia —qué información tan interesante, comentarán.

No importará si me exployo más o menos, pero sí, si es como la vida misma, porque se interesarían de sus amores, sus aventuras, los pormenores de su vida y una vez leída intercambiarían conocimientos.

—¿No te habías enterado? Hizo esto —y se gloriarán de saberlo.

Y pondrán al libro como testigo.

—Porque, sabes, está escrito aquí —se dirán apuntando a mi libro.

Así, de boca en boca pasará el título que, por haber recibido mi tarjeta, despertará mil comentarios que fomentarán la curiosidad y todos querrán tenerlo y leerlo. Esa es la manera de darme a conocer. Aunque siempre puede ocurrir como me pasó con un amigo cuando le hablé de un libro sobre nuestro pueblo.

—Mira, aquí lo tengo —no dudó, se levantó y con gran rapidez lo encontró entre los diez que ostentaba en una rinconera de su librería.

—Ya habrás leído lo de la construcción de la fuente, las dificultades que encontraron en la roca y el desvío a causa de la propiedad del «tio» Gordo.

—Solo he leído lo de mi familia y mi casa.

Y me lo dijo así, como si lo otro fueran patrañas y martingalas. ¿De lo demás? Le pregunté «¡a mí qué!» respondió. Esa era la frase que se usaba para afirmar: no me importan nada los otros sucesos... Allá ellos, parecía decir, con sus estudios y su trabajo escribiendo el libro. Que lo compró en una oferta y que no roñoseó, siguió gloriándose porque añadió.

—Lo pagué muy a gusto. Trataba de la vida de nuestro pueblo.

Ya he dicho que me desperté escritor de la noche a la mañana, pero aún aparece algún recuerdo de mi vida anterior, y sobre todo de paisanos, como este, que más valora tener el libro que leerlo.

Para ellos solo existe el capítulo que habla de ellos mismos, lo demás no les importa. Los mueve el afán narcisista. El interés en la lectura, y por ende el del conocimiento, les estorba. Bueno, no, con tenerlo almacenado en la librería entre cuatro libros, diez en este caso, ya les parece un magnífico cúmulo de ciencia. Y sobre todo un homenaje al autor, que también es de los suyos. Lo importante es tenerlo a mano para enseñarlo.

Lo demás, ya, no me importa. «¡Y a mí qué!» parece susurrar mi mente.

En teoría todos somos igual de intelectuales y lectores mientras no se demuestre lo contrario. Aunque, luego, estos falsos lectores no te den tiempo a corroborar lo escrito porque tienen las palabras en torrente, y las ideas en repique de campanas. Tienes que pedirles permiso para intervenir y sobre todo para que acallen el soniquete de su ego que nunca se

extingue. Siempre hablan de sus intereses, y además repetitivamente. Como si por reiterativos fueran más verídicos.

Hablo de mis gentes por la amistad que les tengo y porque no me lo tienen en cuenta. Si dijera eso de otros que se llaman respetables, responsables de la ciudad y de las gobernanzas, enseguida me tendrían antojo, menosprecio y repulsa. Y digo poco...

El pensamiento corre más que los pies como acabo de demostrar con todo este cúmulo de reflexiones porque apenas he recorrido dos calles. Abro la caja de las tarjetas y las voy entregando a quien me hace caso, a quienes cruzan su mirada con la mía. He aprendido del mendigo que, quien tropieza con tu mirada, no te rechaza: te saluda y te sonrío.

Son pocos, el paseo es amplio y caminan de dos en dos o de tres en tres, nunca solos y eso dificulta captar la mirada y atraer la atención.

Circulo por los dos paseos, Sagasta e Independencia hasta la plaza de España y me coloco en el lugar por donde pasan todos los que vienen de las cuatro plazas: de la Seo, de la Lonja, del Ayuntamiento y del Pilar.

Ya estuve aquí hace varios días, donde se juntan la calle don Jaime con la del Coso. Donde están las papeleras en las que tiraban mis tarjetas que yo recogía, no por roñosería sino por no desperdiciarlas.

Estoy atento a quién llega, lo miro, capto sus ojos o lo intento y le alargó una tarjeta esperando que la recoja. Unos estiran la mano con la misma rapidez que siguen su camino y otros no. Ojalá pudiera conocer sus características, su interés, su amor a la lectura. Pero no es posible.

Las mujeres son menos reacias, incluso algunas me miran, y tras leer lo de escritor vuelven la cabeza antes de dar vuelta a la tarjeta para saber qué pretendo, primero observarme y después ver qué hay escrito.

Puede que haya muchos que no acepten y critiquen mis pretensiones, pero yo las resumo en el envés, con mi nombre y dirección por delante. Que todos me conozcan y sepan quién soy y qué proyecto tengo.

Entonces la veo entre los transeúntes, va mirando escaparates, se detiene de vez en cuando. La belleza de la exposición, de las prendas de vestir, o quizá la necesidad de comprar la atraigan y las estudie a través de los cristales. Las formas y el colorido son una fuente de captación.

Y yo con mis tarjetas rectangulares en blanco y negro. ¡Qué poca imaginación! ¡En qué estaría pensando! El papel en que escribo es blanco y las letras negras. A no ser que use el bolígrafo de color y sería azul mi rúbrica. Tal vez las podría hacer de amarillo y rojo para que

nadie se crea que la bandera es solo de quienes la llevan en sus pulseras y en sus insignias, que sepan que algunos escritores también la usamos. Que es nuestra igualmente. Pero la censura, o el buen juicio me dictan que no se deben manipular las enseñas nacionales; que los particulares las debemos respetar y no bandearlas a nuestro antojo y capricho para sacarles jugo. En resumen, debería pedir ayuda a una ilustradora para que el misterio del color elegido despertara sospechas y obligara a entretenerse descifrando mi enigma.

—¡Hola! Escritor.

Es ella, es Examadecasa, no sé por qué me sobresalto si la he visto venir y la esperaba, pero me he abstraído en otros pensamientos.

—Hola. Ya me ves, repartiendo tarjetas.

—Ya veo. Ya sé quién eres. Ya me di cuenta de tus cambios de personalidad según el momento, si acudías con nosotros a la cena, si escribías en tu blog, o si repartías tarjetas. Tres personas distintas en una verdadera. No me dejaste bien parada cuando me intentaste entregar la tarjeta.

—No pretendí nada. Solo dártela, y casi me la tiraste a la cara.

—¿No has pensado qué vería en tus ojos para comportarme así?

—Yo solo quería descubrir la imagen de las personas. Sus proporciones, su belleza, sus defectos incluso, las diferencias entre unas y otras, los puntos típicos que podrían garantizar su peculiaridad; los ojos, si morenos, si verdes, si azules o negros; las orejas tan comunes al parecer, pero con aros o con perlas o con bolas metálicas grises, en fin, que los pendientes son una buena definición de su carácter; y ¿el pelo? Todos diferentes, o ralo o espeso, peinado a raya o hacia atrás...

—O teñido o sin teñir. Ya vale. Esas son palabras de justificación. Pero me sentí trastocada. Yo estaba dándote explicación de mis habilidades, respondiendo a tu tarjeta para que comprobaras si alguna de mis especialidades te convenían, y tú dale que dale a la mirada como si me fueras a hacer un casting para mujerzuelas o qué se yo.

—Pero no eran esas mis intenciones. Fuiste una más que pasó ante mis ojos y te escruté para tipificarte, para archivarte en mi memoria por si necesitaba a alguna joven de tu índole.

—Y qué sabías tú de mi índole —remarca con retintín la palabra índole— si nada más fue ese instante.

—Dijiste muchas cosas de ti en un momento, y eso excitó mi curiosidad. Por eso me tenía que quedar con tu figura, y para ello tenía que forzar los sentidos. Ya que el tacto no lo podía usar, multipliqué la mirada; y como el gusto tampoco, lancé el oído. Eso fue todo.

—Y luego me perseguiste mientras cruzabas. No te bastó aquel momento, sino que seguiste intentando localizarme entre la multitud.

—A pesar de todo eso aceptaste lo de la cena.

—Es que no sabía que eras tú. Y, luego, cuando comencé a sospechar, ¡qué podía hacer! Cómo te iba a denunciar ante aquellos desconocidos. Tu humillación me habría amargado la noche.

—Pero no eran desconocidos.

—Solo los conocía de twittear sobre ti y tus anotaciones. Y me llenaba de satisfacción ayudar a un escritor.

—Pero ya sabías que yo era un escritor por la tarjeta que te entregaba.

—La rechacé sin leerla.

—La vida nos une y nos separa sin saber por qué.

—Yo sí lo sé, señor escritor, porque, en la cena, sentados los dos juntos me hiciste cambiar de opinión. Hice las paces contigo. A regañadientes al principio, porque cuando nos saludamos llevabas una tarjeta entre las manos y era igual: rectangular, tinta negra sobre fondo blanco, y la reconocí.

—Para mí fue una noche memorable.

—Acepté ser la princesa porque mi ilusión de siempre había sido conocer a las divas del cine y del teatro, a las princesas, a las reinas y a las mujeres que hubieran sobresalido en la vida. Esa noche pude hacerlo, suplantarlas. Como si fuera una de ellas.

—Con muchísimo acierto la sustituiste.

—¡Gracias! Me alegra tu aprobación

—Actuaste como si hubieras sido propiamente una princesa. O, si te parece mejor, como si fueras entrevistada en una de las revistas del corazón.

—Ambas maneras me enorgullecen, porque lo importante es soñar, para eso leemos. Ahora que te conozco, amigo escritor, leeré lo que tú escribas y lo aconsejaré a mis amigas.

***.

Examadecasa está de mi parte. Haber personalizado a la princesa la ha ilusionado y quiere que esa fantasía continúe. Aunque no la repita, podrá leerla como si se convirtiera en la princesa-reina que llenará las páginas de mi libro.

Me agrada esta manera de que la gente se meta dentro de otros personajes, que finja o remede su existencia. Y sobre todo que reproduzcan a mis protagonistas, a los que yo daré

vida con mis palabras. Cuánto he aprendido de cómo debo tratarlos cuando llegue el momento.

El móvil da señales de que alguien me está enviando algo. Como estoy tan ansioso de comprobar las respuestas de twitt y de face lo he conectado para leer los mensajes que me envíen. Y así, al conectarlo, lo compruebo.

@Elogioso —Vas a lo grande. No te entretienes en minucias. #@Escritor

@Escocés —La reina Isabel II de Inglaterra puede ser un buen ejemplo para que la reproduzcas en ese nuevo personaje que también llamas Isabel. #@Escritor (Aquí aparece el meme de una viejecita encorvada con dos bastones y una corona ocultando un moño que sobresale por encima)

@Matusalén —Y yo que pensaba que el único longevo era yo. La espero con los brazos abiertos. Yo, con mi edad y solo con la Isabel de Inglaterra nos aburrimos, necesitaremos una tercera para jugar a las cartas, al tute o a lo que sea. #@Escritor

@Melquisedek —No te olvides del arzobispo. Al menos que haya un asesor religioso. ¡Es lo mínimo! #@Escritor

@Ivan el ruso —Si se casa con un ruso la llamaríamos zarina, es muy cariñoso el apelativo y suena muy bien «La princesa zarina». #@Escritor

@Josefina —Que se preocupe de buscar un buen novio. Que no sea un Napoleón que se pasa la vida de campaña en campaña y cuando ya parece que sienta la cabeza no sabes si te engaña con Elba o con Elena y está con ella en alguna isla. #@Escritor

@María Antonieta —Si es francés pudiera ser que cambiara de monarquía y se convirtiera en Capeto o Borbón. Muy peligrosos los franceses por su espíritu chovinista, no te permiten gastar un euro en chucherías, y qué te voy a decir yo de los revolucionarios y de la Bastilla: una amenaza constante. (No describo el meme de esta Antonieta por lo funesto y macabro) #@Escritor

@Avicena —Lo mejor es que le busques un novio árabe, y así podría convertirse en sultana. La sultana de Damasco. Por ejemplo. #@Escritor

Después del meme de la viejecita no he descrito ningún otro icono porque no lo creo necesario, dado que los comentarios ya son suficientemente impactantes; además llenaría mucho espacio con los símbolos, las explicaciones y los detalles, y cansarían.

Todas estas contestaciones las acepto como de futuros lectores y cuento sus iniciativas porque alimentarían y darían intriga al argumento. Me abren puertas, orientaciones. No se han dado cuenta de que a mí lo que me interesa es la realidad. No que la princesa tenga que

aceptar mis gustos. No sé cuánto han influido sus padres en ella, ni cuánto pueden obligarla con su educación, en una palabra, desconozco la libertad hereditaria.

El estado y la monarquía: ¿hasta dónde pueden presionar para que se incline por unos u otros amores? Yo, desde luego, me encuentro maniatado, desorientado. No soy quién para decidir a quién elija, ni de quién se enamore. Por eso dejo que corra el tiempo y ella misma tome sus decisiones.

También podría desplazarme a Viena e investigar, intentar averiguar quiénes fueron sus amigos, quiénes sus confidentes, con quiénes salió de fiesta...

Sería forzar posturas complicando a sus amigos. Y mi compromiso por conocerlos y darles confianza ¿cómo lo lograría? Primero debería saber quiénes fueron, luego localizarlos, después saludarlos y entrevistarlos con este tema.

¿Y qué me contestarían? ¿Se reirían? ¿Me tratarían de ingenuo? ¿Me echarían con cajas destempladas por intentar meterme en sus vidas?

—¿Quién te crees que eres tú? —con toda la razón me responderían.

Y yo, con las orejas gachas tendría que abandonar la empresa detectivesca de descubrir al enamorado.

Además mi economía no da para tanto viaje.

@Adivino —Un poco roñoso sí eres. #@Escritor

@Criticón —Entre amigos, ¿a cuánto asciende tu capital? Puedes decirlo con toda confianza, no te voy a pedir ningún préstamo. #@Escritor

@Adivino —No te fíes ni de tu padre. Aunque yo creo que la cartera no la tendrás con telarañas. Si decides vivir sin currar y sin publicaciones que te respalden, algo poseerás..., y no sabemos en qué bolsillo. #@Escritor

@Medusa —Dejad en paz la cartera, que los roñosos siempre lloran. Vosotros como buenos e incorregibles machos no lo visteis, no visteis su mirada en la cena. Quedábamos en posición sesgada pero no lo perdía de vista...#@Adivino #@Criticón

@Medusa —Por qué creéis que me mesaba el cabello, si no era para espantar la mirada del escritor. Las moscas se ahuyentan con manotazos y movimientos convulsos. Los ojos del escritor eran algunas de esas moscas que merodeaban sin dejarnos tranquilas. Ya lo habéis leído en los mensajes de Sibila y de Examadecasa...#@Adivino #@Criticón

@Medusa —Por eso se instaló junto a Examadecasa en la cena. Menuda tajada se metió con ella. Pero claro, vosotros, machos recalcitrantes, no os percatasteis de esta inclinación sexual del escritor. #@Adivino #@Criticón

@Adivino — Me parece que a ti te comen los deseos de acercarte a él. #@Medusa

@Medusa —Pero si es muy viejo. #@Adivino #@Criticón

@Criticón —¿Y qué tiene que ver? #@Medusa

Cierro la conexión del móvil y lo arrojo al fondo del bolsillo. La Medusa me ha puesto de mal genio. Me ha insultado. Ha visto lo que nunca existió. Ojalá pudiéramos sentarnos a hablar para aclararle mis deseos. Y una vez que entendiera mis circunstancias comprendería los porqués.

Recuerdo las palabras de Examadecasa que casi coinciden con las de Sibila:

—Ser escritor no te exime de los abusos, y piensa que esas libertades te podrían llevar a los tribunales.

—Pero si no cometo abusos. Piensa que si no realizara esos atrevimientos no podría escribir con realismo, y sobre todo con sentimiento y emoción. Porque una novela no consiste solo en describir y contar los hechos, sino en hacer que el lector sienta las exaltaciones, entusiasmos, euforias y pasiones de los personajes y, sobre todo, de la protagonista.

—O sea, que siempre lleváis la razón y de todo os exculpáis. ¿Que no hay tribunal que no esté a vuestro favor, dices? —Me contestaba.

—No. No es que estén en nuestra defensa, es que comprenden nuestra peculiaridad y temperamento.

—Ser escritor queda siempre liberado de la ley —dice con determinado sarcasmo y acritud.

—Claro. Si no, no habría ninguno.

—Y en caso de ofensa, con declarar que no es el escritor el que lo dice, sino uno de sus personajes, ya no es él el culpable sino el personaje de su obra... ¡Más os vale!

Ironía, burla, mofa o no sé cómo definir el tonillo de ese «¡más os vale!».

Me acomodo en la mesa de don Augusto. Heilota, como siempre, nos contempla desde su observatorio junto a la puerta.

—Tú, querido escritor, siempre has pensado que Heilota era mi esclavo. Pues no te equivoques. Heilota tiene su libertad, no digo que tenga libertad, sino «su» libertad. A mí solo debe servirme a mis horas y traerme las bebidas exigidas en esos momentos. Por lo demás, goza de plena autonomía para vivir como prefiera.

—Sí, pero debe estar pendiente del reloj para que a usted, don Augusto —el retintín, la mofa y guasa con que musicalizo su nombre queda resumida en golpes de voz arrastrando cada sílaba—, no le falte su capricho en ese instante.

—¡Ah! Señor escritor —ha notado mi rechifla y usa la misma melodía al darme el apelativo—, pareces un policía que denuncia y detiene a los que él cree culpables, aunque falle.

—Y por qué habría de fallar.

—Porque quien dicta el fallo es el juez, y no un cualquiera.

—Y en el caso de Heilota ¿quién sería el juez?

—¡Tú, no! —Me contesta tajante.

—Entonces, si quien detecta la situación no puede denunciarla ¿Quién lo haría?

—Tú, no. Ya has leído a Medusa en sus twitts y a Examadecasa en sus acusaciones. ¿Por qué no aceptas tu culpabilidad?

—Ya he recibido el perdón de Sibila y de Examadecasa. Eso me disculpa por mucho que otros me quieran acusar. Además, ya lo he formulado con determinación, los personajes de mis escritos son los que piensan y actúan, y ellos tienen privilegio.

—Pero tú eres el escritor que los estimula, aunque no seas un personaje de la novela tú los excitas e induces.

Augusto, don Augusto, como lo llamo cuando me olvido de su vagancia, ha entrado al trazo. Siempre me pudo, se mostró como un profesor que enseña y alecciona, como si fuera mi dirigente, incluso zahiriendo. No lo acuso de dictador ni de mandón, aunque como represor es un experto.

Bueno, reprender, esa era la razón de ser de nuestros padres y de nuestros maestros de antaño. Qué cosas, a lo tonto estoy dando a entender mi edad. Pero no importa, si pretendo reflejar la realidad ¿por qué he de callar mis años vividos?

Don Augusto sonrío para adentro ¡Ohj, ohj, ohj! Como si hubiera vencido en la contienda.

Heilota se acerca con las bebidas. Una para él y la otra para mí. No las habíamos pedido. Solamente se ha oído la sonrisa estridente y absorbida de don Augusto, el señor Vago, y Heilota ha aparecido con las consumiciones de la hora.

Nada le había dicho don Auguste que yo hubiera oído. No había abierto los labios y en cambio Heilota se presenta con lo que deseábamos.

¿No es eso una dependencia servil? ¿Qué poder tenía el uno sobre el otro? ¿Dónde está el juego de su libertad?

El móvil ha sonado con esas señales de pitido que sobresaltan y exigen atenderlo. Menos mal que don Augusto se ha ensimismado y no tengo problemas en abrir el móvil. Tengo un whatsapp de Sibila:

«La princesa se ha marchado a Atenas en viaje de recreo. Allí se encontrará con su amigo. De momento no te puedo decir más».

Pongo cara de satisfacción ante el mensaje porque ya poseo otro dato más. Pero tengo un problema y es que, como no conozco Atenas, tendría que viajar para conocer lugares y entender las distancias y describir las calles y plazas; y no me va a ser posible.

Heilota pasa junto a mí y me pregunta.

—¿Desea algo más?

Y al ser el primero al que puedo contar la noticia, no pierdo la ocasión.

—La princesa está en Atenas, pero no conozco esa ciudad. No la he pisado.

—Yo sí —me dice.

—¡Como que tú sí! ¿Has viajado a ella alguna vez? —Doy un respingo por la sorpresa.

—Bueno, siempre se vuelve alguna vez. Nací allí. Soy griego de origen y de un barrio de Atenas cercano al Pireo. Vine muy joven. Casi niño. Mis padres abrieron un restaurante griego que llamaron *Taberna Helena*.

Tiene ganas de hablar, lo noto porque se le han puesto los ojos entre lacrimógenos y nostálgicos.

Llegan los ocupantes de una mesa y acude en su servicio. Lo veo ir, entrar al restaurante y salir con el servicio.

Aprovecho para agradecer la noticia a Sibila. Le prometo que ella sería la primera en leer mi interpretación del recorrido que hagan por Atenas. Pero, no sé porqué le he dicho esto, si no sé a dónde irían. Ni por dónde encontrarían algún lugar a propósito para dos amigos. Y dos amigos que, por la edad, deberían festejar. La princesa ya tiene edad para eso. No debe dejar que pasen los años.

Hago como si no quisiera recordar la información del mendigo escuchada a las abuelas. A ellas les encanta eso de los noviazgos, y además si los vieran en lugares recónditos gozarían con sus fantasías, podrían revivir sus años juveniles entusiasmadas con aquellos ensueños... Cómo me gustaría tener su curiosidad y sus martingalas para descubrir e inventar situaciones, sin preocupaciones ni miramientos, sin responsabilidades.

Heilota, aparece, se sienta frente a mí. Viste de paisano. Es la segunda vez que lo veo con pajarita azul, pero la primera con traje claro, de un gris suave. Chaqueta con solapas pequeñas, camisa de cuello con puntas cortas. No veo sus zapatos porque ya está sentado y supongo que serán negros.

Está frente a mí como cualquier otro cliente.

—Amigo escritor, o mejor, amigo Apuleyo.

—Como quieras, cualquiera de los dos nombres me cuadran.

—Tengo necesidad de contarte cuatro cosas de la cena, como si pudiera caracterizarme de observador y comentarista.

Heilota se ha desprendido de su atuendo blanco de camarero. También ha hecho una transformación, ¿será esto una metamorfosis? Me tutea, ha dejado la servilidad (prefiero esta palabra que indicaría cualidad de camarero hermanando libertad, contra la de servilismo que significaría esclavitud). Acepto con comprensión y camaradería esta relación amistosa.

—La cena me resultó muy agradable y me emocionó en algunos momentos —le confieso, recordando las mutaciones de nuestros amigos.

—Todo discurrió como si lo tuviéramos ensayado. Lo único preparado fueron la mesa y el menú, que me correspondían a mí. Yo también les pedí que vinieran con algo azul como distintivo porque te había visto la corbata. Y todos definieron la trashedada como una fiesta de disfraces.

—¿Entonces ya sabían de qué debían disfrazarse, bueno, a quién representar?

—No. Eso se señaló delante de ti. Allí cada uno eligió o le destinamos la encarnación de un personaje. Los únicos sin caracterizar fuimos nosotros dos. Tú eras el escritor y yo el metre.

Salió un Heilota a servir otra mesa que había sido ocupada. Las mismas maneras, la misma educación, el mismo estilo de llevar la bandeja, los movimientos, una mimesis de mi amigo, el amigo que estaba sentado ante mí.

—No te preocupes, es uno de los de la cena, uno de mis compañeros.

—Había pensado que te multiplicabas.

—No, algunos me acusan de tener una doble personalidad, pero no es eso, es uno de mi misma escuela —me dice esto porque me ve mirando detenidamente al nuevo camarero que es su viva imagen—. Hoy se goza de instantaneidad, lo digo por la urgencia en sustituirme, he mandado un escrito por whatsapp a esa agencia de la rapidez y en un suspiro ha acudido.

—No he notado el cambio.

—¡Ya! Pero volvamos a lo nuestro. Lo realmente interesante fue la rapidez de las metamorfosis sin mago ni encantador, de esto aquel escritor romano sabía mucho —me satisface que conozca los escritos de Apuleyo—. Fue capaz de transformar un estudiante en un asno, pero se valió de un hechizo. Digo esto por tu nombre —me aclara y vuelve a nuestra cena—. Lo admirable fue que conectaron y se vistieron virtualmente y mentalmente del personaje. No hubo necesidad de embrujos ni de hechizos.

—Pero no se cambiaron de ropa.

—Naturalmente, era solo una performance, entendámonos, una actuación espontánea. Venían todos con un detalle azul que sirvió de enseña característica. Un guiño a la escena. Porque no actuábamos fuera de la realidad. No. Nosotros éramos el teatro.

—Me sorprendisteis porque no lo esperaba. Algo se comentó en algún twitt, pero sin recabar. Yo acudí a mi hora, como todas las tardes.

—El horario estaba previsto. Ya te darías cuenta de que todos te decían que permanecieras fuera de escena, como si fueras un narrador o un cronista. Pero yo pensé que el escritor era el festejado, aunque el homenaje y la imitación se hicieran en paralelismo y semejanza al festín de la princesa.

—No sabía cómo comportarme ni qué hacer. Me quedé con las manos en los bolsillos como un idiota.

—Por eso te coloqué en el sitio que te correspondía.

—Pero relegaste al alcalde.

—No. Lo coloqué junto a ti.

—Pero, en la realidad, él era el que homenajeaba a la princesa.

—La cena era para que tú te enteraras de cómo discurriría la cena oficial. Por eso tú deberías estar en la presidencia. Se trataba de que escénicamente supieras cómo describir el homenaje del anfitrión, porque tú participabas como el divo: el escritor que como un hechicero transformaría el teatro en realidad, o la realidad en teatro que casi da lo mismo. Por eso entre la princesa y el anfitrión debías ocupar un puesto.

—Sí que aprendí y tomé nota, pero ¿lo teníais escrito en un libreto para que cada uno supiera su actuación?

—Eso ocurre en una función teatral. Aquí no hubo bambalinas ni concha de apuntador, no fue necesario porque cada uno se imbuyó en su personaje... Tú eras el espectador, el mirón que capta cada movimiento y el auditor que escucha cada frase... Tu mente no necesitaba contemplar un lugar misterioso, con luces y cortinones, telones y bastidores, con

lucos y sombras que intentaran hacer real la escena mágica sino escuchar a los actores idealizando la realidad. Tú le darías vida y veracidad, pero después.

—Cómo me gustaría escribir una obra de teatro.

—Pero en qué quedamos. Una novela o una comedia.

Heilota no me deja cambiar, impide que escenifique y ponga palabras en la boca de los actores, como hicimos durante la cena.

—¡Una novela! Una novela sobre hechos reales, eso escribiré —le confirmo para darle gusto. Narraré la vida y hechos de la princesa.

—Todos nos metimos en nuestro papel, y si no, recuerda a Adivino con qué ímpetu, con qué destreza se llenó de la ciencia del arzobispo. ¿Habrá algo más real y espontáneo que su fascinación por el personaje? ¿Y la oportunidad de tu intervención retroactiva para conseguir una introducción con un coctel olvidado?

—Es verdad —ratifiqué con seguridad.

—¡Ves! Todo eso nace de no tener un guión preparado: realismo, naturalidad y espontaneidad. Esas fueron las cualidades de nuestra cena.

—¿Y el detalle de la presidenta autonómica y del alcalde con los papeles debajo de la mesa intentando ser los primeros? —Heilota desgrana interrogaciones para darse importancia—. ¿O quizás fue una simulación aportando detalles para que decidieras la categoría de cada uno?

—¡Qué interesante! Una buena provocación, sí señor —digo a Heilota que desmenuza cada pormenor.

—Pero no era la hora y había que hacérselo saber. Ese era mi papel. Controlar cuanto ocurriera en la mesa. Hacer que nada se saliera de norma ni de protocolo, para que representara, al máximo, la cena de las autoridades —Heilota conoce y reconoce las reglas de la mesa y del buen comportamiento. En todo momento estuvo atento a los camareros y a las necesidades de los comensales—. Todo debía estar bien acondicionado, en su punto y a punto. Había que evitar que nadie molestara al vecino. Que nadie pasara la manga de su chaqueta o de su blusa por encima del plato o del vaso de nadie.

—Eso no lo hicimos en ningún momento —confirmo, porque no ocurrió.

—Evidentemente, porque tenáis un camarero atento a que no pidierais eso tan acostumbrado de: ¡Pásame el pan! ¡Pásame el vino! o ¡alcánzame la sal! O estiraseis el brazo

para alcanzar la jarra del agua. Esas cosas que son habituales entre comensales. Ni tuvierais que recoger la servilleta que se hubiera escurrido de las rodillas, o el tenedor que se engancha en la manga... Debían evitar que se arrastrara la silla para agacharse y alcanzar esos objetos caídos con el consiguiente ruido chirriante y desagradable. Mis camareros debían impedirlo.

Describe las incorrecciones que ocurren en las mesas durante cualquier celebración y cómo evitarlas. Todos son amigos de todos y todos disculpan cualquier inconveniente, está claro. Pero siempre acaba alguien con la marca del vino o de la grasa o de la sopa.

—Eso lo tenía que evitar. Por eso llamé a mis compañeros. Aparentemente me multipliqué, pero no lo hice, solo vigilé y ordené para que nada faltara, para que no hubiese problemas. Y sobre todo para que no interrumpieran las conversaciones. Que estuvieran sin estar. Como los coros en los dramas griegos con sus canciones que daban paso de un acto a otro, o de una situación escénica a otra. Sin interferir en la obra pero dando cambio a la materia parlante, evitando aburrimiento y repeticiones al retirar los cubiertos y presentar los platos.

—¿Y eso cómo lo tenéis tan aprendido?

—Pertenece al sector servicios. La hostelería enseña y crea empleos para atender. Ese es nuestro rol, asistir y cuidar. El buen camarero no piensa en sí mismo, no le importa el hambre ni la sed, solo la siente en el cliente.

—Por eso tienes a don Augusto tan bien cuidado.

—Claro. Su instinto de imitar a Dios lo ha llevado a usarme como su ángel.

—No te entiendo.

—En su cosmogonía, como te la reveló el primer día, Dios para continuar en su ociosidad se rodeó de ángeles que hacen lo que él debería hacer. Nunca se le oyen los mandatos, simplemente aparece un ángel y expulsa del paraíso a Adán y a Eva; en otro momento el ángel sujeta el brazo de Abraham para salvar a Isaac; el arcángel Rafael acompaña a Tobías y en el máximo de las vagancias manda al arcángel san Gabriel para que fecunde a la virgen María. ¡El colmo!

—En esos casos era Dios el que intervenía.

—Pero mandó a otro. ¿No es así?

—Sí.

—Eso responde a una inactividad total. Como dicen en Italia «el dulce hacer nada». Aquí se añade un «no», para reforzar la implicación negativa: «el dulce no hacer nada». En italiano una complaciente ociosidad: «il dolce far niente»

—Veo que sabes de lengua y gramática.

—Sí. Un buen camarero debe saber hasta latín para estar permanentemente sin salirse de su oficio ni de sus normas, pero también debe conocer la calaña de cada cliente para que nadie se disguste ni se escape sin pagar.

—Antes me has intrigado con lo del drama griego y los cantores entre actos. Tú sabes más de lo que dices. ¿Qué lugares, o qué recorridos me aconsejas para que una pareja visite la ciudad de Atenas?

—No se me ocurre nada, un niño no conoce los casinos ni las salas de fiestas. Lo más que recuerdo es el Licabeto, el monte desde el que se contempla la ciudad, también la acrópolis, el odeón, el Ágora o plaza de la antigua Atenas. Bueno hay un sitio que merece la pena, pero no para una princesa precisamente, las tiendas de Monastirakis para comprar cualquier baratija de colores y después con la turba de turistas acudir a Plaka para cenar. Eso podría dar juego.

—Aún te acuerdas de muchos sitios.

—Los turísticos. Ojeo la propaganda de mi país. También te podría dar juego que los pasees por la plaza de la Constitución viendo el cambio de guardia, y desde allí los llevas a la plaza Omonia y en la calle que une ambas encontrarás algún lugar que a ellos les podría interesar para echar un baile.

—Me parece que esos datos los usaré para algunas páginas. Otra cosa: ¿tu nombre no me suena a aragonés!

—No. Me lo impuso don Augusto cuando estaba en los prolegómenos de su vagancia y aún pensaba, entonces me bautizó: Eres griego, o sea «*heleno*» y me vas a servir como un siervo o un esclavo: «*Ilota*». Por tanto te llamaré Heilota que querrá decir «*griego esclavo*». Y desde entonces en Heilota me he quedado.

—Y tus padres ¿están conformes con ese nombre?

—Mis padres murieron muy pronto. Parece que el cambio de aires no les fue muy bien. Al principio la Taberna funcionaba magníficamente, cuando falleció mi padre, mi madre no podía con todo, pero aún nos valimos mientras acudía a la academia de hostelería, y cuando faltó mi madre encontré este trabajo y aquí estoy.

Cuando salgo de mantener esta conversación con Heilota miro el letrero de encima de la puerta y leo el rótulo: *Taberna Helena*.

Un grupo de espontáneos con quienes me relacioné en twitter, sin vernos ni conocernos ni presentarnos, qué fuerza extraña la de estos medios, esos desconocidos, previa convocatoria e identificación motivada por un camarero, se transformaron en personajes como actores activos y vivientes. Fue una velada magnífica.

Y toda esa representación se realizó para que yo tomara nota como si hubiera asistido a la invitación de la princesa.

La admiración y el entusiasmo me paralizan los dedos. No es que quiera representar cada personaje con cada uno de mis dedos y por esa causa sufrieran la turgencia y la torpeza, es mi mente embargada y fascinada la que transmite la problemática.

Cada vez que me siento para escribir los dedos se encabritan, bueno no, se endurecen como si se congelaran y tuviera que hacer un gran esfuerzo para desentumecerlos y darles agilidad. Me tomé muy a la ligera eso de ser escritor; desde hoy soy escritor, me dije, pensando que fuera una bicoca. Pero compruebo que conlleva un trabajo arduo.

Ahora estoy solo, cara a cara con estos apuntes, sin nadie que me acompañe y me instigue esgrimiendo diálogos y vivencias para que los transcriba sin olvidos, sin faltas ni errores:

—Eso no fue como tú lo cuentas —me susurraría para que mi cabeza se centrara y no vagabundeara.

—¡Una tilde, una tilde en esa palabra esdrújula! —me corregiría en cuanto viera la ausencia del acento.

—Esa frase sonaría mejor si cambiaras el sujeto y lo colocaras al final, así crearías una especie de intriga y de interés: ¿quién será?, se preguntará el lector... —el orden sintáctico que a veces se escapa.

—Con un pequeño párrafo de introducción crearías un clímax que cautivaría —me seguiría proponiendo.

—Esa descripción sobra, ralentiza el capítulo, elimínala — me apuntaría el abuso de párrafos, frases y palabras inútiles.

—Deberías orientar esos diálogos y darles entusiasmo, los presentas muy fríos —me obligaría a dar emoción al relato.

Incluso me dictaría algunas frases, y me susurraría las palabras que me detienen porque no atino con ellas. Y cuando abro el diccionario estaría atento a su definición y me aconsejaría el vocablo.

—Si buscas este matiz, deberías utilizar este término.

—Esa cacofonía despista al lector y esa hipérbole es una exageración excesiva.

—Ya has dicho eso, ya has descrito esa situación.

—Esto no concuerda con la orientación del capítulo, bórralo, o colócalo en otra página o deberías dejarlo para otro momento.

No está acompañándome ese ser que compaginaría mi mente y mi mano para corregir y ordenar la escritura, pero, por estar aislado, deberé repasar, leer y releer para encontrar todos los fallos e inexactitudes.

Mi persona, la que moviliza mi mano, multiplica sus gestos en la soledad. Cuando la mente se centra en la escritura, cuando saltan los tics de pensador, cuando parpadea porque mis ojos se ofenden ante la blancura del folio, entonces su semblante se altera. La indecisión de la primera frase le hace apretar los dientes y morderse los labios. La inseguridad de atacar por el flanco correcto alarga las cejas. Cierra los oídos a todo lo que hace ruido. ¿Pero quién sabe si ese mismo eco no me susurraría la primera palabra?

Y espera con los dedos hirsutos, ignorantes de la primera frase, la que ha de dar rumbo a los párrafos introductorios. Párrafos que inyectan la orientación y el lenguaje... Hiriente o pacífico... Negativo o activo.

Qué cansancio, qué incertidumbre e inseguridad acompañan a mi persona cuando está sola, cuando este retiro es necesario para que no interrumpan otras voces. Aún aumenta más el sufrimiento cuando se espera que los algoritmos aprueben a los personajes, cuando el argumento se tiene sin confeccionar, y no se sabe qué derroteros tomará.

La mano entretanto reposa inerte con los dedos tensos sobre el escritorio.

Que serenidad y cuánta tranquilidad debería aportar mi persona.

El sonido del móvil me saca de mi soliloquio, de esta fantasía no sé si maniática, extravagante o ficticia de mi yo parlotando con mi persona, no sé cómo apodararla. Tal vez idealizada como consecuencia de un sueño o de una decisión atropellada y ambiciosa. O de una ilusión mañanera.

Es Heilota:

«Venga que está uno de sus amigos de la cena tomando una cerveza»

Comentamos alguna otra cosa y colgamos. Heilota está en su papel de camarero, ha vuelto a su oficio y por eso me trata de usted. Su normativa es definitiva, si es camarero de usted y si no lo es, de tú.

Cambio de cara y pongo aspecto de viandante. No sé si esto es verdad, si el rostro de un peatón es distinto al de un pensador.

Da igual, pero sí que, cuando veo a Adivino, me aparece la sonrisa con todo lo que de transformación conlleva, la sonrisa del amigo, un rictus que remueve los músculos de la fisonomía. Tenemos en nuestro poder un montón de carátulas que alternamos como si fueran los forros de un libro. Y ahora toca la de la amistad.

—Hola, Adivino. El más polifacético de mis amigos. ¿Cómo estás?

—Muy bien, amigo escritor, muy bien. Perdona si te he sacado de otras ocupaciones.

—Nada. No estaba haciendo nada. Diría que estaba esperando a que alguien me socorriera, porque estaba inmerso en el desasosiego de no saber qué escribir.

—Yo también dudo y a veces fallo en esto de hacer previsiones. Soy Adivino y hay días en que no acierto con mis pensamientos, no digamos, ya, con los pronósticos. Pensaba que ahora estarías aquí y, en cambio, no estabas.

—Normalmente a esta hora sí estoy, pero hoy, por circunstancias y para no olvidar el mensaje de Sibila me he entretenido. Pero no me salían las palabras correctas. Digamos que se me había cerrado la mente y las manos daban libertad a los dedos que se callaban.

—Los mensajes no se olvidan, porque quedan en el whatsapp, solo necesitas copiarlos.

—Pero también quería anotar las aportaciones de Heilota que es griego y conoce hermosos sitios de la ciudad de Atenas.

Aún no había terminado de decir esto cuando vuelve a sonar el móvil con su característico sonido de aviso. Veo otro whatsapp de Sibila.

«Error. Es en Estambul donde se encontrará con su amigo. Un amigo especial parece ser, porque los dos se han hospedado en el mismo hotel. El Hotel Pera Palas. Cerca de la plaza de las dos (o ambas) mezquitas.»

»Recibido. Ardo en deseos de más datos —le contesto inmediatamente.

»No estoy allí, solo te transmito lo que recibo y escucho —explica desde su ubicación».

Adivino ha comprendido quién me ha llamado, tal vez por la rapidez en teclear la contestación, o por activar su realidad de adivino.

—Así que tienes a Sibila atenta al devenir de la princesa —acierta nombrando a quien me ha mandado el whatsapp—. Algo habíamos intuido de tu elección de personaje, y por eso te montamos aquella cena.

—Ya he tomado nota. Tengo hecho el resumen. Por cierto, que has sido muy alabado por tus intervenciones.

—Todo era cuestión de aceptar las personalidades que rellenaron mi cuerpo. Pero bueno, salió así —Adivino se quita importancia—. Escritor, has puesto cara de sorpresa al leer el whatsapp de Sibila. Si no es meterme donde no me llaman, te preguntaría ¿por qué?

—No es un secreto. Es que hace unas horas me mandó otro y me decía que aterrizaba en Atenas. Falsa noticia, aunque me ha sido muy útil para saber que Heilota es griego. No hay mal que por bien no venga.

—¿No habrás hecho una falsa lectura para investigar al camarero y enterarte de su vida?

—No. No necesito ningún pretexto para preguntarle cuanto quiera saber.

—Se ha portado como tu secretario y telefonista. Él es quien me ha dicho tus horarios y se ha prestado a llamarte. Incluso a preguntarme si tomaría una cerveza rubia o si preferiría otra cosa.

—Claro, llevo tanto tiempo viniendo que ya no necesito comandarle nada. Él sabe mi preferencia de cada hora —y declaro con satisfacción—. Soy un hombre de rutinas.

—Lo tenéis bien aleccionado —con estas palabras señala algo que me afecta. Se acerca mucho a lo que yo acusaba a don Augusto.

—Somos hombres de costumbres fijas y los camareros enseguida retratan a sus clientes y se apuntan sus preferencias —desvió su conjetura.

—Servicial y respetuoso, ya lo creo que sí lo es, e inteligente y memorioso —aporta Adivino.

—A la vista está —contesto para evidenciar su buen hacer.

—Cambiando de tema. ¿No crees que es extraño que primero diga que va a Atenas y luego que no, que va a Estambul? —me sugiere.

—Voy a preguntarle si sabe la causa del cambio de rumbo.

Abro el móvil y escribo.

«Sorprendido por el cambio de ruta. ¿Ha alterado su destino en el aeropuerto? No entiendo eso de ir a Atenas primero y al momento a Estambul —Escribo.

»Perdona, pero a veces las noticias se atropellan y un periodista se aceleró, dio el informe sin contrastar, los demás bebimos de él y también lo comunicamos aunque fuera falso —me contesta rápidamente».

Heilota se acerca a retirar el servicio porque le hemos hecho una seña para que nos sirviera otra caña. Somos dos y sentimos el afán de cumplir ambos.

—Heilota, nos hemos equivocado —le cuento—. Ahora resulta que no va a Atenas la princesa, sino a Estambul.

—No importa, yo me alegro del error, porque me ha hecho pasar un buen rato con mis recuerdos. Y sobre todo por haber sido útil contándole alguna de las magnificencias de mi ciudad —me contesta Heilota que mantiene la relación protocolaria de camarero.

Hemos guardado silencio mientras nos atendía.

—Estoy intentando pensar qué puede hacer la princesa en esa ciudad. Como no sea encontrarse con su novio —Adivino rompe el silencio en cuanto se retira Heilota, intentando intuir por qué y para qué habría elegido ese destino.

—No comencemos con cuestiones bizantinas que nos eternizaremos —intento hacerle ver que hablar sin conocimiento de causa aumentaría la incertidumbre y debatiríamos sobre utopías.

—Pero de algo habrá que hablar, y más tú que pretendes escribir sobre ella. Todos sabemos que los escritores lo que no ven, lo inventan como si lo vieran.

—Sí, lo entiendo. Y te diré que algunos hacen eso de fantasear, pero yo quiero hacer un relato realista, sin salirme de la verdad.

—Auténtica es la existencia de la princesa que se llama Isabel, además de otros muchos nombres, y que pertenece a la dinastía de los Deingracia. ¿Qué más veracidad y realismo le quieres añadir? ¿Que tiene novio? ¿Que se ha ido a festejar con él y han elegido los atardeceres del «Cuerno de oro»? Esto no es una cuestión bizantina —menos mal que pasa por alto eso de que están en la antigua Bizancio—, esto es basarse en la realidad, en lo que hacen todos e hicimos nosotros.

Me alerto ante ese «hicimos nosotros» porque no me apetecía recordar mi viudedad, ni la posible provocación de «tú también festejarías». Para evitarlo, comento:

—Pero el hotel está muy cerca de la plaza de las mezquitas, La Azul y la grandiosa de la sabiduría: Santa Sofía.

—Mejor, así al atardecer los haces pasear por el puente de Gálata, o como se llame, y contemplar la puesta de sol. ¡Qué imagen tan propicia para el amor!

—Ahora, lo que me preocupa es Atenas. Cómo lo justifico, porque yo también he caído en la trampa de ese rumor, aunque me escude diciendo que me ha llegado de una amiga periodista.

—Lo tienes en tus manos. Tú, escritor, sacas a relucir tu espontaneidad, fantaseas unas piscinas, incluso te buscas hechos que rehabiliten las relaciones de alguno de sus dioses

clásicos y los enamoras durante unos días idílicos, en Atenas. ¡Ya tienes el problema resuelto y justificado!

—Pero dónde echo mano para eso.

—En la historia de los dioses griegos, algún libro del que sacar historias de amores habrá. A mí, así de bote pronto, se me ocurren: Amor y Psique; los dramas de Ifigenia y de Edipo no puedo aconsejártelos; pero qué me dices de la hoguera, mejor, del hogar con ascuas encendidas alimentando el amor de Penélope por Ulises: la mujer que mataba el tiempo de espera hilando, tejiendo y destejiendo. ¡Qué amor!

—No sé, no sé —dudo.

—Siempre indeciso, siempre inseguro. Para sacarte de esa vacilación hicimos la cena. Pero veo que sigues igual.

—No sé si es eso o no es eso lo que me produce incertidumbre.

—Aún te propongo otro ejemplo, el de Ariadna y Teseo, amores de una hilandera y un mozo que recorre el laberinto para derrotar al Minotauro, y que sale ileso orientándose por el hilo del ovillo de su amada.

—Por mucho que te esfuerces, no sé qué hacer.

—Lo tienes muy fácil, enciértrate en tu casa y escribe, que algo saldrá. Te lo digo yo, que, por mi nombre, soy adivino, y te lo pronostico.

—Pero tú no eres el escritor —lo corrijo.

—No sé qué harías en tu vida pasada, pero lo percibo. No has tenido que esforzarte en nada. Todo lo que hacías lo tenías establecido, desde el fichaje a la entrada y a la salida del trabajo, hasta el dormir. Y eso que te he conocido hace solo dos días, como quien dice, pero deduzco tu pasado, ya sabes: Adivino me pusieron mis padres y no he de defraudarlos.

Me acorrala, me siento descubierto. ¿Qué hice, a qué me dedicaba antes de recibir el milagroso encargo de escribir? Y digo mal lo de milagroso, porque si se hubiera realizado el milagro habría escrito algo. Pero no he escrito nada.

Esta vida de escritor me ata, me condiciona, me obliga a escuchar, a descubrir, a apuntar cada día para rellenar la mercancía y no olvidar las novedades.

Si cometo, no ya errores, sino malas interpretaciones o deslices de aprendiz como me ocurrió con Sibila y con Examadecasa, con las que he tenido que disculparme y pedir perdón. A nadie se le ocurre que tuviera que meterme entre las gentes que aplaudían a la princesa...

Ese fue el momento. El entusiasmo de aquellas gentes, su ardor, sus piropos, esos fueron los que me señalaron el tema. Fue la mano del sino la que me tocó, ¿o fue la plaza llena de admiradores y seguidores la que me encandiló?

¿Quién lo sabe? ¿O fue el Vago acuciándome para que descubriera a la princesa?

Debo contestar a Adivino sin hacerme la víctima. Porque es muy fácil decir que cambiamos de vida por sentirnos mártires o defraudados en la anterior. Si viviste con dolor y lastimeramente te valoran y disculpan el cambio de vida, pero si no...

—Yo era feliz con la vida que llevaba, no me faltaba nada, lo tenía todo. Trabajo, casa y libertad. No necesitaba nada más. Me levantaba, me aseaba, iba a la oficina, salía de ella y me iba a tomar unas cervecitas, volvía a casa y dormía. Nadie se metía conmigo y yo no me metía con nadie. Transitaba sin que me conocieran, y yo tampoco conocía a nadie.

—Eso era muy aburrido, tan repetitivo.

—Pero tenía un gran valor. Porque ya no tropezaba con los niños de mi infancia que me torturaban ni con mis profesores que me amargaban con sus incentivos y correcciones para que saliera de mi timidez e hiciera amigos —doy unos detalles de angustia para que me compadezca, soltar alguna lagrimilla parece que da más estima, bueno, lástima quiero decir—. Dar de lado a todas aquellas situaciones produjo en mí una gran liberación.

Esto de que hubiera conseguido salir ileso de la infancia es un pequeño orgullo que me apetece señalar.

—Mejor hubiera sido hacerles caso y crear amistades que te favorecieran y te animaran.

—Olvidar aquella primera etapa me aligeró. Después llegué a ser feliz y libre, completamente libre sin nada ni nadie que me contrariara ni me perturbara: mi casa, mi oficina, mi cervecita y mi cama.

Adivino cambia constantemente de gestos y de sonrisas, unas veces se nota que son burlonas, otras tolerantes y a veces compasivas.

—El aislamiento como libertad y lo repetitivo como felicidad. Nunca adivinaría que alguien viviera así.

—Todo fue normal hasta que me quedé sin obligación de acudir a la oficina por la edad.

—¿Y qué hiciste?

—La cambié por la lectura.

—¡No me digas que te aburrías!

—No, simplemente cambié de rutina: leía, tomaba mi cervecita y dormía. Feliz y contento, así actuaba hasta que leí esa obra de «El mundo feliz». Pensé que allí se hablaba de felicidad, pero no. Era de unos hombres que seguían un automatismo esclavo, habían nacido

para eso, hacían lo que tenían asignado sin alterarse. Podría decir que oficina, cervecita y cama. No decía eso, pero a mí sí me lo pareció. Y eran felices y estaban liberados de todo lo que les aturdiere o los modificara.

—No he leído esa novela —dijo Adivino—. ¿Debería hacerlo?

—Es antigua. Pero como todo lo viejo, tiene sus valores y sus enseñanzas.

—Y qué tiene que ver eso con lo tuyo.

—Una noche soñé que yo escribía. Me tocó una varita mágica y obró el cambio. Nací escritor. Comencé a garabatear unas memorias, apuntes de los acontecimientos diarios que aparecían ante mí.

—¡Vaya movida!

—No te sorprendas, no me dijo sobre quién ni sobre qué tenía que escribir. Por eso busco. Escucho y busco. Digamos que he perdido aquella felicidad y libertad. Ahora estoy muy atado a todo lo que me rodea y a lo que vivo.

—No puedo dictarte un futuro prometedor. Pero esos apuntes, ¿Cómo los titulas?

—Podría ser *metamorfosis*. El cambio de ser un ignorante a convertirme en un escritor por la influencia del sino. Al menos eso me pareció que hacía los primeros días.

—Yo pondría indeciso, mejor que ignorante.

—Sí, también, pero la indecisión, como has visto, ya la he superado, ya no vacilo, ya he elegido a la princesa como protagonista.

—Y además dos ciudades en las que novelar su noviazgo. O la relación de amigos y compañeros, no sé, tú verás. Pero al ser alteza y de la casa real parecería mal que no se casaran, como todos sus antepasados, por la iglesia. Pensando en eso yo me ofrecí a convertirme en arzobispo —se ríe feliz y sonoramente.

—Me parece irrespetuoso hacerlos besarse y regodearse con todos esos arrumacos del noviazgo. Tampoco se me ocurre describir una escena de cama. En una vida, si se da el amor, implica esas relaciones

—Acabarás haciéndolo. Que te lo digo yo. ¡Es lo que vende! ¡Y venderás! Que te lo digo yo.

—Muchas cosas me vaticinas como si ya las vieras realizadas.

Escribo en los apuntes.

Me entran unos deseos enormes de comprobar cómo se están comportando los medios sociales. Pero me han indicado algunos conocidos, el Vago don Augusto por ejemplo, que espere al menos veinticuatro horas, que, si lo compruebo antes, solo encontraré el parecer de los que no trabajan: jubilados y gentes en paro, porque los otros, la mayoría, están ocupados durante la mañana en sus faenas, o tomando una cervecita... Lo creo y amplío el tiempo.

Una vez terminado el encuentro con Adivino, ensayo con algo de los amores de los griegos, pero resulta que Apuleyo, mi homónimo, es el que relató la leyenda de que un rey tuvo una hija llamada Psique, la más joven y más bonita de tres hermanas, que por su belleza superaba a todas las de su época y que despertó la envidia de la diosa Afrodita, la Venus romana.

Por si no es conocida la leyenda la pirateo de Apuleyo:

«—¿Cómo puede haber una mujer humana más guapa que yo, que soy una diosa?
—Se preguntaba Afrodita.

»Mandó a su hijo Eros para que atravesara el corazón de Psique con su flecha que la incitaría a enamorarse del hombre más feo. Así se vengaba y castigaba la osadía de ser más bella que ella. Pero Eros, el dios que reparte el amor, apuntó y al tenerla a tiro (en el punto de mira) la vio con todo su esplendor. Al contemplar semejante beldad perdió la puntería, falló el disparo y la flecha no dio en el blanco, sino que, en efecto búmeran, se revolvió y lo hirió a él mismo. Cuando lanzas mal las redes de la pesca, al final te envuelven y quedas atrapado. Eso le ocurrió a Eros. El embrujo de su flecha no hirió a Psique sino a él. Así nació el amante. Mal que le pesara a Afrodita, su hijo comenzó a hacer vida marital con Psique. Eros no quería que lo conociera, que viera su rostro ni su cuerpo.

Era un dios y sería escandaloso que se acostara con una humana y esta lo contemplara. “Y yo pregunto: si se dejara ver ¿con qué cuerpo físico se presentaría un dios? Es lógico que lo escondiera. ¿O no?”

»Por eso la visitaba en plena noche y totalmente a oscuras.

»¿Qué humano puede ver a un dios en los momentos de abrazarse, qué ojos pueden contemplar su cuerpo desnudo al unirse con ella? ¡Nadie! Por eso no permitía que encendiera vela ni candil, ni siquiera que abriera la ventana para que entrara la luna.

»Psique no lo conocía, jamás vio su cara ni su imagen. No pudo hacerle un retrato. (Ni un selfi con su móvil). Eros la visitaba a las doce de la noche solo si había oscuridad, si no, se quedaba en la puerta y dejaba que ella lo imaginara, que percibiera cómo él recorría su cuerpo desnudo, porque era un dios. El rostro, los ojos, las mejillas que cubría de besos, el cabello que acariciaba, el tierno cuello que mimaba, y los senos que deleitaba con la ternura de sus dedos etéreos y tenues...»

Cuando más intensamente te encuentras en un resumen o en los apuntes para no olvidar personajes, argumento y detalles aparecen los estorbos.

@Medusa —Eres un lascivo. Habría que denunciarte. ¡No te valió desnudar a Sibila con aquel descaro vergonzante y después provocar a Examadecasa, que ahora vuelves a lo mismo! *#@Escritor*

@Medusa —Buena excusa esa de la luz apagada para regodearte en el desnudo de Psique. *#@Escritor*

@Escritor —El guión de la leyenda de Apuleyo requiere esta situación. No puedo pasar por alto las exigencias de esa ficción. Además, debéis dejarme terminar el cuento. Y no olvidéis que por llamarme Apuleyo puedo contar con pleno derecho las historias de aquel Apuleyo, del Apuleyo romano. *#@Medusa*

@Medusa —Te escudas en un escritor antiguo para poner en su boca lo que no te atreves a decir directamente. Además de sátiro eres cobarde. Luego dirás que a Psique la convirtieron en reina o vete tú a saber en qué. *#@Escritor*

@Escritor —Cuando no se escucha al que habla no se comprende nada, y si no se le deja llegar al final, todos los juicios son erróneos, interpretaciones falaces. Acusaciones desleales. *#@Medusa*

*@Crítico*n —Me dais pena los dos. Aún no ha terminado la escritura y, ya, Medusa se agarra adonde puede para hacer daño. Y, además, el escritor solo hace que estimularla. *#@Medusa #@Escritor*

*@Crítico*n —Parecéis dos celosos, la una por no ser ella la elegida y el otro por no dejarla al desnudo, como él deja a sus protagonistas. Solo os falta haceros el selfi que Psique no se hizo con Eros... Una autofoto en la época de Apuleyo. ¡Ja, ja! Vaya entelequia anacrónica. *#@Medusa #@Escritor*

@Medusa —¿Sabes lo que va a pasar?, que al final será a la princesa a la que desnude, poniéndola al descubierto de todas las miradas. Quitándole el honor y la honra. *#@Crítico*n *#@Escritor*

@*Criticón* —Qué tiempos pasados cuando esos valores: el decoro y el pudor de las familias estaban en el bajo vientre, ese era el estigma de las hijas. #@*Medusa*

Cierro el twitt, y los dejo con su pelea, aunque yo fuera el causante. Me cansan las interrupciones porque cortan el hilo y desconcentran.

Apago el ordenador y me acerco a consultar al informático. L.M. me atiende con su sonrisa comprensiva.

—Cuéntame.

—No sé por qué, pero en cuanto escribo algo, enseguida me interrumpen con sus comentarios que no suelen ser de aprobación precisamente.

—Qué raro. No tenían por qué. Los antivirus los tienes suficientemente poderosos para que nadie entre en tu ordenador.

Me quedo mirándolo embobado, antivirus poderosos, que yo supiera los virus y las bacterias solo afectaban a los humanos. Hasta ahora, durante mi vida laboral, me conformaba con mi ordenador que sustituía a la pluma estilográfica y a la Olivetti. Al boli no, porque lo seguía usando para pequeñas anotaciones en mi bloc.

—¿No te habrás conectado a alguien usando el TeamViewer y le habrás abierto la puerta para que entrara? Ya veo, por la cara que pones, que ni sabes qué programa es ese, ni lo has usado nunca. ¿No trabajabas en tu oficina con ordenadores?

—Sí. Pero solo lo empleaba para escribir o rellenar las casillas de Excel, según exigieran los documentos a completar o a corregir. Si se paraba o se colgaba, lo indicábamos al jefe de negociado, venía el informático y lo solucionaba.

—¿Y en qué programa escribes ahora? Qué office utilizas, Windows claro, pero en Word o Google doc.

—No. Ninguno de esos. Yo tengo un bloc.

—¿Cómo que un bloc!

—Sí —contesto y veo a L.M. que pone una cara tan dudosa que caigo en la cuenta del error de mi pronunciación, en el ordenador es un blog y enseguida corrijo—. Blog. En un blog.

Mueve la cabeza como en un respingo a la vez que dice

—¿Qué cosa más rara!

—He aprendido a manejarme en él, y lo uso como los bloc de cuadrícula, pero sin cuadrícula. Este, en vez de tener una espiral, tienes que pinchar, poner tu nombre y tu contraseña. Es como un bloc particular y secreto, quien no sabe la clave no lo puede usar. Guardas en él todo lo que escribes para continuar cuando te convenga y como lo tienes bajo contraseña, nadie te lo puede manipular.

—No lo entiendo. Si trabajabas con un ordenador, usarías un programa de escritura en tu oficina.

—Sí. Un Excel, allí poníamos las cifras y él se encargaba de hacer todas las cuentas. O, si no, en los programas apropiados de la empresa. Nosotros no nos veíamos en nada. Abríamos el ordenador y aparecía el programa en el que trabajábamos. Para eso estaba el departamento de informática. Teníamos muy bien distribuidos los trabajos.

—¿Y no teníais ninguna otra manera?

—Sí, el boli y una libreta con espiral, un bloc para apuntar las órdenes del jefe.

—¡Vamos a ver! Déjame que te diga que deberías usar un programa que no necesite internet. El blog que usas, lo tienes abierto a internet y todo lo que bloguees, o escribas en él lo puede leer cualquiera.

—Pero es un blog personal y privado con una contraseña como llave del candado —meticulosamente hablo, casi deletreo mi convencimiento.

—Vamos a ver, para escribir sí sirve la clave. Nadie puede escribir en él, solo tú. Para leer en cambio lo tienes abierto para todos, a no ser que tú mismo restrinjas a los lectores. Si quieres que nadie lo mire deberías hacerte con un programa de solo escritura. Recuerdo que ya tenías uno.

—¿Cómo que tengo uno?

—Sí. Lo revisé la última vez que lo trajiste y me llamó la atención que no lo usaras.

—No lo sabía. Ya sabes que soy un ignorante en esta materia.

—Qué extraño que trabajaras en una oficina y no te preocuparas de aprender, o no se preocuparan de enseñarte.

—Bueno, yo prefería liberarme de mucha programación. Para qué, si con la que usaba me salía bien, siempre superaba las inspecciones y los escrutinios. Además, me daba libertad. En vez de perder el tiempo y atarme con actualizaciones y cursillos, contaba con ese tiempo para hacer lo que quisiera.

Veo que esto al informático ni le va ni le viene, se queda frío, tal vez un poco extraño, pero la verdad es la verdad, y yo lo siento así. Otros pensarán y actuarán de otra manera, pero a mí que me registren, como suele decirse. Si esos se dieran cuenta de la independencia que

aporta esta manera de vivir, la aceptarían sin dudarlo. Pero parece que L.M. no es de esta doctrina.

—Te propongo que uses un programa de escribir en lugar de ese blog en el que todos te pueden leer. Para eso son los blog para exponer tus escritos a quien quiera leerlos.

—¿Tú crees que debo usar el programa de escritura? ¿Y también podré copiar los twitt y los whatsapp? Como ya me había acostumbrado a hacerlo en el blog...

—Todo es igual que en el blog, y aún mejor porque te corregirá faltas y errores.

Me marcho con el sinsabor de un escritor ignorante. Gracias a este informático estoy saliendo de muchos atropellos.

Voy a estrenar el Word, el office Word. Me digo y lo repito para no olvidarlo.

Acudo a tomar una cervecita. Ya sabéis adonde. A la *Taberna Helena*. Por las inmediaciones me tropiezo con Escrutador que pasea tranquilamente. Nos saludamos.

—Sabía que vendrías de un momento a otro.

—Me he entretenido con el informático.

—Cuando he leído los twitt de Medusa y de Criticón con tu mensaje-respuesta, me he dado cuenta de que habías cerrado rápido, sin terminar el cuento de los griegos, y he pensado que vendrías aquí.

—Me he entretenido. ¿Por qué no has entrado?

—Me daba apuro quedarme ahí como un plantón con cara de tonto si no acudías.

—Ya conoces a Heilota.

—Por eso.

—Pero aquí en la calle estás de plantón igualmente.

—Aquí no me conoce nadie, pasan y pasan, pero nadie sabe quién soy ni qué hago. Eso da mucha autonomía.

—Pero solo paseabas.

—Sería ese mi deseo.

—¿Y cómo sabías que vendría yo?

—He leído en tu blog que eres rutinario, que te repites en todo. Y por eso he deducido que vendrías aquí. No he dudado.

—Heilota te habría acogido con mucho cariño.

—No me quería dar a entender. No te persigo. Solo quería hablar contigo.

—Qué más daba que nos viéramos ahí dentro.

—La vida de un escritor me llama mucho la atención. No había conocido a ninguno vivo. Y no sé cómo son, perdón, cómo sois.

—Ya cenamos juntos, ya me viste, ya lo puedes suponer.

—Sí. Pero allí cada uno representábamos un papel. No fuimos nosotros mismos. Y como tú estabas también en el escenario, digo en la mesa, pensé que interpretabas.

—Yo no. Yo era yo mismo.

—¿Cómo que no? Tú el que más, tú representabas al escritor. Podría decir que al ESCRITOR con mayúsculas. Nosotros personificábamos algo espontáneo y natural para que «el escritor», o sea tú, se inspirara y tomara nota.

—Me sorprendes.

—La princesa y su cena, así la nombramos, pero más bien era «El escritor que se instruye con la cena homenaje a la princesa» ¿O no era así?

—Esa entendí que fue la finalidad.

—Robaste nuestra vida durante unas horas. No diré que no fueran magníficas y memorables. Nos comportamos como actores de buen porte, pero tú nos ganaste. Nadie sospechó, nadie tuvo duda ninguna de que eras «el escritor». Fuiste el mejor actor.

—Pero yo no representaba. Yo lo era en persona. El que anotaba para conocer mejor a la princesa y sobre todo para entender el homenaje.

—¡Si tú lo dices! —ironiza como si dudase de cuanto digo.

—Lo puedo demostrar, tengo testigos.

—¿Te han visto escribir? ¿Han leído algo tuyo? —hace mofa y guasa al preguntar.

Respiro profundamente, el blog, pienso. Él ha leído el blog, también ha intervenido en los twitt. Cómo podría convencerlo para que se diera cuenta de que mi vida no es una performance. Que todo fue una metamorfosis a causa de una lectura que me golpeó con su varita mágica, no con el canto del libro que tiene un lomo endurecido. Porque en él estaba el título de «El mundo feliz» y esta posibilidad de vivir en un mundo feliz me subyugó y me transformó. Esas fueron las palabras mágicas que me innovaron en el sueño al despertar de la noche a la mañana.

—Habrás leído mi blog —pregunto porque no puede negarlo, porque ha comentado cosas escritas en él como si fuera un lector asiduo.

—Pero eso solo son apuntes. Espero leer algo serio, tu novela cuando la termines —esto último lo dice con reticencia.

—No te preocupes que ya llegará —digo convencido—. No te creas que, eso, sean solo anotaciones porque sí.

—Me suena a parafernalia cuanto llevas apuntado, conversación por aquí, tarjetas por allá. Desayuno y vermú con don Augusto... Dependencia de Heilota, ¡mucho aparato para despertar fascinación!...

—Pero esa es la vida de un escritor.

—¿Y hablar con el mendigo para saber lo que comentan las devotas del Pilar? No me digas que eso es serio. De implicarnos para inspirar al escritor y facilitarle un relato exacto y real, a que él dedique un capítulo a unas beatas va un abismo.

—Que estés tan informado, tan al momento, con tanto detalle de mis cosas, me abruma, pero, a la vez, ya tienes mi incipiente libro... Y como escritor no debo despreciar ni minusvalorar a las personas.

Lo dejo que hable, porque ya sé dónde escribir a partir de ahora, así no lo leerán, ni se mofarán ni lo desdeñarán. Lo que me diga quedará entre nosotros. Un hombre meticoloso podría señalarme cómo deben transcurrir los hechos y cómo debo presentar, vestir, marcar inclinaciones y espaciar los personajes, pero este con sus observaciones parece que no me conviene

—Total: para decidirte a escribir una novela sobre una princesa. Para eso no necesitabas tanto recorrido. Con revisar «Ana Carenina» de Tolstoi y «Lolita» de Navokov adobándolas con Eros y Psique que tienes a medias de recontar, las reordenas en una ensaladera y ya la tienes.

—Muy sencillo me lo pones —no me río pero casi, y me atosiga.

—¿Pero las has leído?

—No

—Por eso necesitas mi colaboración.

—Sería más espontánea y natural si naciera de mi experiencia, y sería más fresca la narración.

—Has contado que eso de «Eros y Psique» fue un relato tuyo.

—No, lo escribió un homónimo romano que también redactó el «Asno de oro». ¿Los has leído tú?

—No.

—Pues en eso nos parecemos. Tú no has leído ninguna de las dos obras de Apuleyo ni yo las dos que tú me has citado.

—Decías que no habías publicado nada antes de convertirte en escritor.

—Claro que no. Pero aquel Apuleyo sí, acabo de nombrarte dos títulos. Y siempre serán como si los hubiera escrito yo. Tú has citado dos autores cuyas obras me aconsejas. Yo he hecho lo mismo, pero con un solo autor.

Esta conversación está resultándome insípida e incómoda, como si buscáramos nuestras discrepancias.

—¿Ya eras escritor anteriormente?

—No.

—¿En qué trabajabas?

Me sonrío porque me dan ganas de decirle que trabajaba sobre una mesa, en unos folios y en un ordenador, pero me reservo y le contesto lo que él quiere saber, dónde y para quién.

—En la oficina de un banco. Solo números escribía.

Él se ríe y sin malicia me apunta.

—¿Y alguna carta a la novia?

Una pregunta extraña, pero no me importa contestar.

—Pues sí. ¿Por qué no?

—Entonces te casaste.

—Claro.

—¿Y vives con tu mujer?

—No.

—¿Estás separado?

—No. Viudo. Me estás incomodando con tanta pregunta. No sé a qué viene esto.

—Porque si no tienes hijos, puedes dedicarte tranquilamente a la escritura y abandonarla cuando te apetezca. No tienes ninguna responsabilidad.

—Estás muy equivocado. La responsabilidad es la vida. Vivir. Y vivir como un escritor que se preocupa por todo. Conocer la vida es un compromiso. La convivencia exige educación y mucho tacto, porque preguntar desatinadamente es violar la intimidad.

Escrutador se calla, deja de preguntarme. Entonces, como hombre responsable, y sin ninguna ironía ni sorna sino amigablemente le digo:

—Perdona si te he ofendido. Pero tantas preguntas me hacían parecer un reo ante el juez. ¿No serás un investigador?

No sé qué habrá pensado, pero me dice que no, que no es un investigador. Y sigo contando que, como estoy intentando conseguir el máximo de noticias de la princesa, de alguna manera he dado a entender en mi blog que quería crear un rato de entretenimiento en

Atenas para ella. No he especificado cuánto tiempo duraría ni por dónde estaría o a quién visitaría.

Por estas noticias erróneas, por la confusión de movimientos y viajes de la princesa, podrían crear sospechas y movilizar a alguien que se ofendiera, y que quisiera evitar cualquier actuación que molestara a la monarquía, y por eso le preguntaba si era un policía encubierto o algo así. Siempre hay que estar con el oído atento.

Entro a la Taberna y enseguida me saluda Heilota y me prepara la silla.

—¡Deberías llevar más cuidado! —Me dice como saludo don Augusto. Ya estoy acostumbrado a que se ahorre algunas palabras. Ya sabemos que es un vago y que cuantas menos palabras use menos se cansa su lengua...

—¿Por qué? —Le contesto.

—Un escritor no debe mostrar su vida como un apartado más de la novela. Si fuera su biografía, entonces sí, y bien detallada. Si no, solo sirve para despistar y para que lo extorsionen. Debe actuar como un periodista en una entrevista: él pregunta y escucha las respuestas, no debe responder ni a sus cuestiones ni a las del entrevistado. Porque lo que interesa es el punto de vista y el pensamiento del interpelado.

—¿Y si es interesante su vida y aporta una buena estrategia para entender el escrito?

—Como tendrá una opinión propia, y es la suya, tenderá a magnificarla, incluso se elogiará y, por eso, no enjuiciará con criterio.

—¿Pero, y si preguntan en plan amistoso?

—Tampoco, porque valorarán la historia comparándola con su vida.

—Podrían darse situaciones que no se explicarían si no las hubiese padecido en su persona —intento validar mis opiniones.

—¡Entonces das a entender que no crees en la capacidad del lector, porque no dejas que se adentre en el relato, lo asimile y compare con su propia existencia!

—No entiendo bien lo que quiere decir.

—Que el lector habrá padecido esas mismas o similares circunstancias y gozará leyendo algo que él mismo ya habría sufrido, o podría haber soportado. Si sabe que es un trozo de vida del escritor perderá la emoción y el sentido alegórico sobraría. Lo leerá no como real ni verídico, sino como padecido por el propio autor.

—¿Cómo no va a ver la realidad y la veracidad en algo que sucediera, por ejemplo a mí, si lo acontecido fue real y verdadero?

—Porque lo has presentado como parte de tu vida. Y tu vida es real para ti, solo para ti. Para los demás es pesada y ajena. Piensa que haces un viaje a una ciudad lejana y cuando vuelves todo emocionado, quieres hacer partícipe de ella a tus amigos y les llenas los ojos con las fotos y las diapositivas que tomaste. Un aburrimiento.

—Pero con vídeos es otra cosa.

—Se cansan de verte a ti y tus paisajes porque ellos no han estado allí, y no les dicen nada. Son irreales, o, si quieres, no tienen la belleza que a ti te apasiona.

Parece que se está evaporando, sumiéndose en la monotonía de un buda sentado en su almohada, con una postura estudiada para relajarse y holgar sin mover un músculo. Pero aún respira profundamente y dice.

—En el mito de tu homónimo Apuleyo, Eros para destruir la belleza de Psique y mantener la belleza de su madre, la quiere atravesar con su flecha, pero es él el que se enamora y la visita en la oscuridad. Nadie ni nada puede verlo. Hacen el amor para ellos solos, sin luz ni taquígrafos que se dice, y al amanecer se marcha. ¿No es así?

—Sí, ciertamente —escucho cómo repite lo que plagué de Apuleyo.

—Pero las hermanas de Psique quieren ver al amante de su hermana menor, quieren conocerlo. El escritor podría decir que están llenas de envidia y que la belleza de la hermana pequeña las zahiere hasta odiarla, pero el lector no necesita tanta explicación, él por sí mismo lo percibe y deduce. Por eso, basta con escribir que una noche encienden la luz en plena unión amorosa y Eros desaparece. Una gran alegoría: El amor desaparece y surge el sexo. Podríamos pensar lo mismo con tu escritura: apareces tú y desaparece la fabulación. Entonces se acaba la novela o lo que estés escribiendo. Se enciende la luz y desaparece el mito. La belleza, que reviste a Psique y que es despreciada o envidiada (que todo puede caber) por la diosa Afrodita, ha infringido el código de la oscuridad, la intimidad del encuentro, y es castigada al infierno del fingimiento.

Ahora sí. Ahora calla y se envuelve en su misterio de silencio y soledad. La vagancia llevada a su máxima expresión tiene eso: que no busca relacionarse ni moverse ni conmoverse.

Heilota, aunque respeta distancias, ha oído palabras sueltas de nuestra conversación. Él tiene su lugar de vigilancia justamente a nuestro lado y por eso, aunque no quiera, nos oye. Ya me comentó un día:

—¿Por qué se cree que estoy tan al tanto de servirles sus bebidas? Pues, porque noto algo de carraspera en el sonido de sus voces.

Pero hoy se me acerca y me comenta.

—Estoy pasando un agradabilísimo rato escuchando el mito de mi país, porque esa leyenda les ocurrió a mis dioses: Afrodita, Eros y Psique. Pero como quien lo cuenta es un escritor romano, debería llamarlos Venus, Cupido y *Ánima*.

—¿Y qué sabes tú de ellos?

—Que Afrodita castigó a Psique por haber desenmascarado a su hijo encendiendo un candil (Afrodita no piensa en las hermanas, ni en su envidia ni en su ansia por conocer al amante de la hermana pequeña), por eso condena a Psique con su hermosura a padecer el mal del abandono. Y la pena que le infligió fue la de caer al profundo infierno del desamor y del desprecio, de la angustia y la indiferencia.

Heilota retira nuestro servicio y se apoya en la mesa donde ha dejado la bandeja, y mientras frota la superficie, me dice.

—Como el comportamiento de Psique fue responsable y cumplidor, aceptando y sufriendo la sentencia impuesta por Afrodita —Heilota continúa su relato al ritmo de la bayeta que va y viene sobre la mesa—. Además, como retribuyó a Cerbero con un pienso de cebada y a Caronte con un euro, pudo salir del averno. Afrodita se conmovió ante los ruegos de su hijo que mantenía su pasión erótica (podríamos decir su propia pasión: La pasión y el deseo de Eros), perdonó a Psique y de princesa la transformó en diosa. Afrodita no quería una nuera que fuera humana, sino diosa como ellos. Esta es la metamorfosis de Psique mujer, en Psique diosa.

—¿O sea que la metamorfoseó en un ser superior? —Repito para corroborar la palabra.

—¡Muchas cosas sabes tú, de tu Grecia-Helena! —Dice don Augusto y vemos cómo se le abren los ojos, y remueve todo el cuerpo en una especie de estirón como hacen los somnolientos.

Tanto Heilota como yo nos quedamos pasmados y paralizados. ¿Quién iba a pensar que don Augusto tuviera el oído tan fino y tan atento? Pero él, Heilota, con buen uso de la razón y del conocimiento le contesta:

—Entre los esclavos hubo muchos sabios. Y si no pregúnteselo a quienes como usted tienen un nombre romano. ¿Quién sino los siervos los instruyeron?

Quedo satisfecho por el comportamiento de Heilota. Hoy ha hecho callar al Vago.

Me voy a casa pensando en los cuentos de mi infancia: Blancanieves, la Cenicienta, La Bella durmiente. ¿Tendrían algo que ver con este mito de Afrodita, Eros y Psique? Son muchas las coincidencias. No está mal haberla recordado aunque en estos momentos haya olvidado con qué motivo. Pero bueno, ahí está.

Siempre aparecen las hadas y las brujas en los cuentos populares recogidos por los hermanos Grimm, y por Perrault: ¿no se inspirarían en Apuleyo?

La mente es rápida y no se detiene, quiere saber muchas cosas. Pero también, qué me han contestado en twitter y qué en facebook para comprobar la eficacia del algoritmo. Podré saber a cuántos les parece bien mi apuesta por la novela sobre la princesa.

¿Cómo la he de desarrollar? No puedo saberlo porque depende de los datos que vayan apareciendo y de su vida, sus relaciones, sus viajes, cuándo heredará, etc. No digo que su padre haya de eternizarse; la medicina nos augura con sus cirugías y medicamentos que viviremos largamente. Casi me atrevo a decir que en lugar de la belleza hoy se valora la subsistencia.

—¿Dime espejito mágico quién es el más longevo de la familia?

Y no sabemos qué contestará porque aún no se ha creado ninguna fábula con estas disyuntivas. Nadie se mira para comprobar su vejez, sino la hermosura de su rostro para acicalarse y maquillarse con el afán de mantener la eterna juventud. Incluso los ancianos se miran solo para comprobar su apariencia juvenil. Hasta rechazan y borran la fecha de su nacimiento.

Tal vez por eso me incluyo en mis escritos, para que se me vea. Eternizarme tanto como quiero que perduren mis novelas. Si estoy metido en ellas es como si maquillara mi vida con las letras y las palabras. Muchas «aes» significarían una gran vida, abierta; numerosas «es» grandes sonrisas; copiosas «ies» la afirmación de mis sentimientos; excesivas «oes» admiración y sorpresa ante los acontecimientos, y abundantes «ues» el deseo de apagar las velas de los cumpleaños, o de ahuyentar a los malos espíritus: «¡uuuuh!».

Las consideraciones de don Augusto me han dejado: no dolorido sino preocupado. Ya he contado algunas cosas que revelan mi pasado. Tal vez por apoyarme en la vida anterior infravaloren y falseen mi inclinación. La poca preparación que tengo no puede cautivar ni atraer, más bien rechazarme y hacerme objeto de desprecio.

—¡Qué puede escribir semejante zote! —Se dirán unos a otros sin que pueda defenderme; incluso sin haberme leído lo pueden pensar y comentar.

A pesar de todo, no me arrepiento de haber contado algunos momentos de ella. No es que quiera ser protagonista ni sobresalir. Pero qué mal puede hacer decir que soy viudo. Qué desaguisado sería contar que cuando se propagó la tele le dedicaba dos horas entre la cena y el sueño. Cómo se puede malentender que entonces dividí el día en oficina, cervecita, tele y cama. Cuando enviudé, aumenté las horas de tele para consolarme con sus imágenes y buscar un desahogo que ocupase mi felicidad perdida. Después, la banca tuvo la consideración de liberarse de los operarios innecesarios y entre ellos me tocó a mí, no por improductivo, sino por edad o por «expediente de regulación de empleo».

En esta jubilación tuve que rellenar el tiempo vacío como es natural y todo el mundo debe entender. Y lo rellené con la lectura y el paseo. Con lo que enriquecí aquella rutina: Paseo, lectura, comida en el restaurante de la esquina, siestecita, cervecita con juego de baraja, tele, cena preparada por mí, ha de reconocerse mi capacidad de cocinero naturalmente, tele de nuevo y cama. Mi mundo venturoso.

Hasta que Aldous Huxley con su libro me destronó haciéndome envidioso de su mundo feliz. La picaresca, el Quijote, «Traidor, inconfeso y mártir» de Zorrilla (el enigmático rey portugués Sebastián huyendo de Felipe II y pretendiendo recuperar su trono) habían removido mi vida. Por eso, después del realismo italiano y de algunas películas del oeste me asaltó la idea de transformar mi vida. Y me dio por imitarlos.

En la antigüedad eran los dioses, o los hados, después el sino, a continuación el Dios creador, pero a mí fueron los temas de esos libros los que me golpearon y me metamorfosearon.

Si no hablo de mí, ni cuento estas cosas de mi vida ¿cómo van a conocer mi transformación? ¿Cómo van a saber qué me inclinó hacia la escritura?

—¡Con lo bien que vivía antes! —murmurarán. A ninguno se le ocurrirá que debía dignificar mi viudedad, soledad y aislamiento.

Deberían caer en la cuenta de que aquella libertad que formaba parte de mi vida ahora la estoy centrando en encontrar un enriquecimiento mental. Deben comprender que antes tenía una vida rutinaria y ahora me encuentro totalmente activo, con un puñado de gentes que me acogen, que me agasajan, que me instruyen incluso, pero, sobre todo, que me dan el maná de un argumento y se prestan para proporcionarme alicientes para escribir.

Quién me diría que una princesa se iba a prestar, a prestarme su vida para que la contara, y que sus escoltas me atenderían y relatarían su manera de actuar y de responsabilizarse. Cómo entre ellos se relacionan, cómo se coordinan y cómo se ganan la confianza.

Si entre todo este maremágnum de experiencias doy unos datos de mi vida ¿rompo el relato? ¿Pongo mi ego por delante de su excelencia, la excelencia de la princesa?

Sí tienen importancia, y mucha, las amonestaciones con que me alecciona el Vago, pero ¿y él, por qué adopta esa indiferencia hacia los demás? ¿No será porque cuida su imagen para que no lo tilden de eso, de holgazanería?

¿No se ha desnudado ante mí para que anotase su vida y su no hacer? ¿No me está espoleando como un ser superior que conoce todo y todo lo sabe?

Cierro el programa de escritura, es el Word recién estrenado. Casi me asusta el silencio. Nada me perturba, lo digo principalmente por las interrupciones de los twitts. Me daría de mamporros por no haberlo descubierto antes. Hasta ahora había encontrado un blog por estar obsesionado con los bloc; me había parecido lo más oportuno, pero, claro, era como si escribiera directamente en internet y cualquiera pudiera leerlo. Lo tenía abierto a todos.

Los que se fueron habituando a mis post, o sea a los apuntes, en cuanto notaban alguna variante o alguna novedad enseguida lo leían y me daban sus opiniones. Era muy molesto, pero he de reconocer que dio un buen resultado: se reunieron en una cena para facilitarme el trabajo. Casi me produce inquietud el haber cambiado de programa.

¡Bueno! Aquí estamos, abro el twitter para verificar datos.

Cuento y resumen:

552 notificaciones que se dividen así:

86 sugieren que la case con un príncipe musulmán; 60 con el hijo del sultán de Damasco; 15 con el de Qatar, y 18 con el de Marruecos. Estos últimos, los de Marruecos, con la idea de que se unieran los dos reinos. (Parece que no han caído en la cuenta de que somos una monarquía parlamentaria, no un reino «ut sic»...)

20 sugieren un príncipe o un joven de personalidad europea.

9 se inclinan por convertirla en zarina. Sugieren que sea con un bello joven ruso.

Los restantes están de acuerdo con que escriba una novela sobre la princesa.

De momento tengo 552 posibles lectores.

Veamos en facebook:

Sorprendente. Se multiplican casi por dos:

920 me gusta

Pero esto resulta de sumar los me gusta que me han contestado y los de los 18 que han compartido el mensaje.

Puedo terminar la novela de la princesa y publicarla. El algoritmo me dice que tengo una posibilidad de casi un millar y medio. Más de mil cuatrocientos libros posiblemente vendidos, si alguno más se decidiera a comprarlo, sería de agradecer...

Me felicito yo solo a mí mismo. Mi espíritu narcisista me abraza. En lugar de mirarme al espejo para verme reflejado en él, me auguro muchos triunfos a mí mismo para yo mismo recibir mi congratulación. Me hago un selfi de satisfacción conmigo y con mi persona como espejo.

Es el nombre de Narciso el que me encajaría en estos momentos, pero no me asignaron ese, sino el de Apuleyo.

Entre todos estos mensajes encuentro alguno de Medusa y de Criticón interesándose por mí. Que si me pasa algo, que si estoy enfermo, que han echado a faltar mis apuntes resumiendo el día. Que si necesito ayuda. Que están dispuestos a repetir otra cena, o merienda o lo que sea. Que no desista, que ellos, a veces, se pasan en sus observaciones, pero es para estimularme.

Medusa intenta disculparse, porque le gusta poner palos en las ruedas, pero no es por dar mal, es para impedir que se ruede muy deprisa y se pasen por alto las reflexiones oportunas.

Criticón me dice que lo suyo es constructivo, que no se puede edificar bien si alguien no repasa los planos y da el visto bueno al cemento y al ladrillo. Que si no hay alguien que haga eso se abusaría de los materiales y se edificaría en cualquier sitio y de cualquier manera, sin importar fracturas ni ruinas.

Todo me favorece. Me siento muy bien.

La mañana me sonrío. Hasta el sol luce con más claridad. El agua del Ebro refleja nítidamente los árboles de las riberas. Una de ellas es el dique que lo guía y orienta a la vez que nos oferta un paseo adornado de árboles, la otra orilla refuerza el cauce con una zona boscosa para que en la leve curva transcurra suavemente. Curso manso pero constante. Fluir, fluir y fluir consciente, enriquecedor, dando belleza y frescura al ambiente.

No sé por qué, pero me quedo mirando al agua. Tal vez admire su pasar extenso y continuo o, tal vez, cómo mantiene la misma rapidez o en según qué zonas el aparente reposo.

Pero es eficaz, lleva el agua a su destino responsablemente y reparte su caudal sin favoritismos. Por eso da ánimos a la tierra y la alimenta, aunque al final se adentre en el mar

como un bañista experto. Aporta su propia bondad ni más ni menos. La humedad que lleva es igual, tal vez debería decir ideal, para todas las tierras.

Quizá la circulación me haya creado esta reflexión comparativa. No son iguales los vehículos ni corren a la misma velocidad. Las gotas de agua son siempre iguales y van unidas, los vehículos no.

Este es un río que corre y se despeña con la alegría de su juventud, o reposa y hace meandros soñando en su futuro. La ciudad lo detiene encallejonándolo y luego lo suelta, libre e ilusionado.

Algo así pasa con el canal imperial. Pero el canal fluye sereno. Solo brinca cuando le abren las compuertas y corretea a la sombra de las verduras y de las hortalizas a las que refresca. A veces abriga los campos como una manta tejida por mínimos regachos.

El exterior influye, los veo tan diferenciados al río y al canal, aunque este sea alimentado por aquel y me apasione por su cercanía a mi barrio.

Tal vez mi persona aún esté soñando. Y el sueño sean las aguas que distraen la sombra de los plataneros que ondean el ligero deslizarse...

—Escritor. Buenos días. Caminas con alegría —es mi amigo el informático. No se habrá dado cuenta de mi imaginativo despertar, del despabilarme con el agua de los dos cauces de la ciudad, aunque estas reflexiones sean ensoñadoras.

—¡Hola! —Muevo mi cuerpo en una sacudida, un temblor que se espanta por la sorpresa del encuentro—. Todo bien, muy bien. Has vuelto a dar en el clavo. Los algoritmos me han dado un buen resultado. Ya puedo publicar sin miedo. Son muchos los que comprarán mi libro.

—Me alegro. ¿Y ya lo has terminado?

—No. Todavía no, aún estoy recogiendo datos.

—Me alegro y te felicito por tu determinación. Antes de acabarlo ya lo tienes vendido —y se ríe con su sonrisa contagiosa y guasona.

—Perdona, me he expresado mal. Son muchos los que aprueban quién ha de ser la protagonista principal. Por eso creo que, cuando lo escriba, lo leerán.

—La satisfacción antes de la fiesta es la más agradable.

—Sí, señor. Es la ilusión de hacer realidad un sueño.

—Ahí le has dado.

Cada uno seguimos nuestro camino. Hoy he decidido otro recorrido y otro destino. El pensamiento al despertar ha sido estimulante y me guía.

Estas generalidades que, como primicia, he expuesto al informático me han traído a la mente el desglose de las respuestas y me propongo hacer un análisis detenido. Primero investigaré los grupos geográficos o territoriales, o sea los países; también me importarán si son monárquicos, republicanos, demócratas, incluso los de orientación islámica... Bueno pero esto para cuando haya crecido el grupo de aceptaciones.

Esperaré... Ahora es el momento del descanso.

Contemplo las riberas, doy un paseo por la proximidad del río, veo sus efluvios. La humedad del ambiente me despeja del sueño que me ilusiona viendo la obra terminada, editada, presentada ante ese número de aceptantes, sentir cómo saldrán con el libro comprado debajo del brazo.

Voy, me apoyo en las barandillas, vuelvo, miro al río con despiste, como si quisiera evitar que el río se diera cuenta de que lo miro, hasta que, al fin, se despeja mi mente y comienza a pensar en otras cosas, en admirar las torres de la basílica, en entretenerse contemplando los ojos del puente de piedra.

Veo una abuela que cruza por él. Después de aquella primera visión, aún no he pensado en por qué llamo abuelas a determinadas mujeres en cuanto las veo. Todas las ancianas presentan parecidas características. Unas aparentan más edad, otras menos, pero hay una manera de vestir y de caminar que las denuncia, parecen declarar:

—¡Soy una abuela!

Y todos las aceptamos sin más, sin darles más importancia. El caso es que, aunque camina lejos de mí, no lo dudo. ¿Será por el instinto de ser escritor o todos las verán como yo? Es algo que tengo que indagar. Pero me ciño a lo mío, como el río que no cesa, y sigue su designio.

Estando tan cerca no resisto y acudo a la puerta de la basílica.

—Hola, escritor. Vienes en una buena hora. No hay visitantes y no se espera ninguna excursión.

—Estaba paseando por la ribera y me he acordado de ti.

—¿Ya sabes las noticias?

—¡Qué noticias!

—Las de tu princesa. ¡Qué otras noticias te pueden interesar!

—¿Qué pasa?

—Que tiene novio.

—Eso, digamos que lo sabía, ya me lo dijiste.

—Pero no sabías que es islamista, o islámico, en una palabra, musulmán.

Me quedo boquiabierto. Sibila no me ha comunicado nada.

—Y ¿cómo sabes eso?

—Menudo disgusto llevaban mis abuelas. Dispuestas a convocar una manifestación para destronarla, al menos eso gritaban entre ellas. ¡Un escándalo! Decían. ¡Qué monarca querrá ser con semejante consorte!... Y cosas así.

Yo, que no salgo de mi asombro, echo mano del móvil y me retiro de la puerta. No quiero interferir en quienes quieran entrar, ni estorbar a quienes echen una limosna.

«Qué pasa, Sibila, dime algo, porque me acabo de enterar de que el novio es musulmán».

Así, sin saludo y sin ninguna otra consideración. Así lo escribo y así lo envío en el whatsapp.

—Tengo una buena amiga periodista que me tiene al corriente de todo este devenir —le digo a Lázaro; casi me ha salido la palabra fluir, de tan obsesionado como estaba con el agua, pero ha predominado devenir.

—Que ya veremos cómo cambian las costumbres —continúa contándome lo que ha oído. Y me lo repite intentando que su voz suene con el mismo lamento de ellas—. Que aún tendremos una guerra, porque para qué queremos a un extranjero incrédulo. Que solo nuestro Dios es el verdadero y él, ese musulmán, no querrá bautizarse porque tiene otro Dios. Lo llaman Alá. Y se santiguaban al nombrar a Alá. Y así, una hora les ha durado la perorata. Unas veces despotricando y otras rezando entre dientes para que les perdonara Dios por sus desprecios y malos pensamientos.

Entran varias personas que se nos quedan mirando, una de ellas hace un intento de dar una limosna, pero pasa de largo.

—Te voy a dejar solo, si estoy contigo coartamos a la gente. Les quitamos libertad.

Digo esto sin pensar, sin caer en la cuenta de que no es posible que una persona tan anodina como yo, tan simple y sin poder alguno cree esta represión, ¡coartar la libertad de dar limosna!

—Espérame en el bar —me propone.

Entro, pido una cerveza y al poco rato aparece Lázaro que pasa directamente al baño. De él sale con una camisa nueva, bien peinado, casi con gomina; cuando se me acerca me llega el aroma de un perfume.

El camarero le sonrío amenazante y sin disimulo.

—Bribón, ya has encontrado mi colonia.

—No tienes imaginación, siempre la escondes donde yo pueda encontrarla —le reprende Lázaro.

Le entrega un bocadillo de tortilla y un gran vaso de vino.

—Ven, que nos sentamos ahí.

Señala una mesa y allí nos acomodamos.

—Qué te parece la camisa que me ha regalado la abuela Ignacia, un poco corta de mangas y muy ancha de cintura, parece que su marido es bajo y gordo.

Me río de su ocurrencia.

—Te habías quedado un poco serio con la noticia. Pero mi camisa te ha arrancado una sonrisa.

Retiro el periódico que había estado leyendo mientras esperaba. No lo había soltado de la mano, ni tampoco la media cerveza que aún me quedaba.

—Si te hubieras afeitado parecerías otro —le digo.

—Pero habría perdido mi figura. Nadie creería en mi mano extendida. La camisa, aunque parezca nueva, se ve que no me ha pertenecido. La gente es muy exigente con nuestro atavío. Casi tanto como con la policía. No podemos vestir de cualquier manera...

—Has dejado la puerta y ahora llega un grupo de turistas —le digo porque estoy mirando a la plaza y se ve la puerta.

—Se ha quedado mi suplente.

—¿Os repartís el tiempo entre los dos? —dejo caer.

—No. Él es interino. Le dejo unas horas y me da un porcentaje.

—¿Puedo saber cuánto?

—Todo depende de la gente y de las limosnas que reciba. Aunque si lo supiera, tampoco te lo diría, porque luego lo aireas en tus escritos y pierdo la clientela.

—Sería solo entre amigos. No lo divulgaría, ya te he dicho que no soy periodista. Todo quedaría entre nosotros.

—Por si acaso, es mejor evitar la posibilidad. No te vaya a tentar la novedad exótica y hagas lo mismo que con las noticias de las abuelas.

—¿Me prohíbes contar lo del noviazgo?

—Eso sí puedes publicarlo, incluso los comentarios, y, sobre todo, el desprecio que ponen cuando hablan de eso que llaman globalización. «Ya no somos nosotras, ya somos lo mismo que el mundo entero».

—Qué graciosas. Como si perdieran su aragonesismo.

—Naturalmente. Por eso piensan que su princesa se ha extraviado y ha apostatado, o lo que sea, de su virgen, sus bailes y sus opiniones.

—Pero ya sabes que todo eso queda intacto, se trata de otra cosa.

—Ya. Pero ve a decírselo a ellas, y convéncelas

—Pues no escribiré de eso. Las respetaré. Actuaré tolerantemente en mi novela.

—A propósito de escribir, quizás te gustaría conocer la vida del pobrecico Miguelico. Te podría servir para una historieta o algo así. Con este testimonio me perdonas que no te diga cómo hacemos el reparto de los beneficios por la cesión del trabajo, ni si alternamos puertas, plazas, esquinas y mercados.

—Qué cosas más raras me estás diciendo.

—Ya te dije que nosotros tenemos nuestras leyes, ratificadas por la ley de Dios dando la patada a la manzana. Eso es sagrado.

—¿Tenéis normas de comportamiento?

—Sí. Y de compañerismo. Pero eso es muy largo y muy aburrido, casi como si fuera un tratado de derecho. No obstante la historia del pobrecico Miguelico te interesará.

—Si no me la cuentas...

A Lázaro se le transforma el rostro, pone cara de historiador, termina de masticar el bocado y se suaviza la garganta con un buen trago de vino.

—Miguelico cuenta que, cuando nació y comenzó a andar, tropezó con una cepa y se cayó a su sombra. Que confundió un racimo de uva con la teta y comenzó a chupar, y claro de ahí le viene su interés por la vinicultura y la enología. Que no puede dejar pasar un solo día sin catarlas. Pero que, hoy por hoy, después de pasar por los cirros de Paniza, del Moncayo y del Prepirineo se tiene que preparar para bien morir.

Me da dolor de cabeza escuchar semejante dislate. Esto, más que una historia real es un embrollo. Pero él continúa la historia con el mismo brío que muerde el bocadillo.

—Tú no te lo creerás, pero mira a través de los cristales y lo verás con la mano extendida. Esa figura, esa persona es el protagonista de mi historia. Y si te lo cuento es porque es real.

—Vayamos por partes, eso de cirros de Paniza y de los otros sitios ¿Quieres decir que son cerros?

—No, es esa enfermedad del hígado, cirro... no sé qué.

—¿Cirrosis quizás? —Intento aclarar y espero una respuesta que solo es un movimiento de cabeza. Con gran equilibrio la menea para que el vaso que tiene en los labios no derrame ni una gota fuera de ella—. Otra cosa que no entiendo es lo de prepararse a bien morir.

—Ejercicios, tiene que hacer ejercicios, entrenarse a morir y morir bien. Y si se adiestra practicando, cuando venga la muerte no lo sorprenderá y fallecerá plácidamente, sin agujetas. ¿Porque te imaginas una eternidad lleno de agujetas? ¿Que, allá, dentro de un siglo o dos te vienen ganas de orinar y por los pinchazos de las agujetas no te puedas levantar? ¿Te imaginas la incomodidad? ¡Cómo vas a resistir aguantando, aguatando lo que te quede de eternidad! Y, si no, mira las momias esas que no se pueden mover, por las agujetas naturalmente y si se mueven se quiebran. Eso se evita entrenándose.

—¿Y qué ejercicios hace? —Me tapo la boca para no escandalizar con mi carcajada difícilmente contenida.

—¡Ah! ¿Pero no lo ves? ¿No ves lo colorado que está, cómo le brilla la nariz? En cuanto consigue unos euros se compra una botella y se tumba para prepararse a bien morir. Esos son sus ejercicios, y si necesita repetirlo en el mismo día, lo vuelve a hacer, no se le pone nada por delante. Se tumba, se levanta, bebe, se tumba y así, sin parar.

Pienso que es una tomadura de pelo esta fábula de Lázaro.

—Vámonos, que ya ha conseguido suficiente y se marcha.

Mientras nos acercamos a su «oficina», hoy es la primera vez que nombra así a la puerta del Pilar, me va diciendo.

—No te lo crees porque estás obsesionado con tu princesa. Deberías mirar a tu alrededor y encontrarías muchísimas historias míticas y surrealistas. Solo tienes que tener el oído suficientemente fino para tropezar con ellas y que no se vayan como se va el autobús o el tranvía y nos deja con un palmo de narices.

Sibila se retrasa en la contestación.

No he leído nada en la prensa mientras esperaba a Lázaro. Me acerco a una papelería para comprar algún periódico. Miro los titulares y no hacen mención, por eso pienso que tal vez no sea real lo del noviazgo. Como tampoco puede ser verdad lo del pobrecico Miguelico. Menudo rollo me ha metido, pero lo contaba con tal convicción y me ha hecho verlo con tanto detalle y tan tangible que lo he creído, un poco lejos se encontraba el mendigo pero no tanto como para desfigurar sus facciones enrojecidas y huesudas y su ropa estrafalaria.

Su estampa y relato no consiguen sobreponerse a la princesa ni a su aventura. Solo pienso: ¿de dónde habrán sacado estas mujeres lo del noviazgo con un islamista?

No ceso de mirar y mirar el móvil.

Sin pensarlo, porque los pies son nuestra conciencia callada que nos conducen sin que les ordenemos adonde, al instante me encuentro sentado en mi mesa, con Heilota y don Augusto a mi lado.

—Algo raro te ha pasado —apunta enseguida don Augusto.

—Ya le habrá dicho Heilota que me acercaba.

—Sí. Que llevabas mal aspecto y que por lo despistado que ibas no sabía si pasarías de largo.

—Me he enterado del noviazgo de la princesa —yo tampoco uso preámbulos.

—Bueno, no es para tanto.

—Es que el novio es musulmán.

—Difícil lo pones. ¿Ya te has imaginado algo para darles cancha, bueno, dónde han de encontrarse y festejar?

—No. Además, Sibila no me ha comentado nada y en la prensa tampoco.

—¿No será una invención de alguien? Porque tú, por lo que vas cacareando, no lo has imaginado.

—Qué se me va a ocurrir a mí, si solo tomo nota de lo que oigo, veo y palpo. Además, ya sabe que quiero escribir algo real y verdadero que no sea una falsedad o una patraña sin fundamento.

—¿A quién se lo has oído?

—Me lo ha contado el mendigo que hay en las puertas del Pilar.

—¿Te ha dicho dónde lo ha leído?

—Que lo comentaban unas abuelas en su cháchara.

—Cuanto sale de la boca de las abuelas es pura utopía y si son beatas ganas de embrollar y pasar el rato. Ya sabes que el humo de las velas crea delirios y su tambaleante llamita propicia las apariciones ante los ojos entrecerrados y las manos juntas en oración. No les creas nada.

—Pero estaban muy convencidas.

—Como tú ahora. Eso te pasa por dejar que hablen y creerlo a pies juntillas, como si ellas, y no tú, montaran tu novela. Mucho observar, acechar y sondear y al final no serás tú quien la firme como autor.

Y se apagó don Augusto.

Me quedo mirando a Heilota que me sonrío y me dice.

—No entiendo nada de lo que le dice don Augusto ni de lo que le pasa a usted — Heilota no cambia, si ejerce de camarero me trata con todo el respeto. Un gran profesional.

—Me pasa, que la princesa de mi novela se ha enamorado de un joven de otra religión. Mi princesa cree en Dios y él en Alá.

—Y eso qué importa. Yo creo en Zeus y ustedes en Dios, ¿No es así? Y nada nos dificulta para hablar y entendernos. Y tampoco yerro en mi trabajo.

Estoy asombrado. Para Heilota es muy poca cosa lo que para mí es una montaña. Por eso no sé qué decir, cómo rebatirle o cómo darle la razón. Son tantas cosas las que inundan mi cabeza que no sé expresar nada de las costumbres ni de la influencia de la religión; que no es solo cosa del nombre de dioses, pienso, pero no sé cómo manifestarlo.

—¿Es usted ateo? —Me pregunta, pero no respondo—. Si es ateo no hay ningún problema. Ya he dicho que yo creo en los dioses griegos y Atenea es mi diosa, pero también en los de ustedes, sobre todo en la virgen del Pilar, mi diosa de Zaragoza.

—Son muchas las circunstancias que nos diferencian —generalizo, sin escuchar lo que Heilota me está diciendo.

—Imagínese las mías, desde Grecia hasta aquí. Yo me he adaptado perfectamente, incluso he creado escuela en la hostelería, no es que dé clases sino que todos los que terminan los cursos quieren venir conmigo para hacer las prácticas.

Suena una entrada en mi móvil.

«De momento no se sabe nada. Sobre todo en los medios en los que yo me muevo. Si oyera o descubriera algo enseguida te lo contaría».

Sibila no me aclara nada. Porque ¿las abuelas, de dónde sacarían la noticia? Aún queda un boquete de sospecha, no se evaporan tan pronto unas nieblas aunque sea en tiempos de sequía.

Heilota sigue junto a mí como un amigo fiel. Ya ha dicho todo. Él ha expuesto su parecer y no le preocupa si hago caso o no. Eso a él no le inquieta. Solo se mueve cuando alguien necesita su servicio, si no, se queda a mi lado. Me acompaña simplemente, sin influir ni exigir.

En una de las salidas con una comanda se me acerca y me dice:

—Le llaman por el teléfono del interior, pase y responda.

No me dice quién me llama. Pienso que quien sea debería llamarme por el móvil, aunque son pocos los que lo conocen.

—¡Diga! Soy Apuleyo.

—Yo quiero hablar con el escritor.

—Soy yo. Yo soy el escritor.

—¡Ah! Ya conozco tu voz. Soy Medusa ¿Cómo estás?

—Bien.

No contesto con sequedad sino con un sonido amable pero en el que domina el estupor. A mi parecer nuestra relación es un poco distante, o al menos su comportamiento no me ha resultado cordial, por eso la sorpresa de su llamada me inquieta.

—Que como no cuentas nada en tu blog me gustaría intercambiar unas palabras contigo. Tu deseo de escribir sobre la princesa me tiene un poco intrigada al no saber qué novedades has encontrado.

—Ya leí tu twitt diciéndome esto mismo.

—¿Podríamos vernos ahora? Como no tengo tu teléfono he llamado a la Taberna adonde vas con determinada frecuencia.

—No me parece mal. ¿Te espero entonces?

—Sí. No tardaré.

Le comento a Heilota de quién procede la llamada y del próximo encuentro con Medusa.

Nos ha preparado una mesa aparte y nos acomodamos, tomamos una cerveza. Ella la prefiere negra, a mí me gusta rubia.

—Estamos preocupados por tu silencio. Ya sabes que la curiosidad no está bien repartida y parece que compitamos Criticón y yo.

—Ya leí vuestros mensajes. He cambiado de programa y por eso no me podéis leer. Antes usaba un blog que estaba abierto a internet.

—Era muy interesante cuanto escribías. Nos gustaba.

—Ya, pero en él aparecían algunos desahogos e incluso alguna intimidad, y eso no me parecía idóneo.

—No des importancia a esas revelaciones —se sonrío, noto que eso de escandalizar no va con ella—. ¿Qué otra cosa te está pasando, qué has investigado, has avanzado en la vida de la princesa? Eso es lo que nos interesa.

—Sí. Ha pasado una cosa muy chungueta.

—¡Dime, dime!

—Se ha enamorado de un musulmán. ¿Tú qué piensas?

—O sea que tu princesa... Repítame eso de musulmán. ¡Qué quieres decir con eso!

—Nada más que eso, que su novio es un creyente del islam.

—¿No te enfadarás si te hago una pregunta rara?

—No. Creo que no.

—¿Es carpintero o es albañil?

Me río. Me resulta extravagante la pregunta. Es como regar fuera del tiesto.

—No es ni lo uno ni lo otro, que yo sepa no tiene ningún oficio.

—Entonces está en el paro.

—Sí. Bueno, no sé, no conozco tanto detalle. Pero qué tiene que ver eso con el noviazgo.

—Que ambos, ella y él están en el paro. Ella no reina, luego está en el paro, y él, de él no sabemos nada, y, bueno, quizás también esté parado. Entonces diríamos que dos parados se han hecho novios. Si lo contamos así no enfadamos a nadie, pero si decimos que una cristiana se ha ennoviado con un musulmán, ¿no es verdad que molestará a muchos? ¡A que sí!

Me está desconcertando. Pero sigo escuchando como un novato; podré utilizar este sistema de coloquios en mis escritos. Espero que lleguemos a algo que me aclare.

—¡Bueno! No creo que esa sea una manera de decirlo —me parece un poco simple y estrambótico eso de como dos parados. Ella es la princesa, que es una cristiana, pero él es musulmán y debe anunciarse sin disimulos.

—Entonces, ¿acaso será mejor decir que tu princesa Isabel se ha enamorado de un musulmán? ¿Por qué pones la palabra: musulmán, en lugar del nombre propio?

—Es que no sé su nombre.

—¿Si no sabes el nombre de esa persona, y sí el de tu princesa, por qué eliges las palabras más problemáticas para anunciar su noviazgo? Resumiendo: se han enamorado dos personas que coinciden en que no hacen nada.

—No es así, no es solo eso, hay algo más —quiero que se consideren los datos que los caracterizan.

—Mientras no reine, tu princesa está en el paro y es cristiana, y él está en el paro, no sabemos si tiene otro sobrenombre ni qué porvenir tiene, y en lugar de cristiano es musulmán.

—Aclárate de una vez.

—Quiero decir que no se deben nombrar las cosas por el adjetivo, y, entre personas aún menos, porque con ello las dañan. Si quieres provocar enemistades hazlo así. El lugar de princesa o de reina la llamas cristiana y has creado un conflicto matrimonial. Por eso digo parados, porque en eso coinciden. ¿Sabes cómo se llama el novio?

—Ya he dicho que no.

—Interesarse más del adjetivo crea desprecio, porque el nombre propio define y defiende a las personas.

—Me lo ha dicho el mendigo, tal como lo había oído, y yo lo repito. ¿No sé si sabes quién es?

—Sí, ya hablaste de él en tu blog.

—Lo había escuchado a unas abuelas a la entrada a la basílica.

—Unas beatas. Qué les importará a ellas la identidad ni la cortesía ni la probidad de esa persona. Les interesa lo que las ofende como dueñas de su verdad, de su Dios, y para exaltar su creencia les convenía despreciar al otro, al de Alá. Y tú caíste en sus redes creando un abismo entre ellos.

—No se me ocurrieron estas cosas.

—No me extraña. Eres medio ateo. En lugar de nombrar a la diosa de los aragoneses, nombras su templo. ¡Que te he calado! Dices como yo ahora «la basílica» en lugar de llamarlo como todo el mundo: El Pilar. ¿Te das cuenta?

Contra el mal concepto que me había formado de Medusa, ahora resulta que es inteligente y juiciosa. No sé si lo he dicho antes, pero estos amigos me están ayudando. Evitan los errores que me podrían pasar desapercibidos. Escribes y escribes y, cuando repasas, todo te parece bien porque sigues con la misma cantinela y el mismo estribillo.

—Querrás saber su nombre, seguro —pregunto a Medusa.

—Sí. Pero por lo que dices, a nadie le interesa. Al menos a los que te han dado la noticia.

—Y pensar que te tenía por la que pone trabas y dificultades...

—¡Eso me gusta mucho! Poner palos en las ruedas y sobre todo agarrarme como una lapa y dejar una moradura o una hinchazón. ¡Eso me priva! ¿O no te he dejado con una duda que te inquietará?

Otra vez suena mi móvil, es Sibila.

Descuelgo a la llamada.

—¡Hola!

—¿Podemos vernos y hablar un momento?

—Sí. Estoy en la Taberna de Heilota.

—Voy para allá.

Cuelgo y dejo el aparato sobre la mesa.

—Es Sibila —le digo a Medusa.

—Te traerá buenas noticias. Cuando llegue, te dejaré en sus manos. A mí se me hace tarde y ya he cumplido con mi papel de crear la irritación de la duda y la inflamación de la incertidumbre. Ahora tú debes decidir, porque tú eres el responsable.

Se levanta y me dice adiós. Aún tropieza con Sibila que llega en ese momento. Se saludan, intercambian unas palabras y cada una reanuda su camino.

Me levanto para recibirla.

Sibila llega con sus carpetas en la mano y la bolsa del portátil colgada del hombro. La defino como una periodista sin uniforme pero con armas no de polemizar sino de avenirse. De hablar con discrepantes para buscar la comprensión...

—Ya estás al corriente de todo.

Me dice con la convicción de que es verdad, que ya estoy bien informado.

—Tengo muchas dudas —le digo.

—Es verdad lo de las abuelas. Aunque no se han declarado. Simplemente los han cogido paseando por el «Gran Bazar», incluso, para mostrar su singularidad, en la zona de las especias, el pasillo más colorido de los bazares. También en el «Cuerno de Oro» debajo del puente. De su presencia en las mezquitas solo hablan dos artículos en sendos periódicos.

—Oye, me dijiste que habían estado en Atenas.

—Fue una falsa noticia. Perdona.

Acepto y atajo para llegar cuanto antes a mi tema.

—¿Sabes cómo se llama el compañero de la princesa?

—Sí. No sé si lo he transcrito bien pero lo he leído así: Yusuf ibn Mansur ibn Assad al Abasí al Dimashq, que según lo reescribían en otros artículos sería algo así como Yusuf Alabasí de Damasco. Y también Yusuf de la familia de los Abasíes de Damasco. ¿Recuerdas a los Abderramán que eran Omeyas, enemigos de los Abasíes? Bueno no me hagas caso. Todo son interpretaciones de antiguas stirpes.

—Eso me suena bien.

—Lo llamaremos Yusuf Alabasí. Es más fácil, como nombre y apellido.

—Pero es musulmán.

—Sí. Pero no sé, también nuestra Isabel es cristiana. No sé si deberíamos darles cancha. Ellos sabrán.

—Pero ella es nuestra futura reina.

—Y él es el futuro califa de Damasco.

—¡Qué me dices! —Me sorprende. Sin querer doy un temblor, como si pretendiera dar una deglución forzando el esófago para tragarla—. ¿También es príncipe? Qué difícil me resulta creerlo.

—Pues sí, y ya piensas que es un problema. Eso te ocurre por dejar que la realidad mande. Nunca sabes lo que puede presentar el futuro. ¿A ti se te habría ocurrido este amorío?

—¿Me preguntas si habría pensado en juntarlos a los dos? ¡No! ¡Nunca! Qué ocurrencia. Pero, ¿me quieres decir que son novios formales?

—Eso no lo sabe nadie, pero se comportan como tales. Y ahí están en la prensa unas instantáneas al pie de la torre Gálata. A las mezquitas no sabemos, porque irían separados. Tal vez mañana aparezcan en las revistas, o el sábado —Sibila me da cuantas explicaciones conoce, pero eso de que visitarán por separado las mezquitas, me parece un poco raro.

—¿No rezan juntos?

—Los musulmanes tiene dos lugares, uno para ellos y otro para ellas. Además, la princesa no es mahometana.

Me quedo confuso pero no formulo más preguntas.

—Qué bonitos lugares deben ser para que los visiten y muestren su cariño.

—Todo es obra de paparazzis. Por eso se sabe de su proximidad pero no de su declaración de noviazgo.

—No sé cómo me las arreglaré con esto, bueno, con esta princesa para no ofenderla con estas situaciones. Porque tendré que describirla si quiero que sea real y verídica.

—Piensa que no tenemos el mismo cuerpo ella y yo —Sibila me hace una advertencia recordándome la investigación en el tranvía y mi disculpa: la exigencia de conocerlo por si necesitaba describir el cuerpo de mi protagonista.

—No me hables otra vez de aquella metedura de pata. Ya me avergoncé una vez. No me hagas volver a enrojecer.

—Si inventaras tú los hechos y las relaciones, no te habrías encontrado con estos amores. Ya conoces la gran discusión sobre la alianza de civilizaciones y los que piensan en su choque. Te han metido en medio de un carrizal. Te toca bailar con la más fea.

—Lo eludiré.

—No sé cómo.

—Hablaré con la princesa.

—El amor es ciego.

—Le destaparé los ojos.

—Dejará de ser amor.

—Tal vez lo cambiaría por un amor impuesto —me atrevo a afirmar.

—No sé a qué te refieres.

—Mira Sibila, no eres la única que me dice que debería haber dominado la acción en la novela, que debería haber llevado y traído de la mano a la protagonista, pero una vez elegida no puedo violentarla, ni imponerle mi criterio.

Me da vueltas en la cabeza la suma de los que proponían un novio de Damasco. Aunque no he analizado detenidamente los comentarios ni los «likes» ya me revolotean sus preferencias como una orientación obligada. La coincidencia de la noticia con el algoritmo me intranquiliza. No le digo nada aunque ella fue la primera que nombró este sistema como la manera de elegir y tomar decisiones.

—El autor es el dueño de todo lo que en su obra ocurre.

—No. No puedo ser autoritario. La protagonista ya es mayorcita, tiene una educación y una preparación esmerada.

—Eso del criterio y de la movida histórica se la podrías proporcionar tú.

—No. Creo que no. Pienso que eso les corresponde a sus padres. Ya le han señalado un rumbo y lo han hecho bien. Yo solo sigo su trayectoria y voy tomando notas. ¿Oye, tú sabes qué hacen o por qué han ido a Estambul? ¿Han ido solo a festejar como alguien me ha comentado?

—Están en el Foro de las Civilizaciones.

—¿Pero han ido los dos a lo mismo?

—Sí. Cada uno representa a su país.

—Y las religiones, ¿no son encontradas, algo así como de choque? —espero que Sibila esté bien enterada y me libere de mis inseguridades.

—Ahí está el quid, que cada uno es de la que es, pero los dos asisten a las mismas conferencias.

—O sea que en Estambul están intentando entenderse los de una y otra religión. ¿No deberían decir los de uno y otro pensamiento, sin confundir civilización con religión? Claro que esto también es una utopía. Los orígenes de cada ideología los hace alejarse y dificulta el buen entendimiento.

La incógnita, siempre la gran pregunta, ¿quién hará el esfuerzo de aunarse? ¿Se creen estos amantes que conseguirán esa alianza?

—Ellos están allí y se llevan bien, están enamorados. Tal vez sean los primeros en experimentar la conexión. Deberías crear una fórmula para que salgan ilesos y con una gobernanza que respetara ambas civilizaciones.

Digo esto porque sin querer he pensado en aquella Constantinopla o mejor diría en el imperio bizantino y su gran amor por la ciencia y la adaptación del derecho romano antiguo a las necesidades de aquel nuevo imperio de oriente.

—Aprendices en un foro que oficialmente está propuesto y aprobado por todos los gobiernos. Si buscan lo mismo, algo harán.

Respiro con alivio, como si acudir a unas conferencias internacionales eliminara la sospecha pasional y justificara las relaciones de una princesa con un príncipe como si el fin justificara sus ardores.

—Eso explica el engaño de que viajara a Atenas —me atrevo a opinar.

—Parece que habían dispuesto que no iría ella al Foro, que acudiría solo el ministro de Asuntos Exteriores, pero al final les pareció muy escasa la representación y decidieron que lo acompañara.

—Muy bien. Todo se va aclarando. Si hubiera alguna buena nueva no dudes en contármela a la hora que sea, bien del día o de la noche, que no me importa.

El algoritmo, la dichosa suma de sugerencias. Aceptado como si los me gusta y las opiniones que lo acompañan fueran la decisión más verídica.

No me ha despertado Sibila para contarme nuevas noticias.

Quiéralo o no, la situación creada entre Isabel y Yusuf es conflictiva. Todavía no se aprecia, pero cuando los dos formen parte de sus gobiernos se manifestará abiertamente.

Me podrían acusar de ser el causante, pero pienso que han sido suficientemente libres. A pesar de la influencia de quienes me proponían un novio de Damasco, futuro sultán, pero no he hecho caso a esa sugerencia.

Tienen el derecho de elegir, aunque forcemos ese privilegio. Es decir, aunque la sociedad los condicione y entre las opciones que les propone solo estuvieran los príncipes y los hijos de los nobles, no los plebeyos o simples ciudadanos. Y por exigencia de las críticas, sobre todo de unas beatas, deberían ser de la misma religión. El que esta princesa haya preferido a alguien que no es de su fe, a las abuelas las subleva, y tal vez a la sociedad también.

Desde que decidí hacerme escritor, no hago otra cosa que repetir y volver a repetir lo mismo. Que la vida es libre, que no es conducida ni impuesta. Me refiero a que los padres no crean virtualmente a los hijos sino físicamente y tienen que apechugar, deben respetar sus opiniones y no obligarlos a hacer esto y lo otro para sentirse a gusto; que la vida e inclinaciones de los hijos son de los hijos, aunque les pese a los progenitores.

¿Yo, escritor, debería pasar por alto a los padres e inventar a un protagonista nacido donde, cuando y como yo quisiera? ¿Le debería hacer vivir como si yo fuera su dueño arbitrario? ¿Todos los personajes que rodean al protagonista, acaso son mis esclavos a los que mando y ordeno para que hagan mi voluntad? ¿E incluso, los dotaría de una herencia que facilitara mis devaneos argumentales?

¿Sería digno que los convirtiera en marionetas tiradas por hilos que moviera a mi antojo?

¿Si quisiera: enfermarían, morirían, se casarían, tendrían hijos, cometerían atropellos muy oportunamente ideados, y orientados para que no crearan problemas a la hora de solucionar la trama: bien fuera para eliminar un personaje, descubrir un robo o un asesinato y tener a un juez a mi entera disposición, y, en consecuencia, sus gobiernos se regirían como a mí me apeteciera?

Pobres personajes, incapacitados, castrados, sin voluntad... unos robots o autómatas salidos de mis dedos o de las teclas golpeadas por ellos.

Ya tengo ejemplos de historias de este género. Insuperables. Me refiero al Mundo Feliz, al Cuento de la Criada, y también al Asno de Oro. Aquellos hombres y mujeres autómatas, sin libertad, siempre en manos del hermano mayor, es decir del escritor. El asno cae en manos de un muletero que lo pasea explotándolo: La diosa ha castigado a un estudiante a ser un asno: solo transfigura su imagen y por tanto rebuzna y cocea como un asno, pero su inteligencia y sus conocimientos siguen intactos. Por eso el dueño le hace preguntas que contesta con rebuznos, con coces o con moñigos que demuestran su aprobación o negación, pero con una contestación siempre cierta.

No. Me niego a escribir una novela fantástica, irreal y virtual en que solo el creador sea capaz de parir unos actores dispuestos a todo para sacar adelante una historia. Serían personajes ficticios aunque, me pregunto, ¿se portarían y actuarían como si fueran reales?

¡Yo no sé hacer eso!

Para encontrar seres reales recurrí a las tarjetas, a los encontronazos, a la suerte o al destino, y ellos me pusieron delante a una princesa que me permite novelarla.

Lógicamente debo dejarla que actúe, y que se enamore de quien quiera.

Los algoritmos me dicen que muy bien, que ha sido un gran acierto, y si hago caso al porcentaje debo admitir que se haya enamorado de Yusuf; porque vencían los que proponían un novio árabe o de inclinación musulmana, su deseo era que ella fuera sultana, y de Damasco.

Esta coincidencia me tiene aturdido. Parece que lo hubieran pronosticado. ¿Será posible que influyan, que los hados entren en las letras del ordenador y las orienten en una u otra dirección y coincidan?

Sigo en mi empeño de poner al día los apuntes, me veo obligado a admitir que se van aclarando las cosas y no tengo más remedio que aceptar los inconvenientes.

Salgo a buscar noticias que amplíen la trama. Y cómo no, sin pensarlo me planto donde Heilota. Es mi refugio, el sitio al que acudir.

Allí, en otra mesa, está Criticón.

Heilota me lo señala con un movimiento de cabeza.

—Hola, Criticón. ¿Cómo estás?

—Bien —me contesta—. Y tú, qué tal te encuentras, ¿te pasa algo? Como no escribes nada en tu blog, ni entras en los twitt ni dices nada.

—Estoy trabajando en un programa de escritura distinto —los amigos siempre preguntan lo mismo y hay que contestarles lo mismo.

—Oye. Si quieres nos juntamos de nuevo y organizamos otro teatro espontáneo y natural.

—No te puedo decir que sí ni que no, no he pensado en eso. Pero, quizás fuera positivo —no es que dude de su buena voluntad, es que las últimas noticias me desconciertan. Por eso titubeo—. Estoy en un momento de nerviosismo, de indecisión y fuera de onda.

—Te creo, porque los protagonistas como tú no los eliges, pueden darte muchos disgustos. Y si no escribes nada, no te podemos ayudar.

—No entiendo eso de ayudarme —tal vez Criticón me reproche lo mismo que Medusa y sea lo que me incomoda más.

—Cuando escribías en el blog, unas veces te criticábamos, y otras enderezábamos tu pensamiento.

—Pero me perturbabais. En el momento más inesperado salíais con vuestros mails y vuestros twitts y me hacíais olvidar la trama que llevaba entre manos.

—También te apuntábamos objetivos y planes. Te servíamos de contenido para los diálogos o para organizar las preguntas que les dieran origen.

—Pero me costaba mucho reponerme. Por eso fui al informático y me aconsejó que usara este programa de word.

—Y aceptaste.

—No sabes lo cómodo que es escribir tranquilamente, sin intromisiones, obstáculos ni objeciones. Libre, completamente ajeno a otras influencias. Independiente. Solo. Rodeado de silencio.

—Sordo y ciego. Claro. Todo para ti. Como si renunciaras a nuestra amistad.

Ya salió la crítica, esto era lo que me hacía estar intranquilo. Cambiar de programa era desertar de los amigos y lo estoy confesando: lo de tratarlos como latosos e impertinentes

—Bueno sí. Pero no sabes lo bien que se tecléa pensando que nadie te entorpece, te interpreta ni te dificulta... —no acabo de liberarme de mis prejuicios.

—¿Entonces para qué hiciste las preguntas en internet?

—Para saber cuántos lectores tendré cuando escriba la vida novelada de la princesa.

Estaba claro lo que me censuraba. Se sentía rechazado. Había notado que me aislaba. Parecía un desprecio más que una liberación eso de evitarles leer el blog para que no me importunaran y, en cambio, necesitaba divulgar la investigación para saber cuántos aceptarían mi proyecto.

—De momento nos excluyes —con la claridad del agua me habla.

—¡No! Vosotros seréis los primeros en saber cuándo tendré el libro terminado —pretendo excusarme.

—Pero ahora te lo quedas para ti solo. No invitas a nadie en tu viaje por esa vida.

—Es que para escribir se necesita tranquilidad y soledad.

—¿Y que te preparen una cena como inspiración de un acto que no sabes cómo desarrollar? ¿Para eso se utiliza a los amigos? ¿Para no compartir con ellos el resumen diario?

—Perdona. No sé qué decirte, sino que se concentra uno y se siente tan despejado en este sosiego que si no es así, en silencio, no daré fin a la novela.

—Darle fin... ¿A cuántas novelas has dado fin hasta ahora?

—A ninguna —cuánta razón le acompaña.

—Y eso que estabas en silencio.

—Pero no era el silencio del escritor.

—¿Hay dos silencios entonces?

—Creo que hay más. Que cada cual tenemos nuestro silencio.

—Es verdad, el silencio de pensar: se reflexione o no se reflexione.

—Ves cómo necesito estar rodeado de mutismo para desarrollar el argumento sin trabas, en plena libertad —intento salir a flote.

—Pero esa manera de reflexionar es centrarse en secretismos personales. Eso es de egoístas...

—¡Pero qué dices! —Me siento ofendido con lo de egoístas.

—Que te relaciones y no te obsesiones con tu novela. Que si no, no será real. Porque sin estar acompañado ni dialogar no se alcanza la verdad. Debes conectar con amigos y asesores aunque te interrumpen —tiene razón, debería aceptarlo y no esconderme.

—Qué más quisiera yo que volver a departir con la princesa para asesorarme. Ahora tengo muchísimas cosas que preguntarle —ojalá acepte mis opiniones este Criticón.

—¿Indagar sobre el musulmán y esas cosas de los dos países?

—Sobre el futuro, siempre sobre su futuro. Y no hay futuro, ni entiendes el presente si no te enseñan su pasado —me quedo admirado de mí mismo, he dicho una frase impensable en mí. Mi cuerpo se encandila y se alegra con la luminosidad de unos ojos abiertos y sorprendidos.

—Déjalos que hagan lo que quieran, pero deberías enterarte como si fueras tú quien los observarás y asesoraras —y añade con malicia, moviendo los dedos como los pianistas—. Como si los guiaras con la mano sobre el teclado

—Sí, sí, eso me incumbe a mí. Seguir con mi tema y dar fin a mi libro.

—Poco te podemos aportar, pero si aceptaras una cena o una merienda entre todos quizá volveríamos a encarnar los personajes que pueblan tu relato y te sugeriríamos situaciones y te aclararíamos dudas una vez más.

—Lo pensaré. Es una gran idea. Lo pensaré.

Respiro con tranquilidad, he perdido el resquemor que me causó el tropiezo con este amigo tan apto y comprometido con opinar y calificar evaluando.

Tendré que admitir la necesidad de otro banquete. Ya es el segundo que me lo propone, creo que sería muy beneficioso. Ya veremos lo que se hace.

Hay días en que las manos vuelan sobre el teclado. La mente vuelca sus ideas, y el corazón añade los sentimientos para condimentarlos y hacerlos digeribles. De desmenuzarlos letra a letra se encargan los dedos y, también, de echarlos en la tolva que los manda por unas venas que tragan sin pausa hasta alojarlos en el almacén.

Realizada esta labor, descanso y me adormilo. Después me acerco a la tienda, aquí los colmados ya no son colmados sino establecimientos especializados: panadería, frutería, carnicería, pescadería, pero si buscas conservas has de acudir al comercio apropiado....

Medio barrio he de recorrer para rellenar la nevera, al menos para, en las cenas, poder tomar un tentempié y por las mañanas un café si no acudo a la *Taberna Helena*. La comida o la hago donde me llega la hora, o en un restaurante cerca de mi casa donde he comprometido saciar mi hambre.

Este entretenimiento de hacer la compra me sirve para saludar a mis vecinos, para enterarme de cómo andan de salud y para desahogarme contándoles la mía. Estar al corriente de enfermedades nos une amigablemente, hasta tal punto que puedes dar el recado a alguno para que te compre la barra de pan mientas vas a la pescadería. Y no solo eso sino que puedes crear una amistad especial con el bodeguero y consultarle por el vino que te pueda interesar para la comida; para darle facilidad le cuentas los distintos platos que piensas elaborar. Luego no importa si ese plato lo encargas en el restaurante o si contratas a alguien para que lo cocine.

Cada vez somos menos los que entretenemos la mañana en esta diversión de ir de compras. Tal vez porque la edad nos recorta las necesidades o porque son muchos los que prefieren acudir a los grandes almacenes, a los que, si no vas a menudo, se te presentan como un rompecabezas y no encuentras lo que necesitas; además te tienes que servir tú mismo, rebuscando en el jeroglífico de las estanterías. Nosotros preferimos que nos pongan las compras en la mano o en el bolso, como hacen en nuestros comercios.

Tropezar con conocidos siempre ocurre. Digo esto porque haciendo cola en la carnicería encuentro a Escrutador. Me acerco a saludarlo. No en vano encarnó al alcalde y, además, en la entrevista última no acabamos con buen pie.

—Hola escritor. Me alegra enormemente que me saludes.

—¿Cómo no voy a hablar contigo? Los amigos seguís siendo los amigos —lo digo sin apropiármelos. Una cosa es «mis amigos sois “mis” amigos» o «los amigos sois “mis” amigos», en ambos casos la propiedad impone obligación y otra es «los amigos sois “los” amigos»: es la libertad generada por el deseo de mantenerlos.

Le digo todo esto influenciado por Medusa y Criticón que aparentemente me reprendían y reconvenían para que mejorase o encontrara una salida más airosa a los planteamientos novelescos que escribía en el blog.

—Yo solo quería exponerte las dificultades que nos aporta la vida. Que no siempre es como queremos, y no sabemos enfocarla correctamente porque nos va llegando de sopetón.

—Concreta un poco, que no sé qué me quieres decir —no me atrevo a descifrar sus ideas.

—A lo mismo que hablamos el otro día: Tú, como escritor, debes crear las situaciones de tus personajes para que no se apoderen de ti.

—No sabes cómo me cuesta aceptar eso. Porque si lo imagino y fantaseo, entonces falto a la realidad —pareceré un reloj de carillón, señalando mis horas sin preocuparme del sol.

—Recuerda cómo Examadecasa encarnó a la princesa. ¿Necesitó tenerla presente y apoyarse en ella? ¡No! Y Adivino para representar al arzobispo ¿se marchó al palacio arzobispal, charló con él, le expuso los temas a tratar y luego con todo ese arsenal volvió y lo personalizó? ¡Tampoco!

—Cierto, y tú al alcalde, también supiste estar en tu lugar, perdón, en su lugar.

—Eso es, y actuamos espontáneamente, sin guión ni ensayo previo. Y salió bien, como si estuviéramos realmente en la cena. Todo se desarrolló sin estridencias ni confusiones, y sin extrañas quimeras.

—Sí, fue un rato maravilloso.

—Eso pienso que deberías hacer tú con la protagonista, teniendo la previsión de sus actos y sus obligaciones, conociendo su preparación real (dinástica quiero decir) y sabiendo las universidades en las que estudió; te deberías lanzar, como hicimos nosotros, a crearla y personalizarla.

—Eso me lo estáis repitiendo por activa y por pasiva, pero no es esa mi idea.

—Entonces, te encontrarás con este novio que te va a crear un montón de problemas. Te ha salido una situación inasumible.

—Ellos mismos lo solucionarán —yo no tengo ninguna duda de que todo lo llevarán a buen fin, y que ellos mismos abrirán el camino.

—Sí. Ellos, entre ellos sí, pero ¿y las familias?, ¿y las costumbres que todos vivimos y ellos han tenido que experimentar? No lo olvides, cada uno responderá a la educación y formación recibida según las tradiciones de su país —refuerza con su voz, para hacerla convincente, esta última frase.

—Eso al tiempo. Y además ahora están en el Foro de las culturas.

—Ya. Pero esa alianza, que bien podría ser un choque, será acogida por muy pocos. La gran mayoría se impondrá y cada país la vivirá según su criterio.

—Ya sé que no puedo olvidar el puesto que ocupa cada uno ni la realidad en que viven y vivirán. Ellos ya lo saben y yo no puedo hacer otra cosa que esperar a que lo vivan para escribirlo. No puedo esconder la cabeza bajo el ala, ni liarme la manta a la cabeza...

—No quiero decir eso. Solo que si los hubieras creado tú mismo, no te habrías metido en este problema.

—Todo tiene solución en esta vida, mientras se vive —la vida real nos presenta situaciones inesperadas que nada tienen que ver con lo previsto. Un gobernante cualquiera puede desencadenar una catástrofe mundial.

—Ya. Pero si se puede evitar, no dificultarías a la realeza ni a los ciudadanos.

—Veamos, si no sigo la realidad con sus trampas, la literatura sería un falso espejo. Unos folios planos sin esquinas ni bordes —no es que piense en conquistadores ni en emperadores, pero es que de vez en cuando en la humanidad aparece algún personaje que la destruye.

—Bueno, ese es tu parecer. Y es muy respetable. Yo lo que quiero es que no te metas en aprietos ni te inmiscuyas en situaciones arriesgadas. Que ya veremos cómo sales de ellas.

—Solo puedo salir de su mano. Y por el camino que ellos tracen —ojalá no les entre el afán de imitar a los que crearon imperios.

—Mucha responsabilidad y mayor dificultad...

—Pero la vida es la vida y está llena de esos obstáculos —no puedo no pensar en los personajes que la historia nos presenta saqueando, destruyendo y arrasando para ampliar sus dominios.

—Bueno, no obstante, si te parece, podríamos encontrarnos los mismos amigos, sin representaciones, en una celebración. Como todavía no has acabado el libro algo te aportaremos.

No me parece mala la idea. Le digo adiós porque le toca comprar y yo me voy para casa con mi bolsa llena.

Antes de alejarme vuelvo la mirada y no le veo los calcetines azules ni los zapatos del mismo color como cuando se personó como alcalde, sino de gris como cualquier persona trabajadora. De él no espero esas acciones de quienes se vuelven imitadores de aquellos dominadores del mundo, tras arrasarlo.

No me puedo quedar, como me dice don Augusto, solamente en la vida de escritor. Heredé de mi antigua vida las necesidades de comer, de beber y de dormir. Mi persona lo requiere y he de adquirir alimentos; y he de encontrarme con los vecinos y conocidos. Soy escritor por iniciativa propia pero la persona no se alimenta solo de la escritura, sino de otras muchas cosas, además, y sobre todo, de las relaciones humanas.

La experiencia es la creadora de la realidad, por eso solo quiero ver, observar y conocer todo lo que vivan mis protagonistas. Y para conocerlos necesito también mi vida anterior como modelo y patrón.

¿Si vivir con mi esposa fue un dechado de bienestar, por qué voy a dudar de la fidelidad y felicidad de esta pareja?

Tomo nota de este encuentro y compruebo que no es el primero en proponerme una cena comunitaria. Tal vez por eso, ya son al menos tres, y me esté convenciendo, porque me está pareciendo oportuna y quién sabe si no será provechosa.

Aunque la última conversación con Escrutador haya versado sobre el mismo tema, aún dudo, porque la mente no se detiene sino que crea y proyecta ideas, planes y cualquier cosa necesaria para encauzar la realidad.

Intento rememorar las conversaciones con los escoltas y con la princesa, para ver qué soluciones me aportarían o qué conclusiones podría sacar. ¿Dónde conocería a este Yusuf? ¿Habrán cursado ambos las mismas materias? Si la formación intelectual fuera la misma, la concepción de cómo gobernar no se diferenciaría.

¿Si en lugar de una asamblea sobre alianzas hubieran convocado la contraria, o sea la de encuentros o choques de civilizaciones, habrían asistido? Pero también, a quién se le podría ocurrir este desacato de denominación: Naciones para el conflicto... ¡Qué ocurrencia!

Pero, bueno, además de esta insolencia me surgen otras preguntas:

Los años transcurridos entre la estancia en Viena y hoy ¿qué ha hecho Isabel? ¿Ha visitado Damasco? ¿Ha presentado Yusuf a sus padres? ¿Con qué ánimos han sido recibidos en uno y otro palacio? Los dos claro, la pareja. No individualmente, sino la pareja. ¿Pensarán casarse y reinar cada uno en su país o los dos a la vez en ambos? ¿Recordarán a Isabel y Fernando, dos reinos en uno, aunque luego se separaran a la muerte de la esposa y el rey volviera a su Aragón? ¿Las viejas historias significarán algo?

¿Eso importará, o no importará en su proyecto de futuro?

Y él, Yusuf, ¿recordaría a los enemigos de sus ancestros, a los Omeya que se alejaron hasta el fin del mundo, al «non plus ultra», para no instigar ni destruir a su pueblo gobernado por un Abasí? ¿Y sopesará y le servirá de lección que se asentaran en la península ibérica? Dos familias enemistadas: Omeya y Abasí. La que se marchó y que se quedó en Damasco.

El teléfono tiene la desdichada fortuna de exigir atención, de imponer su dominio sobre nuestra voluntad, sea la de pensar, o la de escuchar y hablar con un amigo. Cuando suena, suena severa e inexorablemente. Un dictador, ya digo.

Tomo el teléfono y es Heilota:

«Tengo ante mí una gran sorpresa. Alguien que pregunta por usted con sumo interés. Dice que le trae un recado de una admiradora. Aunque esto lo ha dicho para impresionarme, y para que le meta prisa, eso me dice».

Salgo disparado y me llevo una gran sorpresa con solo verlo, pero aumentará mi satisfacción a la segunda frase.

—La princesa Isabel me ha recomendado que te visitara para comprobar cómo llevas los escritos —era Alfonso el escolta de la princesa.

Me quedo embobado. Se acuerda de mí, y pide que le cuente todo, porque sabe qué intento hacer: Seguir sus pasos para redactarlos de una manera estimulante y emocionada. Ella, por ser protagonista y estrella, con los protocolos y normas, no puede observarse, curiosearse, interrogarse ni redactar su propia vida. Para esto necesita de un escritor-observador y ¡me ha elegido a mí!

En estos momentos estoy que no quepo en mi autoestima. No es solo porque me satisfagan los datos conseguidos sino porque ella demanda que investiguen cómo los llevo.

¡Qué vería en mí, qué descubriría para aceptarme! ¡Qué capacidad literaria presentiría para mandar un propio a comprobarlo!

—Me ilusiona y me entusiasma que se preocupe por mis pequeños resúmenes, porque hasta ahora eso es lo que he hecho, almacenar datos con los que recrear una obra hermosa, veraz y real, real no solo por tratar de su realeza, sino por basarse en sus hechos.

Me sonrío, entiende el orgullo que encierran mis palabras.

—Muy bien. Se lo haré saber. ¿No podrías entregarme alguna muestra?

—No está presentable, porque tengo anotados los nombres de quienes me proporcionáis los datos y de quienes me los discuten. Como puedes comprender hay mucha paja, muchas opiniones y muchas influencias; aparecen observaciones y sugerencias que debo darles forma. En cuanto lo purgue y esté publicable le mandaré una copia.

—Le agradecerá mucho. Yo vengo con unos días de descanso para acompañar a mi familia, que vive en Labros, un pueblecito de Guadalajara, porque estaremos una temporada lejos de España.

—Eso te iba a preguntar, si solo habías venido por mí —¡qué tonto! Me creo alguien y solo soy un escritor con unos apuntes escasos—. Pero, ya que estás aquí debería preguntarte algunas cosas. Cuando se trabaja siempre aparecen lagunas que se deben rellenar.

—Adelante. Pregunta. Contestaré todo lo que sepa.

—¿Es verdad que tiene novio y que se llama Yusuf Alabasí?

—Todavía no se han comprometido —se ríe como si sospechara que esa sería la primera pregunta—. Se conocieron en Londres, donde apenas se encontraron, y claro está, no se hicieron mucho caso.

—¿Entonces fue en Viena?

—Sí. En Viena surgió la verdadera amistad, el flechazo de Eros, allí se fueron conociendo. Yo fui testigo de alguna de sus entrevistas.

—¿Entrevistas? ¿Cómo que entrevistas?

—Sí. Entrevistaron primero al presidente austriaco, a los embajadores y a cada personalidad que aparecía por el palacio presidencial. Si eran reyes, por su condición de monarcas, porque ese era uno de los ejercicios de la asignatura de gobernanza. En la universidad había una de esas asignaturas opcionales, sobre cómo regir un país, y los dos la habían cursado.

—Muy interesante, ya puedo apuntar dónde y cómo se encontraron.

—En Londres, de él no supe nada, solo que alguna vez se vieron, pero no fue significativo el encuentro. Sí sé que ella hacía la asignatura de «Método básico para príncipes». No sé si él la hizo también, o si se vieron en las aulas donde se impartía.

—Imposible escribir sin conocer estos datos —lo miraba extasiado, más que si contemplara el retrato del Carlos IV con su familia, pintado por Goya, donde destaca su hija Isabel que sería Borbón-DosSicilias y madre de Isabel II. Cuántas Isabel aparecen en las viejas historias... Pero bueno, que me escapó del tema, parecía que, además de oír, veía imágenes evocadas por las palabras que salían de su boca. Tal era mi atención: la de quien oye y ve.

—Su tesis fin de carrera la dividió en cuatro apartados. Lo digo porque le fue muy interesante como guión para las visitas que realizó en Europa.

—No me amontones las noticias, ve por partes. Vayamos con la tesis.

—Bueno. Te digo los cuatro cuerpos que la conformaban: «Monarquías», historia y una especial dedicación a la suya, a la Deingracia, que no por moderna fuera menos distinguida y con herencias antepasadas. El segundo cuerpo: «Súbditos, nobleza y ciudadanos». La nobleza la subdividía en tres partes: Nobles ut sic, clero y burguesía. El tercero: «Monarquía y

gobierno, relaciones públicas y privadas». El cuarto apartado era: «Lógica para el trono y la corona. Cómo gobernar y vivir para que no puedan quitarnos el trono, ni arrancarnos la corona de la cabeza: como ejemplo, la permanencia y duración de Isabel II en Inglaterra». Con estos apartados hemos recorrido las cortes y las repúblicas europeas. Sospecho que hoy, nueve años después de aquellos másteres habrá cambiado algunas cosas, pero eso ya no lo sé.

—Sí, sí. Muy interesante y revelador, pero sigue, sigue.

—No tiene razón de ser que te enumere las monarquías europeas ni los diferentes gobiernos presidenciales que visitó. El caso es que a todos llevaba las mismas preguntas surgidas de esa tesina.

—¿Y acudían juntos, o cada uno las hacía por su cuenta?

—Yo los veía acudir en comandita, luego, si los recibían juntos o por separado, ya no puedo saberlo.

—¿Y Atenas qué ha significado para ella?

—¡Vaya! Tú también leíste aquella metedura de pata de un periodista sabihondo. Dedujo que acudiría a ver a alguno de sus antepasados que no había saludado en el recorrido por las monarquías europeas, porque, como no gobernaban, no habían entrado en su programa.

—¿Cuándo declararán su noviazgo?

—Ese es su secreto y su misterio. Como tampoco sé cuándo lo presentará a sus padres ni cuándo acudirán a saludar a los de él. Y digo misterio porque la prensa amarilla lo ha convertido en eso, en un misterio. Me suena que entre tus amigos hay una Sibila y un Adivino. Tal vez ellos...

Se ríe. Se ríe de sí mismo, tal vez recordando a una Sibila y a un Adivino personificados en los nombres de mis amigos; y se ríe de sus palabras aunque yo permanezca serio. No hago otra cosa que pensar en las dificultades de las monarquías y de los emiratos relacionándose e imponiendo criterios y protocolos, maneras y costumbres. No es para tomarlo a guasa ni en broma.

Aunque después de escuchar a Alfonso, sospecho que no habrá tanto problema, ya que ambos estudiaron lo mismo, con los mismos profesores e hicieron las mismas entrevistas...

—Aún hay otra cosa. Me has dicho que os vais lejos de España —pretendo que no quede nada en el aire.

—Ha decidido hacer la ruta de la seda. Es una gran conocedora de Marco Polo, y quiere recabar en China.

—¡Qué interesante! Pasar por la muralla china, recordar las dinastías chinas... Visitar al presidente Chino, le hará las preguntas de siempre y con las respuestas enriquecerá su tesis.

—Bueno, pero si va allí es, sobre todo, por un cursillo intensivo de gobierno que se imparte en Pekín. Y en el camino le interesa visitar esos países de nombre exótico, Tayikistán, Uzbequistán, Afganistán, Persia, pero sobre todo Mongolia, es el que más le interesa: Mongolia.

—Largo el periplo. Tendré que estudiarlo en el Google para seguir país a país el recorrido.

—Y terminaremos en Japón, concretamente en Tokio donde ha podido inscribirse a un curso acelerado sobre «Modos de actuar y orientaciones para ejercer la autoridad de todo buen gobernante». Más largo el título pero también atractivo. Sobre todo para ella que no pierde comba. Ama su profesión y su futuro. Esto deberías dejarlo bien claro en tus escritos. No es una pasajera cualquiera en el tren de las monarquías, es una amante de su país y de la herencia, que de alguna manera será su profesión: Reina de profesión. Por eso cuantos más gobiernos conozca, más experiencia acumulará. Se lo está tomando muy en serio.

Tuerzo la mirada dirigiéndola hacia el rincón donde se encuentra mi amigo don Augusto que también se declaró «de profesión» aunque en el caso de don Augusto fue «Vago»: «vago de profesión».

Yo también tendré que declararme escritor de profesión. Qué descuido el mío.

Declarar una profesión es valorar la vida en una sola trayectoria. La profesión no es la imagen que mostramos, sino parte de la existencia, del somos por lo que hacemos. Aunque exhibamos nuestra presencia según el espacio que ocupamos: estamos. Cómo deberíamos agradecer al diccionario ese detalle. Somos y estamos según lo que hacemos. Vivimos y ocupamos un lugar: escribo y rayo en el papel. Tecleo y se muestra en la pantalla. Soy escritor y escucho las revelaciones de las personas. ¿Es una perspectiva diversificada la que me presentan para compartir mi autoría? ¿O de ahí surge la elección de qué concibo, expreso y cuelo en la trama del argumento?

Ella, cuando piense en sí misma, también verá su doble verdad: vida y trono.

Ahora me hace saber mediante este intermediario que espera el proyecto, la visión que presentaré de ella. Y no. No debo orientar su vida como si la quisiera patrocinar. No le crearé iniciativas que no sean las suyas.

—¿Es orgullosa? —No puedo evitar la tentación de preguntar. Si recibe influencias ¿debería rechazarlas?, aceptarlas sería como si se marginara, como si se sintiese servil por la corona.

—No sé, es normal —me contesta encogiéndose de hombros por no tener decidida una respuesta o por parecerle rara la pregunta.

—¿Y con tanto curso de gobernanza, de potestad y de autoridad no le darán una manera de verse más encumbrada, más ególatra?

—Por cómo me trata a mí, no ha variado nada.

—¿Nunca te ha dicho que ella es la que manda y tú el que obedece...? Bueno, tal vez sea brusco al plantear así la pregunta ¿...que ella es la princesa y que tú eres el escolta?

Recuerdo la energía que puso en rechazar la cerveza, aquella vez que nos vimos en la Taberna Helena.

—Nunca ha sido necesario ese exabrupto.

—Porque te has cuidado de no provocarlo.

En esto fallamos Heilota y yo, y por eso la provocamos para su negativa. Casi nos sonó a desprecio pero aceptamos su superioridad.

—Naturalmente.

—Entonces, no ha necesitado ponerte en tu sitio porque tú ya la habías sentado en su trono.

—¿Pero qué necesidad tienes de preguntar estas cosas?

—Tengo que conocer el carácter de la princesa, y qué mejor modo que comprobar el trato que da a los más próximos. Si tú nunca le diste causa, ella nunca te corrigió.

—Y por qué habría de rebajarla de su sitio, si ella está donde está y está cómodamente.

—Por euforia personal, por considerarte alguien de vez en cuando —intento despertarle su vanidad.

—Ya soy alguien. No me siento rebajado ni humillado haciendo mi trabajo.

—Ese es el papel de la humanidad, cumplir con su trabajo... —secundar la existencia a la profesión.

—Como tú: andar por la vida buscando una protagonista y un argumento para esclavizarte con él y no salirte del guión original —creo que intenta ponerme en mi sitio para que no me extralimite en mi curioso.

—Qué razón tienes. En este devenir de la vida a cada uno le ha tocado un papel que no puede eludir.

—Yo me preparé e hice unas oposiciones para ganar este puesto. Lo que significa que lo deseaba. Puse toda mi voluntad.

—Yo no. Me lo encontré de sopetón, como si me hubiera tocado el dedo de un hada o un ogro, no sé, tal vez del dios de las palabras. Por eso estoy poniendo en ello toda mi voluntad. No quería que esta llamada pasara sin pena ni gloria.

He encontrado un cómplice, alguien que valora su trabajo y ha puesto en él la finalidad de su vida. Esta visión me encandila y no quiero que alguien me gane en pasión y empeño. No obstante, he de aceptar que el jefe no es el jefe de sí, sino el que posee el tesoro de saber elegir lo que más felicidad reporta a su vida.

—No creo que te esclavice lo que has deseado, y con tanta ilusión has emprendido — con estas palabras alabo su esfuerzo y su compromiso.

—Ya. Pero ante ti me siento como un subordinado. Como si dependiera de tus escritos. —me responde con su sometimiento. Un personaje ante el autor.

—Si fuera así, serías reconocido positivamente en ellos —pienso que me es muy útil mantener su amistad para no perder a la princesa y sus andanzas—. Me llenas de energía. Tus palabras me dan la seguridad de que terminaré esta novela: «La princesa Deingracia» —y muevo los dedos de mis manos abriendo el mayor arco que permiten los brazos alzados como si mostrara una pancarta agitándose en el cielo azul con la escritura de «La princesa Deingracia».

—No dudes ni un momento en llamarme si necesitas información.

Siempre da resultado la alabanza. Quien limosnea experiencias e ideas, dando a entender que necesita de la sabiduría del otro, conseguirá ayuda. Por eso continuo diciendo.

—Sí. Necesitaré todas las noticias posibles y si son confidenciales aún mejor. Incluso podríamos firmar ambos la obra, tú como testimonio y confidente y yo como simple escribano.

—Pero hombre de Dios. Que no. Que en definitiva el que recoge datos eres tú, y no solo los míos, sino de otras fuentes, como la de mi compañero e incluso de la misma princesa.

—Tu compañero lleva menos tiempo, y a ti te trata con más familiaridad. Quiero decir que te tiene como a un padre. Por eso eres totalmente de fiar. La información que la princesa me pueda aportar es muy difícil de calificar porque ella es la protagonista y la relatora. Y esas aportaciones son muy parciales.

—Para cualquier información solo tienes que llamarme. O si quieres podría notificártelas yo.

Esto es lo que deseaba conseguir, que él mismo me diera su número de teléfono y se quedara con el mío. Incluso le di mi dirección postal y de correo. (Estos datos no los escribo aquí sino en mi libreta de direcciones para que nadie pueda caer en la tentación de usarlos)

Aún hablamos más sobre la princesa, pero ya fueron cosas de menor calado. Incluso de su prima y de la boda a la que acudía. Pero qué importa la vida de los que no contribuyen en la vida de la protagonista.

—Muy hábil. Has demostrado tu picardía, pero si fueras más listo, le deberías haber apretado con eso del noviazgo y del parecer de su padre. Un interesante capítulo. Sabe más de lo que te ha dicho. En la entrevista que tuvisteis, te comentó que tenía al rey constantemente informado.

—No se me ha ocurrido preguntar por eso.

—Debes llevar los ojos y los oídos bien abiertos, y sin dormirte en los laureles. Todo es necesario, lo bueno y lo malo, para ampliarlo, rechazarlo o para reforzar la situación. Nada sobra, ni lo dudoso ni lo cierto. Todo es noticia, unos y otros aconteceres, y analizándolos dan claridad y ventajas.

—Eso he estado intentando. Además, como tomamos unas cervezas y sentimos el aprecio de la princesa nos consideramos amigos. Yo quería hacerme con su dirección y teléfono para estar al día de cuanto ocurriera.

—Creo que lo has conseguido.

—Por lo que dice, caigo en la cuenta de que usted se entera de todo.

Me ha llamado la atención que, siempre que hablo con alguien en esta Taberna, él lo percibe como si estuviera presente, y eso me tiene intrigado. Heilota en su ir y venir, a nada que haga oreja puede seguir o deducir el tema; pero él, desde su trono, y siendo un vago de profesión debería tener el oído recogido y cerrado como el gusto y el tacto.

—Ya sabes que cuando careces de un sentido se agudizan otros. Y el oído es difícil de cerrar, por eso oye lo que los ojos no ven y el tacto no toca. No puedo dominarlo ni hacerlo entrar en estado de vagancia.

—Ya entiendo, tiene antenas en las orejas.

—Algo así —¡ohj, ohj, ohj!

Se ríe de buena gana, para eso tampoco es indolente, aunque lo haga como si se tragara su propia risa.

—Oiga, don Augusto, ¿qué le parece lo de la cena que me han pedido mis amigos?

—Ni bien, ni mal, ni todo lo contrario.

—No se me vaya por las ramas. ¿Qué opina? ¡Pero de verdad!

—Que puede ser un gran respiro. Algo así como los descansos en el teatro, ese tiempo que en la televisión rellenan con anuncios.

—Bueno, creo que la convocaré.

—Deberías prepararte un buen programa por si alguien te pregunta o si debes hacerlo tú, preguntarte para dar las respuestas que te apetezcan. Responder aunque sea a uno mismo da mucha prestancia y sobre todo credibilidad. Por eso te interesa prever cómo has de desenvolverte, y seleccionar, sobre todo, entre tanta materia como te han aportado.

—Desde luego, esta última ha sido una reunión muy fructífera —evito contestar a sus disposiciones.

—Ya tienes el recorrido geográfico desde sus diecisiete años hasta este momento. Con que la hagas vivir alguna peripecia en cada país, ya tienes un montón de páginas escritas.

—Pero no la conozco suficiente; su carácter, sus gustos, sus inclinaciones me quedan en una neblina.

—Eso lo completas con la tesis que te ha descrito con tanto detalle. En cada cuerpo del programa añades lo que te parezca, o lo que creas que responde al enunciado y así das cuerpo filosófico y político a tu libro.

—Todo eso está muy bien, e intentaré seguirlo como si fuera una metodología, pero quién puede crear los fastos, el derroche económico, las situaciones protocolarias y tener la seguridad de que visitará a sus gobernantes, sin saber cómo son esos gobernantes.

—¡La prensa! Consulta la prensa. Pídele a Sibila datos y fechas.

—Bien, bien. Pero, y eso de la cena, qué le parece. ¿Debería hacerla o no? —Lo intento atraer a lo que me interesa ahora.

—Todo lo bien hecho, está bien y bien parece.

Se me ha ido. Aunque parezca que es un vago no es verdad, porque sigue con su actividad mental. ¡Oye y recuerda todo! ¡Escucha e interpreta las situaciones, aunque muestre una apariencia engañosa!

—Oye, Heilota, ¿don Augusto siempre está atento a cuanto ocurre a su alrededor?

—Que yo sepa no. Claro que aquellas cosas que le interesan, tal vez sí. Pero nunca le he visto torcer la cabeza como si mirara hacia donde se hablaba.

—Me refiero a si escucha. Si está atento a las mesas.

—Nunca se ha tocado la oreja como hacen los que están algo sordos y no quieren perder una sílaba.

Me quedo pensando que es un gran comediante este vago de profesión, y que nos engaña. Que mira y escucha todo lo que sucede a su alrededor. Que se entera y saca sus conclusiones. No es una estatua ni un sordomudo ciego.

Continúo con Heilota para proponerle otro banquete como el que ya tuvimos, pero sin transformaciones. En el que cada uno sería el que es normalmente.

—¿Ya sabe cada uno quién es normalmente?

—¡Ya estáis los griegos con vuestras filosofías...! —lo digo como si reconviniere a Heilota por su procedencia.

—No hablo de sus ideas, ni de su realidad porque eso le corresponde a usted en su novela. Pienso en eso de «sin transformaciones» y le pregunto si somos lo que creemos que somos, o si somos lo que aparentamos. Esta duda es una figuración para saber quién es cada uno, no a quién representa. Porque, a veces, no sabemos bien quiénes somos, y necesitamos a alguien que nos lo cuente. Por no ir más lejos, yo que represento al camarero, quién soy, ¿lo sabe usted?

Es el juego de siempre pero presentado de otra manera. Yo soy quien tengo que darles normalidad, o sea veracidad y realismo, a la vez que les dejo hacer, pero imponiéndoles lo que para mí son. Es decir, que respetaría su libertad para que no se sintieran forzados, y que siendo ellos los responsables de sí mismos, fuera yo quien los definiera, evaluara y copiara, o sea como si los creara a mi antojo. ¡Valiente consejo! Con lo difícil que es mandar que alguien haga algo, conseguir que, aparentando que es libre al hacerlo, por obediencia lo haga.

Un embrollo. Hacer hacer a alguien lo que yo quiero que haga, y que lo haga; pero a su vez que quien lo hace, debe hacerlo como si él mismo lo quisiera hacer. Menudo lío y quién es capaz de hacer lo que no se ha planteado. Y cómo consigo yo que lo hagan como si libremente lo quisieran hacer aunque no lo quieran hacer.

¡Déjate! Sigamos con la idea de copiar la realidad para que salga verídica y con unos protagonistas libres de actuar como quieran es decir como ellos creen que son.

Porque, pregunto yo, cómo le cambio el novio a la princesa y que parezca que ella quiere a otro. Cómo arranco a la princesa de los brazos de Yusuf Alabası Aldimashq sin crear un conflicto de dinastías. Si él no quiere perderla, ¿cómo lo convengo para que la quiera abandonar sin quererlo hacer?

El juego de los deseos y de la libertad.

Pero bueno dejemos eso para otros momentos. Ahora lo que me interesa es señalar una fecha con Heilota para la celebración de la cena.

El fecebook no ha aumentado los «me gusta» y los mensajes tampoco han crecido. En twitter sí. Han prosperado los que le desean un novio de los países islámicos, damascenos sobre todo, y se ilusionan en llamarla sultana. —Se me ocurre que habrá mucho inmigrante Sirio y de los pueblos vecinos, y esperarán que la influencia femenina termine democratizando o dando otra orientación ¿más a la europea, más femenina? a su país—. Alguno más ha aparecido entre los de Rusia, parece que les gusta tener una zarina. Los demás se conservan sin notable movimiento.

También aparecen mensajes de los ya conocidos que me requieren para que les cuente novedades. Me ruegan que hagamos otra cena celebración. Que podríamos repetir los personajes, que ya están experimentados y podrían personificarlos con más razón de ser.

Todos están muy interesados en lo que pueda tener redactado, en la orientación que le estoy dando y si llevo avanzada la obra. Todos se preocupan. Todos quieren colaborar.

Me produce ilusión, una novela a varias manos, a diez y seis si contamos a Heilota y a don Augusto, y si añadimos las mías: diez y ocho en total. Imposible, me digo, sería un entrechocar de bolígrafos como si fueran espadas, o el tropiezo de dedos contra dedos en el teclado como si fuera una fuente de cerezas en la que todos metiéramos mano. Un desastre.

Y no hablo del cruce y conflicto de ideas y detalles. Se despertaría el bullicio y la ironía. Recuerdo las comidas en plato único que los nietos de mi abuela teníamos preparadas, como alguno se despistara se quedaba con la cuchara sin estrenar. Y me río porque otra vez traigo un antiguo recuerdo, la vivencia pasada de una comida en familia.

No puedo olvidar mi vida anterior. El empeño de ser un escritor no puede robarme aquella vida. Como el Asno de oro de Apuleyo, yo tampoco puedo abandonar mis viejas historias. No pretendo que hagan comparaciones para ensalzarme por mi obra ni que me humillen por mi procedencia.

El hado, el sino o el albur que me convirtió a este oficio no me quitó mi vida anterior, por eso debo cargar con ella y aparecerá, quiéralo o no, en mis escritos.

Han llegado todos, han sido recibidos con un coctel excelentemente preparado por Heilota. En la mesa, la cerámica y la cristalería hacen contraste con las servilletas y la cubertería. Todo ello crea un cuadro de naturaleza inanimada sobre un tapete blanco cuyo realce son unas rosas y unas hierbas aromáticas esparcidas en un desorden muy estudiado.

Las sillas simulan butacas por el forro gris que las cubre. El aspecto es magnífico. Todos, al entrar, se han quedado boquiabiertos.

Cuando nos sentamos, se muestran intrigados porque varias sillas rodeando la mesa permanecen vacías. Veo el interrogatorio en sus ojos y decido responder:

—Son para unos amigos que, como vosotros, han intervenido en mis indagaciones. Los conocéis por mis apuntes, pero no sé si podrán acudir. Sus obligaciones los retienen y no saben cuándo podrán librarse de ellas. Me han porfiado sinceramente que los disculpara y que se añadirían en el momento en que les fuera posible.

Unos miran los tres falsos sillones que hay a mi izquierda y otros a los dos que están uno a derecha y otro a izquierda de Heilota. Quienes no han terminado de beber el coctel continúan con él en la mano, aunque ya estemos sentados.

Los camareros recogen la exposición de cerámica y la retiran. Algunos habían levantado su plato para inspeccionarlo detenidamente. Si se toca la belleza es más bonita y más valorada. Los sentidos más utilizados en los siguientes momentos, si dejamos libres a la vista y al oído, serán el gusto y el olfato, que ya están atentos a saltar sobre los camareros en cuando reaparezcan.

Pero hay un pequeño cambio de atención, porque sin hacer ruido ninguno, moviéndose como si eludiera o se escapara de las manos de los camareros, que con sofoco lo intentan detener, aparece mi amigo el mendigo.

No va desastrado. Lleva una camisa blanca que le había regalado, una chaqueta negra que tenía arrinconada en mi viejo armario, y una corbata con un nudo como una lazada que le quedaba muy corta. Unos pantalones que le terminaban en acordeón. No se veían los zapatos que esos sí, esos se los compré nuevos, de su número.

En cuanto lo vi peleándose con los camareros salí rápidamente a defenderlo. Venía limpio y bien perfumado. Recordé al barman que escondía su colonia donde Lázaro siempre la encontraba.

Lo presento como uno de mis mejores informadores. Él, con una inclinación de cabeza y colocando las manos unidas como los niños comulgantes, saluda con voz audible.

—Buenas tardes.

Heilota enseguida le señala un lugar a su derecha, entre él y Criticón, ambos lo reciben con educación.

Los camareros, que estuvieron alterados al verlo entrar, se calman y le sirven el coctel. Él sería igual que todo el mundo en aquella cena.

Les hablo en ese momento para decir que la silla vacía entre Heilota y Medusa sería ocupada por el informático. Pero que tardaría en acudir por estar ocupado con un ordenador que padecía algo así como un virus similar al ya olvidado Covid y que lo tenía en cuarentena y con respiración artificial, al ordenador naturalmente. Todo esto lo digo metafóricamente para darle importancia y que lo disculparan por su retraso.

También explico que las tres sillas que quedan a mi izquierda, entre Examadecasa y yo, tenían otra razón de ser. Estaban esperando a unos muy buenos amigos que me pidieron disculpas por su ausencia, pero que, como los tenía en mucha estima, no podía prescindir de su recuerdo, y que mantendríamos, al menos, la posibilidad de su presencia. Amistad que yo manifestaba en las sillas preparadas. Su excusa era que se encontraban lejísimos, en otros países...

Me interrumpe el informático que aparece con su sonrisa complaciente y amistosa. Va mirando rostro a rostro a los que componemos la mesa según se acerca a mí, pero yo, también me dirijo a él, con lo que a mitad del recorrido nos saludamos cordialmente.

—Estos son tus amigos de twitter —me dice repasando la imagen de todos ellos—. Les debería agradecer que te hicieran acudir a mí para que solucionara tus problemas.

Y continúa sonriendo y saludando con sus gestos a todos los comensales. Toma asiento a la izquierda de Heilota, entre él y Medusa.

No quiero decir los nombres de los que faltan por si incumplían, ya que eso era lo que yo esperaba. Pero en mi mente eran tres personas necesarias, emocionalmente imprescindibles.

Doy un tiempo para que los cócteles entregados a Lázaro y a L.M., fueran degustados y que intercambiaran algunas palabras con sus vecinos de mesa. Ambos saben y tienen abundancia de ideas y facilidad de palabra.

Hago una señal a Heilota para que todos los camareros, iguales a aquellos de nuestra cena, iniciaran su cometido. Acuden a la cocina para recoger los platos y cuando se disponen a hacer su aparición, hay un pequeño revuelo en las afueras del comedor y aparecen, adelantando a los camareros y deteniéndolos, mis tres inesperados invitados.

Primero la princesa y detrás los escoltas. Salvo Heilota nadie los había visto y por lo tanto no los conocían, por eso nadie se mueve de su silla aunque sus cabezas se conviertan en

veletas que giran para visualizar a cada uno de los extraños rostros.. Solo Heilota y yo nos movilizamos exaltados y conmovidos, dentro de la sorpresa, y los recibimos con los brazos abiertos.

Los coloco a mi lado, primero a la princesa, junto a mí, y a continuación entre ella y Examadecasa se acomodan los dos escoltas: Alfonso y Carlos.

Pido silencio para explicar quiénes son:

—La princesa objeto de tantos comentarios la tenemos aquí: Isabel Deingracia, la futura Isabel tercera.

Examadecasa se levanta rápidamente y pide encarecidamente a los dos escoltas que le cedan el puesto. Que ella tiene que estar junto a la princesa. Que se le debe ese sitio. Que tiene el derecho y el privilegio de ocuparlo.

—...Os he de explicar el papel que representó nuestra Examadecasa en la última cena homenaje que brindamos a la princesa, futura doña Isabel tercera Deingracia —comento directamente a los escoltas, al darme cuenta de la maniobra.

En esta ocasión, están tan callados todos, que se oye cómo se detiene un coche a la puerta de la Taberna. Y nos miramos, nunca llegaban hasta allí, al interior, los ruidos de la calle. Un poco impresionados e intrigados, volvemos la mirada hacia la puerta.

Nos hemos convertido en pájaros, esos que giran y mueven circularmente la cabeza a cada pequeña interferencia que llega a sus oídos, o a cada cambio de luces que un movimiento de cortinas hace iluminar la estancia.

Heilota se levanta y se acerca para cerrarla. No hay ningún camarero atento a lo que pasa en el exterior porque todos están en línea con el primer plato sobre su mano, en el gesto propio de los que sirven las mesas. Antes de que la cerrara aparece don Augusto abriendo paso a un desconocido.

Don Augusto, mostrando una imagen nunca vista, aparece de pie, ¡caminando!, aseado, peinado y afeitado. Y actúa protocolariamente. A falta de bastón, golpea el suelo con su pie derecho ¡tres veces! como hacen los alguaciles cuando presentan a un personaje que entra en escena. Un personaje de gran categoría. Un personaje que exige atención.

¿Qué distinción tendría esa personalidad que levantó a don «Vago» de su sillón, que le hizo caminar, sujetar la puerta que pretendían cerrar, entrar, golpear el suelo, y mirarnos uno a uno para comprobar que había captado nuestra atención y curiosidad?

Recogida nuestra mirada y coleccionado nuestro silencio anuncia como un pregonero de gran voz:

—¡¡Yusuf!! ¡¡ Alabasí Aldimashq!!

Dicho lo cual se retira a un lado y cede el paso y la importancia a un joven alto, moreno, sonriente, bien trajeado y de caminar limpio y seguro.

Todos quedamos sorprendidos, impresionados, y concentrados en el recién aparecido.

Ninguno, y yo menos, miramos el rostro de la princesa. Si denotaba emoción o desagrado nadie lo ha podido comprobar. Este detalle habría sido interesantísimo, pero no debo conjeturar, faltando a la verdad, si ha sido de enamorada, de sorprendida o de contrariada. Quien no espera una sorpresa semejante porque la hubiera prohibido, ¿mostraría decepción? Pero si estaba esperanzada, ¿sería de satisfacción? La emoción y el gesto de la princesa demostrarían desde la autoridad que ejercía sobre él, hasta su dependencia, siempre amorosas naturalmente.

Tal vez don Augusto en aquel recorrido con su mirada haya captado esa gestualidad. Esperaré a que, una vez acabada la pitanza, nos encontremos.

Heilota, siempre atento, rápidamente se levanta, saluda al recién llegado, inspecciona a los comensales, ve el intento que hace la princesa de ponerse de pie, y lo conduce a su presencia dejando que ambos se saluden y expliquen. Piensa, como lo tiene muy demostrado, que las excusas y las confesiones de cariño deben ser ajenas a su curiosidad. Eso no evita que el resto de los comensales no perdiera ojo ni oreja a lo que la pareja se dice y cómo se agasaja.

Yo sufro casi un ataque de ansiedad, (bueno esto es un abuso de dicción, una exageración). Había olvidado invitar a Don Augusto, sí le consulté, pero nada más. Y tampoco me había dado cuenta de su ausencia cuando se iba completando el aforo. La visión de las insuficientes sillas, la princesa y yo estamos levantados, me hace tomar conciencia de la omisión de su persona.

Necesitaremos otras dos, una para don Augusto y otra para este inesperado huésped.

El Heilota correspondiente coloca una mesa y dos sillas en un ángulo de la estancia ligeramente elevado por un escalón. Ni lejos ni cerca, suficientemente próximos y alzados para ver y oír cuanto en la mesa se hiciera y dijera. Me llama la atención la segunda silla, pero no pregunto para quién, aunque no me parece lógico colocar allí a Yusuf, en mi foro interno se la adjudico, naturalmente, es el inesperado comensal.

Cuando doy media vuelta para dirigirme a mi sitio, veo que ya está ocupado. Yusuf no lo había dudado, había tomado asiento junto a su amada princesa, con lo que me veo forzado a aceptar la situación y ocupar la silla de la mesa apartada.

La otra vez forcé la disposición para tomar asiento en la misma mesa: Pensaron que un observador, en aquel caso yo, el escritor, debía quedarme sin asiento para pulular, observar y escuchar. Como el sastre que confecciona el traje pero nunca se mete en él. En esta ocasión, inconscientemente me han postergado, porque fui yo el responsable al indicar el número de asistentes. Escondo en mi cajón de decepciones esta situación que acepto a regañadientes.

Superado el conflicto de asientos, me acerco a ellos y, colocándome detrás de la pareja, pido atención y les comento.

—¡Somos el grupo más afortunado, acabamos de ver y conocer a Yusuf Alabasí Aldimashq, el presunto compañero de nuestra princesa doña Isabel Deingracia! La realidad de este compromiso les corresponde a ellos confirmarlo.

Un raudal de aplausos sigue a mis palabras, incluso vítores y deseos de escuchar la respuesta. Los amores siempre son alabados y bien augurados. Causan felicidad en quienes no los tienen, en quienes los tuvieron y en quienes no esperan tenerlos ya.

Examadecasa, por proximidad, azuza a la princesa con mucho interés para que responda. Empeño que refuerza con gestos tales como pequeños empujones y caricias en sus brazos.

—Sí, venga, dinos que sois novios. ¡Háblanos!

Y la princesa toma la palabra, la palabra dulce de los enamorados, con voz de violines y sonido de jardines y flores.

—Aún no saben nada, ni periodistas ni familiares. Pero me agrada estar entre vosotros y comunicaros nuestra decisión. Ya sabéis las obligaciones que nos imponen el título y la corona. Debo tener un hijo o una hija. Las leyes de la herencia me apremian, por eso debo tener descendencia y no dejar el trono vacío. Yo encontré —hace un gesto amplio con sus manos, acogiendo a Yusuf que está junto a ella—... Bueno, nosotros, nos conocimos hace muchos años y hemos congeniado. Respetamos y acatamos nuestras leyes. Juramos no infringirlas. Dicho esto, sois privilegiados al ser los primeros en conocer nuestra decisión.

Todos aplauden, todos dan vivas y parabienes. Son los aromas de primavera.

—Me honráis —continúa su alocución—. Me siento comprendida y aceptada. Resumo en vuestra aceptación el parecer nacional y lo doy por votado y aprobado. Solo me faltaría revisar los compromisos de amonestación: Si alguno de vosotros hallaseis algo que impidiese este noviazgo, que lo comente ahora, y si no, que lo silencie y guarde en secreto para siempre.

Creía que el mendigo no conocía las normas de la iglesia que antiguamente sancionaba los compromisos matrimoniales: si existía algún inconveniente nacido de la proximidad de la sangre o de otras relaciones conyugales o de..., nos sorprende diciendo:

—Mis asesoras de cada mañana a la entrada de la basílica encuentran multitud de objeciones: una de ellas es que no son de la misma creencia, y la otra que si no se bautiza él, jamás aprobarán el matrimonio, aún más: lo repudiarán. Este obstáculo lo expone el consejo de ancianas que se reúne diariamente para sondear el estado de la ciudad —suena tímida y nerviosa la voz de quien nunca tuvo oportunidad de hablar ante una asamblea pero le urge expresar este inconveniente aunque sea tartamudeando y atropelladamente.

La princesa contesta:

—En un país laico no se pueden enjuiciar los matrimonios únicamente por su fe, sino por el amor. Con esto ya he contestado a ambas preguntas —concreta y escueta en su respuesta, pero deja al censurante atónito y con el mismo enigma.

Escrutador arguye:

—No basta con eso, porque las costumbres radican en concepciones distintas de vida y, sobre todo, de gobierno. Usted puede ser laica, aunque sabemos que no, que es creyente, pero de Yusuf no sabemos nada. Si es seguidor de Alá o no.

Como esto casi raya en el mismo inconveniente, la princesa responde:

—Las creencias pertenecen al ámbito privado, cada uno puede tener las suyas. Eso no tiene por qué chocar. El amor y la comprensión solucionan las diferencias, y si el respeto es mutuo y crece el amor, esas diferencias ya están superadas.

Escrutador no da su brazo a torcer

—Ah, pero la tolerancia no se compra en cualquier zoco. Solo en los que se vende, y ese negocio de la condescendencia no está ni es franquicia del casamiento.

Sibila que, como periodista, necesita información para hacer un artículo, dice.

—Lo que han tratado en el foro de Bizancio —cambia aposta el nombre de la ciudad porque le suena que las cuestiones bizantinas son problemas insolubles incluso después de muy largas disputas— ha sido sobre lo referente a vivir y a convivir, a cambiar las disposiciones y las políticas para facilitar el entendimiento. Por eso sería una amonestación, y grave, la diferencia de culto, sobre todo si se depende de él para gobernar

La princesa sigue con la palabra.

—Más bien, ese foro trata de acercar posturas, de rechazar fanatismos. De abrirse a todos, pero sobre todo de crear una visión tolerante. La sociedad somos unos y otros: ¡todos! Y en estos momentos la sociedad no somos solo los que estamos sentados en esta mesa. También son el escritor y ese señor que lo acompaña con tanto silencio y tanta inmovilidad. Esa separación que ellos han adoptado no implica desunión ni desavenencia.

Adivino, que aún no sabe qué ha de pasar en el futuro, no se calla.

—¿En esta globalidad, los individuos cuentan, o sea, están incluidos en el concepto de la misma mesa?

Ella contesta.

—Indudablemente. Aunque en la visión de la legislación, de los criterios y evaluaciones, puedan considerarse como un conjunto disjunto: políticos y ciudadanos, de una nación o de otra, pero individualmente serán tenidos como personas integrantes de la totalidad.

Adivino vuelve con sus palabras ya que algo no le cuadra.

—Ese foro se parece a una asamblea del cambio climático. Ya sabe, una Cumbre de Grupo, o una comisión de diputados que tampoco sacan nada de provecho. ¿O ustedes creen que ha salido alguna ley que alcance a todos los países, o al menos a los que ustedes dos representan?

Princesa piensa que tal vez puedan solucionar ese problema.

—Eso pretendemos. Hacer una ley de amabilidad que ocupe un lugar en las enciclopedias y en los libros de texto con los que se oriente a los niños en este principio de coexistencia. Sin importar criterios ni creencias sociales. Solo la práctica y el método.

Sibila con el afán noticiero.

—¿Por qué no contesta Yusuf, para saber también su parecer?

Princesa que mira sonriente y amablemente a su compañero.

—Aún no conoce el español con suficiente fluidez, lo mismo me ocurre a mí con el de su país.

Todos miran a Yusuf que comenta por lo bajinis algo en inglés.

—Me dice que entiende todo, pero que no se atreve a hablar todavía porque le falta vocabulario, y sobre todo encuentra dificultad en los verbos. Pero que entiende todos los conflictos que pudiera cuestionar nuestra convivencia.

Informático que escucha atentamente.

—Si las posibilidades que aportan internet y las redes sociales son universales, por qué la convivencia de los hombres, bueno de las personas, puede crear contiendas y guerras. ¿Por qué? Si la televisión, la radio y los ordenadores se confeccionan con los mismos elementos, importados o exportados, sean tarjetas o discos duros, y si estos dispositivos comunes los damos por buenos, ¿por qué, en cambio, entramos en lid por unas palabras y unos versículos que nos diferencian? Qué importancia vital damos a los que nos unen, ¿los depreciamos acaso? Y ¿porqué ponemos fronteras a internet, acaso la nube es distinta, y las olas del mar se pueden interrumpir?

Princesa que continúa con la palabra.

—Eso pretendemos, extender las escuelas, las universidades y los puntos de unión, no solo entrar en disquisiciones bizantinas que nos entretengan y despisten. Ya que llamáis Bizancio a Estambul, se me ocurre decir que tal vez con esa intención nos hemos reunido allí, porque mientras hablamos y discutimos detenemos los conflictos.

Examadecasa quiere dar un ejemplo de vida.

—Entiendo perfectamente el deseo de entenderse con quienes se debe convivir. Si no, la coexistencia sería dolorosa. No digo un infierno porque no sé si a los creyentes de Alá les suena eso del infierno.

Criticón que no cesa de girar la cabeza como si contemplara un partido de tenis, no solo para escuchar, también para contemplar los rostros, porque las muecas y los aspavientos rubrican las ideas, dice:

—Amigo Yusuf, haz un esfuerzo, di algo, no des la impresión del compañero sordo que solo habla en la soledad y al final lo fagocita todo sin aceptar ninguna clausula.

Medusa recoge las palabras de Criticón y las utiliza como un látigo.

—No hablará, esperará a quedarse a solas con la princesa para aleccionarla.

Adivino, mirando al frente, no por estar delante de Medusa sino para indicar que su mirada recorre el tiempo y el espacio, comenta.

—Las herencias solo se practican en el medioambiente en que fueron creadas. Fuera de ese espacio son violencia y crean malestar fanático.

Todos guardan un instante de silencio. Llegan los Heilota con el segundo plato.

Heilota comenta su experiencia.

—Los dioses griegos, ¡ah!, los dioses griegos, que se odiaban y se amaban, que luchaban entre sí y convivían, qué ejemplo de sociedad. ¡Nunca se destruían! Al final eran hombres que alcanzaban la divinidad metamorfoseándose. ¡Sin aniquilarse!! Esta es la filosofía que enseñábamos los esclavos griegos para que todos nos toleráramos. Los dioses nos acompañaban ¡no nos aplastaban!, solo expresaban nuestras antipatías y nuestros quereres.

—¿Tú, amigo escritor, eres el que expondrá todas estas anomalías que podrían suceder cuando se casen?

—Sí —le contesto—. Todo lo que ocurre, se habla y merece atención lo voy anotando —no recuerdo haber explicado a don Augusto cómo archivo diariamente mis hallazgos: si detallándolos, resumiéndolos o enjuiciándolos. Hoy, ahora, ha visto cómo he sacado un bloc de espiral y un boli y de vez en cuando apunto alguna cosa.

—Lo digo porque, al quedarte aislado en esta mesa junto a mí, has tomado una postura similar a la mía: de vagancia. Has adoptado la actitud del relegado. Con mala cara.

—Pero yo apunto —contesto con resignación—. Aunque lo tome como un desplante, es un gran favor el que me hacen dejándome de espectador. Bien acomodado en el palco para que nada se escape.

—En tu rol de escritor deberías estar dirigiendo y moderando, como un director de orquesta que desde el podio la instiga, mide y orienta con su batuta y con la ondulación de su otra mano despierta los instrumentos, inspirando lo que cada uno debiera decir, y los estimula, excita o suaviza...

—Imposible. No soy capaz de crear personajes con esas peculiaridades —instrumentos iba a decir, pero inconscientemente he rectificado; porque en ese momento he pensado en instituciones como si fueran instrumentos de cuerda, de viento o de percusión—, y hacerlos exponer sus puntos de vista. ¡Me rayaría! Por no decir que me agotaría y no sabría contestar a lo que yo mismo habría maquinado. Piense que me debería preguntar a mí mismo, como si no supiera lo que yo mismo habría de responder. ¡Una rareza o una pantomima, eso sería!

—Pero eso es lo que hacen los escritores, y no digamos los dramaturgos y comediantes.

—Ellos son más inteligentes y tienen más habilidad, están avalados por la experiencia. Yo, pobre de mí, sería incapaz de montar una competición de ajedrez contra mí mismo. Y digo ajedrez por decir algo. No puedo rivalizar conmigo porque competiría contra mis propias estrategias.

—Pero eso es lo que se espera de vosotros.

—Ya. Tal vez de otros autores. Yo soy incapaz. Nunca permitiría que arrinconaran a la princesa como lo están haciendo con esas denuncias.

—Pero él, el Yusuf, no es un caballero si no sale en su defensa.

—Ahí tiene otra cuestión, yo autor nunca habría permitido que se encontraran, eso primero; ni que él desconociera el idioma de ella. Porque sin vocabulario siempre callará y no podrá lidiar en igualdad de condiciones.

—¿No ves como haces falta tú, ahí, en medio? Tú que serías el médium, o el chambelán del Yusuf?

—Cómo voy a saber yo qué intenciones tiene. Ni siquiera sé si está enamorado. ¡Si lo acabo de conocer! Y digo yo, ¿por qué al referirse a él dice «el» Yusuf?

—Para definirlo con toda precisión. ¿Qué te habías creído? —Me está importunando con sus sentencias y sus disquisiciones, como si él nunca errara—. Hace mucho que se conocen, ya pueden saber lo que piensa el otro, o mejor lo que él piensa de ella —el Vago, que no es tan vago, sabe lo que dice.

—No se trata de pensar, se trata de sentir, de sentimientos, de enamoramiento —recalco apasionadamente.

—Muy bien, ¿qué sabe cada uno de cada uno?, pregunto.

—Pregunte lo que pregunte, ya sabe que el amor es ciego —parece que yo también debería tener respuestas para todo, pero esta conversación me exige tal esfuerzo que vacilo.

—Me recuerdas la historia de la metamorfosis de Psique por el amor de Eros que contaste en una ocasión. ¿No la podrías adaptar a estos dos?

—Sí. ¿Y convertirlos en dioses como ocurrió con Psique? —hablo con ironía y guasa—. Una metamorfosis en dioses, o en monarcas descubiertos al amanecer y desacreditados por sus hermanas, o hermanos correligionarios... ¡Está usted bueno! —La socarronería agita mi voz—. En este caso no solo es ciego el amor sino que llevaría gafas ahumadas. Y por mucho que abriera los ojos y se quitara la venda seguiría sin ver lo que le rodea. ¿O habría elegido un color para sus gafas?

Espero que este vago de profesión se canse y se entregue a su holgazanería, pero no hay manera, parece que se ha despertado con nuevos estímulos.

—¿Qué gafas llevas tú?

—Qué pregunta más estrambótica. No uso otras gafas que las de leer, y como ahora no las llevo escribo con letras grandes.

—Me había parecido que eran de azul celeste.

—¿Qué quiere decir?

—De celos. De amante despechado por la princesa.

—¿Qué le hace pensar en eso?

—Últimamente solo hablas de ella. Desde que te la encontraste, bien aleccionado por los escoltas, te pusieron el caramelo en la boca, y ya no has cambiado de tema.

—Me sorprende. Pero usted, ¿quién se cree que soy? ¡Un fauno tocando el violín o un sátiro persiguiendo doncellas!

La irritación se me apodera, aunque me fuerzo en ocultarla.

—Ahora que los nombras, tú mismo debes definirte...

Ne le dejo terminar la frase.

—Yo solo quiero conocerla para escribir una novela sobre ella y con ella como protagonista. ¡Nada más!

Digo silabeando la frase, como si así fuera más convincente. No elevo la voz, casi la convierto en un silbido, como si con ese tonillo acertara y redondeara la idea.

—Por eso digo que deberías estar enamorado de ella para un más intenso e íntimo conocimiento y fabulación. A más enamoramiento más comprensión, que se traduciría en más elevada literatura. Como ves, todo serían mejoras: el autor debe enamorarse de su protagonista.

Me sobrepasa. Me silencia. Emborrono las hojas de la libreta. Mejor digo: las lleno de rayujos porque no sé qué escribir ni cómo resumir estas invectivas que me exasperan.

—Me está haciendo mucho daño. Me paraliza la mente. No sé si atiendo a los que están en la mesa o es usted el que se me ha comido el bolígrafo —decimos de los que callan sin saber qué expresar: «se te ha comido la lengua el gato»—. Porque ahora, a mí, el que se me ha comido la lengua ha sido usted, como si fuera un gato.

—Debes aprender... Y ahora debes escuchar si los comensales, por fin, aceptan a la pareja o siguen poniendo objeciones, las amonestaciones famosas que pide la princesa.

Callamos porque nuestros Heilota nos colocan el segundo plato delante. Ellos, sin controversias ni reprensiones, convocan la filosofía del estómago agradecido.

Yusuf está de pie. Habla en español combinándolo con extranjerismos nacidos de su lengua y de la inglesa. No obstan estas mezcolanzas para que se entienda lo que quiere decir. No repito sus palabras exactas, porque entre incorrecciones, silencios, preguntas a la princesa por el significado de esta o de la otra palabra, cansaría a un caracol con muletas, solo expongo el resumen de lo que pretendió decir.

—Desde la antigüedad tuvimos una relación, en principio bélica, luego de imposición costumbrista con todo lo que conllevaba. Después convivimos, y esta convivencia dio frutos arquitectónicos, filosóficos y medicinales muy florecientes. Hubo matrimonios de unos con otros reinos y fueron muy prósperos. Ya sabéis que me refiero básicamente a los Omeya —habla como recordando años viejos y muy antiguos—. Yo soy un Abasí, de Damasco también. La ciudad de la cultura. Han pasado muchos años. Y aquellas cruzadas de conquista y sangre como bautizo para aumentar el número de creyentes, tanto de unos como de otros, ya

pasaron. Hoy interesa la amistad y la comprensión. Nosotros lo intentamos y lo tantearemos con mejor visión y mayor aprovechamiento en el futuro.

Así ha hablado Yusuf y lo ha ratificado la princesa.

Pero Medusa, hiriente y, por lo mismo, exigente, pregunta.

—¿Qué pasará cuando Yusuf se enamore y lleve al lecho conyugal a una hetaira de su harén? ¿Hasta cuántas podría mantener en su serrallo?

—Ya no son las cosas así —contesta Yusuf—. Esas preguntas son sugeridas por las viejas crónicas, salidas de las propagandas para descalificarnos, pero eso son costumbres pasadas.

Princesa recoge el reto.

—Ese ha sido uno de los primeros temas que hablamos. Ya lo hemos solucionado. Además ya sabéis que nos hemos educado y estudiado en las mismas universidades y hemos encuestado a los mismos gobernantes, de los que hemos sacado las mismas conclusiones. Nuestro programa es idéntico, respetando lo que hemos de respetar.

Mendigo, con voz tímida y apocada, como si aún no se hubiera adaptado al ambiente.

—No se fíen de eso mis ancianas señoras. Las que me dan limosnas. Son engañosos los foráneos, se dicen en sus pláticas. Los extranjeros dicen una cosa y, con eso de que no conocen bien la lengua, la dicen a medias como si con ello fuera suficiente. Y luego resulta que la otra mitad, la que callan, es la que vale.

Princesa retoma la palabra.

—La desconfianza siempre ensombrece a la esperanza. Por eso a los forasteros se los mantiene en cuarentena hasta que se los reconsidera y se les da lugar.

Sigue el mendigo exponiendo su visión, como el cronista de un congreso.

—Esto que digo, son las objeciones de las ancianas y no las escucho en el bar. Por eso me parece muy acertado lo que decía Adivino, eso de que según el sitio así sientes o dices las cosas. Porque lejos de esa puerta donde me muevo nadie habla de esto.

Escrutador que está muy atento a todo.

—Muy acertado. Sí, señor. Aquí estamos objetando de la manera que nosotros entendemos y vivimos. Y, allí, en la tierra de Yusuf, ¿qué preguntarán? ¿Cómo amonestarán a la pareja, qué objeciones y qué exigencias les impondrán? Eso me gustaría saber.

Examadecasa que se la nota muy nerviosa, aproximándose a la princesa todo lo que puede en un abrazo cariñoso dice.

—¿Es que todo van a ser impedimentos? ¿Es que no va a haber una sola palabra de ánimo y de aprobación? ¿Es que tan mal nos parece que el amor haya tomado sitio en los dos,

no entre los dos, no en medio, sino envolviéndoos? Yo preguntaría: ¿Estamos celosos de que se vaya la princesa Isabel, o de que venga Yusuf a ocupar el puesto de príncipe consorte? ¿De cuál de las dos suposiciones desconfiamos?

Se hace un silencio en el que solo se oye una palabra sosegada y susurrante de la princesa.

—Gracias, Examadecasa.

Adivino en un atrevimiento inaudito se atreve a preguntar.

—Y en usted, Yusuf, ¿se unirían los dos poderíos, el de sultán y el de califa?

Parece que le haya resurgido su inclinación religiosa y que le gustaría unir las capacidades creyentes y políticas. Esas potestades están culturalmente diferenciadas, no se fusionan en nuestro país. ¿Pero, como en el de Yusuf siguen esa convergencia, él las acatará y las hará realidad en su persona?

Entonces, como ocurre siempre en los momento más intensos y apasionados, e interrumpiendo el silencio creado porque Yusuf retarda la contestación como si escarbara en su diccionario, casi como un despertador o el riiing de teléfono suena la voz de L.M., el informático, que blande el móvil en la mano.

—¡Qué raro! ¿No os parece extraño que en el rato que llevamos reunidos no haya sonado ni una sola llamada de teléfono?

Sibila que se retuerce para alcanzar su bolso del respaldo de la silla, dice:

—Sí. Lo es. Yo esperaba varias —y también agita su aparato.

El informático se vuelve a Heilota y le pregunta:

—¿No tendréis instalados inhibidores de señal o de frecuencia? Tal vez por evitar peligros, por darnos seguridad...

Cuando Heilota quiere dar una respuesta ya están todos con el teléfono en la mano marcando números e inspeccionando whatsapps.

—No. No tenemos nada instalado. Esto es un bunker con solo dos salidas, la de entrada y la de emergencia. Si cerramos la puerta de entrada no pasa ni la señal de la tele.

Nadie escucha a la princesa que ha tomado la palabra al notar la dificultad de Yusuf, y habla y habla de Isabel II que ostenta dos títulos que acaparan todo el poder y el dominio: el de reina y el de gobernadora suprema de la Iglesia de Inglaterra...

Como están muy interesados en sus móviles, el servicio retira y limpia el mantel y procede a servir los postres que entretienen y llenan las bocas de frescura y de dulzor.

Dejan que los discursos continúen como si un eco se los llevara resonando en las paredes del comedor.

Alguno pide permiso y se disculpa para salir a la calle porque necesita llamar.

El informático, aprovechando que medio se vacía su mesa, sale también, y se encuentra con que quienes le han precedido están fumando. La realidad y la apariencia es muy distinta, piensa este hombre amable y fiel. Delatar es un vicio que le es muy ajeno. Por eso callará ante los que nos quedamos en el comedor y no denunciará su descubrimiento.

Los camareros recogen las migajas que han caído sobre el mantel para alimentar a unos canarios que Heilota cría en una jaula. No supe que los cuidara, nunca entré hasta ese lugar donde los guarda. Los secretos son pequeños misterios que los conocidos esconden de miradas ajenas.

Pero a mí, el escritor, que padezco la enfermedad de la curiosidad, me urge saber cuánto rato dedica cada uno en esos diálogos telefónicos, cómo da la noticia de haber cenado con la princesa y, sobre todo, cómo anuncia el noviazgo. Todos estarán ansiosos de divulgarlo, pienso y por eso se han retirado disimuladamente.

Por eso, al salir a la calle me entero de que los intereses son tan dispares que se evaporan con el humo de la ciudad y que importa solo lo que a cada cual le afecta. Me siento defraudado y vuelvo a ocupar mi sitio. Mis invitados especiales han hecho un esfuerzo por acudir a mi invitación y él los puedo abandonar.

Escucho el final del diálogo de Lázaro con la princesa explicando cómo los gobernantes son como los mendigos que recogen las migajas de cada mesa de sus súbditos para ampliar sus ejércitos y con la muerte de esos jóvenes idealistas pagar sus victorias...

Adivino y Criticón mueven su cabeza afirmativamente y no concibo su confabulación ni su complicidad. Sí que los esclavos griegos pudieron utilizar estos argumentos para defenderse e impedir formar parte de las legiones romanas... Pero Heilota y los suyos están atentos y comprometidos con su actividad.

Cuando llega el momento de los homenajes, todos requieren al anfitrión que dirija unas palabras como colofón de la cena. Y yo escritor educadamente cedo la palabra a la princesa para que me preceda en el brindis.

Ella es sencilla y lacónica:

—No podía negarme a la amabilidad, y sobre todo a la elección de hacerme protagonista de sus escritos. Por eso no importaron las distancias, porque la gratitud y la aportación, que mi persona le pudiera ofrecer, nos han obligado a estar presentes. Larga vida y buenos escritos a este amigo. ¡Chin, chin!

Espoleado por don Augusto que no había cejado en acuciarme para que fuera lo más explícito posible, y que no callara nada sino que ensalzara a mi querida y amada princesa, que

la propiciara, me decía, como en unas elecciones, sin vituperios ni descréditos, y que la elogiara y la pusiera en su elevado sitio, digo:

—Queridos amigos. Se acabaron las amonestaciones. Sobran las objeciones y los impedimentos. No voy a hablar de diferencias culturales ni de monarquías ni de democracias, sino de la necesidad de vuestra colaboración en el emparejamiento de estos dos jóvenes. Si no favorecemos su convivencia, nunca sabremos cómo se desenvolverán en el futuro, cómo serán sus gobiernos, y, sobre todo, cuál será el empeño de elevarlos en la historia, en la HISTORIA con mayúsculas, como pretendo relatar. Si no fuera así, este ahínco con que habéis colaborado para que pudiera tomar notas y resúmenes, se evaporaría. De manera que dejemos que hagan lo que crean más oportuno con toda su libertad y autonomía, que yo me encargaré de hacéroslo saber. ¡¡Un aplauso para ellos!!

Ya sabía yo que el aplauso sería para mí, pero disimuladamente, mientras se sienten agasajados puedo salir de escena dejando que sean ellos los que hagan las inclinaciones de cabeza y los rendibúes que sean necesarios.

Escribir, para qué...

He descansado lo suficiente, es decir, poco para un jubilado. Más o menos como durante este tiempo en que me he convertido en escritor. Aunque la cena terminó tarde, continué pasando a limpio mis apuntes. Los comentarios, críticas y recriminaciones me han exigido mucha reflexión, y no he terminado porque se me hizo tardísimo y se me cerraban los ojos.

Tengo sensación de agotamiento, debilidad acumulada por el esfuerzo de ver a unos y a otros, de escucharlos, de descifrar sus opiniones. Rendido de pulir entrevistas. Tenemos la inclinación de repetir y repetir como si el otro no se enterara, como si remacháramos en el yunque del monólogo, y concretarlas cansa.

Agobiado de leer emails, twitts, whatsapps, y facebookes para seleccionar y ordenar las propuestas; y del esfuerzo de volver a o mío: a mi reflexión y escritura. Todavía no he comprendido si favorecerán mis ideas o si me orientarán en otra dirección. Dificilísimo esto de desentrañar influencias.

Ya sé que he de soportar cuanto esta dedicación me imponga: una pérdida de libertad, digamos que de albedrío e independencia. Pasar todo el día entregado a esta labor, coarta mucho. Y eso que aún no he comenzado con los folios definitivos. O sea que aún no sé cómo, ni en cuántos capítulos la distribuiré ni me imagino cuánto tiempo y trabajo conllevará...

Aquel primer encuentro al doblar la esquina, sospecho que pudo ser conmigo mismo, porque fue un tropiezo en el que no conocí al que me venía encima ni al que luego huía de mí. Tal vez fuera una premonición en la que la persona que habitaba en mí, ocupara la figura de aquel desconocido y me abandonara. Como si yo desertara de mí.

Incluso ese yo, esa imagen que huía, volvía la mirada para decirme: ¡aún no sabes dónde te metes! Con lo bien que estabas con tu vida laboral: Oficina, comida, reposo, cervecita, tele y a dormir. Cuánto privilegio viví.

Y desde la jubilación mantuve una actividad siempre igual: paseo matinal, lectura, comida, siestecita, cervecita, tele y a dormir. Un placer y, como placer, la rutina se convertía en algo gozoso y seductor: ser independiente.

Todo esto lo he perdido, atraído por esta nueva ocupación. Aún no sé quién me destinó. Qué hado o qué augur me impulsó. No lo sé.

Sí. Sí que he conocido a gentes interesantes y he emprendido un trabajo muy sugestivo. El primer hallazgo fue el Vago que en todo momento me incita y me orienta, él me propuso nada menos que novelar la vida real y verdadera de una princesa que más pronto o más tarde llegará a ser reina.

Posiblemente, encontrar esa oportunidad, alcanzar esta gloria y codearme de igual a igual con la casa real me haya fascinado. Tal vez este símbolo de popularidad, de encumbramiento, de notoriedad, fuera lo que estaba buscando y para conseguirlo sacrificaba mi vida anterior, mi mediocre, pero feliz existencia.

No me han importado ni el cansancio ni la esclavitud. Heilota era independiente y autónomo y, a pesar de desempeñar un trabajo rutinario y servil, derrochaba felicidad. No se inmiscuía en la vida de nadie ni la grandeza de nadie le afectaba.

¿No podría haber sido un ejemplo para mí? ¿Podrá más mi antigua rutina que este abrumador trabajo? ¡No lo sé!

Tal vez el mismo sino que me destinó con su dedo se haya retirado y me haya dejado a mi suerte. Y si me ha abandonado ¿quiere decir que mi metamorfosis en escritor ha desaparecido?

¿O el hecho del enamoramiento de la princesa con un forastero investido de unas cualidades y unos pensamientos no adecuados a mis convicciones, me haya creado tales dificultades que me echa para atrás? ¿Por qué rechazo esta circunstancia que a cualquier novelista que se precie lo llenaría de ilusión y de arrogancia?

No puedo responder, porque tampoco lo sé.

Quizás mi edad sea la que me detiene. Porque si espero día a día y año a año para saber cómo actúan, cómo se entienden, cómo gobiernan, habré llegado a una edad con imposibilidad de teclear, si aún sigo con vida, porque somos finitos.

¿Estaré dudando de mi capacidad? ¿Debería volver a mi vida anterior? ¿Volvería a releer el Asno de oro, El mundo feliz y El cuento de la criada para ver cómo se desarrollan y cómo terminan sus protagonistas? ¿Y el pastelero de Madrigal acabaría ocupando el trono de Portugal?

Los personajes conocidos, Sibila y Adivino deberían ayudarme con sus vaticinios, porque si no, no me van a dar de sí los años.

Aunque los números del algoritmo me daban como futuro novelista... ¿Qué he de decir de ellos? ¿La suma de sus insinuaciones podría callarse y dejarme en paz?

No obstante tengo todo un conocimiento de personajes y de protagonistas que bulle con un argumento peculiar.

Don Augusto, el vago de profesión sigue con el martillo de su yunque esculpiendo. Su instinto quiere domar mi flexibilidad, pero yo, la piedra que suelta lascas y desmorona esquinzazos no deseado o el lingote de hierro que se abomba o recrece por el lateral del golpe no lo acepta. Lo discute.

No obstante, nadie me puede quitar esta riqueza adquirida. ¿Qué más quiero?

El móvil me interrumpe. El grupo que hemos creado en whatsapp con el nombre de «Cena performance» tiene encendida la lucecita de los mensajes. Conecto y leo.

Examadecasa: Querido escritor. La cena fue un éxito. Para mí un hito. Un jalón en mi corazón. Estar sentada junto a la princesa, tocarla, hablarle, ¡qué más puedo pedir! Escucharla, acercarle los cubiertos que se removían en el ardor de los diálogos, consolarla y animarla, ¿puede tener una Examadecasa mayor felicidad?

Examadecasa: ¿Y la elegancia y distinción del novio? Una gran presencia. Además era el príncipe del reino de Damasco, aunque allí se llamen sultanes. Eso, qué más da. Fue una noche y una cena irrenunciable.

Pero no paró ahí el teléfono, enseguida aparecieron otros.

Medusa: ¿Como se le ocurriría a esta Isabel enamorarse de un musulmán? ¡En qué estaría pensando! Ya verá cuando se abra la caja de Pandora y aparezcan todos los males. Yusuf no querrá mirarme fijamente por los perversos sueños que le despertaré, hasta podría petrificarlo. (*Aquí no describo el meme que añade a esta expresión por duro y violento*). Debería dar poderes a Isabel, dejándola libre y no llevársela a sus países donde la dominará como hacen la mayoría de los hombres. Siguiendo el

paralelismo de los reyes, diré que el Fernando de Aragón se vino a Castilla para acompañar a su Isabel...

Criticón: ¡La Medusa es feminista!...

Criticón: (Perdón, por la emoción de haber descubierto la feminidad de Medusa, me he acelerado y he dado al botón de enviar). Pero pensando como debe pensar un crítico, debo confirmar que no podía no serlo. Feminista, claro. En justicia le pertenece. Ella con sus rizos, con su mirada expresiva y sus bellas mejillas es una mujer muy femenina y como tal ya está atrayendo a todo hombre que se deje conquistar...

Medusa: Por eso rehúyo a determinados personajes. Si te miran mucho se envanecen, y los puedo convertir en adoquines como hacía la Medusa griega.

Criticón: Pero le diste los plácemes a escritor para que dedicase su obra a la princesa.

Medusa: No le advertí que la ennoviara con ningún sultán ni con persona de tierras calientes.

Examadecasa: Me gustaría tener alguna foto de la cena. Cuando volvisteis con el móvil en la mano, ¿a alguien se le ocurrió tomar una instantánea?

Sibila: A mí me vendrían de perlas para el artículo que estoy escribiendo.

Escritor: Sibila. No sé si te lo prohíba. Fue una celebración muy personal, amistosa, que se completó con mis personajes más queridos: la princesa y sus dos escoltas, a los que se añadió su futuro. A mí me parece inoportuno descubrir tan pronto el misterio del noviazgo. Te pediría que no me hicieras responsable de la noticia.

Escrutador: Amigo escritor, ese detalle te haría ganar muchos puntos, sería una gran propaganda: ¡El escritor Apuleyo, que en breve sacará a la luz una obra titulada la «Princesa y el Sultán», ha invitado a los dos personajes a una cena con unos amigos! En ella se han declarado.

Sibila: Tiene razón Excrutador, acabarías dando el golpe. Todas las revistas del corazón están a la expectativa de la princesa Isabel. Cualquier detalle que se escriba saltaría inmediatamente a la prensa nacional. Y el anfitrión alcanzaría una nombradía espectacular.

Excrutador: Ese sería el momento de estudiar el algoritmo de los lectores y de quienes aceptarán y esperarán entusiasmados tu obra, amigo escritor

Adivino: Estoy viendo a Apuleyo retratado en todos los periódicos. Con la convocatoria que un Sultán de la dinastía Abasí de Damasco puede provocar. ¿Quién evitará leer, releer, interpretar y adivinar el futuro de la pareja?

Escrutador: Lo que comentaba de los algoritmos aún puede ir más lejos. Para dar respuesta a Adivino sugiero que escritor hiciera algunas preguntas en internet sobre las relaciones de estas dos personas. Incluso podríamos averiguar cómo serían recibidas en sus países. Solo sería cuestión de enunciar convenientemente la pregunta y dar lectura adecuada a las respuestas.

Sibila: Esta iniciativa de Escrutador es un magnífico planteamiento. Yo me apunto a descifrar cuanto respondan, porque a veces me valgo de los algoritmos para mis artículos.

Escritor: Me estáis comprometiendo demasiado y no sé si tendré las ideas tan claras como para preguntar lo que pretendéis saber.

Criticón: No debes influenciar en nada con tus investigaciones, libertad total a quien quiera responder. Todo ha de ser muy espontáneo y natural. Como por ejemplo, y lo más importante del momento, ¡¡que alguien nos diga dónde se hospedaron anoche!!

Sibila: De eso me encargo yo. Hablo con el periódico y que llamen a los hoteles.

En este momento se detuvieron los whatsapp.

Me dediqué a repasarlos, intentando deducir porqué cada uno decía lo que decía, incluso comprobando su colocación en la mesa, para deducir si formaban grupos de influencia. Yo no me sentía atraído por las opiniones de ninguno —a mi parecer—, pero nunca sabremos si esta independencia es real. Nuestro pensamiento es nuestro, aunque lo tengamos muy condicionado.

En esta comunicación de whatsapp no entraba don Augusto que no habría perdido la oportunidad de impresionarme con sus opiniones. Él fue el causante de que acudiera a recibir a la princesa, de que llevara un móvil en el bolsillo, de que me adhiriera a las redes sociales...

Vuelven los comunicados.

Sibila: No se ha localizado ningún hotel que los hospedara. Hemos preguntado en los diez más importantes. He pedido que siguieran investigando. Tengo a dos compañeras del periódico comprometidas en localizar dónde pasaron la noche.

Escrutador: ¿Y los transportes: trenes y aviones? Tal vez podrían dar alguna pista.

Sibila: Los primeros hoteles consultados fueron el de la estación y el del aeropuerto. No obstante pediré que indaguen si entre los pasajeros de unos y otros transportes encontraran sus nombres.

Escrutador: Pudieron viajar de incógnito.

Escritor: Los conozco muy bien y no se andarían con tapujos. Con el escolta Alfonso me he visto dos veces, y con la princesa y Carlos una y no me pareció que huyeran de nada ni de nadie.

Examadecasa: La princesa sí temía que la localizaran los paparazzi. Yo vi que, cada vez que se abría la puerta, miraba con preocupación por si se colaba algún extraño.

Sibila: Querría pasar desapercibida. Ya se dio el caso de que la mandaran a Atenas cuando viajaba a Estambul. Y por ese error fantasearon cuentos y artificios que inventaron para justificar y rellenar ese falso y equívoco viaje.

Crítico: Somos más que necesarios los críticos para limpiar de intrigas y tergiversaciones, porque, si no, los engaños y falsedades llenarían páginas y páginas. Y, lo que es peor, las mentes de quienes las leyeran.

Medusa: Hasta ahora no he oído a ninguno que agradeciera a escritor la cena tan espléndidamente servida en la *Taberna Helena*.

Examadecasa: Y que se disculparan los que, en cuanto se habló de móvil y cobertura, salieron de estampida a la calle abandonando el importante tema que se estaba debatiendo.

Escrutador: Bueno, has de saber que salimos a encender un cigarrillo. Llevábamos tres horas o más sin ahumar los pulmones. Sibila fue la única que colgó el móvil de su oreja, ya sabemos que por profesión estaba obligada a enterarse de las noticias.

Medusa: Ya veo que preferís el placer a la cordura. Me decepcionáis. En cuanto las cosas se ponen serias las eludís, os libráis de tomar decisiones. Quedamos tan pocos que los temas se evaporaron como el eco que de montaña en montaña se pierde y acalla. Si la mayoría rehúye su responsabilidad ¿qué hacemos las que quedamos con la relación amorosa de la princesa y de Yusuf?

Examadecasa: Consolarla y animarla, eso es lo único que pude hacer. Decirle unas palabras de disculpa por la falta de interés de los demás. Y mirar a aquella estatua sedente del señor que anunció la llegada de Yusuf.

Escritor: Debemos entender la situación, a mí me extrañó sobremanera la falta de sinceridad de quienes con sus móviles ocultaban el cigarrillo, si se marcha uno del convite se dice a qué y por qué, ante todo transparencia y veracidad. Decidí que no incluiría esa actuación despectiva en mis resúmenes.

Criticón: La verdad es la verdad, deberías contarlo. Todo eso es real y verídico. Es lo que has afirmado constantemente. Que nada inventarías ni fantasearías. Solo la verdad. Adelante con ella, sin tapujos.

Cierro el whatsapp. Es la hora de comer y me dirijo al restaurante.

L.M., el informático, está cerrando la puerta del negocio, cuando me ve, me dice.

—Gracias por la cena, Apuleyo. Fue una traspachada maravillosa.

—Sí. Fue muy agradable. Me satisfizo mucho tu presencia.

—No podía faltar. La experiencia de un escritor y sobre todo constatar de qué medios se vale para conseguir datos, caracterizar a las personas y no equivocarse al poner los dichos en boca de uno o de otro, era algo que me obligaba.

—Me alegra que te fuera útil. Así, cuando leas el libro, distinguirás a unos de otros.

—¡Ya lo creo! Seré uno de tus lectores. Ya puedes sumar uno más.

—Ha habido un gran número de aceptantes. Superaban el millar.

—¿Podría preguntar algo más? Por ejemplo si los me gusta fueron simples o si te propusieron alguna idea. Ya sabes que la gente es muy dada a contar cosas de su vida.

Siempre me ha sido muy útil con el ordenador e incluso me enseñó la posibilidad de sumar los lectores y, según ese resultado, publicar una tirada mayor o menor de ejemplares.

—Algunos me proponían que le buscara novio, incluso me señalaban la nacionalidad.

—¿Es mucho atrevimiento saber qué novio o de qué país eran quienes te lo proponían?

—Nacionales no, los nuestros se conformaban con dar su aprobación. De países europeos tampoco. Rusia, fue excepción, apostaban por una zarina, les hacía gracia y me proponían novios rusos. De los países árabes prescribían noviazgos. Pero quienes ganaron la partida con mucho fueron los sirios o, no sé, quizás otros países también se les añadirían para proponer a un jeque de Damasco.

—Y te salió redonda la jugada porque apareció Yusuf —L.M. con ojos muy abiertos, por la sorpresa, me alaba la aparición en la cena del futuro sultán de Damasco.

—No sé qué me quieres decir.

—Que el algoritmo te adivinó quién sería el consorte de tu princesa. Te facilitaba el noviazgo.

—Que hicieran un total, según mi último recuento, de cuatrocientos noventa y seis, no significaba que hubiera de relacionarse con el sultán de Damasco. Digo yo.

—Sí, pero el algoritmo es el algoritmo y manda. Manda mucho y hasta se le obedece. Inconscientemente, pero se le hace caso.

No entiendo lo que me ha querido decir. Pero con ese intríngulis de consideraciones sobre el algoritmo tomo asiento en el comedor del restaurante y degluto los platos del menú. Casi no bebo vino ni agua porque estas incógnitas empujan como si suavizaran la garganta.

En fin, espero que en un momento o en otro termine la digestión y que esta duda despertada por L. M. me conduzca a un desenlace inteligible.

La digestión es lenta. La cena relleno abundantemente mi estómago y esta comida la sobrenada. No siento empacho, pero eso de que los algoritmos manden, me tiene perturbado. No comprendo qué tienen que determinar en mis escritos. Pienso en la lentitud de la digestión, pero aún me va a costar más asimilar el conflicto.

He pasado de largo la Taberna y he llegado al Ebro. Veo discurrir el agua. Tiene un cauce que recoge los dos ríos que mansamente desaguan con él. Ambos se unen sin privilegios ni distinciones. El Ebro recibe al Huerva y al Gállego en un ágape fluvial. Un río que los fusiona y uniforma y luego, corren un único camino sin que nada ni nadie los perturbe. Envidio la amabilidad con que se aceptan. No importa que la mano del hombre fabrique maquinarias para elevar su agua, ni diques para contenerla porque los brinca y supera. Las influencias externas son momentáneas como ocurre con los ojos de los puentes con que intentan separarlas, dividir las y obligarlas a caminar por diferentes veredas. Pero él, el río, enseguida reúne las aguas en jubilosos abrazos. No acepta influencias, desviaciones ni maquinaciones.

Pienso en esta lección del agua y camino por su margen. No nos podemos coger del brazo porque la ciudad eleva muros y barandillas para dominarlo y perderle el miedo. El Ebro algunos días se embravece, como ocurre cuando le obligan a beber más de la que puede acoger en su cuerpo y se altera. En esas ocasiones se rebela contra los diques y pone en peligro cuanto alcanzan sus brazos, manos y dedos. Lo he visto, he contemplado cómo engordaba, cómo pretendía arrastrar las pilastras, cómo se dividía al chocar contra el tajamar y cómo, tras pasar ileso por los ojos, se reunía consigo mismo en bullicioso y espumoso encuentro.

La fortaleza y la serenidad con que discurre le dan un impulso y una seguridad que nadie le puede arrebatarse. Si es preciso brinca e irriga cuanto le apetece. Una bravía manera de querer.

Los humanos paseamos por la ribera envueltos en pensamientos que nos cuesta aunarlos y digerirlos. Caminamos insensibles a su ruido, a la brisa que desprende, a la ligera humedad que segrega... Lo buscamos por el rumor de nuestra mente inquieta e indecisa.

Es una insensibilidad momentánea, porque el paseante podría elegir otro entorno. Yo, por ejemplo, en el canal encontraría las mismas particularidades que junto al río. Pero el canal es un producto, un activista enviado adonde el río no puede llegar. Un delegado o un sustituto que riega las tierras que le ordena el río, para que no se sequen los campos sembrados, para que alimente los embalses donde se purifican las aguas de beber... Y el canal cumple. No es que obedezca, simplemente desempeña su compromiso...

Meditar lo que es meditar sí lo hago, aunque no sepa adónde me llevarán estas reflexiones.

Veo el puente por el que apareció la caravana con la princesa. Y mi pensamiento corre a aquellas palabras de «el Vago»:

—¿No conoces la noticia?

Y corro a averiguar de quién se trata. Me convierto en su delegado, en su sustituto, como el canal cuando suple al río. A sus instancias invento un recibimiento de las autoridades.

¿No será que él no se siente capacitado y me endosa a mí su aspiración? Ordena a su criado que me introduzca un teléfono en el bolsillo para tenerme a su disposición.

¡Qué cosas me sugiere el río! ¡Yo convertido en el caudal de don Augusto que rellena páginas y páginas de un libro inspirado por él!

Bueno. Me estoy extralimitando.

Me acerco al bar con la idea de esperar a Lázaro y departir unas palabras con él. Tal vez me revele algún nuevo informe de las ancianas limosneras, y me comente su parecer de la cena donde con humildad pero con seguridad aportó aquellas ideas.

—Hola escritor. Ya me ha contado Lázaro la cena espectacular que tuvieron anoche. Con caviar, langosta y ternasco. Que se trataba de un banquete de reyes.

—Siempre exagera. Una simple cena de amigos.

—Pero él no faltó. Incluso vistió adecuadamente. Y bien perfumado.

—Ya olí tu perfume —sonreí amablemente.

—Fue la primera vez que me lo pidió «huéleme y dime si me he excedido o si voy correctamente perfumado», así de interesado estaba. Y sí, vestía con la corrección que sus diseñadores creyeron más adecuada.

—No solo vestía cortésmente, sino que se comportó en la mesa como si de siempre se sentara entre gentes de alcurnia.

Ambos dejamos de reír las acciones de Lázaro. El camarero con sus ponderaciones y yo con mis deducciones. Los dos lo conocíamos amigablemente. No tardó en acercarse. Aquellas no eran horas de afluencia y dejaba que la puerta de la basílica respirara el aire de la plaza.

—No me mires así, que la ropa elegante la tengo recogida —me dice con un tonillo entre irónico y jovial, cuando llega.

—Me cuenta el camarero que conceptuaste la cena como un banquete selecto.

—Para mí, ya sabes que todo lo que se salga de mi rutina mendicante me parece sobresaliente, y por los comensales, realenga. Por eso guardo la ropa como una reliquia en el almacén, junto a la colonia del barman. Solo para situaciones especiales.

—Me satisfizo mucho tu presencia.

—Un poco fuera de sitio me encontré. Ya sabes que mi estrato social es muy distinto. Sentí contrariedad en varios momentos, no solo en el de mi entrada con los camareros asustados y deteniéndome. También ante la mirada de los demás comensales inspeccionando mis ropas. Todo habría sido divertido si no hubiese sido yo quien las vistiera.

—Pero comprobarías que tenías tu silla, cubiertos y menú esperándote.

—Sí. Y mi mente despertándose para comprobar cómo se utilizaban, y tragándolo todo, me gustase o no. No había probado ninguno de aquellos alimentos y no podía manifestar agrado ni desagrado.

Estoy alucinando, no sospeché que pudieran ocurrir esas cosas, ni que mi invitación a una cena le causara semejantes problemas. Él era una persona inteligente, y para que no desentonara le di unas prendas de vestir.

—Me lo comí todo. No dejé ningún resto. Socialmente soy distinto y así me lo hacían ver las miradas que de soslayo se les escapaban —me dice cauteloso.

—¡No sé por qué has de ser distinto!

—Porque así me sentía. Yo, en una mesa donde se sentaban los príncipes y escuchando todas aquellas complicaciones. Y además comiendo lo prohibido: la pulpa de la manzana, un alimento que no me pertenecía.

—No te entiendo.

—Ya sabes mi procedencia: *del rodigón de la manzana*, o sea de lo que queda de ella... Pero eso ya te lo expliqué, y la exégesis que hacen, ¿o no la recuerdas?

—No. No la sé —contesto, por la sorpresa de que haya teólogos que hagan estudios de la manzana y de sus restos.

—Aprendimos que, en la creación, Dios entregó el mundo a Adán y Eva para que le pusieran el nombre y lo tuvieran como propietarios. Con pleno derecho se comieron la pulpa de la manzana y tiraron el resto del que Dios sacó al primer mendigo. Por eso no podemos inmiscuirnos en el mundo del que son propietarios quienes le pusieron nombre y normas. Y, sobre todo, sabiendo que esas normas se crearon para diferenciarnos y que no los incordiáramos. Ahora comprenderás mi reticencia e inseguridad.

—Pero, por lo que pude ver y comprobar no desentonaste en ningún momento.

—Está claro, porque se convirtieron en mis maestros quienes me rodeaban, me esforcé en imitarlos con el uso de los cubiertos. Y otra cosa que no pude entender fue ese empeño en tener compromisos de corona y trono, si se aman ya está. Pero claro, siguiendo la retórica de los exegetas, la propiedad se ha de dejar en herencia, como hicieron Adán y Eva. A nosotros esa obligación no nos atañe. Porque no tenemos ninguna propiedad y cualquiera se puede unir a nuestra sociedad, por ejemplo los soldados vencidos o los licenciados aunque fueran victoriosos pero sin botín ni ascensos y todas las personas necesitadas, sin que se les requiera documentación ni papeles.

Atónito me quedo, como siempre me ocurre con este personaje. Y como no sé rebatirle doy un pequeño giro a la conversación.

—Solo quería saber de qué habla ahora el concilio de tus ancianas.

—Eso, mis ancianas. Ellas son una parte importante de la población y alguien tenía que darles voz. Aunque, sobre todo, tuvo la culpa Heilota que no paraba de exigírmelo. Te aclararé que no son más, que soy yo el que les pertenezco. Todas las señoras tienen un pobre, así nos llaman al acudir a su puerta cuando nos socorren. Pero, esos pobres, nos convertimos en mendigos si estiramos la mano y esperamos una limosna. «Toma. Dale esta moneda a ese mendigo». Eso les dicen las madres y los padres a sus hijos para que aprendan qué es hacer caridad.

Me entristece el prejuicio que sintió durante la cena.

—Lo siento. Yo solo quería agradecerte las informaciones que había recibido de ti y, por supuesto, tus enseñanzas —pretendo congraciarme usando el más amistoso tono de voz. Y, como no puedo quedarme sin la información que me interesa, pregunto—. Pero ahora solo quería saber si habían intercambiado nuevas noticias.

—Hoy tocaba un nuevo tema. Hoy era el momento de la gripe y las enfermedades. Una de sus conocidas está postrada en la cama.

—¡La edad y los padecimientos!

—Lo importante es lo inmediato. No les queda tiempo para edificar futuros.

El barman le acerca un bocadillo de tortilla de patata y un vaso de vino y lo come con fruición. El buen hambre es el mejor condimento y pienso también que es con lo que alejamos las tristezas.

Dejo al mendigo con su bocadillo y me retiro con mi dosis de inquietud. Es fácil contagiarse con el pensamiento de los amigos.

Siento necesidad de leer los whatsapp para comprobar en qué quedarían las pesquisas. Abro «Cena performance», y es Sibila la primera con un comunicado lleno de admiraciones y algún emoticón indicando sorpresa.

Sibila: ¡¡¡No se ha encontrado hotel ni alojamiento ninguno donde se hospedarán!!! Y tampoco se ha localizado a ningún viajero que llegase a Zaragoza en avión, tren o autobús que respondiese a las características que les hemos descrito.

Escrutador: Supongo que habrás comprobado dónde se alojaron cuando la entrega de premios en la Academia.

Sibila: Naturalmente. Fue el primer sitio donde preguntamos. Y nos dijeron que no había habido ninguna entrada de clientes que pudieran parecerse a Yusuf. Que a la princesa y a sus escoltas los recordaba perfectamente el recepcionista y que no habían aparecido por allí.

Sibila: Nos comentó que tal vez hubieran sido equivocadamente ubicados en nuestra ciudad, porque al parecer los que celebraron la cena del alcalde quedaron tan satisfechos que querían saber más cosas de la princesa, y sobre todo no debían consentir que los olvidara.

Sibila: Que debía asistir a inauguraciones de museos y centros de salud; al acabado de la ampliación de la universidad; a la asamblea de aguas para buen uso y servicio del Ebro, y a las vías de comunicación convertidas en nudo dentro de la península y camino a Europa y no solo huellas en nuestro territorio. Su presencia daría prestigio, auge a la ciudad y nos pondría a la cabeza de obras sociales en España.

Escrutador: No pudieron llegar en coches privados ni por separado sin estar de acuerdo, ni pudieron desaparecer sin dejar rastro. ¿Alguno los acompañó a la salida para comprobar si se marcharon en taxi o en vehículos propios?

Examadecasa: A mí me dio por salir con ella y no me fijé mucho. Eran dos coches negros, pensé que era lógico que la estuvieran esperando. ¡Como eran personalidades tan importantes! No me preocupé si eran taxis o qué, solo que al de delante subieron ellos dos y en el asiento delantero el escolta que estuvo cerca de mí. El otro montó solo.

Escrutador: No estaría de más que acudiera de vez en cuando a esas peticiones del ayuntamiento. La deberían invitar con cualquier excusa. Nos daría renombre y ojalá se desplazara aquí algún ministerio, que en Madrid se amontonan y monopolizan a los funcionarios ministeriales. Además, ya tenemos la Academia General Militar. Eso debería facilitar que alguno más se ubicara aquí.

Criticón: No nos atienden porque no somos el centro de miradas ni el geográfico. Y no nos elogiamos ni damos noticias importantes, con ser maños nos conformamos.

Medusa: Algún día nos desmelenaremos. Ya veréis. Pero ahora ¿Qué pensamos de los desaparecidos? Digo desaparecidos porque no los encontramos por ningún lado.

Adivino: No los daremos por evaporados así sin ton ni son. Deberíamos preguntarnos si realmente estuvieron en la mesa.

Examadecasa. ¡Naturalmente que estuvieron! Qué cosas se te ocurren. Recordad que pedí a los escoltas que me dejaran sentarme junto a la princesa. Yo la palpé, la tuve junto a mí. Y no era una muñeca, sino que hablaba y conocía muy bien qué debía contestar a todo lo que le preguntábamos. Además la acompañé en la calle hasta el coche.

Medusa: ¿Y si todo hubiera sido una treta? Ya hicimos una performance y nos salió perfectamente. El escritor o ese señor inmóvil, pudieron contratar a quienes los representaran.

Hubo un rato de vacío. Más que silencio sonó la nada. Al menos el móvil permaneció mudo hasta reproducir nuevos sonidos. Yo permanecía inactivo, callado, a la espera. No entendía su proceder. Los había aceptado como amigos, les había dado la importancia que se merecían. Me habían orientado. Me habían hecho desistir de algunas situaciones.

Las cenas fueron dos recepciones no solo alimenticias sino aleccionadoras. Cada uno puso su conocimiento en solfa y la melodía sonó acertadamente. En la última no dejaron escapar situación ni dato que afectara a los príncipes.

Un tanto me defraudaron cuando a la pregunta más comprometida algo raro ocurrió. ¿Sonó el timbre del sino en la voz del informático para despertar la necesidad de los móviles que se convirtieron en cigarrillos? ¿Qué podría significar aquello? ¿Cuanta mayor atención requiere la conducta colectiva, con mayor rapidez aparece el placer de un ahumado pitillo?

No los vi dialogar ni siquiera intercambiar un gesto o una frase mientras fumaban. ¿Se aislaban porque estaba mal visto? Deduzco que el gusto individual se valora más que todo el problema social y comunitario. ¡Líbrenos dios, o quien sea, de los problemas! Esa conclusión saqué al verlos.

Pero aquí continúo, mudo, mirando una pantalla desierta, sin oasis ni palabras, sentado en un banco del paseo, esperando incansable, dudoso de cuanto escriben. Y ellos lo hacen como si estuvieran solos, porque no ven el rostro del lector-conversador y no perciben ni sienten sus aspavientos.

Adivino: No corramos tanto. Aún podemos comprobar más. Deberíamos preguntar a Heilota. Él se levantó en cuanto los vio. ¡Él los conocía a todos!

Examadecasa: Tiene razón Adivino. Yo pienso como él.

Criticón: ¿Y si estaban de acuerdo los tres? El escritor, Heilota y el señor inactivo.

Medusa: Esa sería una buena observación.

Criticón: No digo que sea una observación solamente. Si os paráis a recordar: la mesa estaba preparada para todos, incluso tenían a mano una mesa adyacente en previsión de otros comensales. La sorpresa no era tal. Todo estaba previsto, cubiertos y menú para todos, no solo para los primeros que acudimos.

Medusa: Cuando llegaron la princesa y los escoltas, Heilota saltó como empujado por un resorte a su encuentro. Y el estático señor de la entrada, bien aseado y presentable dio la bienvenida o la bienllegada al Yusuf. ¿Y quién me puede convencer que fuera un príncipe o sultán de Damasco?

Escrutador: A todo eso, debemos, o debéis saber y añadir, porque posiblemente no todos lo habéis hablado con el escritor, los algoritmos.

Adivino: ¿Y qué pasa con los algoritmos? ¡No te entiendo!

Escrutador: ¿No recordáis que pidió confirmaciones para saber si tenía quórum suficiente para escribir la novela con la princesa como personaje principal?

Adivino: ¡Sí! Yo fui uno de los que le di al me gusta y después hablé con él para decirle que contara con mi colaboración.

Examadecasa: Y yo también.

Escrutador: Alguien le dijo que contando las respuestas positivas encontraría el número de compradores del libro. Incluso, y esto puede ser que solo lo deduzca yo, descubrió que un número muy importante de respuestas le proponían el enamoramiento de la princesa con el Yusuf de marras. No así de claro, ¡sino con un príncipe de Damasco!

Sibila: Yo le di el nombre completo de Yusuf. Y jamás pensé en influir, ni en que mi aportación significara un personaje en su novela.

Excrutador: Por eso su obsesión por el realismo verídico. Nos quería condicionar para hacer lo que él quisiera.

Examadecasa: ¡No os puedo creer! No puedo entender ni aceptar que internet influyera hasta ese punto ni que lo aceptara. El algoritmo ese de que habláis no puede tener inteligencia para enseñar, ni gobierno para mandar.

Sibila: Yo sí me fío de él, incluso a veces, elijo temas para mis artículos según hacia adonde apuntan los comentarios que veo en las redes. Y a eso se suele llamar información algorítmica.

Examadecasa: Sigo sin creer que el escritor sea tan chapucero. Siempre ha sido realista en sus escritos, y conmigo se ha jactado, y lo creo, de que no escribiría sino historias auténticas y verdaderas. Del que ya no sé qué pensar es de ese señor que decís, el que introdujo al musulmán.

Adivino: Yo también creo en Apuleyo. Tal vez quisiera actuar como en el Asno de oro, y el mago, ¿no podría ser ese señor tan vago?, le indicaría las verdades y realidades a investigar, para imponerle la historia. Eso de las metamorfosis o la influencia de los dioses, para cambiarles de personalidad no es imposible.

Medusa: Yo también me quedo con la influencia del inmóvil, estático, vago o como le queráis llamar, y de la connivencia de Heilota. Pero de que el escritor no aceptara la propuesta, a mí me queda la duda.

Criticón: Y si a eso unimos lo que nos cuenta Escrutador de los algoritmos, el engaño a que hemos estado sometidos está claro.

Me doy por enterado y cierro la conversación que mantienen en el Whatsapp. No quiero participar en esta sarta de quimeras.

Los veo tan convencidos, dudando y afirmando mi empeño en buscar a unos personajes reales y un argumento verídico, y lo que es más doloroso, en recelar de mi persona. Yo tampoco comprobé la manera de viajar de mis invitados ni si se alojaron aquí o en otro lado. Para mí no hay ninguna duda de que estuvieron cenando con nosotros.

Los algoritmos respondieron a una realidad que no se puede evitar pero tampoco se puede achacar a los que proponían que se ennoviara con un príncipe de Damasco. Sí que pudo coincidir, pero no tergiversar, obligándoles a que el amor los acercara.

Ellos, todos, lo reconozco nuevamente, me han ayudado en el conocimiento de los personajes y en el desarrollo de la trama. También son muchos los puntos de vista con que encaramos la misma realidad, tantos puntos como personas la perciben, la oyen, la sienten y la viven, pero, a su vez, cada uno la interpreta a su manera. Cada uno es un exégeta de la vida que le corre por delante.

No doy la espalda al mendigo ni al informático, ellos tienen su criterio y con él deducen, reflexionan y sacan sus conclusiones.

Yo por mi parte he alcanzado la trama y los protagonistas, solo me falta completar los apuntes que guardo en el blog y en el programa de escritura. En ellos aparece mi punto de vista que, por supuesto, es muy mío.

Somos un mundo coral que cantamos con distintas voces y tonalidades, pero guiados por la batuta de una realidad que intenta inspirar los matices, orientarlos y conjuntarlos en los ecos de un auditorio que se individualiza en cada par de orejas.

Pero pienso mientras voy y acudo a algún sitio.

Caminar es sencillo, los pies saben hacerlo. No necesitan averiguar cómo han de moverse. Las piernas son dos partes de mi persona que se mueven acompasadas, sin molestarse mutuamente; sin darse a entender: tú ahora, —se susurrarían— ahora yo; sin dejarse intimidar: un bache, un resalte en el camino; avanzan a su albedrío, como si tuvieran voluntad propia. No miran al GPS, ni a los nombres de las calles. Son autómatas ante los

semáforos, su intuición las detiene o las anima a cruzar. Siempre me ha sorprendido la determinación con que caminan.

Además, esté como esté mi estado de ánimo, no esperan indicaciones, ellas deciden el itinerario y el destino. Como ocurre hoy. Mi mente está ocupada en muchas reflexiones. Voy dividido. La rutina de mi sistema locomotriz sigue sus coordenadas. Mi cabeza, en cambio, está llena de ideas dispares y encontradas.

No había tomado ninguna decisión tras las elucubraciones de ayer, simplemente he salido de casa sin prever otro destino que el dispuesto por mis pies. No me he liberado de las cavilaciones mentales ni de sus disquisiciones hasta que he sentido los aromas de la cafetería. Como un despertador se ha llenado de olores mi nariz, y me ha descargado a este mundo.

Ni el canal ni las calles ni los paseos por los que he deambulado me han distraído. Nada ha llamado mi atención, ni escaparates ni autobuses ni sirenas, nada me ha despertado.

Las palabras de Heilota son golpes de campanillas y estímulo en mis oídos. Mis pies me han llevado a su Taberna y, frenados por sus palabras, se han detenido ante él.

—Apuleyo. Don Augusto no para de preguntar por usted. Y a cada momento repite su nombre.

—Me podías haber llamado.

—Ya se lo propuse, pero me contestó que estaría ocupadísimo con los resúmenes de la cena, porque la materia le daría para muchos folios.

—Sí, pero unas palabras, una ligera distracción no me habría venido nada mal.

Digo esto porque la obsesión que me esclaviza necesitaba un descanso. Unas palabras de Heilota y sobre todo del vago de profesión habrían sembrado una perspectiva distinta y me habrían sacado del atolladero en que me devanaba.

—«Los pensadores necesitan soledad y silencio para descubrir lo que buscan, porque, a veces, sin saber lo que rastrean, tropiezan con algo imprevisto y ese encuentro casual es su mayor victoria: su hallazgo inesperado». Esas más o menos fueron sus palabras prohibiéndome el uso del teléfono —así me habla Heilota.

Tomo asiento en la mesa y silla de siempre y me pregunta como si fuera la primera vez.

—¿Qué tomará?

—Lo de siempre, lo de todos los días —contesto extrañado.

—No se sorprenda, pero como ayer tampoco apareció por aquí pensé que habría cambiado de gustos...

Dos día, solo dos días de ausencia y ellos, bueno él, Heilota, ya pensaba que sería distinto, que habría cambiado de costumbres. La rutina es siempre la rutina hasta que un hecho fortuito, o una ausencia le da un giro.

—Naturalmente —don Augusto rompe el silencio—. Un par de días dedicado a la escritura, contando los acontecimientos y disertaciones, es normal que desconectaras del mundo, perdieras la noción social, la sensación de hambre e incluso la de respirar.

No piensa en otros planteamientos, en nuevas reflexiones, en otras decisiones ni en novedades. Yo, con mi persona, contamos y debemos adecuarnos en nuestra conciliación para realizar una obra.

—¡Cuéntame! ¿Cómo vas enfocando al nuevo personaje? —No para de examinarme con sus apremios—. El proyecto que te has hecho, ¡describémelo! Las observaciones declaradas durante la cena las tendrás que digerir lentamente para no crear conflicto entre los dos amantes...

Este hombre, el Vago, quiere enterarse de todo. Piensa que no debo perder un segundo sin teclear, sin relatar los acontecimientos en que él estuvo implicado. Tal vez quiera comprobar si lo voy a poner como protagonista. Vago, vago sí y holgazán, pero también egoísta y presuntuoso.

—¡Espere, espere y no me embarulle! — Contesto deteniendo su curiosidad—. Que son muchas las informaciones captadas en una misma noche. Primero hay que revisarlas, examinarlas y ordenarlas. Pensará que por presentarnos al musulmán le voy a montar un altar y exponerlo como la figura central del retablo, ¡qué ocurrencia!

—Y ¿por qué no? Acomodándolo con la protagonista tendrás un majestuoso galán. No te quejarás del hallazgo.

—Ya tenía la lista completa, y multiplicar los figurantes me ocasiona un problema de escenario. Yo poseía unos metros de suelo para habilitarlo y, de repente, aparecen individuos inesperados. No sabré dónde alojarlos. Agrandar el espacio es muy problemático.

Tal vez esté influenciado por el empeño de localizar dónde pudieron alojarse Isabel y Yusuf, los whatsapps con sus dudas y sospechas están tan metidos en mí que de alguna manera asoman en mi vocabulario.

El Vago suelta una carcajada de las suyas ¡Ojh, ohj, ohj!

—No pensaba que tus escritos tuvieran márgenes, ni que las páginas tuvieran dimensiones únicas, si no son din a4, que sean din a3, o tamaños personales, y si necesitaras más espacio Heilota te proporcionará folios.

—No es papel lo que necesito, ni ideas para rellenarlos, es que se amontonan y son un problema las opiniones, las orientaciones, las imposiciones e instrucciones, tantas que me siento excluido, y además vienen los nombres a detallar. Ya solo con el papel de Yusuf tengo un conflicto.

—Lo presenté como un príncipe —usa un tono mayestático, de gentilhomme.

—Sí, y también la princesa fue fruto de su iniciativa. No olvide que me mandó a verla y a investigar su presencia, su peculiaridad y la gestión de su visita. Una monarca.

—Con gran provecho para ti. Una gran protagonista —usa un tono convincente.

—También he de reconocer que me incitó a las redes sociales para encontrar a los comensales que senté en las dos cenas.

—Y bien que me enorgullezco de haber aumentado esas amistades.

Estas últimas frases lo envanecen, como si su mayor gloria fuese haberme suministrado la protagonista, los personajes y al tropezar con él, su amistad y guía.

He visto cómo al reconocer su colaboración se llena de gloria y egolatría, y como un narciso se ha ido cerrando en su capullo. Desaparece como cuando nos arropamos para detener el frío y al final nos encojemos concentrados en nuestro propio calor.

Como en un sueño corto, en mi cabeza ensoñadora se reflejan las imágenes de la princesa en conversación con Examadecasa, y la visión de Yusuf entrando en el comedor detrás de él, que, vestido de alguacil, golpeaba con la maza en el suelo para llamar la atención y anunciar al recién llegado príncipe de Damasco que aparecía ataviado con las ropas de su país: chilaba, cufiya y agal.

—¡Apuleyo!

Siento la voz de Heilota que me despierta de estos ensueños despiertos.

—Perdona, Heilota, me había ensimismado, casi abducido por las dormitaciones de don Augusto —apunto con el dedo al reconcentrado compañero de mesa.

—Debería reconocer las ayudas que le ha prestado —me dice sin casi mirarme porque sus ojos otean cada mesa—. Siempre hemos de estar atentos a cualquier instrucción y opinión suya. Él es muy capaz.

—Sí. Y mandamás. Somos embudos que nos abrimos a cuanto nos dicen y después lo escurrimos por un pequeño tubo del que solo recibimos lo que por él se cuele.

—Pero hay mentes especialmente capaces como la de un escritor buscando un argumento. En esa mente deben caber desde los personajes menos importantes hasta los protagonistas, sin equivocarse nunca los deseos, ni las características, gustos y humores, además de tener presente en qué mesa se sientan ni cuál es su silla.

—Amigo Heilota, no sabes bien el esfuerzo que eso supone y sobre todo la confusión que crea cada personaje.

—Pero ya sabe el autor cómo conducirlos, por dónde llevarlos y con quiénes tropezar...

—Conflictos no faltarán —me atrevo a decirle porque mi imaginación está llena de las cometas que vuelan con los Whatsapp de mis colaboradores. En estos momentos no pienso en cómo Heilota sorteaba las sillas y las mesas, contempla y oye a los clientes para no errar ni en mesa ni en silla ni en comanda.

—¿Cuántos días tardará en escribir el libro? —No soy como él que no quita la mirada de las mesas y de sus clientes y no pasa por alto, ni se le despiden una vez han pedido la consumición. Esto escribo en los apuntes como resumen.

— Ese es un gran misterio. Si ya he encontrado a los protagonistas, la trama y los temas, ya no necesito más —estoy saturado de opiniones y criterios que rebosan por los márgenes de mi ordenador.

—Pero siempre hablaba de escribir una novela que leerían unos y otros. Incluso pretendió enumerar y sumar lectores —el gran Heilota también es conocedor de la encuesta.

—Siempre hay influencias que manipulan. Incluso me sentí dispuesto a escudriñar entre la multitud para vislumbrar el carácter de algún viandante. Tú me impulsaste al uso de las tarjetas. Quise, como cualquier fabulista, inventar cuanto me indujera a la creación de un personaje con su idiosincrasia, su fisonomía y movimientos.

—Le vinieron a visitar los escoltas y ella misma. ¿Qué más quiere? —Heilota conoce todo, las entrevistas, los temas que me iban aportando.

—Nada más. Ya tengo conseguido todo.

—Don Augusto lo ha atendido en cada momento, incluso lo ha instruido.

—Claro. Y me ha conducido. Pero ahora es a mí a quien corresponde el trabajo, y ya lo he armonizado, evaluado y relacionado coherentemente. Ya lo tengo anotado ordenadamente. Ya he cumplido con mi cometido y no necesito seguir...

No sé con qué sonoridad he dicho estas últimas palabras pero han producido un silencio continuado, vibrante de estupor. Heilota no las ha comprendido bien. Lo veo en sus ojos. Tras una ligera duda se decide a preguntar.

—¿Qué quiere decir con eso de que no necesita seguir? Ya sabe que nos encontrará siempre que quiera e incluso le echaremos una mano. ¡No lo dude! —Creo que piensa que no seguiré acudiendo a su Taberna, como llevo dos días sin acercarme y le he dado a entender que ya tengo todo completo, él supone que va a perder un cliente.

—Sí. Eso lo tengo claro. Pero ya he encontrado cuanto buscaba, ya he satisfecho la voz que me obligaba a dedicarme a esta faena desde el día aquel del encontronazo en la esquina de mi calle. Ya tengo todo lo que mendigaba —digo mendigar por haber usado los medios que me enseñaba Lázaro. Escuchar a las gentes, apropiarme de sus comentarios aunque no tendiera la mano para recibirlos en mi gorra, incluso recoger lo que ellos despreciaban, les sobraba y yo rastreaba.

—Entonces no hay que dudar, debe lanzarse a escribir —parece que no es por la pérdida de un cliente sino por mi trabajo por lo que se interesa Heilota.

—¿Escribir, qué?

—El libro.

—¿Sobre qué?

—Sobre la princesa, el sultán y las indicaciones del Vago.

—¿Y para qué?

El vago de profesión pierde su posición de gran buda barroco, ha oído su nombre, y sale de su nicho con el brazo derecho alargado y el dedo índice apuntándome al corazón.

—¿Y preguntas que para qué? ¡He salido de mi sopor, he abandonado mi profesión de vago para ayudarte e instruirte, te he dado a conocer la esencia de mi vida, te he señalado las personas e incluso sus relaciones y ahora oigo que «¿para qué?»! ¿Es que no me has dicho una y otra vez que ibas a escribir un libro, que el sino noctámbulo te había apuntado, elegido y señalado para que fueras escritor?

—¡Sí! Ha condicionado esta parte de mi vida para que encontrara unos protagonistas y un argumento como hace un escritor que obedece como un ángel puesto a su servicio. A eso me he dedicado en cuerpo y alma.

Soporto el empujón de este hombre que ha perdido su haraganería y ha recuperado su activismo porque uno de sus mandados, el ángel amanuense, renuncia y lo abandona. Sí ha recibido el mensaje, sí ha tomado las notas necesarias, pero lo guarda todo en su estuche. No lo difunde; tampoco espera a nadie que abra el cartapacio y lo revele a los cuatro vientos. Simplemente renuncia como un ángel desertor porque él ya lo tiene todo.

—Entonces, ¿por qué has acudido a nosotros otra vez?

No debería decirlo, es un absurdo. Todas las reflexiones me parecían incongruentes y no podía encontrar expresiones claras ni limpias. Pensar y pensar en silencio sin nadie que me interrumpiera ni contradijera dejaba inconcluso el razonamiento. Por eso inconscientemente he aparecido aquí. No me gustaría que se enfadaran ni que me retiraran su amistad, no obstante debo decirles lo ocurrido.

—Ha sido la rutina, la inercia de mis pies que, en sus movimientos sincrónicos, me han traído. Podrían haberme llevado a otro sitio pero han acabado, por su decisión irrevocable, ante la puerta de la *Taberna Helena*.

—¿Pero, acaso no pensaba venir? —Pregunta Heilota turbado e irritado. Quiere ocultar su inquietud pero no puede, su gesto airado y su desconcierto lo delatan.

—¿Venir? No había pasado por mi pensamiento, pero algo de determinación sí habría porque mis pies me han traído.

Tengo a los dos ante mí, ofuscados e indignados. Don Augusto continúa importunándome con su dedo índice, me obliga a levantarme de la silla y me empuja insistentemente. Me hace daño.

—Dale consejos y dile cómo se ha de relacionar con sus personajes, incluso proponle los protagonistas para que ahora venga con que no... —Gruñe mordaz, en un rugido a media voz convertido en un imperativo que lo hace hablar en tercera persona.

—Usted lo dice —necesito seguridad y asiento para mis pies, también preciso valentía para completar mi declaración por eso aclaro mi voz con un carraspeo—. Ya no necesito seguir. Ya tengo el argumento y conozco a los protagonistas. Por tanto he cumplido con mi deseo de ser el escritor que busca personajes y temas, por eso deserto, porque ya los poseo.

—¿Y qué sabes de todos los demás? Y, sobre todo, ¿con qué énfasis y ficciones me vas a presentar a mí?

—Usted no cabe en la vida de mis protagonistas, por mucho que se esforzara en dominarme y en impulsarme a inventar y a fantasear, su mochila quedará silenciada como la de un dios vago, un dios sentado como un buda en su butaca. Sin ángel escribidor.

Se me ha calentado la boca al contestarle y recordarle su actitud y su doctrina. Y, a la vez, al hablar así, se han despejado todas las incógnitas que poblaban mi mente.

Todos conocen cómo debo relatar, de dónde he de sacar el argumento pero yo me planteo: si ya he conseguido todo para qué voy a escribir...

Heilota no deja de pestañear y mirarnos. Ve cómo voy retrocediendo a la presión machacante del dedo de don Augusto. En este momento, como en todos, me sermonea y me zahiere, me amonesta y aguijonea. Me cuesta un gran esfuerzo mantener el equilibrio y retrocedo como un beodo al que los pies balancean y hacen zigzaguear.

—¡Estás rompiendo mi confianza y la esperanza que puse en ti! ¡Tú serías mi alumno privilegiado y más adelantado! ¡Pero ahora me desprecias!

Callo y, según me desprendo, mi obligación de escritor cae al suelo como una alfombra bajo los pies del Vago. Dejo que pisotee su propio afán revelador.

Retrocedo con más energía de la que imprime su dedo y quedamos despegados.

Reculo con brío, con rapidez, rehuyendo el repiqueteo de su dedo. Me voy alejando con precipitación.

Veo la distancia que crece entre los dos.

Al fin me giro y corro. De vez en cuando vuelvo la mirada y veo cómo se van quedando atrás. Ahora es Heilota quien sujeta al vago de profesión que va perdiendo estabilidad y lo acerca al sillón donde lo sienta.

Los pierdo de vista porque debo descubrir adónde me llevan los pies que me alejan como en aquella ocasión cuando escapaban del viandante al tropezarse en una esquina.

¿Los pies conocerán contra quién chocarán? ¿Sabrán eludirlo y escabullirse? ¿Huirán hacia un viejo o hacia un nuevo relato?

Mariano Marco Yagüe

16-3-2021 - 17-11- 2022

Índice

Escribir...	2
Escribir, qué...	47
Escribir, sobre qué...	137
Escribir, para qué...	224